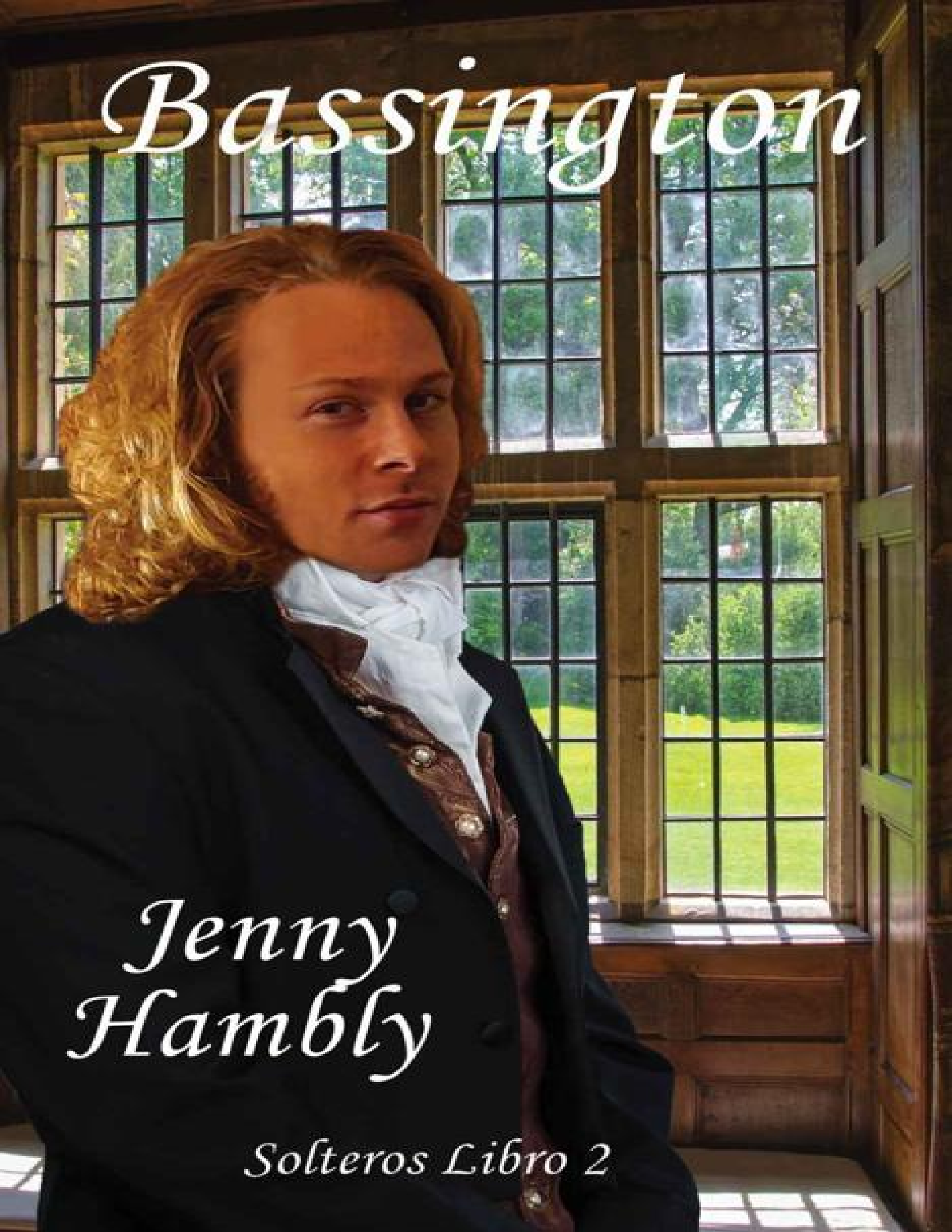


# *Bassington*



*Jenny  
Hamblly*

*Solteros Libro 2*

# BASSINGTON

UN ROMANCE DE LA REGENCIA

SOLTEROS LIBRO 1



JENNY HAMBLY

Traducido por  
L M GUTEZ

Copyright © 2024 por Jennifer A Hambly

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

El derecho moral de Jenny Hambly ha sido reconocido.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que no sean claramente de dominio público son producto de la imaginación de la autora o ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

*Charlie,*  
*¡Gracias por ser mi musa y el modelo de mi portada!*

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)

[Otras Obras de Jenny Hambly](#)  
[Acerca del Autor](#)

# CAPÍTULO 1



MIÉRCOLES, 21 DE JUNIO DE 1815

Lady Selenia le pidió a su criada y se miró en el espejo. Hizo una mueca cuando sus ojos recorrieron el vestido de gasa francesa, que llevaba puesto sobre una combinación de satén blanco. Espirales de flores lilas decoraban el amplio volante de color claro, y las flores también se mezclaban con sus rizos castaños. La bonita imagen que proyectaba no le producía ningún placer. ¿Cómo podía disfrutar de algo tan frívolo cuando ansiaba tener noticias de Charles? Había recibido una carta suya ayer mismo, pero había sido enviada cinco días antes y sabía que habían pasado muchas cosas desde entonces.

Abrió su reticule y sacó la misiva. Alisó las arrugas y dejó que las yemas de sus dedos recorrieran los garabatos. No tenía necesidad de leerla, ya que había memorizado cada palabra, pero lo hizo de todos modos.

*15 de junio, Bruselas*

*Querida Selenia,*

*He disfrutado mucho leyendo tu carta. Dale mi enhorabuena a Miles y a lady Allerdale la próxima vez que los veas, ¿quieres? Te dije que él estaba enamorado. Me alegro mucho por él, pero desearía que no se hubiera llevado a su esposa a Brigham de luna de miel tan pronto. Sin embargo, si Carteret te está cuidando en su lugar, estás en muy buenas manos. Él sería un buen marido, ya lo sabes. Es un tío muy sensato y con una gran fortuna en los bolsillos. No es que eso tenga relevancia en una circunstancia tan afortunada como la tuya, pero lo haría un buen candidato ante los ojos de tu padre. Estoy seguro de que estarías más cómoda en tu propia casa, lejos de la bestia de tu madrastra y su hija. Conocí a Albina antes de llegar a la ciudad y tuve la impresión de que eran como dos gotas de agua. Apenas había dicho una palabra y ya me parecía una persona muy fría.*

Selenia parpadeó rápidamente cuando una lágrima cayó sobre el papel, emborronando un poco la tinta. Se había sorprendido y alegrado de igual manera cuando Charles le había pedido que le escribiera. En lo más profundo de su ser se había albergado una pequeña esperanza de que, por fin, él empezara a considerarla como algo más que una hermana pequeña. Su carta, sin embargo, sugería otra cosa. Difícilmente la estaría alentando a casarse con otro si hubiera descubierto que en su corazón había sentimientos de una naturaleza más romántica hacia ella.

De hecho, lord Carteret la buscaba entre la multitud si ambos asistían al mismo evento y la llevaba a dar un paseo frecuentemente. Él era tan sensato y caballeroso que ella no podía evitar que le gustara, pero había cierta reserva en su actitud que sugería que no la amaba. Ella tampoco deseaba que así fuera. Su corazón siempre le había pertenecido a Charles. No había comparación entre la fría y gris mirada de lord Carteret y los cálidos y risueños ojos azules de Charles, como tampoco la había entre una mañana invernal y un glorioso día de verano.

Suspiró. No se compadecería de sí misma. Incluso si Charles sólo la amaba de manera fraternal, era mejor que nada. Mientras él estuviera bien y a salvo, ella estaría contenta. Sus ojos recorrieron las últimas líneas de la carta.

La mayor parte de mi tiempo lo he dedicado a los ejercicios. Lord Uxbridge se declaró muy satisfecho con el aspecto y la actuación del regimiento en la última revisión. He venido a Bruselas para abastecerme de provisiones, pero debo regresar al campamento esta noche. Los ánimos del regimiento son buenos en general, pero admito que espero que las cosas lleguen a un punto crítico más pronto que tarde. El tiempo es inestable y la comida a veces escasa y de mala calidad. Sin embargo, vuelvo con pan fresco, carne y vino, así que haré un festín esta noche. Brindaré por ti.

Sinceramente,

Charles

Volvió a doblar la carta con cuidado y la guardó en su reticule. Aunque no tenía el menor deseo de asistir al baile de lady Bessinborough, cogió su chal y bajó las escaleras.

Parecía que a Charles se le había cumplido su deseo. Durante los últimos días había habido un frenesí de confusión y debate sobre lo que había ocurrido al otro lado del canal, pero una cosa parecía segura: la batalla entre las fuerzas de Wellington y Napoleón había comenzado. Circulaban diversos rumores, algunos sugiriendo una derrota casi segura, otros afirmando la victoria, pero como aún no se había recibido ninguna comunicación oficial, todo eran conjeturas. Sin embargo, había una expectativa general de que el tan esperado comunicado llegaría en cualquier momento, y fue sólo la esperanza de recibir alguna noticia lo que tentó a Selena a salir aquella noche.

Cuando bajaba el último tramo de la escalera, una voz quejumbrosa llegó a sus oídos.

—Date prisa, Selena —dijo lady Sheringham—, la mayoría de las chicas de tu posición estarían ansiosas por asistir a un baile en Grosvenor Square, pero tú siempre te demoras. Es muy fastidioso. Volveremos a casa dentro de una semana, así que debes aprovechar al máximo el poco tiempo que te queda.

—Sí, por supuesto —murmuró, siguiendo a su madrastra por la puerta.

—Ese tono amable ya no me engaña, Selena —dijo bruscamente una vez que estuvieron dentro del carruaje—. Finges ser mansa y servicial, pero nada de lo que te digo parece surtir el menor efecto. No entiendo por qué eres una criatura tan testaruda.

—Creo que es mi naturaleza —dijo mientras una pequeña sonrisa curvaba sus labios.

—Selena —dijo con un tono exasperado—, he gastado mucho tiempo y energía acompañándote a numerosas fiestas de la sociedad, y has tenido muchas oportunidades de encontrar a un joven elegible; sin embargo, que yo sepa, no has recibido ni una sola propuesta. Ni siquiera los cazafortunas se han acercado a mí.

—Quizá no se atrevieron —dijo de manera cortante.

Lady Sheringham se enfureció.

—Me alegré cuando lord Allerdale y su esposa te acogieron brevemente, pero ahora veo que no fue algo muy bueno. Puede que tu confianza haya aumentado, pero parece que también lo ha hecho tu insolencia.

Selena suspiró. Era una lástima que el humor no fuera uno de los puntos fuertes de lady Sheringham.

—No era mi intención ser insolente —dijo en voz baja—, y os dije a ti y a mi padre desde el principio que no deseaba venir a la ciudad.

—Sí, eso está muy bien, pero te estás acercando a los veinte y será el turno de Albina de

debutar el año que viene. No esperes una segunda temporada. Parece que lord Carteret es el único caballero que te busca con frecuencia. Te sugiero que hagas un esfuerzo y vayas directo al grano con él.

—Oh, no —murmuró—, no sabría cómo hacerlo aunque quisiera. Además, sólo somos amigos. Charles le pidió a lord Allerdale que me cuidara, y luego, cuando se fue, le pidió a lord Carteret que lo hiciera.

—¿De verdad? —levantó sus cejas de manera altiva—. Me parece muy impertinente por parte del capitán Bassington. No se me ocurre una razón por la que haya pensado que necesitabas a alguien además de mí para vigilarte. Pero déjame decirte esto, Selena, no existe la amistad entre hombres y mujeres. ¡Semejante idea es absurda! ¿Qué tienen en común ambos sexos?

—Charles es mi amigo —dijo en voz baja.

—Oh, y así se quedará. Lo sospeché cuando vi cómo lo mirabas en el baile de lady Brigham. Bueno, lo siento, Selena, pero él no es el adecuado. Es un hijo menor, y los militares, a menos que lleguen a los rangos más altos, apenas tienen lo suficiente para alimentarse a sí mismos, no digamos a alguien más. La disparidad de vuestras fortunas hace imposible estéis juntos. Además, es muy probable que ni siquiera regrese.

Selena estaba acostumbrada a que su madrastra hablara sin rodeos, pero este último comentario la dejó sin aliento. La preocupación que la había estado atormentando durante días pasó de ser un dolor sordo y constante a una ira repentina y efervescente.

—No espero casarme nunca con Charles, pero si él me amara, me casaría con él sin pensármelo dos veces. Aunque yo no tuviera ni un céntimo, me casaría con él —se inclinó hacia delante y sus ojos color avellana se encendieron con una inusual pasión—. ¡Y volverá!

Se desplomó hacia atrás y respiró profundamente, tratando de frenar los rápidos latidos de su corazón.

Las manos de lady Sheringham se tensaron sobre su regazo, pero dijo con más delicadeza:

—Espero que lo haga. Lamento que te hayas enamorado de alguien que no es adecuado ni está disponible para ti, pero no debes dejar que eso te ciegue ante las admirables cualidades que poseen los otros caballeros que conoces. No desearía que te casaras con alguien a quien no admiraras, pero si te agrada y respetas a lord Carteret, y si es como dices, un amigo, entonces creo que deberías considerarlo detenidamente antes de descartarlo como pretendiente —bajó la mirada y alisó una arruga de su vestido—. Debes casarte con alguien, Selena, y hay una dulzura en él que sugiere que te trataría con amabilidad. Creo que tu padre lo aprobaría.

Hubo una pizca de sinceridad en estas últimas palabras, y los últimos rastros de ira de Selena se disiparon.

—Tal vez, no lo sé —dijo con cierta confusión—. No puedo pensar en nada hasta que sepa que Charles está a salvo.

—Entonces espero que recibamos noticias de él muy pronto.

Cuando llegaron al primer lugar de la fila que esperaba ser recibida por lady Bessinborough, Selena ya había recuperado la ecuanimidad, por no decir que el ánimo.

Se dispuso a bailar con cualquier caballero que se lo pidiera, y aunque ya no era tan tímida como antes, su mente estaba demasiado ocupada como para permitirse responder con algo más que simples y mecánicas replicas ante sus intentos de entablar conversación con ella.

Se relajó un poco cuando vio acercarse a lord Carteret, pero sintió un ligero arrebató de aprensión cuando se dio cuenta de que el siguiente baile iba a ser un vals. Sin embargo, parecía que lord Carteret la había observado más de cerca de lo que ella creía, porque cuando llegó a su lado, le ofreció una amable sonrisa y le dijo:

—Sé que no le gusta bailar el vals, Lady Selenia, así que tal vez me concedería el honor de dar una vuelta alrededor del salón conmigo.

—Sí, gracias —murmuró, aceptando el brazo que le ofreció.

Mientras recorrían la periferia del caluroso y sofocante salón de baile, sus oídos se esforzaron por escuchar cualquier noticia. Jadeó y tembló un poco al escuchar a una voz grave y estruendosa decir:

—No cabe duda. Si hemos sido victoriosos, ¿por qué Wellington ha tardado tanto en informarnos? No, debemos haber sufrido una dura derrota.

—No crea todo lo que escucha —dijo lord Carteret en voz baja.

Los ojos de Selenia se dirigieron hacia los de él, y su expresión tranquila y fría calmó sus nervios.

—Intento no hacerlo. He recibido una carta de Charles y, después de todo, ha tardado cinco días en llegarme. Pero yo habría pensado que a un comunicado de Wellington se le habría concedido una prioridad mucho mayor, ¿no le parece?

—Sin duda —convino—, pero aunque haya enviado a su ayudante más digno de confianza como portador de la noticia, muchas circunstancias pueden haberlo retrasado; el estado de las calles, la falta de viento, una enfermedad, una rueda de carruaje torcida...

—Sí, por supuesto —dijo rápidamente mientras una sonrisa de agradecimiento curvaba sus labios—, gracias. Charles mencionó lo sensato que era usted en su carta, y tiene razón.

Lord Carteret enarcó una ceja.

—Se refiere a que soy aburrido, sin duda.

—Oh, no —dijo, y un rubor apareció en sus mejillas—, sólo pretendía tranquilizarme.

Él frunció el ceño.

—¿Y lo hizo?

—No tenía necesidad de hacerlo —le aseguró—. He apreciado mucho su apoyo, aunque me pareció un poco injusto por parte de lord Allerdale haberle pedido que velara por mí.

—No habría aceptado la tarea si no lo hubiera deseado, lady Selenia.

Ella le dirigió una mirada vacilante, sin saber si se trataba de un intento de galantería o no.

—¿Y qué otras cosas le dijo Charles?

Como difícilmente podía decirle que le había sugerido que lord Carteret sería un buen marido para ella, dijo:

—Oh, sólo que lord Uxbridge se había mostrado satisfecho con su regimiento y que esperaba que la batalla comenzara pronto, ya que las condiciones no eran muy favorables.

—Estoy seguro de que no lo son —dijo—. Está preocupada por él, pero tiene una surte increíble, y lo sabe. Intente no preocuparse demasiado.

—Si tan solo tuviéramos noticias —dijo, parpadeando rápidamente para ahuyentar las lágrimas que amenazaban con salir.

—Vamos, está acalorada y un poco alterada —dijo lord Carteret, conduciéndola hacia una de las ventanas que daban a la plaza—. Ignoremos la reprobación de todos y abramos una ventana.

Al empujarla, pudieron escuchar el lejano sonido de los vítores. Se miraron el uno al otro y se asomaron por la ventana, respirando profundamente el aire fresco del atardecer. Los vítores se hicieron más fuertes y, a medida que se extendían por la habitación, otras ventanas fueron abiertas por quienes estaban lo bastante cerca para poder escucharlos.

Los ojos de Selenia se abrieron de par en par cuando una turba de gente corrió hacia la plaza. Les seguían una silla de postas y cuatro caballos, cuyo avance se veía obstaculizado por la multitud que los rodeaba. Dos estandartes de águila francesa sobresalían de las ventanillas del

carruaje. Este se detuvo y un hombre bajó de él. Llevaba un uniforme militar que distaba mucho de ser impoluto, el rojo brillante de su capa se veía opacado por lo que parecía ser barro seco. Saludó a la multitud antes de estrechar la mano de un grupo de caballeros que se encontraban frente a una residencia situada unos pisos más abajo. Estos caballeros desaparecieron rápidamente en el interior, y los vítores de afuera se reprodujeron de pronto en el salón de baile.

Lord Carteret hizo pasar a Selena a través de la multitud que ahora se congregaba junto a las ventanas, permitiendo que otros ocuparan su lugar.

—Parece que hemos ganado —dijo, esbozando lentamente una sonrisa—. Era el comandante Henry Percy, ayudante de campo de Wellington. Ha entrado en la residencia de lord Harrowby. Creo que los Lores Liverpool y Bathurst cenarán allí esta noche, al igual que lord Brigham. Visitaré a lord Brigham por la mañana y le informaré cualquier noticia que él pueda tener. Es muy posible que sepa algo de Charles.

Sólo la presencia de tantas personas impidió que Selena le cogiera las manos en señal de gratitud. Sin embargo, le dio un suave apretón en el brazo y le devolvió la sonrisa.

—Gracias. Es usted tan amable, tan bueno.

—Tonterías —dijo—, recuerde que Charles también es amigo mío.

—Sí, por supuesto. Lord Allerdale me contó algunos de los apuros en los que él y Charles se metieron cuando eran más jóvenes. Creo que usted los ayudó a salir de más de uno.

—Puede que de vez en cuando haya utilizado mis dotes de persuasión para apaciguar una situación incómoda, eso es todo —dijo con una sonrisa irónica.

El baile terminó pronto, ya que muchos invitados se apresuraron a marcharse para ver qué más podían descubrir, para informar a sus familias de este último acontecimiento o para celebrarlo en un entorno menos refinado. Selena se alegró de ello, aunque sintió cierta pena por lady Bessinborough. Debía de haber invertido mucho tiempo y dinero en su baile y ahora sólo quedaban un puñado de personas para disfrutar de su fastuosa cena.

Lady Sheringham no recibió ningún periódico, por lo que a la mañana siguiente, incapaz de esperar la llegada de lord Carteret, Selena envió a un lacayo a buscar uno. Él le llevó una edición extraordinaria de La Gaceta. No le sirvió de mucho consuelo, pues aunque el contenido del comunicado estaba registrado y la victoria confirmada, una frase tuvo más peso que todas las demás para ella: *nuestra pérdida fue grande*.

Lady Sheringham la encontró sentada en el salón principal, con la mirada perdida y el periódico abierto sobre la mesa frente a ella.

—¿Has descubierto algo del capitán Bassington?

Selena negó con la cabeza.

—No, sólo que ha habido muchas bajas.

—Supongo que sí, pero no te servirá de nada quedarte ahí sentada preocupándote —dijo bruscamente—. Vamos, tenemos compras que hacer. Quiero asegurarme de que Albina tenga todo lo que necesitará para debutar la próxima temporada antes de que volvamos a Sheringham Court.

—Preferiría quedarme en casa si no te importa —cuando lady Sheringham frunció el ceño, añadió apresuradamente—. Estoy esperando una visita de lord Carteret. Ha pensado que podría descubrir algo de Charles.

—Ya veo —dijo lady pensativa—. No deberías recibirlo sola, pero si dejas la puerta del pasillo abierta y le pides a tu criada que se siente contigo, te lo permitiré en esta ocasión. Como puedes ver, no soy tan desalmada como crees.

Selena esbozó una sonrisa de alivio.

—Gracias.

No creía precisamente que su madrastra fuera desalmada, sólo que carecía de tacto y simpatía. Había sido una desagradable sorpresa cuando su padre había regresado de una visita a Harrogate, donde su médico le había indicado que tomara las aguas tras considerar que se encontraba decaído, e informarle de que iba a casarse con lady Tate, una viuda que residía en la ciudad balneario. Su madre había fallecido hacía sólo nueve meses. Había sido bella, gentil y amable, y la nueva lady Sheringham había sido como un huracán a comparación su suave brisa. Franca, decidida y resuelta, había tomado las riendas de Sheringham Court sin pensarlo dos veces y sin importarle que los cambios que hacía podían molestar a Selena.

Al principio la habían molestado. Era cierto que las cortinas de las habitaciones principales estaban un poco descoloridas y que algunas sillas necesitaban una restauración, pero no esperaba que lady Sheringham cambiara los colores de manera tan drástica. Su madre había preferido decoraciones florales y claras para contrarrestar la oscuridad de las numerosas paredes con paneles de madera, pero ahora el rubí intenso y el verde oliva estaban a la orden del día. Selena había sentido como si estuviera intentando borrar todo rastro de su predecesora.

Pero su padre no había encontrado ningún inconveniente en los cambios. Cuando ella le había dicho que prefería las cosas tal y como estaban antes, él le había dado una palmada en el hombro y le había dicho con voz ronca:

—Debemos dejar que decore el lugar como quiera, Selena, ahora es su casa. Yo necesito una esposa y tú necesitas a alguien que te guíe y te saque adelante. Es lo que mi querida Amelia hubiera querido. Sé que Elizabeth es muy diferente a tu madre, pero dale una oportunidad a tu madrastra y a tu nueva hermana.

Así lo había hecho. Pensó que Charles había sido un poco injusto en su valoración tanto de Albina como de su madrastra. Albina era más atractiva que bonita, de carácter franco y práctico como su madre, y aunque acababa de cumplir diecisiete años, poseía una mentalidad seria. Tenían poco en común, pero Albina no era antipática. Y lady Sheringham no era una bestia. Le había sugerido a Selena que se uniera a Albina en sus clases de francés, ya que no dominaba la lengua con la fluidez que le gustaría, pero había hecho muy poco más para cambiar sus hábitos. La incipiente relación entre ellas sólo se había vuelto tensa desde que habían llegado a la ciudad.

Levantó la mirada cuando anunciaron a lord Carteret. Aunque estaba desesperada por saber si había descubierto algo, controló su impaciencia y se dirigió al mayordomo.

—Gracias, Markle. ¿Podrías pedirle a Cardew que baje?

—Por supuesto, señorita.

En cuanto hubo salido de la habitación, dejando la puerta entreabierta, ella le sonrió a lord Carteret.

—Por favor, siéntese y cuénteme lo que ha averiguado, si es que ha descubierto algo.

El periódico seguía abierto sobre la mesa, y ella se apresuró a cerrarlo y doblarlo.

—Entonces, ¿ha leído el comunicado? —dijo lord Carteret con delicadeza.

—Sí —respondió con un tono pesimista—, parece que nuestra victoria ha sido difícil.

Cuando su criada entró en la habitación con material de costura en la mano y se sentó en una silla cerca de la pared, lord Carteret esbozó una pequeña sonrisa.

—Muy propio.

—Por favor —dijo Selena, observando la mirada sombría en sus ojos—, no me deje en suspenso. ¿Qué noticias tiene de Charles?

Levantó una mano y se apartó unos mechones de pelo que habían caído sobre su frente. Era un gesto que ella le había visto hacer muchas veces. Todo en él estaba siempre impecable,

excepto su pelo. No intentaba llevar un corte a la moda, sino que lo dejaba un poco largo. Ella se tensó al darse cuenta de que su hábito de apartar los mechones rebeldes solía ocurrir cuando estaba pensando en algo y, en ese momento, ese algo era la mejor manera de comunicarle sus noticias. Finalmente, habló.

—Su regimiento actuó con gran valentía. Cuando el comandante Percy salió de Bruselas, Charles no figuraba en la lista de muertos en combate.

Selena sintió unas gotas de fría transpiración humedecer su frente.

—¡Gracias a Dios!

—Está, sin embargo —dijo suavemente—, entre los contados como desaparecidos.

Selena sintió náuseas al escuchar estas palabras. Sin duda, su desaparición sugería que estaba gravemente herido o muerto y que aún no lo habían encontrado. La voz de lord Carteret pareció venir de muy lejos.

—Tráele a la señorita un vaso de agua.

Apretó los puños hasta que sus uñas perfectamente recortadas se clavaron en sus palmas, decidida a no sucumbir ante el desmayo que amenazaba con vencerla. No cedería ante tal debilidad. Había que hacer algo. Vivo o muerto, había que encontrar a Charles.

## CAPÍTULO 2



El capitán Charles Bassington se esforzó por abrir sus pesados párpados. Era consciente de una sensación de fatiga extrema y, al cabo de unos instantes, decidió que no valía la pena el esfuerzo. En su lugar, intentó ordenar unos pensamientos que parecían estar envueltos en la niebla. Sin embargo, el molesto y persistente zumbido en sus oídos no se lo permitió. Se volvió consciente de que un gran peso le estaba oprimiendo el pecho, pero cuando intentó levantar los brazos para descubrir qué era lo que le estaba impidiendo respirar, descubrió que no obedecían a sus deseos. Sin embargo, parecía que aún podía fruncir el ceño, y así lo hizo al escuchar una voz por encima de él. Hablaba con un acento francés muy marcado, y Charles no podía distinguir las palabras. Se le pasó por la cabeza la vaga idea de que corría un grave peligro, aunque no pudo recordar inmediatamente por qué. Tras un momento de intentarlo, dejó ir la idea y volvió a sumirse en el olvido.

Aunque él no lo sabía, pasaron tres días antes de que Charles volviera a intentar levantarse. Un violento ataque de tos lo sacó de la comodidad de su insensibilidad. Abrió los ojos y sintió una punzada de dolor en el pecho. Su vista se nubló y, al ver que una figura se cernía sobre él, se tensó. Sin embargo, el desconocido se limitó a ponerle un paño húmedo en la frente y a darle los buenos días con una voz suave y tranquilizadora.

Intentó responder, pero tenía la garganta tan seca que sólo logró emitir un sonido entrecortado. Su cuidador pareció comprender su malestar, porque sintió cómo le acercaba suavemente una taza a hasta sus labios resecos. Levantó ligeramente la cabeza y bebió desesperadamente.

—Gracias —murmuró, cerrando los ojos de nuevo.

Cuando volvió a despertar, se sorprendió al verse envuelto en mantas, pues sentía mucho frío. Temblaba y respiraba con dificultad. Al intentar respirar hondo, sintió de nuevo una punzada de dolor en el pecho. Con manos temblorosas y aplicando un gran esfuerzo, consiguió apartar un poco las pesadas mantas y levantar la parte superior del áspero camisón que llevaba. Se sorprendió al descubrir que su pecho no mostraba signos de heridas graves. Sólo unas tenues marcas rojas perturbaban su piel.

Charles no recordaba cómo había llegado hasta allí ni dónde se encontraba. El echarle un vistazo a la habitación no respondió ninguna de estas interrogantes, pero el tosco enladrillado de las paredes y la única silla rústica colocada junto a la cama sugerían que se encontraba en algún tipo de cabaña. Una pequeña ventana enrejada en lo alto de la pared le permitía vislumbrar el cielo azul.

Sentía comezón en la cabeza, y la irritación lo persuadió para hacer el tremendo esfuerzo de levantar una mano para aliviarlo. Sus dedos se toparon con una gruesa venda que le impedía

llegar al punto en cuestión. Presionó suavemente contra la obstrucción e hizo una mueca de dolor. Sentía la carne sensible y magullada. Indagó en su memoria en busca de la causa de la herida, pero su mente permaneció obstinadamente en blanco.

Su mirada se dirigió hacia la puerta en cuanto esta se abrió, pero se relajó y una tenue sonrisa se dibujó en sus labios cuando entró en la habitación una bonita chica con pelo largo y oscuro.

—Ah —murmuró—, ahora lo entiendo. He muerto y he ido al cielo.

Intentó incorporarse mientras ella se acercaba, pero sólo consiguió levantar la cabeza de la almohada. La chica negó con la suya y corrió a su lado. Llevaba en las manos una taza de la cual salía vapor y un olor amargo y penetrante. Cuando él la miró dubitativo, ella le habló. Su francés estaba bastante oxidado, pero comprendió que era para aliviar la fiebre. Él asintió y ella deslizó la mano por debajo de su cabeza y le ayudó a levantarla de nuevo. La posición sabía tan mal como olía, pero se sintió aliviado por su calidez.

Le preguntó a la chica su nombre y ella sonrió.

—Magdalene Bruillet. ¿Y el suyo, monsieur?

El sueño ya se estaba apoderando de él, pero mientras sus párpados se cerraban lentamente, murmuró:

—¿Sabe? no tengo ni idea.

La fiebre le acompañó durante varios días y perdía y recuperaba el conocimiento una y otra vez. En sus escasos momentos de lucidez, Magdalene lo presionaba para que bebiera algo o ingiriera algunas cucharadas de sopa. Su respiración seguía siendo agitada e iba acompañada de un estertor jadeante. En una ocasión se despertó y se encontró con una figura barbuda parada junto a él y su pecho desnudo estaba cubierto de sanguijuelas. Charles no sentía gran aprecio por las sanguijuelas y, aunque sabía que era inútil, intentó quitárselas. Unas manos fuertes le sujetaron las muñecas y, aún en el momento más álgido de su fiebre, intentó forcejear con el hombre que se autoproclamaba médico, pero fue incapaz de vencerlo. Pronto volvió a sumirse en un sueño agitado, plagado de pesadillas. La batalla se repetía una y otra vez en su cabeza, sólo que, en lugar de derrotar a los franceses, expulsarlos del campo y perseguirlos, eran los ingleses y sus aliados los que se veían forzados a llevar a cabo una retirada, mientras los franceses los acuchillaban sin piedad al grito de *Vive l'Empereur*.

Después de una noche especialmente mala, se despertó con las sábanas a los pies de la cama. Le dolía el cuerpo y su cabeza palpitaba, pero había recuperado la razón. Recordaba todo con más claridad de la que hubiera deseado, hasta el momento en que fue derribado de su caballo después de que un soldado francés que huía se diera la vuelta y le disparara.

Magdalene estaba sentada en la silla junto a su cama. Se había recostado hacia delante, de modo que sus antebrazos descansaban sobre el colchón y su cabeza reposaba sobre ellos como si estuviera durmiendo. Charles era vagamente consciente de que ella rara vez se apartaba de su lado. Extendió una mano y le acarició lentamente el pelo. Ella debió de haber estado dormitando, porque de pronto se incorporó y empezó a hablar con entusiasmo.

—¡Señor! ¡Monsieur! ¡Vous êtes en vie! Vous êtes en vie!

Él soltó una débil risita y convino que, sin duda, estaba vivo. Su nariz se arrugó al sentir el olor rancio del sudor. Apestaba y sus sábanas estaban húmedas. Se lo dijo a Magdalene y le pidió un baño. Ella se rio y metió la mano en el bolsillo de su delantal. Le entregó una carta, diciéndole que la habían encontrado en su abrigo y que esperaba que esta le ayudara a recordar quién era, antes de salir corriendo de la habitación.

Tras unos momentos de lucha al intentar incorporarse, lo consiguió. Abrió la carta.

*9 de junio de 1815*

*Querido Charles,*

*Espero que esta carta te encuentre bien. Tenías razón, lord Allerdale gustaba de la señorita Edgcott. Se casaron hace unos días en una ceremonia privada en Berkeley Square. Tuve la fortuna de asistir al evento ya que Eleanor se ha convertido en mi amiga íntima. Oh, Charlie, si hubieras podido ver cómo se miraban, no habrías podido evitar emocionarte. Nunca había visto a dos personas tan enamoradas. ¡Tu mamá estaba muy conmovida e incluso derramó algunas lágrimas!*

*Él se ha llevado a Eleanor a Brigham para su luna de miel, y lord y lady Brigham serán los siguientes en irse en cuanto sepan el resultado de esta horrible guerra. Sé que le solicitaste a lord Allerdale que estuviera pendiente de mí y creo que fue muy amable de tu parte haberlo hecho, pero fue innecesario, te lo aseguro. ¡No soy tan indefensa como parece creer! Debo admitir, sin embargo, que me alegro de que haya sido así, pues de otro modo no habría llegado a conocer tan bien a él y a Eleanor.*

*Lord Allerdale parece pensar que necesito protección tanto como tú y le ha pedido a lord Carteret que cuide de mí. Al principio no me agradó la idea, pero me ha parecido un compañero muy agradable y es fácil conversar con él, así que no pretendo quejarme.*

*Lady Bassington ha vuelto a casa y espero que nosotros lo hagamos pronto. Creo que mi madrastra ha perdido toda esperanza de que yo encuentre un marido. Era una idea estúpida. Tú sabes, o al menos eso espero, que no tengo grandes ambiciones.*

*Echo de menos a mi padre y tengo muchas ganas de volver a verlo. Estas son todas mis novedades. Por favor, escíbeme pronto, Charlie. Me preocupo por ti. Se habla se especula tanto acerca de la próxima batalla que no podría ser de otra manera.*

*Atentamente,*

*Selena*

Aunque no había necesitado la carta para recordar quién era, esta lo había devuelto a la realidad, pero antes de que hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre todo lo que había ocurrido desde que la recibió, la puerta se abrió y Magdalene entró cargando una bañera de hojalata. Era demasiado pequeña para recostarse en ella, así que tendría que permanecer de pie. Sólo esperaba ser capaz de hacerlo. Magdalene le dedicó una rápida sonrisa y desapareció para volver con dos cubos de agua caliente y una esponja grande. Él le sonrió y le preguntó si pensaba bañarlo. Ella soltó una risita y le agitó la esponja.

—¿Le gustaría eso, monsieur?

—Creo que podría soportarlo —murmuró.

Ella le guiñó un ojo y dijo:

—¡Adelante, grand-mère!

Una anciana matrona de edad incierta entró por la puerta, seguida de dos fornidos jóvenes. Magdalena volvió a reír y salió de la habitación. Aunque no era el escenario que había imaginado, Charles se sintió muy agradecido de que los dos muchachos estuvieran ahí, ya que, cuando intentó ponerse en pie, sus piernas flaquearon. El doloroso golpe de sus rodillas contra el duro suelo lo hizo gemir. Cada uno de los hombres lo cogió de un brazo y, con una sorprendente delicadeza, lo levantaron. Una vez de pie en la bañera, le quitaron la camisa y la matrona empezó a lavarlo, cediéndole la esponja a uno de los jóvenes cuando ya no pudo llegar más alto.

Mientras lo secaban enérgicamente con ásperas toallas, Magdalene volvió a entrar en la habitación, apartando la mirada. Removió las sábanas de la cama y la volvió a vestir con unas limpias. Charles se sintió muy agradecido de volver a meterse en ella cuando se hubo puesto un camisón limpio.

Magdalene le llevó un tazón de gachas, pero no pudo comer más que unas cuantas cucharadas

—Pero, señor —le dijo seriamente—, ahora que la fiebre ha disminuido, debe reponer sus fuerzas.

Obedientemente, se metió en la garganta otra cucharada del espeso alimento. Magdalene sonrió y asintió para alentarle.

Él le devolvió el cuenco.

—Debo agradecerle, Magdalene, por los cuidados que me has proporcionado.

Ella negó con la cabeza y se sonrojó.

—No me lo agradezcas —dijo con sinceridad mientras se levantaba de la silla—, era lo menos que podía hacer después de Stefan... después de Stefan... —se le llenaron los ojos de lágrimas—, estoy demasiado avergonzada para hablar de ello. Debo irme. El alcalde Panquin deseaba que se le informara inmediatamente si... quiero decir, cuando estuvieras mejor. Él te dirá todo, estoy segura.

A Charles le resultó demasiado fatigoso obligar a su perezoso cerebro a intentar buscar el significado de sus palabras y, efectivamente, no era en absoluto necesario que lo hiciera. Recibió la visita del alcalde antes de que terminara la hora. Era un hombre alto y delgado, de bigote fino y ondulado y semblante serio. Cuando expresó su contento porque el capitán Bassington parecía estar recuperándose, Charles descubrió que monsieur Panquin dominaba bien el inglés, cosa por la cual se sintió agradecido. Tenía muchas preguntas que hacer, y sería mucho más rápido y fácil si no tuviera que forzar a su lento cerebro a buscar constantemente las palabras adecuadas.

Descubrió que estaba cerca de la aldea de Braine-l'Alleud, la cual no estaba muy lejos de donde se había librado la batalla.

—Hemos ganado, ¿verdad? —preguntó Charles, sin poder olvidar aún los ecos de su pesadilla.

—Desde luego —le aseguró el alcalde—. Pero a un coste terrible para todos. Organicé cuadrillas de hombres para traer de vuelta a los hombres heridos a la mañana siguiente de la batalla, e incluso ahora la iglesia y los graneros de los alrededores están llenos de soldados. La mayoría franceses.

—Ah, así que así es como he llegado aquí. Qué suerte he tenido al ser descubierto tan pronto. Fue muy amable de vuestra parte albergarme en un lugar aparte de los hombres que tienen motivos para resentir mi presencia entre ellos.

Monsieur Panquin parecía estar un poco incómodo.

—Las cosas no fueron exactamente así. La mayoría de los habitantes de por aquí son hombres honorables, capitán Bassington, pero me temo que algunos de los nuestros se deshonraron a sí mismos al salir la noche de la batalla con intenciones poco honorables.

Charles levantó una ceja.

—¿Saquear?

—Me temo que sí. Stefan Bruillet estaba entre ellos. Suele ser un hombre inofensivo, pero es muy persuasivo aunque poco astuto. Lo descubrieron debajo de otro hombre a quien ya habían registrado. Lo creyeron muerto y lo despojaron por completo de todo lo que llevaba puesto. Stefan no comprendió la gravedad de sus actos, como comprenderá, hasta el punto de que a la mañana siguiente se vistió con sus cosas y desfiló delante de su propia familia como si se tratara de una broma muy divertida.

—Debería estar agradecido de que me dejara mis dientes, supongo —dijo con un tono frío.

El alcalde hizo un gesto de disgusto.

—Me temo que siempre acudirán algunos carroñeros al lugar de la batalla. Le aseguro, sin embargo, que no apruebo ese comportamiento aquí. Cuando Madame Bruillet se dio cuenta de lo que había hecho, hizo que se cambiara de ropa y lo trajo directamente ante mí. Afortunadamente, pudo guiarnos hasta usted. Yo no tenía grandes esperanzas de que estuviera vivo, pero Madame Bruillet insistió mucho en que lo comprobáramos. Entonces lo envié a él y a los otros dos jóvenes implicados a unirse al grupo de voluntarios encargados de limpiar el campo de batalla. Bajo estricta supervisión, por supuesto. Creo que descubrirá que la experiencia ha sido bastante aleccionadora para ellos.

—Pensaría que sí —dijo con cansancio—. Nunca he visto a tantos hombres muertos en un área tan pequeña en todos mis años como soldado.

—Precisamente —coincidió el alcalde—, Madame Bruillet deseaba que su familia lo ayudara, por lo que accedieron a acogerlo y hacer lo que pudieran por usted. Como no estaban del todo seguros de qué tan grave era su fiebre, se acordó que sólo Magdalene lo atendiera. Además, Madame Bruillet es una pobre viuda que intenta ganarse la vida en esta pequeña granja y no podría permitirse ni siquiera que su hija lo atendiera. Hace sólo dos días, cuando Magdalene lavó sus pertenencias, encontró la carta en el bolsillo del uniforme. Hasta entonces, no teníamos ni idea de quién era. Inmediatamente informamos a Bruselas sobre su paradero y su estado en ese momento, pues estoy seguro de que habrá personas allá que estarán preocupados por usted.

—¡Santo Dios! Supongo que les habréis hecho creer que estoy en mi lecho de muerte —frunció el ceño—. Espero que la noticia no llegue más allá de mi regimiento.

El alcalde se encogió de hombros.

—No puedo ofrecerle ninguna información al respecto, señor. ¿Está satisfecho con las medidas que he tomado para castigar a Stefan Bruillet?

—Sí, por supuesto. La gente de por aquí ya ha sufrido bastantes molestias, con miles de soldados pisoteando sus cosechas, requisando sus casas y comiéndose su ganado. Además, si es un imbécil, Stefan no puede ser considerado totalmente responsable de sus actos.

La visita del alcalde lo dejó exhausto, y volvió a caer en un sueño interrumpido por los frecuentes ataques de tos que lo aquejaban. Quizá fue la carta de Selena lo que le hizo soñar con ella cuando había sido una chavala. Había un roble particularmente viejo y torcido en el parque de Sheringham Court y Selena estaba de pie frente a él, entrecerrando los ojos mientras miraba a su hermano.

—No volveré con mi institutriz, Gregory —dijo, levantando la barbilla de manera decidida—. No quiero coser ni leer un libro aburrido. Deseo trepar a este árbol.

—Nunca lo harás —dijo su hermano con impaciencia—. ¡Desearía que no nos siguieras a todos lados como un perro rabioso!

—¡Mírame! —dijo ella, volviéndose hacia el gran árbol y poniendo un pequeño y resbaladizo pie en una protuberancia nudosa.

—¡No! ¡Apártate, Selena! —protestó exasperado y también un poco divertido—. Te romperás el cuello y me culparán por ello.

Pero ella ya había encontrado un punto del cual sujetarse y se había impulsado. Era una pequeña criatura flaca, en especial sus brazos y piernas, y Charles la observó con una sonrisa ladeada mientras trepaba por el tronco hasta llegar a la rama más baja. Esta se inclinó hacia el suelo antes de curvarse de nuevo hacia arriba. No satisfecha con este triunfo, siguió subiendo por la frondosa copa hasta que desapareció de la vista y sólo el sonido de las hojas marcaba su avance.

—Has demostrado lo que querías, Selena —dijo Charles—. ¡Vuelve abajo, pequeña ardilla!

—Me gustaría ser una ardilla —dijo con la voz entrecortada—, ya que me mareo un poco cuando miro hacia abajo. No me había dado cuenta de que había llegado tan lejos.

Charles y Gregory intercambiaron una mirada.

—La tonta se ha quedado congelada —dijo Gregory—. Será mejor que vaya a por ella.

—Yo iré —dijo Charles—, es más probable que me escuche a mí.

Gregory sonrió de repente.

—¡No es verdad! Creo que te seguiría hasta el fin del mundo, Charlie.

—¡Dios no lo quiera! —dijo en voz baja.

—Si eso es así como te sientes, no deberías animarla. Sólo el trato más duro la disuadirá, y lo sabes.

—Sería como darle una patada a un cachorro —protestó mientras empezaba a subir.

La encontró sentada en una rama, con los brazos abrazados al tronco del árbol. Se detuvo en la rama bajo ella y le ofreció su mano, pero ella negó con la cabeza.

—Me caeré —dijo con una voz asustadiza.

Charles miró sus ojos muy abiertos y su labio tembloroso y le dijo suavemente:

—¿Crees que podrías sujetarte a mí con tanta fuerza como a ese árbol, pequeña ardilla?

Selena asintió.

—¡Buena chica! —se volvió con cuidado y se sujetó con fuerza de otra rama—. Sólo pon tus brazos alrededor de mi cuello, luego deslízate hacia abajo y rodea mi cintura con tus piernas. No es muy propio de una dama, ¡pero dudo que eso te importe!

Selena soltó una risita e hizo lo que le pidió. Charles descendió del árbol con ella abrazada a su espalda.

—Me alegra verlo con más ánimos, señor.

Charles abrió los ojos y vio al médico inclinado sobre él. Se dio cuenta de que estaba sonriendo, pero esa sonrisa se borró al observar el frasco de sanguijuelas en la mano del médico.

—No —dijo con firmeza.

—Pero, señor —dijo el hombre mientras fruncía el ceño—, aunque le ha bajado la fiebre, dista mucho de estar bien. Debemos extraer el veneno de sus pulmones.

—No —repitió—, ¿qué es lo que me aflige?

El médico suspiró y se conformó con quitar el vendaje de la cabeza de Charles.

—Ha sufrido una herida en la cabeza —murmuró, examinando de cerca el costado de su cuero cabelludo—, pero está casi curada. Creo que ya podemos quitar el vendaje.

—Me he caído de mi caballo.

—Que haya recuperado la memoria es una buena señal, pero su cabeza es la menor de mis preocupaciones. Debí de haber estado calado hasta los huesos la noche anterior a la batalla, pues hubo una gran tormenta.

—Todos lo estábamos —confirmó Charles.

—En efecto, pero luego lo despojaron de sus vestiduras y estuvo toda la noche tan desnudo como el día en que nació. Nos costó una barbaridad conseguir que entrara en calor y luego le dio fiebre. Usted, señor, sufre de una inflamación de los pulmones. No creí que fuera a sobrevivir.

—Soy un hombre difícil de matar —dijo con una sonrisa.

—Aún no está fuera de peligro —dijo el médico con seriedad—. Tardará algún tiempo en recuperarse, y hay muchas posibilidades de que sufra una recaída si no me permite tratar de eliminar la infección.

—Bueno, no lo haré —dijo tercamente—. Al menos, no con esas malditas sanguijuelas. Sin embargo, me tragaré cualquier brebaje que considere necesario.

El médico suspiró.

—Algo es algo, supongo. Prepararé mi propia receta de zumo de limón, miel y jarabe de amapolas. Creo que le resultará beneficiosa.

—Suenas delicioso —dijo alegremente, mientras volvía su mirada hacia la puerta en cuanto esta se abrió. Sus ojos se abrieron de par en par y soltó una carcajada cuando un caballero inmaculadamente vestido entró en la habitación.

—¡Carteret! ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Lord Carteret le ofreció una dulce sonrisa la cual sólo le permitía ver a sus amigos más cercanos.

—He venido a buscarte, por supuesto. Después de hacer una visita poco provechosa y bastante desagradable a todos los hospitales de Bruselas, me informaron de que estabas aquí. Me dijeron que estabas en tu lecho de muerte, y debo decir, viejo amigo, que luces muy acabado.

—Todavía está muy lejos de eso, señor —dijo el médico—, pero se niega a seguir mi consejo.

Lord Carteret levantó una ceja.

—¿Estás siendo difícil, Charles?

—No estoy siendo difícil. Me he ofrecido a beber cualquier medicina que el doctor considere oportuno darme, ¡sólo que no permitiré que más sanguijuelas me chupen la sangre!

Lord Carteret miró el frasco que yacía sobre la cama.

—No te culpo, Charles.

El doctor hizo una mueca, negó con la cabeza y salió de la habitación, llevándose a las sanguijuelas.

—Estoy encantado de verte, por supuesto —dijo Charles—, pero, ¿qué demonios te ha hecho venir hasta aquí?

—Más bien deberías preguntar, quién —dijo con delicadeza—. Lady Selena estaba en la ciudad cuando llegó la noticia de nuestra victoria. Con ella llegó la no tan grata noticia de que estabas desaparecido. La idea de que alguien debía buscarte la consumió. Lord Brigham le informó de que habría mucho caos inmediatamente después de la batalla, pero ella no se conformó. Cuando juró que si nadie más te buscaba, ella lo haría, asumí la tarea. Parece que te aprecia mucho, Charles.

—Así ha sido desde que era una chavala —dijo, con una sonrisa cariñosa en los labios—. Se ha convertido en una costumbre para ella. Pero, ¡qué idiota! No deberías haberle hecho caso.

—Tal vez no —dijo—, pero estaba en un callejón sin salida, y aunque nunca me imaginaría que ella misma vendría realmente a por ti, no me hubiera gustado apostar dinero por esa posibilidad.

Selena había cambiado mucho en los últimos años. Le había sorprendido descubrir lo reservada que se había vuelto cuando la había visto en la ciudad, pero no había tenido que esforzarse mucho para hacer salir a la chica que había conocido. Su sueño le había recordado a la pequeña intrépida y testaruda que había sido. ¿Qué había dicho Gregory? *Te seguiría hasta el fin del mundo, Charlie*. Soltó una risita.

—No, yo tampoco. ¿Tienes noticias de mi regimiento, Carteret?

—Partieron hacia París poco después de la batalla.

—¿Napoleón escapó entonces?

—Sí. Huyó a París pero fue obligado a abdicar.

—¡Maldita sea! Ojalá hubiera podido estar allí —habló tan enérgicamente que volvió a ser víctima de un ataque de tos.

—Creo que pasará algún tiempo antes de que puedas reincorporarse a tu regimiento —dijo con un tono seco.

—Sí, eso me informó el buen doctor.

—En ese caso, creo que sería mejor que te llevara a casa, viejo amigo. He obtenido el permiso para llevarte a Bassington Hall para que te recuperes en cuanto estés en condiciones de hacerlo.

En ese momento, Magdalene entró en la habitación con una poción humeante en las manos. Hizo una delicada reverencia ante lord Carteret antes de entregarle la taza a Charlie.

—Gracias, Magdalene —dijo, bebiéndola aunque esta le quemó la garganta—. Ahora, trae mi uniforme, ¿quieres? ¡Me voy a casa!

Magdalene pareció sorprendida y le dirigió una mirada suplicante a lord Carteret.

—No te precipites, Charles —dijo él.

—Si tengo que estar enfermo, prefiero recuperarme en casa. No veo que estar sentado en un carruaje sea mucho más fatigoso que estar acostado aquí en esta cama.

Lord Carteret lo miró, pensativo. Conocía a Charles desde hacía años y sabía muy bien que detrás de su exterior apacible se escondía una naturaleza obstinada y decidida.

—No te llevaré a ninguna parte hasta que el doctor haya tenido tiempo de suministrarme sus pociones y las instrucciones sobre la frecuencia con la que debo administrártelas.

Charles volvió a acostarse contra las almohadas.

—Oh, muy bien. Pero te advierto que no me retendrás aquí mucho tiempo —sonrió con pesar—. Espero que tengas mucho dinero, Carteret, porque yo no tengo ni un penique. Me atrevo a decir que el viaje será muy caro y, además, deseo dejarle a los Bruillet una generosa suma. Magdalene ha cuidado muy bien de mí.

Le cogió la mano y se la besó. Era evidente que ella no había entendido su conversación, pues había estado mirando de uno a otro, con una expresión de confusión en los ojos. Pero ante este gesto, sonrió.

—¿Te quedarás? —preguntó ella.

—Por hoy —accedió Charles.

Ella pareció sentirse aliviada, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de lord Carteret.

—Veo que incluso en tu lecho de muerte sigues rompiendo corazones. Por supuesto, tengo suficiente dinero. Deberías conocerme lo suficiente, Charles, para saber que nunca habría salido de casa sin antes considerar todos los posibles escenarios. Sin duda sería un tonto si me hubiera quedado sin dinero antes de encontrarte.

—Eres el último hombre al que llamaría tonto —dijo—. ¡Por eso me sorprende que estés aquí! Pero nadie sabe mejor que yo cómo Selena puede persuadir a alguien para que haga su voluntad cuando le apetece. Le dije que serías un buen marido para ella. Pero, pensándolo bien, no creo que ella sea buena para ti, viejo amigo. No te dejes engañar por el comportamiento tímido que mostró cuando estaba en la ciudad. ¡Es una fiera cuando está en su territorio!

## CAPÍTULO 3



Cuando lady Sheringham comprendió que, lejos de alentar a lord Carteret, Selena lo había enviado a lo que ella consideraba una búsqueda inútil para encontrar al capitán Bassington, la miró con asombrada y estupefacta. Su incredulidad se fue convirtiendo en ira. Una mujer obediente y respetuosa de los deseos de su marido, estaba decidida a hacer todo lo posible para hacerlo feliz y sabía que ver a su única hija debidamente establecida, lo haría.

No se había quejado cuando él le había informado de que no estaba interesado ni la política ni la ciudad y que solía inspeccionar sus otras propiedades durante esta época del año. De hecho, había pensado que Selena podría mostrarse más maleable sin su presencia y no había dudado de la capacidad de su esposa para encontrarle un marido adecuado. Después de todo, Selena había sido bendecida con una buena figura, una cara bonita y una fortuna. Pero ahora tenía muy claro que había fracasado estrepitosamente al intentar conseguirlo. El hecho de poder decirle con toda honestidad a su marido que había hecho todo lo posible por Selena no le ofrecía mucho consuelo.

—Me desentiendo contigo, Selena —dijo finalmente—. Que lord Carteret se embarcara en semejante expedición simplemente por petición tuya sugiere que te tiene en muy alta estima, pero el hecho de que le pidieras semejante cosa no puede dejarle ninguna duda de tus sentimientos por el capitán Bassington. Tú misma te has disparado en el pie y debes asumir las consecuencias. Partiremos hacia Sheringham Court en cuanto hayamos empacado.

Viajaron haciendo cómodas escalas y tardaron nueve días en llegar a Northumberland, Sheringham Court estaba a unas tres millas de Alnwick. A lady Sheringham no le gustaba insistir, por lo que no volvió a quejarse de las acciones de Selena, sino que permaneció en un digno silencio, únicamente interrumpido por amables peticiones u observaciones ocasionales sobre el paisaje. En cualquier otro momento, su fría actitud habría minado los ánimos de Selena, pero estaba sumida en la preocupación que sentía por Charles y era insensible a la gélida atmósfera que reinaba en el carruaje.

Sus pensamientos se desviaban a menudo hacia lord Carteret y ansiaba saber si había descubierto algo. No le dio mucha importancia a la afirmación de su madrastra de que su disposición a buscar a Charles sugería que la tenía en alta estima. Lord Carteret también estimaba mucho a Charles, y ella no había pasado por alto el brillo de emoción que había despertado en su mirada, habitualmente seria, ante la idea. Sospechaba que se había aburrido enormemente de las fiestas sociales que caracterizaban la temporada y que la idea de vivir una aventura había superado su habitual prudencia.

La carta de Charles había terminado de destruir las pocas esperanzas que le quedaban de que algún día él le correspondería, al menos de la manera que ella deseaba. Había sido como despertar de un sueño y se había visto obligada a plantearse su futuro. Era muy afortunada por

haber heredado la fortuna que le había dejado su tía abuela, pero no veía en qué la beneficiaría. Parecía que, con fortuna o sin ella, el matrimonio era la única forma en que podría llevar una vida lejos de Sheringham Court en un futuro próximo. ¿Quería hacerlo? ¿Le gustaba a lord Carteret lo suficiente como para casarse con ella? Y de ser así, ¿sería una tonta si lo rechazara? Se hizo estas preguntas muchas veces durante el viaje, pero siempre llegaba a la misma conclusión. Era demasiado pronto. No era tan voluble como para trasladar tan fácilmente sus esperanzas a otro hombre.

Mientras más se acercaban a su casa, su ánimo mejoraba. Los páramos y los bosques dieron paso a un valle protegido y a fértiles tierras de cultivo. Cuando atravesaron las puertas de Sheringham Court y vio las hectáreas de parque que habían sido su patio de juego, una pequeña sonrisa iluminó su demacrado semblante. Sus ojos se posaron en un viejo roble que se erguía espléndidamente aislado en medio del parque. No había tenido más que diez años cuando había escalado sus impresionantes alturas, sólo para quedar atrapada en las ramas más altas. Todo había sido para impresionar a Charles, por supuesto. Habría hecho cualquier cosa para impresionar a Charles. Sin embargo, su descenso del árbol no había sido nada impresionante. Puede que él la llamara pequeña ardilla, pero mientras bajaba, ella se había aferrado a su espalda como una cría de mono a su madre.

Un leve suspiro se le escapó cuando al doblar una curva en el camino vio las pálidas piedras de Sheringham Court. Desde la vista frontal, parecía modesta en tamaño, con sólo dos plantas principales y los áticos, y con sólo tres pares de ventanas a cada lado del porche de entrada. Sin embargo, esto era engañoso, ya que hasta que los visitantes no se acercaban a la explanada de grava frente a la casa no se revelaba una de las dos alas laterales. Se trataba de un añadido posterior, construido en un estilo más grandioso y sustancial.

Cuando el carruaje se detuvo, no fue Trinklow, su mayordomo, sino lord Sheringham quien salió a su encuentro con una cálida sonrisa de bienvenida en los labios. Selena abrió de golpe la puerta del carruaje, bajó de un salto y corrió hacia sus brazos. Lo abrazó tan fuerte como pudo y sonrió al escuchar su suave risa sobre su cabeza.

—Pensé que habrías adquirido un poco de refinamiento urbano, querida —dijo él, apartándola suavemente de para poder mirarla.

—Aunque por regla general no estoy a favor de las demostraciones de afecto —dijo lady Sheringham con frialdad, acercándose a ellos—, si Selena hubiera mostrado a alguno de los caballeros que conoció en la ciudad una pequeña parte de la cordialidad que le ha demostrado a usted, milord, podríamos haber traído a casa algunas buenas noticias. En su lugar, ha enviado a su único pretendiente potencial al otro lado del canal en busca del capitán Bassington.

Lord Sheringham pellizcó la mejilla de su hija.

—Lo sé. Bringham le escribió a lady Bassington para informarle de ello. Siempre fuiste una chiquilla tonta cuando se trataba de Charles, Selena. Aun así, ha corrido por aquí desde que era un chaval, así que no es de extrañar que te preocuparas por él como si hubiera sido tu propio hermano.

Lady Sheringham resopló y entró en la casa. Al ver que su padre fruncía el ceño, Selena dijo rápidamente:

—He sido una triste prueba para ella, papá. Mi madrastra se esforzó mucho por establecerme, pero odio tanto estar rodeada de extraños que fui excesivamente torpe con casi todos.

Cogió el brazo de su padre y comenzaron a caminar lentamente hacia la casa. Lord Sheringham la miró, preocupado.

—No puedo entender por qué eres tan tímida con los extraños, Selena, cuando siempre solías

adoptar a los amigos de tu hermano como si hubieran sido los tuyos.

—Sí, pero a la mayoría los conozco desde siempre. No fui tímida con Charles cuando vino a la ciudad, por supuesto, y a través de él conocí a lord Allerdale y a la señorita Edgcott, quien ahora es lady Allerdale. Y luego me hice amiga de lord Carteret.

—¿Sólo amiga? —preguntó con delicadeza.

—Sí, sólo amiga.

Le dio una palmadita en la mano.

—No te preocupes. Siempre tendrás un hogar aquí, lo sabes. Pero pensé que ya no eras feliz aquí y esperaba que conocieras a alguien a quien pudieras admirar y que te hiciera sentir cómoda. ¿Estás segura de que lord Carteret no podría ser ese alguien? Tu madrastra me escribió acerca de él, y Gregory me dice que es un buen tío.

Se detuvieron en el recibidor de techo alto. Selena miró los angustiados ojos castaños de su padre y dijo:

—No, no estoy *muy* segura de ello.

—¡Selena! ¿Has estado poniendo a la ciudad de cabeza y comportándote como la fiera que eres? ¿Qué es todo esto que he escuchado de que has enviado al pobre Carteret a buscar a Charles?

Sonrió mientras su apuesto hermano bajaba las escaleras de dos en dos, riendo. Sus ojos color avellana eran tan parecidos a los suyos.

—¡Gregory! No me comporto como un fiera —un remordimiento de conciencia la hizo añadir—. Al menos ya no más.

Gregory, el vizconde Perdew, no se dejó impresionar por este arrebato. Le rodeó los hombros con un brazo y plantó un beso sobre su cabeza.

—Tal vez no cuando estás en compañía de extraños, pero llevas años controlando a mis amigos para que hagan lo que quieres. Carteret no es el único tío al que metes en aprietos de manera regular, ¿cierto? No he olvidado la vez que convenciste al pobre Adolphus Bassington para que rescatara a aquel gatito del río, sólo que él no sabía nadar, y casi se ahoga, mientras el gatito logró llegar a la orilla por sí solo.

—¡Pero, Gregory, yo no tenía ni idea de que no sabía nadar!

—¡O la vez que le rogaste a Ralph Mawsley que te dejara conducir su carruaje sólo porque me había negado a enseñarte a manejarlo y maldita sea, te estrellaste contra un árbol y le rompiste el brazo!

Selena se mordió el labio, intentando no reírse.

—Eso fue muy torpe de mi parte —admitió—. Pero fue mi primera lección.

—Y en cuanto al pobre Edward, ¡lo dejaste marcado de por vida cuando intentó impedir que te llevaras a mi caballo a dar un paseo!

—Eso es una exageración —protestó—, mi estribo le dio por encima del ojo, ¡pero ya casi no se ve la cicatriz! ¿Está Eddy en casa?

—¡No, mocosa! —dijo Gregory—. Se ha ido de excursión a West Country con algunos de sus compañeros de universidad para celebrar su liberación de los sagrados portales de Oxford.

Selena se volvió hacia su padre, que sonreía con indulgencia ante este intercambio.

—¿Ha enviado ya lord Carteret alguna noticia a Bassington Hall?

—No, apenas ha habido tiempo. Pero no te preocupes por Charles —dijo alegremente—, nunca había conocido a un hombre con tanta suerte.

—Señor, sí —convino Gregory—. Si vas a quedarte sentarte a lamentarte, Selena, no tendré paciencia contigo. Decenas de hombres desaparecen después de una batalla. La mayoría han

sufrido alguna herida insignificante y sus nombres no han sido registrados correctamente, si es que han sido registrados, y a veces no han desaparecido, sino que se trata de un error administrativo.

Selena no se mostró contraria a sus argumentos y empezó a sentirse más optimista.

—Sí, claro.

—Y te diré una cosa, Selena —continuó Gregory—, he adquirido un faetón nuevo, y si prometes no mostrarme una cara larga, ¡te dejaré conducirlo! Ahora, será mejor que subas y te cambies, porque estoy hambriento, ¡y me pondré fatal si la cocinera tiene que postergar la cena!

Selena subió las escaleras con un ánimo más alegre de lo que hubiera creído posible hacía tan solo una hora. Se encontró a Albina rondando con cierta inquietud en lo alto de la escalera y se sorprendió al ver un atisbo de timidez en los ojos oscuros de su hermanastra.

—Albina, qué alegría verte. Debes estar muy contenta por el regreso de tu madre.

—Sí, por supuesto. Pero también me alegro de verte, Selena.

Las palabras sonaron un poco forzadas, pero la mirada sincera en su rostro demostraba su veracidad. Selena sonrió.

—¿Ha sido tan aburrido?

—Lo fue al principio —dijo, un tanto cohibida—, pero Gregory y tu padre han sido muy amables.

—Me alegra escucharlo —dijo—. Pero recuerda que ahora también es tu padre, y Gregory es tu hermano, así que espero que haya sido amable —a pesar de sus palabras, estaba intrigada. Antes de que ella se fuera, su hermano no había mostrado mucho interés en su nueva hermana. Cogió el brazo de Albina—. Veo que ya estás vestida para la cena. ¿Me acompañarías a cambiarme? Me gustaría escuchar todas tus novedades.

—Por supuesto —respondió—, y a mí las tuyas.

—Entonces —dijo mientras su criada la ayudaba a quitarse el vestido—, háganme de esta amabilidad fraternal que Gregory te ha mostrado.

La sonrisa de Albina contenía una pizca de culpabilidad.

—Me ha estado dando clases de equitación y me acompañó a mi primera fiesta de mayores.

—¡Albina! —dijo, sorprendida—. ¡No me digas que la señora Farley te ha permitido salir del aula! ¿Qué dirá tu mamá al respecto?

—No estoy segura —admitió, sonrojándose un poco—, pero aunque se enfade, ¡valdrá la pena! Lord Sheringham...

Selena negó con un dedo de manera admonitoria.

—Muy bien. Papá dijo que ahora que tengo diecisiete años, debería aprender a relacionarme un poco en sociedad, y cuando me llevó a visitar a lady Bassington, me di cuenta de que tenía razón.

—¿Ah sí? ¿Fue allí donde conociste a Charles?

—Sí —confirmó—, antes de que él y lady Bassington fueran a la ciudad para el baile de lady Bringham. Me temo que lucía muy tensa porque me sentía un poco nerviosa.

Selena estaba inclinada sobre su lavamanos, pero levantó la vista, miró a Albina y cogió una toalla.

—No habría esperado que te sintieras nerviosa, Albina.

—No creía que se fuera a quedarme tan callada. Pero he pasado la mayor parte del tiempo en el aula con la señora Farley, y en las ocasiones en que he estado sentada con mamá cuando ella recibía visitas, siempre me decía que me mantuviera en un segundo plano y que sólo hablara si alguien me dirigía la palabra. Después de todo, ¿qué tengo que decir? Tengo la cabeza llena de

las cosas que aprendo en el aula.

—Y sin embargo fuiste a una fiesta. Qué valiente.

—Estaba decidida a mejorar. Siempre he creído que si hago las cosas que me resultan difíciles, estas se vuelven cada vez más fáciles. Creo que ayudó el hecho de que Gregory hubiera empezado a charlar conmigo de una manera muy distendida durante mis clases de equitación.

Selena sintió un repentino remordimiento de conciencia. Cuando la había acompañado en sus clases de francés, Albina siempre había parecido tan tranquila, segura y competente, que Selena se había sentido bastante inepta. Aún conmocionada por los cambios en su hogar, quizá no había pensado tanto como debería sobre los sentimientos su nueva hermana. Desde luego, no había hecho ningún esfuerzo por conocerla mejor, y la frialdad de Albina no la había alentado a hacerlo. Pero ahora se daba cuenta de que todo había sido una fachada y que mientras ella había estado vagando por los terrenos, con la cabeza en las nubes la mayoría de las veces, o visitando a sus amigos, Albina probablemente había estado deseando unirse con ella. Aunque su madre no se lo hubiera permitido; lady Sheringham parecía estar decidida a que Albina saliera al mundo con una buena educación a sus espaldas y muchos logros. Selena sonrió. Parecía que, en su ausencia, Albina había empezado a florecer.

—¿Disfrutaste de la fiesta?

—Mucho —respondió con ojos brillantes—. La organizó la señora Mawsley. Conocí a su hija Sarah, quien no es mucho mayor que yo, y me senté junto a Ralf Mawsley en la cena. Fue muy educado y amable.

—Sí, no podrías haber hecho mejor elección que ir a casa de los Mawsley para tu primera fiesta. Ralf es un amigo cercano de Gregory, ¿sabes? Supongo que te contó todas las travesuras que yo solía hacer.

Albina asintió, con expresión un poco severa.

—Veo que te han impactado —dijo Selena, sentándose frente al espejo para que su criada pudiera cepillarle el pelo.

—Sí —se encontró con los ojos de Selena en el cristal—, pero no de la forma que piensas.

—¿Ah no?

—Él te hizo parecer tan alegre, Selena, tan feliz y despreocupada. Pero no parece serlo desde que vinimos a vivir aquí. Me entristeció pensar que te hemos hecho tan infeliz.

Selena le indicó a la criada que se retirara y se volvió hacia Albina.

—No lo hicisteis —dijo con firmeza—. Perder a mi madre me hizo infeliz. Cuando llegasteis, bueno, me costó un poco acostumbrarme, eso es todo. Y luego, no quería ir a la ciudad. Pero estoy muy contenta de tener una hermana. Estoy decidida a que nos conozcamos mucho mejor ahora que estoy en casa.

Una pequeña sonrisa curvó los labios de Albina.

—Eso me gustaría. Durante muchos años sólo hemos sido mamá y yo, y hasta que llegué aquí no me había dado cuenta de lo sola que estaba.

Selena se levantó y colocó de la mano de Albina en su brazo.

—Ven, bajemos a cenar. Y si tu madre se enfada porque te han permitido salir del aula, te defenderé.

Lady Sheringham nunca se habría ensañado con su marido, fuese cual fuese su queja, pero cuando lord Sheringham le informó de las acciones de Albina, descubrió que no tenía ningún deseo de hacerlo. Si podía decirse que algo beneficioso había surgido de las semanas perdidas en la ciudad, era el saber que nada podía ser más perjudicial para las posibilidades de una muchacha de conseguir marido que una timidez excesiva.

—Apruebo plenamente que Albina conozca a algunos de nuestros vecinos —dijo—, yo misma lo habría sugerido si no hubieras tomado ya cartas en el asunto. No pretendo criticar a Selena, pero no me gustaría que Albina se mostrara tan inepta socialmente cuando debute en su primera temporada, como me temo que Selena lo hizo.

Lord Sheringham sonrió con pesar.

—No debería haber obligado a Selena a ir, por supuesto. Pero la intención de su madre siempre fue que debutara en su primera temporada. Pensamos que su aversión a los extraños sería temporal.

—Bueno, eso no ha ocurrido. Y aunque así hubiera sido, no estoy segura de que hubiera cambiado nada. Selena cree estar enamorada del capitán Bassington.

—Eso no es más que una idealización infantil. Si en estos últimos años hubiera pasado tanto tiempo en su compañía como cuando era niña, lo habría superado. Tal como están las cosas, probablemente tendrá que enamorarse de otra persona antes de que se dé cuenta. Pero parece que tendrá que ser uno de los jóvenes de la zona a quién conozca desde hace años.

Lady Sheringham levantó una ceja.

—¿Es eso probable? ¿No lo habría hecho ya si así lo deseara? ¿Puedo sugerirle, milord, que sería más provechoso que la alentara a considerar a un caballero por sus méritos y no por su capacidad de hacer que su corazón lata un poco más rápido?

Lord Sheringham frunció los labios.

—¿Ha conocido alguna vez el amor, milady?

—No, y me alegro de ello. Si pudiera haber visto la furia que se apoderó de Selena cuando le sugerí que el capitán Bassington podría no volver...

Lord Sheringham gruñó, pero luego le cogió la mano y se la llevó a los labios, mirándola con compasión.

—¿Era eso realmente necesario, Elizabeth? —dijo con dulzura.

Lady Sheringham se sonrojó y miró su mano con sorpresa.

—Tal vez no haya sido muy correcto de mi parte —reconoció, con voz una extrañamente insegura—. Hablé sin pensar y lo lamento. No quería causarle dolor, sólo hacerla enfrentarse a la realidad.

—Espero sinceramente que Selena nunca tenga que enfrentarse a esa realidad en particular. Todos queremos mucho a Charles. Espero de todo corazón que él regrese, y que Selena tenga la oportunidad de descubrir que ha confundido sus sentimientos, pues él nunca me ha dado ninguna razón para suponer que esté enamorado de ella.

Parecía improbable que las esperanzas de lord Sheringham se cumplieran. A la tarde siguiente, Selena entró corriendo en su estudio, con el pelo alborotado, el dobladillo del vestido embarrado y la respiración agitada como si hubiera estado corriendo. Sus ojos rojos le dejaron ver que había estado llorando. Se levantó de inmediato y la abrazó.

—Has estado en Bassington Hall, ¿cierto?

—Sí, papá. Para ver si tenían noticias.

—¿Y?

—Charles está gravemente enfermo, papá, de una inflamación pulmonar.

—Eso es lamentable —dijo con calma—, pero no necesariamente fatal, ¿sabes? Sobre todo en un joven sano como Charles.

La barbilla de Selena tembló, pero asintió.

—Eso es lo que piensa lady Bassington. Dijo que no sería propio de él en absoluto dejarse vencer por una enfermedad tan insignificante y que por eso yo podría estar segura de que él

estaría bien.

Lord Bassington miró su pálido rostro y le dedicó una sonrisa reconfortante.

—Y tiene toda la razón

## CAPÍTULO 4



Charles no tardó en descubrir la falsedad de su confiada afirmación de que no podía ser mucho más fatigoso estar sentado todo el día en un carruaje que acostado en una cama. Pero si los caminos llenos de baches de Francia lo sacudían horriblemente, causándole considerables molestias, lo soportaba todo mientras portaba una alegre sonrisa. Sin embargo, no se quejó cuando lord Carteret insistió en que se acostara durante su travesía por el mar.

—Apenas puedes mantenerte en pie, Charles —le dijo con severidad—. ¡La primera vez que el barco cabecee, intentarás mantener firmes las piernas sólo para descubrir que no te sostendrán!

—¡Lo sé! —admitió tímidamente.

El clima siguió siendo benigno, y aunque esto alargó el viaje varias horas, el suave balanceo del barco arrulló a Charles, quien llegó a las costas inglesas sintiéndose muy renovado, afirmando que ahora le iría de maravilla.

Lord Carteret no era tan optimista. No estaba acostumbrado a hacer de niñera, y la molestia de Charles y su delicado estado lo preocupaban. Sabiendo que sería inútil sugerirle que descansara un poco más antes de proseguir el viaje, no lo intentó. Sin embargo, no lo pensó dos veces y alquiló el carruaje más cómodo que pudo encontrar. Aun así, tardaron una semana en llegar a Bassington Hall. Una semana en la que el apetito de Charles mejoró muy poco pero su tos empezó a ser menos frecuente. Aunque su rostro bronceado le impedía lucir tan pálido y enfermizo, tenía, sin embargo, un aspecto demacrado y ojeroso.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Charles cuando la gran casa se hizo visible—. ¡Si nunca vuelvo a ver el interior de un carruaje, por mí mejor!

—Estoy dudando si debería señalar lo ilógica que es tu afirmación —dijo, sintiendo un alivio tan grande como el de Charles—. ¿Estás lamentando su impetuosidad?

—En absoluto. Nunca he soportado estar atrapado en un carruaje. Prefiero montar o conducir yo mismo —de pronto se echó a reír—. Sueno como un perfecto desagradecido, ¿verdad? No lo soy, y lo sabes —le tendió la mano—. Gracias, Carteret.

Él la estrechó, pero dijo:

—Podrás darme las gracias cuando estemos seguros de que no te he matado.

—No hay necesidad de preocuparse; no hay nada que nuestra ama de llaves, la señora Chivers, no pueda curar. Sabe todo lo que hay que saber sobre hierbas. Si hubiera nacido en otro siglo, ¡la habrían acusado de bruja!

Cuando se detuvieron frente al recibidor, la oscura puerta de roble se abrió y el mayordomo la atravesó lentamente. Dos corpulentos lacayos lo siguieron.

Ante un imperioso gesto del mayordomo, comenzaron a caminar hacia el carruaje. Uno de ellos abrió la puerta y el otro bajó el escalón. Al hacerlo, este miró hacia arriba, con una

expresión impasible, hasta que vio quien estaba dentro. Entonces, sus ojos se abrieron de par en par y una sonrisa inoportuna pero alegre se dibujó en su rostro.

—¡Capitán Bassington!

Charles conocía al lacayo de toda la vida, ya que era hijo de uno de sus labradores arrendatarios y tenían casi la misma edad. También era su ayuda de cámara siempre que estaba en casa. Le guiñó un ojo y le dijo en voz baja:

—Cuidado, Sam. Si Pooley ve esa sonrisa tonta, ¡te hará pulir cubiertos durante una semana!

—Estoy tan contento de verlo, señor —dijo en voz baja—, ¡que lo haría encantado!

Se alejó del carruaje para permitir que Charles bajara. Al hacerlo, el mayordomo lo vio. Un musculo se tensó en su mandíbula en el momento en que sus años de entrenamiento se enfrentaron con su deseo natural a sonreír. Su deseo natural ganó.

—¡Capitán Bassington! —dijo—. Bienvenido a casa, señor, bienvenido a casa.

—Gracias, Pooley —dijo, con un brillo en los ojos—. Parece que os hemos cogido por sorpresa. ¿No habéis recibido la carta que lord Carteret envió desde Bruselas informándoos de nuestra inminente llegada?

El mayordomo hizo una reverencia cuando lord Carteret bajó de la carruaje.

—No, señor. La única carta que hemos recibido fue la que nos informaba de que estaba usted gravemente enfermo —frunció el ceño como si se le hubiera ocurrido algo—. Sam, coge el brazo del capitán Bassington, no tiene buen aspecto.

—Gracias, Sam —dijo, sorprendiendo al lacayo al aceptar el brazo que le ofrecía. Soltó una risita—. Pensaste que no lo aceptaría, ¿cierto? Lo habría hecho, por supuesto, en cualquier otra circunstancia, pero me temo que estoy un poco estropeado. Llévame con mi madre. Dudo mucho que se haya preocupado demasiado por la noticia de mi enfermedad, pero de cualquier modo, no dudo que se alegrará de verme.

—Lleva el equipaje de lord Carteret a la habitación roja, Jonathan —le dijo el mayordomo al segundo lacayo, antes de volverse hacia el invitado inesperado—. ¿Irás con el capitán, o lo acompañas a su habitación, señor?

—A mi habitación —respondió—, preferiría quitarme toda esta suciedad antes de presentarme.

Charles lo miró por encima del hombro, con una sonrisa burlona.

—¿Acaso eres un cobarde llorón, Carteret? ¿Temas que mi madre te culpe de mi estado? No tienes por qué preocuparte. No lo hará.

Lord Carteret levantó una ceja.

—Sólo te estoy concediendo un poco de privacidad para lo que será, estoy seguro, una conmovedora reunión familiar.

Charles sonrió.

—Si crees que mi madre llorará por mí, es que no la conoces. No sufre de los nervios, gracias a Dios. De hecho, ¡no estoy seguro de que alguna vez lo haya hecho!

—Quizá debería mencionar que lady Bassington tiene una visita —dijo Sam, mientras se dirigían a un salón del ala este.

Charles lo miró, un poco consternado. Había querido disfrutar de la sorpresa que le depararía su llegada no anunciada, pero no se sentía con ánimos para hablar tonterías corteses con las visitas.

—¿Quién es?

—Lady Selena —dijo—. Viene todos los días para ver si hay noticias de usted.

—Oh, bueno, está bien. Es prácticamente de la familia.

Una muy pequeña sonrisa se dibujó en el rostro del lacayo.

—Estará encantada de verlo —murmuró—, tenga cuidado de que no lo derribe.

Charles se rio.

—Ya es una señorita, Sam. No creo que se lance a mis brazos.

Cuando el lacayo cogió el picaporte, Charles negó la cabeza. Tenía ligeras sibilancias, así que sacó un pañuelo de su bolsillo y tosió en él. Cuando se hubo recuperado, asintió y Sam abrió la puerta. Charles entró en el salón con una sonrisa alegre en el rostro.

Lady Bassington estaba recostada en un diván delante de dos puertas abiertas de par en par, dejando que la ligera brisa veraniega acariciara su rostro. Selena estaba sentada a su lado, leyendo un libro en voz alta, el cual Charles no dudaba que sería la última novela romántica de moda, y su cuñada, Caroline, parecía estar zurciendo unas sábanas.

Como lady Bassington tenía los ojos cerrados y Caroline estaba absorta en su tarea, sólo Selena levantó la vista. Él vio cómo sus ojos se abrían como platos y cómo la sorpresa, el alivio y luego la alegría se apoderaban de ellos. Su libro cayó al suelo, se puso en pie de un salto, soltando un pequeño gritito, y corrió a través de la habitación hacia él. Charles se rio y extendió las manos para apartarla.

—No, en serio, pequeña ardilla.

Sam dio un paso hacia adelante como para protegerlo, pero una mesa auxiliar de caoba llegó en su ayuda. Selena tropezó con ella, haciendo que el jarrón de flores situado sobre esta se tambaleara precariamente. Logró cogerlo antes de que cayera al suelo y, cuando volvió a levantar la vista, parecía haberse serenado un poco. No se acercó más sino que se quedó donde estaba, con una sonrisa un tanto apagada.

—Charles —dijo Caroline con un tono sorprendido, poniéndose en pie—, es muy propio de ti el que no nos hayas avisado que estabas mejor o que estabas a punto de venir. Le informaré a la señora Chivers.

—¿De qué estás hablando, Caroline? —dijo lady Bassington, arrastrando las palabras—. Charles está claramente lejos de estar bien, y le habría venido bien que Selena lo hubiera tirado al suelo. En cuanto a no avisarnos de que volvía a casa, eso le habría quitado el factor sorpresa —se asomó una sonrisa en sus ojos grises—. Bueno, Charles, a *mí* no me has sorprendido. Le dije a Selena que no permitirías que algo tan banal como una inflamación pulmonar te venciera. Has venido a casa a recuperarte, ¿cierto?

Atravesó la habitación para llegar a su madre, alborotando el pelo de Selena al pasar. Se inclinó besó la mejilla de lady Bassington, y fue él quien se sorprendió cuando su madre lo abrazó con fuerza.

—Carteret sí escribió, mamá, pero no me sorprende que su carta aún no haya llegado. Las comunicaciones a través del mar están hechas un lío. Él me trajo a casa.

—Supongo que no tenía opción —dijo secamente—, pero es una pena que no pudiera persuadirte de esperar hasta que tuvieras un poco más de fuerzas. No queda nada de ti, Charles, estás en los huesos. No importa, entre el doctor, la señora Chivers y yo, pronto haremos que recuperes.

De repente, una mano pesada le dio una palmada en la espalda a Charles y sus piernas se doblaron. Sam parecía haber previsto esta posibilidad, porque lo cogió del brazo con fuerza y lo levantó, antes de hacerlo sufrir la ignominia de ser levantado en los brazos del lacayo.

—Oh, lo siento mucho, viejo amigo.

Charles miro el rostro amigable pero sorprendido de su hermano mayor y la leve sonrisa que curvaba sus labios.

—No lo pienses, Adolphus. Puedes bajarme, Sam. Es que me has cogido desprevenido.

—No, no puede —dijo una voz grave desde la puerta.

Todos los Bassington eran altos, pero el cabeza de familia era un hombre enorme, con un semblante rubicundo pero apuesto.

—Me alegro de verte, joven bribón, pero está más claro que el agua que el viaje ha acabado contigo. Llévalo a la cama, Sam, y luego pídele a la señora Chivers que le eche un vistazo, ¿quieres?

Sam sacó a Charles de la habitación como si llevase un raro premio entre sus brazos.

—Será mejor que me vaya a casa —dijo Selena—, o llegaré tarde a cenar. ¿Le daríais las gracias a lord Carteret de mi parte?

Lady Bassington se puso de pie, mostrando una rolliza figura.

—Sí, por supuesto. Le diré que te haga una visita mañana, Selena. Aunque echaré de menos tus visitas diarias, querida, creo que será mejor que dejes descansar a Charles unos días antes de hacernos otra.

Mientras la decepción se reflejaba en sus ojos, Adolphus dijo:

—Caminaré contigo hasta el embarcadero que te lleva a las tierras Sheringham, Selena. Aunque no sé por qué insistes en caminar cuando llegarías en la mitad de tiempo si lo hicieras a caballo. Eres una amazona excelente, después de todo.

—Me gusta el ejercicio —dijo ella, aceptando su brazo y dejando que la condujera fuera de la habitación.

Lady Bassington miró a su señor a los ojos por un momento, luego él le abrió los brazos y ella caminó hacia ellos. Un pequeño sollozo salió de sus labios.

—Calla, mi amor —dijo él suavemente—, ahora está a salvo, y no sería bueno que tus hijos descubrieran que te has convertido en un mar de lágrimas. Tu calma inquebrantable es legendaria, y les causaría mucha decepción si descubrieran que te preocupas por ellos tanto como cualquier otra madre.

Ella soltó una risita, se apartó de él y se enderezó la capota.

—Un sollozo no es un mar de lágrimas, Bassington. Y no me preocupo por ellos como norma, y bien lo sabes.

—Si tú lo dices, querida —dijo, con una mansedumbre que no engañaba a su mujer.

—Sí lo digo. Ahora, ve y prepárate para cenar. Apestas a los establos.

Una mirada cariñosa apareció en los ojos de lord Bassington.

—Nunca solías objetar. Recuerdo una velada muy interesante contigo en un pajar encima de un establo, querida. ¿Cómo podría olvidarla si fue allí donde te propuse matrimonio?

La mirada gris de lady Bassington se tornó una tanto seria.

—Eras un desvergonzado, calculador y totalmente temerario. No sé qué fue lo que me poseyó para decirte que sí.

Si alguno de sus hijos hubiera tenido el privilegio de ver la sonrisa perversa de lord Bassington, se habría quedado bastante asombrado.

—¡Y tú, mi amor, eras intrépida, confiada y habías sido gloriosamente abandonada!

—¡Tonterías! —dijo ella en voz baja—. La edad te ha atrofiado el cerebro, Bassington. Yo era ingenua, curiosa y estaba claramente fuera de mis cabales.

De pronto la atrajo hacia sí y la apasionadamente. Cuando se apartó, ambos respiraban con dificultad.

—Acepto las dos primeras cosas —dijo con voz ronca—, pero nunca he conocido a una mujer más sensata, Frances.

—Menos mal que tuve la sensatez de casarme contigo —dijo en voz baja—, porque de lo contrario te habrías convertido en un vividor sin remedio y vivido una vida muy miserable.

Lord Bassington le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—No creo haber sido nunca un vividor, pero reconozco que habría sido miserable sin ti. El día que descubrí que habías persuadido a tu padre para que aceptara a un simple barón en la familia, fue uno de los más felices de mi vida.

—Me habría casado contigo con o sin su permiso —dijo, sonriendo—. Algo de lo que estoy segura él era muy consciente. Ahora, iré a ver que Charles esté cómodamente instalado —se rio—. Confío en que Adolphus le dará una efusiva bienvenida.

—Un momento, querida. ¿Estas al tanto de que Caroline, habiendo remodelado todas las habitaciones principales de este lado de la casa, me ha pedido permiso para empezar con el ala oeste?

Parecía consternada. Después de pensarlo un momento, respondió con determinación:

—Le he concedido a Caroline mucha libertad hasta ahora, pero no creo que pueda permitir más alteraciones en nuestras vidas en este momento. Creo que deberíamos enviarla a ella y a Adolphus a vivir a Horton por un tiempo.

Su marido levantó una ceja.

—Pero mi tía Cecelia la ha ocupado durante los últimos treinta años. Sabes que era tan excéntrica que no permitía que se le hiciera ningún mantenimiento. Y como murió hace tan sólo unos meses, apenas he tenido tiempo de ponerla en orden. Es casi inhabitable.

—Entonces ya es momento de que sea habitable, y no se me ocurre nadie mejor para ponerla en orden. Caroline se sentirá como pez en el agua. Y te diré algo acerca de Adolphus, él entiende la tierra, se parece a ti en ese aspecto. Juntos lo lograrán.

—Eso es cierto —dijo pensativo—, la tierra no se encuentra en tan mal estado como la casa, pero debería haber jubilado al viejo Farnaby hace años. Es sólo que la aversión que la tía Cecilia le tenía al cambio me impidió hacerlo.

—Está decidido entonces —dijo—. Como sólo está a unas diez millas de distancia, pueden ir a ver la casa mañana.

## CAPÍTULO 5



Selena le agradeció a Adolphus por acompañarla, subió ágilmente los escalones junto al cercado que separaba sus tierras y saltó al parque de Sheringham Court. Caminaba con la cabeza gacha y el ceño fruncido, pensativa. El acelerado latido de su corazón no se debía solo a sus rápidas zancadas. Sus pensamientos y sentimientos eran bastante confusos y parecían ir al mismo ritmo que sus pasos.

Lo que más sentía era felicidad. A pesar de que Charles tenía un aspecto bastante demacrado, su sonrisa despreocupada y el brillo de sus ojos hacían imposible no creer que se recuperaría por completo. Pero el arrebató alegría que había sentido al principio había disminuido cuando él había extendido los brazos para apartarla. Una parte de ella se había alegrado de que lo hiciera, pues le había recordado lo inapropiado que había sido su impetuoso impulso de lanzarse sobre él, pero otra parte de ella se había entristecido de que no hubiera deseado su abrazo.

Se recordó a sí misma que había jurado que si Charles estaba a salvo, estaría satisfecha. Después de todo, ya había aceptado que él sólo sería su amigo. Frunció el ceño al recordar cómo le había alborotado el pelo de manera despreocupada, como si aún fuera una niña. Entendió que así era como la veía. Por esa razón le había pedido a su primo que la cuidara; no la creía capaz de valerse por sí misma. Debía admitir que su comportamiento en la ciudad le había dado motivos para pensar así. Sin embargo, ya no estaba en la ciudad, y en ese mismo momento decidió que por fin dejaría atrás su reticencia a relacionarse con caballeros que no conocía. Seguiría el ejemplo de Albina y aprovecharía cualquier oportunidad para hacerlo. En lugar de asistir sólo a las fiestas en las que conocía a todos los invitados, como era su costumbre en casa, aceptaría todas las invitaciones que le ofrecieran.

Al llegar a casa, se apresuró a dirigirse al salón principal, donde la familia seguramente se habría reunido antes de la cena, para darles la noticia. Cuando todas las miradas se dirigieron hacia ella, como si la estuvieran evaluando, sonrió a modo de disculpa.

—Siento llegar un poco tarde. Veréis, hubo un pequeño alboroto.

Gregory vio al brillo tanto de sus mejillas como de sus ojos y se puso en pie de un salto.

—Por lo que más quieras, dime que Charles ha vuelto.

—Sí, lord Carteret lo ha traído a casa, aunque aún no está del todo bien.

—Oh, no tienes por qué preocuparte por eso —dijo Gregory con confianza—, Charles nunca está enfermo por mucho tiempo. ¿Recuerdas cuando todos tuvimos el sarampión? Charles se recuperó mucho antes que el resto de nosotros. ¿Estás satisfecha ahora, hermana?

—Lo estoy, por supuesto —dijo—. Ahora que sé que está a salvo, estoy contenta.

Lady Sheringham dejó a un lado su bordado.

—Me alegra mucho escucharlo. Quizás ahora reconsideres venir con Albina y conmigo a la

asamblea en Alnwick pasado mañana.

—Oh, di que vendrás —dijo Albina—, disfrutaré mucho más si estás allí, Selena.

—Entonces iré.

—Eso es muy generoso de tu parte, Selena —dijo Gregory—. ¿Quieres que te acompañe?

Selena se sintió conmovida por su ofrecimiento; Gregory rara vez asistía a tales eventos. La idea de contar con el apoyo de su hermano para reforzar su confianza era alentadora.

—Me gustaría mucho, Gregory. Gracias.

—Entonces podemos asistir todos juntos como familia —dijo lord Sheringham, sonriendo—. Se me acaba de ocurrir que no me gustaría perderme la primera salida pública de Albina y que, aunque no es la primera vez que Selena asiste a una asamblea, hasta ahora nunca he tenido el placer de verla bailar.

Selena vio la mirada perspicaz que lady Sheringham le dirigió y sospechó que esperaba que su marido viera por sí mismo que era un caso perdido. Ella no coincidía con ello y estaba decidida a no satisfacerla.

Cuando Selena se despertó a la mañana siguiente, se sentía diferente, más ligera. Tardó un momento en darse cuenta de que era la ausencia de ansiedad lo que había provocado este cambio. Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro. Charles estaba a salvo y ella estaba a punto de embarcarse en un nuevo capítulo de su vida. No se sentía precisamente feliz, pero sí más contenta de lo que había estado en mucho tiempo.

Apenas se había terminado de vestir cuando Albina entró a su habitación vestida con un traje de montar de color beige que se ceñía a su esbelta figura y le sentaba admirablemente bien a su piel morena. Sus ojos estaban llenos de noticias.

—Selena —dijo en voz baja—, la señora Farley nos deja hoy. Ha recibido una carta de su hermana. Por desgracia, está enferma y la señora Farley va a cuidarla. Ya no volverá porque dice que ya no tiene nada que enseñarme.

Selena le cogió ambas dos manos.

—Así que ya te has librado por completo del aula. Enhorabuena.

—Sí, porque mamá no tiene intención de sustituirla —Albina parecía un poco avergonzada—. ¿Está muy mal por mi parte sentirme tan feliz? Seguramente debería sentirme más disgustada por despedirme de la señora Farley.

—¡Tonterías! —dijo—. Estoy segura de que es una dama muy honorable, pero también es adusta y carece de sentido del humor.

—¿Cómo era tu institutriz? —preguntó.

—¡Exasperada! Siempre me escapaba para seguir a mis hermanos cuando estaban en casa y huía al parque cuando no. Al final, mamá prescindió de una y me enseñó ella misma —de pronto se echó a reír—. Mamá fue demasiado indulgente conmigo, sin embargo, y me temo que no sobresalgo en nada.

—Eso no es cierto. Gregory dijo que eras una habilidosa jinete con una gran técnica para el látigo.

—¿Eso dijo? —preguntó, sorprendida—. ¡A mí no me dice eso aunque fue él mismo quien me enseñó! Pero aunque lo sea, no son logros esenciales, ¿sabes?

—Aun así, me gustaría verte montar. ¿Nos acompañarías hoy? —una mirada de incertidumbre cruzó su rostro—. No, eso sería terriblemente aburrido para ti ya que apenas domino el trote.

—Tonterías. Me gustaría ver tus progresos. Puedo galopar de vez en cuando y luego volver contigo. Me pondré mi traje y te veré en el desayuno.

Lord Sheringham se mostró complacido al ver a Selena en su traje de montar azul desteñado, un viejo favorito de ella.

—No has salido a cabalgar desde que llegaste a casa, niña —dijo—, creo que fue eso lo que me preocupó por encima de todo.

Selena le sonrió con pesar mientras tomaba asiento en la mesa del desayuno.

—Oh, papá, lo siento. No era mi intención preocuparte.

Lady Sheringham la miró, un tanto dubitativa.

—Aunque me alegro de que estés retomando tus intereses, Selena, espero que no incites a Albina a esforzarse más de lo que es capaz.

—No se preocupe, señora —dijo Gregory—, no permitiré que Albina sufra ningún daño. Además, es demasiado sensata como para poner a prueba su temple frente a Selena. Es francamente reconfortante enseñar a alguien que escucha con tanta atención y hace exactamente lo que se le dice.

—Me complace escucharlo —dijo lady Sheringham—. La razón siempre debe triunfar por encima del impulso.

—Por lo general, estaría de acuerdo, querida —dijo lord Sheringham con delicadeza—. Aunque creo que a veces hay razón detrás de nuestros impulsos, es sólo que una no ha alcanzado a la otra.

Lady Sheringham consideró esto.

—¿Puedes darme un ejemplo?

Él le sonrió cariñosamente.

—Sí que puedo. Te propuse matrimonio por impulso. No tenía intención de hacerlo hasta que nos hubiéramos conocido un poco más. Sin embargo, cada vez tengo más claro el motivo.

Lady Sheringham se puso un poco tensa y miró con inquietud a los espectadores.

—¿Ah sí?

—Eres una buena mujer, Elizabeth —dijo—. Si no lo fueras no habrías alentado a Selena a ir con vosotras a la asamblea de Alnwick después de todo lo que te ha hecho pasar.

Selena ocultó una sonrisa cuando el rostro de su madrastra se sonrojó. Apartó su silla y se acercó a ella, sorprendiéndola al depositar un suave beso sobre su mejilla.

—Es verdad. Pero pretendo mejorar. O al menos, lo intentaré.

—Bien, bien, bien —dijo ella poniéndose de pie. Lucía inusualmente nerviosa—. Ahora, si me disculpáis, debo ir a darle a la señora Rudge mis instrucciones para el día.

Cuando la puerta se cerró tras ella, lord Sheringham le sonrió cariñosamente a su hija.

—Buena chica, Selena. Has sido criada con afecto y amor, y me alegra ver que estás preparada para ofrecérselo a alguien menos afortunado que tú.

—Es verdad —dijo Albina mientras caminaban hacia los establos—, si alguna vez hubieras conocido a mis abuelos, lord y lady Camberley, lo sabrías. Son serios y fríos, y me hacen enfadar porque siempre están criticando a mamá.

—¿Y cómo era tu papá? —preguntó Selena.

—No lo recuerdo muy bien —dijo—, murió cuando yo sólo tenía ocho años y apenas lo veía. El abuelo nos propuso ir a vivir con él después de la muerte de papá, pero mamá dijo que no me condenaría a recibir la crianza que ella había tenido. Cuando le pregunté a qué se refería, se calló y dijo que no debería haber dicho tanto. Le heredaron una pequeña casa adosada en Harrogate para toda su vida, y allí vivimos muy tranquilamente hasta que vinimos aquí.

—Bueno, yo por mi parte, hoy he sentido mucha pena por tu madre —dijo Gregory de pronto—. No es de las que expresan sus sentimientos tan abiertamente, pero nunca se mete conmigo,

así que no tengo nada que objetarle. No sé por qué mi padre la puso en evidencia de esa manera.

Albina dirigió hacia él sus ojos oscuros y pensativos.

—Creo que intentaba asegurarle a mamá que está contento con ella y de igual manera procurar que todos lo sepamos. Papá es muy amable. Quería que alguien ayudara a Selena con su presentación ante la sociedad, pero también creo que sentía lástima por mamá. No es tan fría como parece. Anoche hablaste de tener sarampión. Bueno, yo también lo tuve el año pasado. Estuve muy enferma, y una noche me desperté y la encontré cogida de mi mano y llorando.

—Por supuesto que estaba llorando —dijo Gregory—. Todas las mamás se preocupan por sus hijos.

—Lo que estoy tratando de decir, es que ella no puede mostrar fácilmente sus sentimientos.

—Gregory —dijo Selena cuando la idea llegó a su cabeza—. ¡Nuestra nueva mamá es el último proyecto de papá!

—¿Proyecto? —dijo Albina.

—Sí. Perdona si no te gusta el término. No pretendía ofenderte. Papá es amable y tiene conciencia. Tenemos otras tres fincas más pequeñas repartidas por el país. Papá ha convertido una en un refugio para los pobres. La mitad está llena de ancianos y la otra mitad de huérfanos. Papá tenía la idea de que se beneficiarían mutuamente. Y así lo hacen. Todos contribuyen al trabajo de la casa y la finca de alguna manera. También ha invertido en dos molinos, uno en Manchester y otro en Newcastle. Ha insistido en que se el salario de los empleados sea justo y en que los niños tengan un horario de trabajo razonable y unas condiciones laborales tan seguras como sea posible —miró a su hermano—. Si no me equivoco, Gregory, papá ha iniciado una campaña para descongelar el corazón de nuestra nueva mamá. Quiere que le demostremos cariño y afecto y creo que deberíamos hacerlo.

Gregory hizo una mueca.

—Si crees que voy a empezar a besarla y a ofrecerle cumplidos, ¡estás muy equivocada!

Selena se rio.

—¡No seas tan tonto! Sólo sé encantador con ella. No te andes con formalidades ni seas excesivamente cortés. Ríete de ella amablemente cuando diga alguna tontería, como solías hacer con mamá. Y no le des mucha importancia si ella te reprocha algo.

—Es fácil para ti decirlo —dijo su hermano—. ¿Y tú qué vas a hacer, si se puede saber?

—Voy a pedirle su opinión sobre mi vestido. Voy a bailar con quien sea que me lo pida en la asamblea de esta noche. Y si es necesario, incluso podría confiarle algunas cosas.

—¿Qué exactamente? —preguntó Gregory.

—Oh, no lo sé. Quizá le pregunte qué le ha parecido este caballero o aquel otro. Ya veremos. Lo sabré cuando se presente la oportunidad.

Albina habló. Su tono fue tranquilo y serio.

—Gracias. Somos afortunadas de haber venido aquí.

—Basta ya de tonterías empalagosas —protestó Gregory—. Veremos si sigues pensando lo mismo dentro de una hora, Albina, porque hoy vas a practicar el galope.

Albina se mostró un poco alarmada, pero cuadró los hombros y dijo:

—Si crees que estoy preparada, entonces sin duda lo intentaré.

—Buena chica —dijo él alegremente—. Te lo explicaré todo y Selena podrá mostrártelo.

Albina logró dominar el galope y los tres terminaron el ejercicio de muy buen humor entre ellos. Selena y Gregory acompañaron a Albina de vuelta a los establos y luego regresaron al parque para disfrutar de un buen galope.

—Te diré una cosa, Selena —dijo Gregory cuando se detuvieron no lejos de las tierras

Bassington—, al principio no tenía grandes expectativas de Albina, pero me equivoqué. Me ofrecí a enseñarle a montar a petición de papá, pero eso rompió el hielo. Dejé de mirarme por encima del hombro y me di cuenta de que ella simplemente no sabía cómo seguir adelante. Es bastante atrevida pero sin ser la muchachita imprudente que solías ser tú —se puso serio por un instante—. Como hoy parece ser el día de las confidencias, Selena, te diré a la cara que me alegro muchísimo de que parezcas haber dejado atrás tus malos hábitos. Si no era mamá, y no es que te culpe por ello; yo mismo estaba muy abatido, era aceptar que papá se había vuelto a casar, luego era ir a la ciudad y, para colmo, era preocuparme por Charlie. Admito que has tenido motivos suficientes para sentirte deprimida, pero me alegro de que hayas encontrado la manera de superarlos. Nunca creí que lo diría, pero echo de menos los días en que eras una chiquilla temeraria.

Selena se esforzó para hablar a pesar del nudo que se le había hecho en la garganta.

—No creo que vuelva a ser una chiquilla temeraria, Gregory, después de todo, tengo casi veinte años. Pero me siento más yo misma.

—Bueno, me alegro mucho de ello —dijo—. No me entusiasmaba que mi padre se casara de nuevo, pero es mejor así, cualquiera puede verlo. Algunas personas no están hechas para estar sin un compañero. Él es una de ellas.

Un brillo travieso iluminó los ojos de Selena.

—¿Y qué hay de ti, Gregory? ¿No es hora de que pienses en buscar pareja?

Gregory lucía horrorizado.

—No empieces a adelantarte a los acontecimientos, Selena. Puede que tú necesites empezar a pensar en eso pronto, pero es un caso diferente para los hombres. Puede que no sea justo, pero así son las cosas. Si tienes la idea de hacer de casamentera en esa cabeza tuya, deshazte de ella.

Selena le lanzó una mirada de arco.

—No es así ¡No te endilgaría a ninguna de mis conocidas!

Gregory sonrió.

—Así me gusta.

Cuando estaban a punto de dar media vuelta y regresar a la casa, vieron a un hombre que cabalgaba a toda velocidad hacia el seto que delimitaba las tierras de los Sheringham y los Bassington.

—Ése sí que es un buen jinete, si es que alguna vez he visto uno —dijo Gregory, admirado.

—Es lord Carteret —dijo—. Esperaba que fuera a visitarme hoy.

—Así es. ¡No sabía que era tan ambicioso! Y si no me equivoco, está montando a Spirit. ¡Sólo Charles y Filbert, el mozo de cuadra de Bassington Hall, han sido capaces de domarlo!

Lord Carteret aminoró la marcha de su caballo al acercarse al seto, y luego lo franqueó faltando medio metro de distancia. Tiró de su caballo, hablándole en un tono suave cuando sacudió la cabeza y relinchó.

—Encantado de verte, Carteret —dijo Gregory—. Debo admitir, sin embargo, que no pensé que fueras el tipo de hombre que se dejara engañar por las excentricidades de mi hermana. Aunque me alegro mucho de que hayas traído a Charlie a casa sano y salvo, ¿qué te ha poseído para hacerlo?

Lord Carteret hizo una reverencia y se levantó el sombrero ante Selena, antes de ofrecer a Gregory una pequeña sonrisa.

—Llámalo capricho, Perdew. No tenía mucho más que hacer y me apetecía ver por mí mismo cómo estaban las cosas. Nunca me he fiado del todo de lo que leo en los periódicos. Me parece que sus relatos a menudo complacen a aquellos que buscan lo sensacional.

—¿Y te encontraste con que lo habían hecho? —preguntó Gregory.

Los ojos grises de lord Carteret se oscurecieron repentinamente hasta adquirir el color de una pizarra mojada.

—No en este caso —dijo en voz baja—. Sólo vi las secuelas, por supuesto, pero no olvidaré fácilmente lo que presencié —miró rápidamente a Selenia.

—No tenga cuidado conmigo —dijo ella—, soy consciente de que perdí un poco la cabeza, pero ya he recuperado la cordura. Gracias por traernos de vuelta a Charles. ¿Cómo está?

—Débil de cuerpo pero fuerte de espíritu —dijo él con una sonrisa irónica—. Ha sido confinado a su cama, pero ya empieza a resistirse ante esta restricción. Se recuperará, eso no está en duda, pero puede llevar algún tiempo.

—Si piensas eso, Carteret, no conoces a Charlie. Recuerda mis palabras, estará tan bien como siempre antes de que te des cuenta. Iré a verlo mañana. ¿O crees que es demasiado pronto?

—Hazlo, por supuesto —dijo lord Carteret—, necesita distraerse. Me atrevería a decir que se alegrará mucho de verte, pero tal vez sería mejor que lo hicieras pasado mañana, ya que está un poco agotado por el viaje.

Empezaron a caminar hacia la casa.

—Esa es una yegua muy bonita, lady Selenia —dijo lord Carteret.

—Sí. Y aún está bastante fresca. Me temo que la he descuidado mucho. Creo que le gustaría correr de nuevo. ¿Vamos?

—Por supuesto —dijo—. A Spirit le vendría bien el ejercicio.

Cuando se bajaron de los caballos en el patio del establo, lord Carteret miró a Selenia con un nuevo respeto.

—Nunca sospeché que fuera usted una jinete tan soberbia, señorita.

—¡Es muy dedicada! —dijo Gregory—. Siempre lo ha sido.

—Sin embargo, que yo sepa, usted nunca montó en el parque mientras estuvo en la ciudad.

—No —convino ella—, no me habría gustado perder el tiempo entre la multitud.

—Lo comprendo perfectamente —dijo—, y sospecho que tampoco deseaba exhibirse.

—Está en lo correcto —reconoció ella.

Al entrar en la casa por la puerta que conducía de forma más directa a los establos, se encontraron con lord Sheringham, quien evidentemente se dirigía hacia allí.

Una vez hechas las presentaciones, lord Sheringham dijo:

—Encantado de conocerlo, lord Carteret. He escuchado muy buenas cosas de usted.

—Me complace escucharlo, señor.

—Sí, eso está muy bien, pero siempre me gusta formarme mis propias opiniones. Venga a mi estudio y disfrute de un refrigerio, si le apetece.

—Será un placer, señor.

Selenia y Gregory intercambiaron una mirada de sorpresa. No era propio de su padre ser tan inquisitivo con un nuevo conocido.

## CAPÍTULO 6



Charles levantó la vista cuando se abrió la puerta de su habitación. Levantó una ceja cuando entró el segundo lacayo cargando con una bandeja, ya que Sam siempre lo atendía cuando estaba en casa. Sin embargo, le sonrió amistosamente a Jonathan. Tenía poco apetito pero descubrió que estaba deseando probar unos cuantos bocados de comida hecha en casa; su cocinera, la señora Gough, era una excelente practicante de su arte. Miró con cierto interés la bandeja que Jonathan colocó cuidadosamente sobre su regazo. Al cabo de un momento, su mirada volvió al lacayo, cuyo rostro era perfectamente inexpresivo.

—En el nombre de Dios, ¿qué es esto? —dijo en voz baja.

—Creo, señor, que es sopa de verduras y un vaso de leche.

—Eso es evidente —dijo, sumergiendo la cuchara en el caldo mientras torcía los labios con una expresión de desagrado. La levantó hasta acercarla a su boca antes de girarla para que un chorro acuoso de guisantes y nabos cayera de nuevo en el plato con un pequeño salpicon—. Tal vez debería haber dicho: ¿Qué demonios pretendes trayéndome semejante comida?

Jonathan era relativamente nuevo en la casa Bassington, y su relación con el capitán Bassington era, en el mejor de los casos, superficial. Tragó saliva.

—Sólo hago lo que me dijeron, señor. Escuché al doctor recomendarle a la señora Chivers que le diera una dieta de verduras y leche hasta que tanto su tos como su apetito mejoraran.

—¡Mi apetito difícilmente se verá tentado por una comida como ésta!

—No, señor —dijo el lacayo, mirándolo con cautela.

Charles siempre había tenido un gran sentido del humor y de pronto sonrió.

—No hace falta que te quedes ahí con esa expresión preocupada. No soy el tipo de raro que te tiraría un plato de sopa caliente sólo porque no me ha gustado. Puedes retirarte y no vayas diciendo por ahí que la comida me ha disgustado. No quisiera disgustar a la señora Chivers o a la señora Gough.

Al lacayo se le escapó un pequeño suspiro de alivio.

—No diré ni una palabra al respecto, señor, puede estar seguro.

Cuando la puerta se cerró tras él, Charles bebió diligentemente una cucharada del caldo. No era tan insípido como esperaba, pero tampoco lo bastante sabroso como para que quisiera beber otra. Estaba pensando en levantarse de la cama y verter el resto en el orinal cuando la puerta volvió a abrirse. Sam entró en la habitación con otra bandeja. El olor a beicon y huevos invadió las fosas nasales de Charles.

—Así me gusta más —dijo—. Bien hecho, Sam. Debería haber sabido que encontrarías la manera de traerme algo comestible.

El lacayo dejó la bandeja sobre la mesa y sonrió.

—La señora Chivers me pidió que lo trajera. Pero tengo órdenes estrictas de no dárselo a menos que se beba toda la leche y coma al menos un poco del caldo. Dice que está segura de que el doctor Shilbury sabe lo que hace y que jamás pensaría en ir en contra de sus órdenes, pero no consigue entender cómo va a recuperar sus fuerzas sólo con verduras.

Charles soltó una risita.

—Puedo escucharla decirlo. Ya he comido un poco del caldo —bebió su leche y asintió—. Ahora, tráeme esa bandeja.

—Me temo que es sólo una pequeña porción, señor.

Charles comió un trozo de tocino y un poco de huevos revueltos. Una sonrisa de pesar se dibujó en sus labios mientras terminaba su comida.

—No podría haber comido más. La señora Chivers sabe lo que hace. Ahora, ayúdame a ponerme una bata y tráeme mis pantuflas.

—No debería —dijo en un tono resignado—. Sabe que debe permanecer en cama al menos una semana, pero lo conozco lo suficiente como para no discutir.

—¡Eres un perro insolente al considerar siquiera la idea! —su sonrisa le quitó la rudeza a sus palabras—. Sólo voy a sentarme junto al fuego, Sam —se quitó las sábanas de encima y salió de la cama—. Preferiría quedarme en mi habitación hoy. ¡Encuentro a Caroline muy estresante!

—No lo hará por mucho más tiempo, señor —dijo el lacayo mientras lo vestía con una bata negra de seda—. Ella y el señor Bassington han ido a echarle un vistazo a la Mansión Horton. Se dice que vivirán allí mientras arreglan el lugar.

—¿De verdad? Bien, se lo reconoceré a Caroline, si alguien puede restaurar ese lugar, es ella. Es una pena que hayan permitido que se deteriorara tanto. Me agrada mucho esa casa.

Sam cogió un taburete pero volvió a dejarlo en su lugar cuando Charles levantó una ceja.

—Si vas a intentar sobreprotegerme, Sam Crake, le pediré a Jonathan que me atienda.

—No, usted nunca haría eso —dijo con reproche—. No ha tenido control sobre Jonathan desde que él tenía siete años —negó con la cabeza—. Cuando pienso en todas las palizas que soporté por escabullirme para acompañarlo en alguna que otra escapada cuando debería haber estado haciendo mis tareas.

—¡Tonterías! Nunca necesitaste que te convenciera. Además, tu padre no es un hombre violento. No me lo creo.

El lacayo sonrió.

—No, es un buen hombre. Era mi madre la que siempre me castigaba.

—No escucharé ni una palabra sobre tu madre, Sam. Hace la mejor tarta de manzana que he probado. Le haré una visita tan pronto como pueda.

—Eso le gustaría mucho —dijo mientras recogía las bandejas—. ¿Puedo hacer algo más por usted, señor?

—Puede pedirle a Carteret que venga a verme. Me apetece una partida de cartas.

—Ha ido a la residencia de lady Selena a visitarla. Lo vi salir montando a horcajadas sobre Spirit. Él también supo controlarlo muy bien.

—Sí, es un excelente jinete. Cómo lo envidio.

—Oh, estoy seguro de que lady Selena lo visitará dentro de poco.

—Le envidio por poder llevar a Spirit a galopar, idiota —dijo, un poco irritado—. ¡Difícilmente podré entretener a Selena mientras llevo puesta una bata! Además, es inútil para jugar a las cartas.

Charles nunca había sido un buen paciente. Odiaba permanecer inactivo, pero aunque una noche en su propia cama lo había restaurado de cierta manera, seguía sintiéndose

deplorablemente fatigado. Lord Carteret lo encontró dormitando junto al fuego cuando por fin hizo acto de presencia y habría salido de la habitación de manera tan silenciosa como había entrado si el instinto de Charles no le hubiera advertido que no se encontraba solo. Abrió los ojos y sonrió somnoliento.

—Hola, viejo amigo. ¿Disfrutaste del paseo?

—Mucho. Spirit es un excelente caballo.

—Lo sé, maldito seas. No sólo me dejas aquí sin nada que hacer, ¡sino que además te llevas mi caballo! ¡Qué buen amigo eres! Te habría venido bien que te hubiese derribado.

Lord Carteret esbozó una media sonrisa.

—¿Te compadeces de ti mismo, Charles?

—¡Supongo que sí! Nunca pude soportar estar inválido.

—Supongo que sería inútil que te dijera que si siguieras las órdenes del médico con más atención y permanecieras en cama, podrías recuperarte más rápidamente.

—Bastante inútil —coincidió—. Me preocuparía demasiado y eso no me haría ningún bien.

—No, tal vez tengas razón —dijo, sentándose al otro lado del fuego.

—¿Qué noticias hay de la corte? Supongo que Selena te ha estado haciendo miles de preguntas.

—En absoluto. Me preguntó cómo estabas, pero eso es todo. Los Sheringham irán en familia a la asamblea de Alnwick mañana por la noche. Lord Sheringham me ha invitado a unirme a ellos.

—¡Dios mío! —dijo—. Pobre Selena. ¿No basta con que la hayan arrastrado a un sinfín de asambleas estos últimos meses? Supongo que es mérito de lady Sheringham.

—De nuevo, te equivocas —dijo con delicadeza—. Lord Sheringham me informó de que es por el bien de Albina y que le había sorprendido mucho que Selena se hubiera ofrecido voluntariamente para ir. Ella misma me dijo que estaba deseando que llegara el día.

—¿De verdad lo hizo? Entonces todo lo que puedo decir, es que ella debe haber cambiado considerablemente desde que me fui de la ciudad.

—Oh, yo no iría tan lejos, Charles. Pero admitiré que se ha sentido un poco más cómoda en compañía a medida que han pasado las semanas.

—Me alegra escucharlo —dijo, frunciendo ligeramente el ceño—. Supongo que fue porque la acogiste bajo tu protección. Estoy muy agradecido, Carteret. Gracias.

—No tienes necesidad de agradecerérmelo, fue Allerdale quien me lo pidió, y no lo habría hecho si no lo hubiera deseado.

Charles lo miró fijamente.

—¿Te has enamorado de ella, Carteret? No tengo nada que decir en contra de la relación, joder, ya te dije que alenté a Selena a pensar en ti como un marido adecuado —se pasó la mano por el pelo y se acomodó un poco en la silla—. Ella había hablado de ti en su carta, dijo que eras una buena compañía o algo así. Sabía que este encuentro con Bony sería brutal, y pensé en darle un empujoncito en caso de que yo no saliera librado de esta. Temía que su madrastra la orillara a casarse con alguien que no le agradara.

—Sí, yo estaba allí cuando le dijiste eso a Allerdale. Pero creo que subestimas a lady Selena, Charles. Aunque era bastante distante y tímida cuando estaba en la ciudad, yo diría que su timidez era un escudo para mantener a raya a los pretendientes no deseados más que un rasgo natural de su carácter.

—Puede que tengas razón —admitió—, pero estaba lejos de su familia y amigos, y lady Sheringham es bastante formidable.

Lord Carteret se puso en pie.

—No más que una docena de otras madres decididas a encontrar marido para sus retoños. Ahora, debo ir a cambiarme mi traje de montar —se rio al ver la expresión de decepción en el rostro de Charles—. No te preocupes. Apenas había entrado en la casa cuando Sam me informó de que querías jugar a las cartas. Volveré enseguida.

Cuando salió de la habitación, Charles se dio cuenta de que Carteret no había respondido a su pregunta. No parecía un hombre enamorado, pero era un hombre tan reservado que resultaba casi imposible para cualquiera, excepto quizá para Allerdale, averiguar sus sentimientos.

Charles no fue capaz de soportar más de dos días en su habitación, y por eso, cuando Gregory lo visitó al día siguiente de la asamblea, lo encontró en el piso de abajo, en el salón matinal de su madre.

—¡Charlie! —dijo mientras atravesaba la habitación para estrecharle la mano—. Sabía que te estarías de pie en un abrir y cerrar de ojos. Nunca he sabido de nada que te mantenga en cama durante mucho tiempo. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco más fuerte cada día —dijo, cogiendo la mano que le ofreció.

—Charles puede levantarse, Gregory —dijo lady Bassington, sin levantar la vista de la carta que estaba escribiendo en un escritorio situado en una esquina de la habitación—, pero te agradecería que no le alentaras a hacer más. Como de costumbre, ha desacatado los consejos del doctor Shilbury, pero aún no está en condiciones de ir a montar a caballo ni de unirse a ningún tipo de expedición.

Gregory se volvió hacia ella e hizo una reverencia.

—No, por supuesto que no, señora. No la vi allí. ¿Cómo se encuentra usted?

—Muy bien, te lo agradezco —dijo ella, dejando la pluma en el escritorio y ofreciéndole una sonrisa—. No necesito preguntarte lo mismo. Parece que estás en buena forma.

—Oh, vaya que sí, señora. Nunca he estado mejor.

—Sí, bueno, siempre has tenido más energía de la que te conviene. Siéntate, por favor, y cuéntanos qué te pareció la asamblea en Alnwick. Lord Carteret salió con Adolphus esta mañana temprano y por eso no he tenido oportunidad de preguntarle.

Charles se rio.

—¿Qué te ha impulsado a ir? ¿Siempre has dicho que bailar con un grupo de chicas que conoces de toda la vida es demasiado aburrido!

—Lo es, por supuesto —admitió—, pero pensé en apoyar a mis hermanas. Albina es una buena chica cuando llegas a conocerla, y ya sabes cómo es Selena.

—La conozco mejor que nadie. ¿Cómo le fue a ella?

—Muy bien —dijo—, a ambas les fue muy bien. Estaba orgulloso de las dos.

—Tus sentimientos te honran —dijo lady Bassington con aprobación—. ¿Asistieron muchas personas?

—¡El lugar estaba repleto! —dijo—. Vinieron al menos una docena de invitados, aunque Hugh Percy no estaba allí. No conocía a ninguno de ellos.

—Eso no es de extrañar cuando rara vez vas a la ciudad en estos días —dijo Charles—. ¿Puedes recordar algún nombre o eso es pedirte demasiado?

Gregory sonrió.

—Lo es. Incluso cuando iba a la ciudad, no intentaba relacionarme con las personas más importantes; habría muerto por el aburrimiento. Además, todos eran demasiado arrogantes. Me mantuve alejado de ellos. Sólo hay una cosa más tediosa que bailar con una chica que conoces de toda la vida, ¡y es bailar con una que no conoces en absoluto! Pero pregúntale a Selena la

próxima vez que la veas, demostró ser muy popular y bailó con tres de ellos. Además, parece que lo disfrutó mucho. De hecho, ¡sería una mentira decir que no fue la estrella de la noche! Sé que no deseaba participar en la temporada, pero le ha venido muy bien hacerlo.

—Me alegra mucho escucharlo —dijo lady Bassington—. Debo decir que me sorprende que Selenia no te haya acompañado hoy, Gregory.

—Oh, ahora que sabe que Charles está mejor, creo que os dará algo de paz. Ha comenzado una ofensiva de encanto hacia mi madrastra y la ha llevado a ella y a Albina a ver el castillo de Dunstanburgh.

—¡Le deseo suerte con eso! —dijo Charles secamente.

—¡Charles! —dijo lady Bassington con una suave risita que le quitó la severidad a sus palabras—. Recuerda con quién estás hablando.

—No se preocupe, señora —dijo Gregory jovialmente—, Charlie sabe que puede decirme lo que quiera. Yo mismo pensé que era un poco estirado al principio, lo mismo pensé de Albina, pero estaba equivocado. Simplemente no estaban acostumbradas a nuestras maneras.

—¿Y lo están ahora? —dijo Charles con escepticismo.

—Bueno, Albina sí, y su madre aún está trabajando en ello.

—Debería ir a visitar a lady Sheringham —dijo lady Bassington.

—Estoy seguro de que eso le encantaría. Ahora, debo irme.

—¿Tan pronto? —protestó Charles—. ¡Acabas de llegar!

—Lo siento, pero le prometí a mi padre que me reuniría con él en la granja antes de asistir a la reunión con su secretaria.

Charles suspiró.

—Si tienes que hacerlo, hazlo, pero vuelve mañana, ¿quieres?

—Vendré pasado mañana. Ralf Mawsley ha organizado una expedición al lago Kimmer. Ambas chicas irán, así que no puedo faltar.

—Mejor dicho, no quieres faltar —dijo Charles irónicamente—. Quieres ir a pescar.

—¡Claro que sí! Sigo empeñado en pescar el lucio monstruoso que se rumorea que hay ahí dentro.

—Sé que desearías poder ir, Charles —dijo lady Bassington cuando Gregory se hubo marchado—, pero sabes que sería la mayor de las estupideces. En su lugar, puedes intentar pasar más tiempo conmigo y menos con Carteret. Incluso podrías dar un pequeño paseo por el jardín. El doctor Shilbury dijo que cuando te sintieras bien, podrías hacer un poco de ejercicio.

—No puedo esperar —murmuró.

—Muchacho desagradecido. No es como que yo quiera tenerte todo el tiempo a mi lado, pero ¿me ves quejándome?

Lord Carteret y Adolphus entraron en ese momento.

—Por fin —dijo lady Bassington—, Charles se muere de aburrimiento. Haced lo que podáis entre los dos para entretenerlo.

—Estás deseando poder salir, supongo —dijo Adolphus.

—Tienes mucha razón —convino Charles—, tengo el enorme placer de que mañana podré dar una vuelta por el jardín. ¿Quieres acompañarme, Carteret?

—Lo haría, por supuesto, pero nos hemos encontrado con lady Selenia esta mañana, y me ha invitado a unirme al grupo que irá al lago Kimmer. No estoy seguro de cuándo volveremos.

—Entonces no pienses en mí —dijo Charles, un poco malhumorado—. No quisiera interferir en tus planes.

—Gracias —dijo lord Carteret en voz baja—, pensé que eso es lo que usted diría.

Charles se echó a reír de repente.

—¿Alguna vez alguien ha podido con usted, Carteret?

—Rara vez.

—Te llevaré a pasear por el jardín —dijo Adolphus—. Incluso te llevaré a dar una vuelta si crees que no te cansará demasiado. Sólo por los terrenos, ya sabes.

A Charles se le iluminaron los ojos.

—Eres un buen tipo, hermano, ¡sólo asegúrate de no mencionárselo a nadie, o todos se preocuparán!

—No veo por qué lo harían —dijo Adolphus—, pero si quieres hacerlo, mamá tiene la última palabra.

—Te diré una cosa, hermano: lamentaré mucho verte marchar a Horton.

Adolphus parecía complacido.

—Eres muy amable al decirlo. Deberías venir y quedarte unos días.

—Oh, no hay necesidad de que lo haga, pero ten por seguro que iré de vez en cuando a ver cómo te va. ¿Cuándo te vas?

—Oh, no hasta dentro de unos días. Podré acompañarte a algunos paseos más, no te preocupes.

—Espero poder hacerlo por mi cuenta antes de que transcurran muchos más días.

## CAPÍTULO 7



El grupo que partió de Sheringham Court estaba formado por siete personas. El grupo de los Sheringham, lord Carteret, Ralf Mawsley, su hermana Sarah y la señorita Jane Rowland, una vieja amiga de Selena. Sólo faltaban unos pocos kilómetros para llegar a Lago Kimmer, y un agradable paseo a través de tierras de labranza abiertas los llevó a la orilla de la brillante extensión de agua. Al otro lado del lago se alzaba un agreste páramo, cuyo aspecto estéril era atenuado con algún brote ocasional de tojo amarillo o brezo púrpura. Una franja de árboles atrofiados bordeaba la orilla más alejada del agua, pero el terreno en esa zona era siempre demasiado pantanoso para aprovechar su sombra en cualquier estación del año. Como todas las damas habían sido advertidas de que debían llevar una sombrilla, esto no les pareció un gran inconveniente.

Dejaron que los caballos pastaran en los rastrojos que cubrían el campo y, mientras las damas extendían dos grandes mantas y daban un tranquilo paseo, los caballeros prepararon sus cañas y eligieron un lugar a lo largo de la orilla del lago para pescar. Como todas las damas habían acudido a la asamblea de Alnwick, era natural que esto fuera una gran parte de su conversación.

Ni Sarah ni Jane habían disfrutado de una temporada en la ciudad, por lo que habían quedado muy impresionadas tanto por la modesta vestimenta de los visitantes que la habían engalanado como por su porte altivo.

—Me sentí muy desaliñada —dijo Sarah.

—Tu vestido me pareció muy bonito —protestó Albina.

—Sí, a mí también —dijo Sarah, sonriendo irónicamente—, hasta que me presentaron a lady Filbert. Sus ojos me miraron de tal manera que me hizo querer desaparecer.

—Sé exactamente a qué te refieres —dijo Jane, riendo—. El maestro de ceremonias me presentó a lord Whitchurch, y aunque se inclinó cortésmente y me condujo a la pista, apenas me dirigió la palabra.

Era típico de ambas chicas encogerse de hombros y reírse a carcajadas de sus experiencias. Las dos procedían de buenas familias, aunque no precisamente ricas, y habían sido educadas para ser felices con lo que tenían. Eran bastante atractivas, pero nada fuera de lo común, aunque el lustroso pelo negro de Sarah y los finos ojos verdes de Jane eran, por lo general, objeto de admiración.

—En mi opinión —dijo Jane pensativa—, sólo han venido a presumir de su propia importancia y a reírse de nosotras. ¿Tú qué piensas, Selena? Quizá conociste a algunos de ellos cuando estuviste en la ciudad.

Selena no había estado prestando mucha atención, pero sonrió y dijo:

—Sólo había conocido a lord Ormsley, pero apenas había hablado con él. Parecía muy

agradable. Creo que se sorprendió al ver lo alegre que era.

—No te mostrabas tan alegre cuando estabas en Londres —dijo Sarah.

—No es algo que ocurra siempre —admitió—. Ya sabes que no me gusta conocer a extraños. Pero descubrí un truco que me funcionó muy bien. Simplemente imaginaba que estaba hablando con lord Carteret.

—Qué buena idea —dijo Albina—. ¿Pero por qué no imaginaste que hablabas con Gregory? Selena se rio.

—¡Eso no habría funcionado en absoluto! Después de todo, no me habría gustado mostrarme demasiado familiar.

—No, tal vez tengas razón —dijo Albina, considerando las conversaciones tan animadas que con frecuencia se producían entre ellos.

—Lord Carteret es sin duda un hombre con muy buenos modales —dijo Jane con aprobación—. ¿Se quedará mucho tiempo con los Bassington?

—No lo sé —dijo Selena—, pero creo que tiene intención de hacerle compañía a Charles durante un poco más de tiempo.

—O tal vez sea a ti a quien quiera hacerle compañía —dijo Sarah, con un brillo de picardía en los ojos.

—Espero que así sea —dijo Selena de manera despreocupada—. Nos hicimos amigos cuando estábamos en la ciudad.

Jane la miró inquisitivamente, pero no dijo nada.

Se volvieron al escuchar un grito de triunfo detrás de ellas. Gregory tenía un gran pez en las manos. El sol brillaba en sus escamas verdes como si fueran piedras preciosas y, al acercarse, vieron que tenía las aletas de un color naranja intenso.

—¡Es una guinea lo que me debes, Ralf!

—¡Ugh! No sé cómo puede soportar cogerlo —dijo Albina, estremeciéndose.

—Si te hubieras criado con hermanos, no serías tan remilgado —dijo Selena, sonriendo.

Mientras las muchachas sacaban de sus alforjas los paquetes de comida que habían traído, se percataron de una nube de polvo a lo lejos. De ella emergió una calesa y pronto se escuchó el ruido de los cascos golpeando contra el suelo.

—Son Adolphus y Charles —dijo Selena.

El tono agudo de su voz llegó hasta los pescadores, quienes dejaron sus cañas y se acercaron a ellos.

Gregory se echó a reír.

—Sabía que Charlie no tardaría en escapar de su prisión.

—Fue un tonto al hacerlo —dijo lord Carteret, frunciendo el ceño—. Adolphus debería haber sido más listo y no haberlo traído.

—Charles siempre ha sido capaz de persuadirlo para que haga su voluntad —dijo Selena.

—Siempre ha sido capaz de persuadirnos a todos para que hagamos su voluntad —dijo Gregory—, especialmente a ti, Selena.

—Tal vez cuando éramos niños —dijo con tranquila dignidad—, pero ya no más.

Sus ojos se encontraron con los de lord Carteret, y creyó ver aprobación en ellos.

—¡Espero no haberme perdido de la pesca! —dijo Charles mientras bajaba de la calesa.

—Recién comenzamos —le aseguró Gregory—, aunque ya he atrapado una buena perca.

—Te apuesto dos guineas a que pesco uno más grande. ¡Quizás incluso atrape el escurridizo lucio!

—¡Hecho! —dijo Gregory, tendiéndole la mano.

Charles la estrechó y luego a lord Carteret y a Ralf antes de inclinarse ante las damas.

—Sarah, Jane, mirad en qué bellezas os habéis convertido.

Sarah soltó una risita, pero Jane, quien era más cercana a Selena en edad y, por tanto, bastante más segura de sí misma, se dirigió a él con reproche, entrecerrando sus claros ojos verdes.

—Veo que sigues diciendo tonterías, Charles.

Lord Carteret soltó una carcajada seca.

—Bien dicho, señorita Rowland.

Charles lo ignoró, pero adoptó una expresión dolida.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Fácilmente —dijo ella—. Los cumplidos se escapan de tus labios con la misma facilidad con que un cuchillo se desliza por la mantequilla. Recuerdo cuando acababa de cumplir dieciséis años y me dijiste lo maravillosa que lucía con mi vestido nuevo.

—Entonces estoy segura de que así fue.

—No, no fue así. Era de color amarillo canario y me daba un aspecto horriblemente cetrino, por no hablar de que desentonaba con mi pelo rojo. Pero fui tan tonta como para creerte y me esmeré haciéndome dos más en ese tono. Fue hasta que escuché a Ophelia Frampton y a sus amigas reírse de mí que me di cuenta de lo espantosa que lucía.

—Me sorprende que le hicieras caso —dijo Selena—, siempre ha sido muy rencorosa.

—No lo hice —dijo Jane, riendo—. Te pregunté a ti, Selena, y admitiste que, aunque no era horrendo, no me sentaba bien.

—¡Es cierto! Lo había olvidado —miró a Charles—. Realmente fue muy grosero de tu parte. Deberías ser más cauteloso al momento de hacer tus cumplidos.

Los ojos de Charles se abrieron de par en par, sorprendido, y levantó las manos si fuese a protegerse de un golpe.

—Lo seré a partir de ahora. De hecho, a partir de hoy, ¡no os haré ningún cumplido!

—Nunca has acostumbrado a hacerme cumplidos, Charles, y ahora veo que debería estar muy agradecida por eso —dijo Selena, de manera un tanto astuta.

—No, en lugar de eso siempre se burlaba de ti —dijo Gregory, sonriendo—. Era mucho más probable que dijera que te había salido otra peca, o que tu pelo lucía como si te hubieran arrastrado por un seto. Y te diré algo, hermana: ¡nunca te importó lo más mínimo!

Charles le sonrió cariñosamente a Selena y ella no pudo evitar que sus labios se curvaran, sólo un poco.

—¡Por supuesto que no! —dijo él—, de no haber sido así, ¡no lo habría hecho! Además, era verdad —sus ojos se detuvieron en su rostro durante unos instantes y su sonrisa se tornó irónica—. Ahora no podría decirte ninguna de esas cosas, Selena.

Albina había estado hablando con Adolphus, pero al escuchar esto volvió la cabeza y dijo:

—Desde luego que no, capitán Bassington. Creo que Selena es la chica más bonita que conozco —de pronto pareció atónita y miró rápidamente a Jane y Sarah—. Quiero decir, *una* de las chicas más bonitas que conozco.

Charles se rio.

—¿Cómo puedo responder a eso cuando he jurado no hacer cumplidos? Sólo diré que eres claramente una chica con criterio, Albina. ¿Puedo llamarte así?

Ella asintió.

—Y puedes llamarme Charles cuando no estemos en circunstancias formales. Aquí en el campo no hay necesidad de pequeñas formalidades cuando se está entre un grupo de personas

que se conocen desde siempre. Excepto lord Carteret —dijo, dirigiendo hacia su amigo una mirada divertida—. Es un caballero muy correcto y digno, como puedes ver.

—Algo que tú no eres —dijo lord Carteret—. ¿Qué te ha impulsado a venir?

Charles levantó una mano a modo de rechazo.

—Aburrimiento. Por el amor de Dios, no te preocupes. Me encuentro mucho mejor. Hoy casi no he tosido, y ya has visto lo bien que he comido esta mañana —miró los paquetes que las damas aún sostenían en sus manos—. De hecho, creo que ya tengo hambre otra vez. Espero que haya suficiente para mí.

Se sentó en una de las mantas y el resto del grupo hizo lo mismo. Selena eligió sentarse en la otra manta junto con lord Carteret, Albina y Ralf.

Este último tenía el mismo cabello oscuro de su hermana y sus ojos eran de color un azul intenso, pero su nariz no era sino ordinaria y tenía mejillas un poco redondas, por lo que su aspecto era más simpático que apuesto. En general, su carácter era tranquilo y sus modales muy caballerosos. Cogió un cuenco de cerezas y se lo ofreció a Albina.

—Teniendo en cuenta que sólo lleva unas semanas practicando, me ha parecido que ha montado muy bien, señorita Tate.

—Albina —dijo ella, cogiendo algunas de las cerezas—. Me sentiré como una forastera si soy la única dama presente a la que no se dirige por su nombre de pila —sus ojos se abrieron repentinamente y un rubor se apoderó de sus mejillas—. Oh, claro, ¿a no ser que como lord Carteret, usted también sea más digno que Charles?

Ralf le sonrió amablemente.

—Espero serlo. Me parece que todos deben serlo. Nunca le ha gustado andarse con formalidades frente a nadie. Cuando éramos muy jóvenes, elegía a sus amigos exclusivamente por la disposición que tenían para participar en sus juegos, sin importar su procedencia o de qué estado vinieran. Y no le importaba ir a la pequeña conglomeración o granja más cercana en cualquier momento para mendigar por alimento. No creo que haya ninguna familia de granjeros en un radio de veinticinco kilómetros que no lo conozca de manera personal.

—¿Le pareció un tanto incómodo? —preguntó Albina—. Quiero decir, si él esperaba que usted también jugara con ellos.

—No. Al igual que no me parecerá incómodo que quisieras llamarme Ralf ¿Echas de menos a tus viejos amigos, Albina? Háblame de ellos.

Al ver que estaban conversando felizmente, Selena se volvió hacia lord Carteret, sonriéndole con la mirada.

—Dígame, lord Carteret, ¿usted también jugaba con todos los niños abandonados y sin hogar que vivían cerca de su finca?

—No —dijo secamente—. Ha escuchado dos veces en cuestión de minutos lo muy digno que soy, así que me sorprende que necesite preguntar.

—¿No le gusta que lo llamen así?

—Ciertamente, si el epíteto sugiere que tengo un porte tranquilo o serio que merece respeto, pero la más mínima inflexión de tono puede sugerir que la persona a la que se refiere es estirada, altiva, severa u orgullosa.

—Es lo que Charles quiso decir. Fue muy grosero por su parte. Creo que la primera definición lo describe mucho mejor.

—Gracias, lady Selena —sonrió de repente—, pero no fue tan grosero de su parte, ¿sabe? Un caballero a menudo se burla o es descaradamente grosero con sus amigos, sólo con aquellos que no le agradan tanto es meticulosamente cortés.

—Por supuesto —dijo, mientras su mirada se desviaba momentáneamente en dirección a Charles. Su semblante lucía alegre y había vuelto a provocar en Sarah un ataque de risa. Ella sonrió con cierta melancolía y volvió a centrar su atención en su compañero—. Parece que está mucho mejor.

—Eso parece —su mirada ahora también estaba fija en Charles—. Perdóneme si soy impertinente, pero me parece un poco extraño que no eligiera sentarse con él cuando estaba casi al borde de la locura por no saber nada sobre su paradero cuando estaba en la ciudad.

Selena pudo sentir cómo sus mejillas se calentaban cuando los ojos de lord Carteret se encontraron con los suyos. Bajó la mirada.

—Qué ridícula debo haber parecido. Incluso histérica. Me asombra que no le haya provocado repulsión.

—Puede estar segura de que no lo hizo —dijo suavemente.

Sus ojos permanecieron fijos en la última cereza que quedaba en el cuenco delante de ella mientras decía, avergonzada:

—Ha sido tan bueno conmigo, tan amable, que admitiré que tenía sentimientos hacia Charles que no eran... que no eran precisamente fraternales.

—¿Tenía?

Ella se obligó a mirarlo.

—Intento con todas mis fuerzas superarlos. Sé que él no siente lo mismo.

—La considero muy sabia, lady Selena —sonrió con pesar—. Puede que con el tiempo descubra que había confundido sus sentimientos. Yo creía estar locamente enamorado de alguien cuando era más joven, pero descubrí que estaba equivocado y ahora me encuentro muy agradecido de que me rechazara.

Selena se sintió honrada de que él hubiera compartido algo que estaba segura era muy privado para él.

—Me pregunto si ella siente lo mismo.

—Creo que ahora es muy feliz en su situación. Y yo me alegro.

—Es usted digno —dijo impulsivamente—, y honorable, y servicial, y todo lo que cualquier mujer sensata desearía en un marido.

Gimió interiormente. No debería haberle hablado así. No quería que él pensara que estaba intentando seducirlo. Disimuló su confusión apresurándose a hablar de nuevo—. Ahora que Charles está mucho mejor, ¿nos dejará pronto?

—Todavía no. Haré lo que pueda para evitar que se esfuerce demasiado durante la próxima semana.

—Es usted un buen amigo. Hasta donde sé.

—Espero poder convertirme en un gran amigo suyo —dijo con una mirada enigmática.

Se levanto y ella lo vio unirse a los otros caballeros que habían comenzado a regresar a su pesca, con una expresión perpleja en el rostro. De pronto deseó que él no fuera un hombre tan digno, porque le resultaba muy difícil discernir el significado de sus palabras, si es que había alguno. Albina irrumpió en su ensoñación.

—Será mejor que retiremos lo que queda de comida o nos acecharán las moscas. Puedes llamarme remilgada si quieres, Selena, pero admito que no las soporto.

Decidieron tirar los restos a los peces, antes de lavar los cuencos y devolverlos a sus alforjas. Sarah y Albina volvieron a las mantas, pero Jane permaneció junto a los caballos que pastaban y cogió a Selena del brazo.

—Sin duda es muy egoísta por mi parte, pero me alegro mucho de tenerte de nuevo en casa,

Selena.

—Y yo me alegro de haber vuelto —dijo ella—. Es muy reconfortante estar entre viejos amigos.

Jane miró hacia donde lord Carteret estaba sentado en un cubo volcado.

—¿Y qué hay de los nuevos?

Antes de que pudiera responder, Charles la llamó.

—¡Selena! ¿Sujetarías la red por mí? —estaba inclinado hacia atrás, y su caña se había doblado por el esfuerzo al intentar tirar de su presa.

La docilidad luchaba contra la reticencia a mostrarse a su completa disposición como siempre lo había hecho. Mientras vacilaba, los otros pescadores dejaron sus cañas y se acercaron a él.

—¡Esto es tan propio de ti, Charlie, ser el hombre más afortunado del mundo! —dijo Gregory en un tono exasperado—. Se supone que ni siquiera deberías estar aquí. ¡Es el colmo!

Charles sonrió impertérrito, tambaleándose un poco.

—El viejo señor lucio debe ser enorme; ¡apenas puedo sostenerlo!

—Dame la caña —dijo lord Carteret imperativamente—. No deberías de esforzarte por algo tan tonto.

—De ninguna manera —respondió Charles alegremente—. Llevamos años detrás de este tío.

Gregory se acercó a él y puso las manos en la caña, justo encima de las de Charles.

—Lo haremos juntos. No podemos dejarlo escapar.

Mientras tiraban para sacar el pez, lord Carteret cogió la red.

—Creo que veo algo —dijo Ralf.

El agua a varios metros delante de ellos se agitó y todas las miradas se centraron en ese punto. Su expectación era palpable.

—¡No es más que una rama doblada! —dijo Ralf con profunda decepción, mientras un manojo de ramitas se asomaba por la superficie cristalina—. Debe de haberse atascado en el barro del fondo del lago, ¡por eso casi rompes la caña al intentar sacarla!

Charles soltó una carcajada y se sentó.

—Mira a ver si puedes tirar de ella, ¿quieres, Gregory? Debería ser más fácil ahora. Parece que mi sedal está bien enganchado.

—Parece que está flotando hacia aquí por la inercia del agua —dijo Gregory, sumando su fuerza a los efectos de la corriente.

No era una simple rama, sino la parte más grande del tronco de un árbol con varias ramas todavía unidas. Gregory se arrodilló y cogió una de ellas. Lord Carteret intervino y entre los dos consiguieron arrastrarla hasta la orilla.

—Así que ésta es tu gran presa —dijo Selena secamente, agachándose para desenredar el sedal que estaba enroscado en una rama delgada. Sus ágiles dedos siguieron intentándolo durante unos instantes más antes de incorporarse y decir—. Es inútil; está completamente enredado. Tendré que cortarlo.

—Tengo unas tijeras en mi reticule —dijo Albina, corriendo hacia las mantas.

Regresó rápidamente y le entregó un pequeño par de tijeras a Selena. Al inclinarse de nuevo sobre la rama, estas se escaparon de sus dedos resbaladizos y desaparecieron dentro de un agujero abierto en el tronco. Selena lo miró dubitativa. Había algo muy desalentador acerca de meter la mano en una cavidad oscura.

Charles se rio.

—¿Tienes miedo de que haya un pez dentro esperando para mordisquearte los dedos, Selena? ¡No solías ser tan cobarde!

—Permítame, lady Selena —dijo lord Carteret.

—No, no —dijo ella rápidamente, dirigiéndole a Charles una mirada fulminante—. No soy una pobre criatura.

Introdujo la mano en la abertura y dio un pequeño respingo cuando sus dedos se toparon con algo viscoso. Habría retirado su mano si no se hubiera encontrado con la mirada burlona de Charles. En lugar de eso, sus dedos se enroscaron alrededor del objeto y lo sacó.

—Oh —dijo sorprendida—. Es un collar hecho de cuentas de cristal. Son del tipo que se encuentran en la playa, creo, pero está tan sucio que es difícil decirlo con certeza.

—¡Un tesoro! —dijo Charles, poniéndose de pie—. ¡Veamos si hay más!

Lord Carteret sumergió un cubo en el agua y se lo entregó a Selena.

—Quizás quiera lavarlo.

—Sí, gracias.

Mientras lo hacía, Charles se quitó el abrigo y se remangó la camisa. Metió la mano en el agujero y sacó las tijeras.

—Está un poco profundo —dijo, dejándolas a un lado y volviendo a meter la mano en la cavidad. Cuando la mitad de su brazo hubo desaparecido dentro del tronco, soltó una risita victoriosa—. Hay algo más aquí, pero parece estar atascado y además es resbaladizo. Si tan solo pudiera sujetarlo.

Cerró los ojos como si se estuviera concentrando y, cuando los volvió a abrir, estaban rebosantes de triunfo.

—¡Lo tengo!

Todas las miradas estaban fijas en su brazo, mientras este salía lentamente del agujero.

—No nos mantengas en suspenso —dijo Gregory—. ¡Sácalo, hombre!

—Tus deseos son órdenes —sonrió, levantando la mano haciendo un ademán ostentoso.

Un silencio aturdidor se apoderó del grupo. Charles dejó caer el objeto y su mirada se tornó sombría. Albina soltó un gritito y Jane la abrazó. Todos se quedaron mirando el cráneo blanquecino que yacía mirándolos ciegamente mientras boca su abierta parecía dedicarles una sonrisa grisácea.

Lord Carteret dejó caer un largo pañuelo sobre él y dijo con calma:

—No hay por qué alarmarse. Bien podría haber estado allí durante cientos de años.

—Pobre, pobre criatura —murmuró Selena, con la mirada fija en el sencillo collar que tenía entre las manos.

Charles lo cogió de entre sus dedos, sin apartar los ojos de ella. Su dulce mirada la tranquilizó y ella le dedicó una pequeña sonrisa a modo de agradecimiento.

Ya que el espantoso objeto había sido cubierto, Albina recuperó la compostura.

—Aunque lleve ahí mil años, creo que todos deberíamos rezar una oración por el alma perdida.

—Es una muy buena idea —dijo Ralf con aprobación—, muy considerado de su parte también.

Todos cerraron los ojos y elevaron una plegaria en silencio.

—¿Y ahora qué? —dijo Ralf—. ¿Deberíamos devolverlo a su tumba en el agua?

—No lo creo —dijo Gregory—, aunque cualquiera es libre de pescar en el lago, técnicamente estamos en tierras de los Sheringham y como mi padre es juez de paz, creo que debería mostrárselo.

## CAPÍTULO 8



Por consenso general, el grupo se retiró. Una vez que los caballos se hubieron alejado, Charles subió a la calesa, con una expresión un tanto adusta en el rostro. Estaba feliz de haber vuelto a casa, de dejar atrás el suelo ensangrentado del campo de batalla y el hedor de la muerte. Pero parecía que ésta lo había seguido. Su mano se deslizó hasta su bolsillo y las yemas de sus dedos recorrieron las suaves cuentas de cristal. Debería habérselas dado a Gregory para que se las llevara a su padre, pero para cuando había ayudado a Selenia a subir a la silla de montar, ya lo había olvidado.

Sacó el collar y empezó a jugar distraídamente con las cuentas como si se tratara de un rosario. Ella había sonreído y le había dado las gracias, pero él había percibido que estaba preocupada, y no creía que se debiera únicamente al descubrimiento del viejo cráneo. Fuese cual fuese la razón de su inquietud, no parecía querer confiársela a él, sino a Carteret. Aunque él había estado entreteniendo a Sarah Mawsley también los había estado observando. No le había pasado desapercibida la expresión tímida y ruborizada en el rostro de ella ni la sinceridad con que le había hablado. Tendría que volver a hablar con Carteret sobre sus intenciones; no debía crearle expectativas si no tenía intención de proponerle matrimonio.

Sus dedos habían terminado de explorar las cuentas y, al llegar al pequeño y duro nudo de cuero que las ataba, sus ojos se posaron en el collar. Cuando lo había cogido de las manos de Selenia, ni siquiera lo había mirado, sino que había cerrado el puño en torno a él, deseando borrar la mirada de tristeza que había invadido sus ojos. Pero mientras sus ojos recorrían las piezas de cristal de distintos colores unidas por una fina tira de cuero, se le cortó la respiración y pudo sentir el latido de su corazón en los oídos.

—Es muy bonito, ¿no? —dijo Adolphus.

Charles lo devolvió a su bolsillo y, con un tono de voz apenas audible, coincidió en que lo era.

—¿Estás bien, Charles? —preguntó delicadamente—. ¿Te sientes un poco mal? ¿He hecho mal al traerte?

Charles giró la cabeza y se encontró con la mirada preocupada de su hermano. Era como mirar a una versión más vieja y gentil de sí mismo. Tanto el pelo como los ojos de Adolphus tenían las mismas tonalidades que los suyos, aunque los azules ojos de su hermano lucían más amables y su pelo rubio rojizo era mucho más corto. Se forzó a sonreír.

—No, no hiciste nada malo. Fue muy bueno que viniera, y no me siento peor por haber salido.

—Me alegra escucharlo —dijo, mientras relajaba su ceño fruncido—, sabía que Caroline y mamá no lo aprobarían, pero no veía cómo el permitir que te aburrieras tanto hasta deprimírte

ayudaría a tu recuperación.

Charles soltó una carcajada sorprendida y su hermano sonrió.

—No soy tan tonto como creéis.

—Yo no creo que seas tonto —protestó Charles—, tan solo no demasiado listo. Y muy obediente; te casaste con Caroline, después de todo, tal como papá deseaba.

—Yo quería casarme con ella —dijo, sorprendiendo de nuevo a Charles.

—Me alegro de que estés contento con ella, pero yo no podría ser feliz con alguien que intentara controlar mi vida.

—Ella no lo hace. ¿Cuándo la has visto intentarlo?

Charles se dio cuenta de que, en realidad, nunca había visto a Caroline hacerlo. Era simplemente su costumbre de reorganizarlo todo en el salón lo que lo había hecho pensar así. Cuando se lo explicó a Adolphus, éste asintió.

—Caroline ya era considerada una solterona cuando la conocí. Cuando su madre murió, ella tomó las riendas de la casa de su padre. Papá me llevó a pasar unas semanas de caza con Sir Walter. Él vive en Leicestershire, como ya sabes. Ella me gustaba. Así de simple. Es una chica bastante directa. Sabes a qué atenerte con ella. Tiene un carácter rudo, como Sir Walter, pero no quiere controlar a nadie, sólo hacer que se sientan cómodos.

—No creo que haya hecho a mamá sentirse cómoda —dijo secamente.

—No —dijo Adolphus, sonriendo—, pero sólo ha hecho lo que mamá nunca habría tenido tiempo de hacer. No quería desanimarla tan pronto después de casarnos, pero antes de que volviéramos de Horton, hablaré con ella. Encontraré un nuevo proyecto para ella, uno que no ponga la casa de cabeza.

Charles miró a su hermano con nuevos ojos.

—Fue una lástima que encontráramos ese viejo cráneo cuando las damas estaban presentes —dijo Adolphus, cambiando de tema.

—Sí.

—Me sorprendió ver que te asustó un poco. De niño te habría parecido una gran broma y probablemente la habrías utilizado para gastar bromas a nuestras hermanas.

—Desde entonces he visto muchos cráneos abiertos y con los sesos al aire —dijo sombríamente.

—Supongo que sí. ¿Sabes lo que pienso, Charles?

Charles sonrió irónicamente.

—No me atrevería a adivinarlo. Parece que no te conozco tan bien como creía.

—Es lógico que no lo hagas cuando has estado tanto tiempo fuera y sólo vuelves a casa de vez en cuando. Supongo que sigues pensando en los demás de la misma manera que cuando te fuiste, pero todos cambiamos, ¿sabes?

—Eso parece. ¿Qué es lo que piensas, Adolphus?

—Creo que *tú* has cambiado, y no para mejor. Vi la forma en que dejaste caer ese cráneo como si se hubiera tratado de un atizador caliente, y lo pálido que te pusiste. Te repito que tú no eres así, y si eso es lo que te han hecho los años en el ejército, es hora de que renuncies y busques otra cosa que hacer. Además, tu suerte no durará para siempre, y lo sabes.

Para ese momento, ya habían llegado a los establos.

—Puede que tengas razón —dijo en voz baja—, pero no estoy seguro de qué otra cosa podría hacer.

—Bueno, piénsalo. Seguro que se te ocurre algo.

Cuando entraron en la casa, Sam les informó de que lady Bassington deseaba verlos

inmediatamente.

—Ahora sí estamos en problemas —dijo Adolphus, guiñándole un ojo a su hermano.

Pero cuando entraron en el salón, encontraron a lady Bassington completamente despreocupada. Caroline estaba sentada ante el escritorio, y lady Bassington reclinada en una silla cerca de él.

—Ah, ahí estáis los dos. Estamos escribiendo las invitaciones. Hemos pensado en organizar una cena para celebrar que Charles ha vuelto más o menos entero. Puede servir también como despedida para ti y Caroline, Adolphus, antes de que os vayáis a Horton a finales de la semana que viene. Queríamos saber si alguno de vosotros quería invitar a alguien en particular.

Adolphus sonrió a su esposa.

—Debes invitar a quien desees, querida.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Si así lo deseas. Me imagino que sé quiénes son tus amigos más cercanos. ¿Y qué hay de ti, Charles?

—Oh, sólo las personas de siempre. Mamá lo sabrá.

Se volvió hacia ella y levantó una ceja.

—¿No vas a reprenderme, mamá, y decirme lo pesado que soy?

—¿Es mi costumbre reprenderte, Charles?

Cruzó la habitación y le dio un beso en la mejilla.

—No. Siempre has sido la mejor de las mamás.

Ella lo miró atentamente.

—No luces mucho peor después de haber salido, sólo un poco abatido, tal vez.

—Descubrimos algo bastante inesperado —dijo abruptamente—. Adolphus te lo contará. Hay algo que debo hacer.

Charles salió al pasillo y se dirigió a Sam.

—Sube a mi habitación.

El ama de llaves entró por la puerta que conducía a las cocinas antes de que él hubiera llegado a la escalera. La señora Chivers era una mujer pulcra y sincera, que sentía especial afecto por Charles. Sin embargo, el aspecto serio de su mirada no la delataba.

—Si desea ir de un lado para otro el primer día que ha conseguido comer un desayuno decente, estoy segura de que no es asunto mío, capitán Bassington, pero al menos podría haber ido antes a la cocina a por algunas provisiones.

Un brillo de gratitud iluminó los ojos de Charles.

—¿Y usted me las habría dado?

—Puede estar seguro de que sí. Nunca nadie ha sido capaz de hacerlo entrar en razón cuando está decidido, por muy loco que sea su plan.

Charles intentó parecer arrepentido.

—Cuánta razón tiene, señora Chivers. Pero conténtese con saber que no he estado tanto tiempo sin comer algo.

—Me alegra escucharlo —dijo, acercándole un vaso lleno de un líquido verdoso—. Le agradecería que se lo bebiera. Me han informado de que su tos ha mejorado mucho, y puede que sea engreído por mi parte, pero estoy segura de que es mi infusión la que lo ha ayudado.

Charles le cogió el vaso.

—Estoy de acuerdo —dijo, y se lo bebió de un trago—. Gracias. Si vuelvo a salir de excursión, llevaré una cesta conmigo.

—Asegúrese de hacerlo —dijo con severidad—. Ahora que ha recuperado el apetito estará

como una rosa antes de que se de cuenta, pero todavía no ha llegado a ese punto.

Mientras subían las escaleras, Sam le dirigió una mirada compasiva.

—Nunca he escuchado a la señora Chivers reprender a nadie de esa manera. Y no es propio de ella ser tan irrespetuosa con un miembro de la familia.

—Es señal de que está muy conmovida —dijo Charles—. Estaba preocupada por mí.

—Entonces espero que nunca esté preocupada por mí. ¿Disfrutó de la pesca, señor?

Habían llegado a la habitación de Charles. Sam lo siguió y cerró la puerta tras ellos.

—No, Sam. No lo hice. Pescamos más de lo que esperábamos —sacó el collar del bolsillo—. Encontramos esto y me pareció reconocerlo. ¿Lo reconoces, Sam?

El lacayo se quedó mirándolo un momento. Todo rastro de color desapareció de su rostro. Extendió una mano que no era del todo firme y lo cogió.

—Por supuesto que sí —tragó saliva y se lamió los labios como si se le hubieran secado de repente—, era de nuestra Ellie. Usted se lo hizo cuando se cayó y se rompió un diente en la escalera. Menudo escándalo montó, diciendo que ahora nadie se fijaría en ella. Casi nunca se lo quitó desde el día en que se lo regaló.

Charles suspiró y se dejó caer en una silla. Hundió la cabeza entre sus manos.

—Creí que era el que yo le había hecho, pero esperaba haberme equivocado.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó, con la voz un poco temblorosa.

—Siéntate, Sam —dijo suavemente.

—No sería apropiado...

—¡Siéntate, Sam!

La dureza en su voz convenció al lacayo de ocupar la silla frente a él.

—Lo encontramos en una cavidad del tronco de un árbol que pescamos en el lago.

Sam se quedó perplejo.

—No puedo creer que lo tirara allí, odiaba ese lugar. Decía que siempre le daba escalofríos.

—Eso no es todo lo que encontramos, Sam —dijo con pesadez—. También hemos encontrado un cráneo.

Sam se quedó tan quieto como una piedra, con la mirada fija en el collar.

—Así que no huyó —murmuró finalmente—, se ahogó.

Charles miró a el rostro de su compañero de la infancia y sintió una gran lástima.

—No lo sabemos con seguridad. Podría ser una coincidencia. Tal vez tiró el collar al lago y el cráneo llevaba allí cientos de años.

Cuando Sam por fin alzó la mirada, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—No es una coincidencia —dijo—, nos dejó una nota muy corta, diciéndonos que no nos preocupáramos porque se iba a un lugar mejor. Pensábamos que había encontrado un puesto en alguna parte, que nos escribiría y nos lo contaría una vez que se hubiera instalado. Pero nunca lo hizo. Hacía tiempo que no estaba bien. Se había vuelto taciturna, irritable y reservada. No era propio de ella —su expresión se tornó de pronto en una mueca—. Parece que no fue tan lejos, después de todo.

—Sam. No podemos saberlo con certeza —dijo con delicadeza.

—¿No? Muy bien, dígame algo. ¿Tenía ese cráneo un diente delantero partido?

—No lo sé —admitió—, en cuanto me percaté de lo que tenía entre las manos, lo dejé caer. No podía soportar mirarlo.

Sam asintió y se puso de pie.

—¿Dónde está ahora, señor?

—En la residencia Sheringham. Gregory pensó que su padre querría verlo.

—Yo también quiero verlo. No quiero decirle nada a mamá hasta estar seguro. ¿Me permite ir?

Charles se levantó y cogió a Sam por el hombro.

—Iremos los dos. Haré que traigan la calesa.

Estaban cruzando el pasillo cuando lady Bassington y Caroline entraron en él.

—¡Charles! —dijo Caroline—. ¡No puedes querer salir otra vez!

—Debo ir a la residencia Sheringham —dijo él secamente.

—Pero...

Lady Bassington dirigió la mirada hacia el lacayo de rostro pálido y después hacia su hijo y puso una mano en el brazo de Caroline para hacerla callar. Charles se había deshecho de su fachada de bribón y se mostraba serio y con la determinación de un soldado.

—Encontrarás allí a tu padre —dijo ella con calma.

—Me alegro —dijo Charles—, porque querrá escuchar lo que tenemos que decir.

Encontraron a lord Bassington, lord Carteret y Gregory en el estudio de lord Sheringham.

—Ah, Charles —dijo lord Sheringham, poniéndose de pie—, me parece que tienes un collar bajo tu posesión. ¿Me permitirías verlo? Podría ayudarnos a determinar la antigüedad del cráneo que habéis encontrado.

—Sé exactamente cuán antiguo es el collar —dijo, dejándolo caer sobre el escritorio—, yo mismo lo hice hace unos seis años.

—Pero no dijiste nada al respecto —dijo Gregory, sorprendido.

—No lo examiné detenidamente hasta que estuve casi en casa, y no podía estar seguro hasta que hubiera consultado a Sam. Lo hice para su hermana, Ellie Crake.

Lord Sheringham dirigió su mirada hacia el lacayo.

—¿Estás seguro de que era de ella?

—Sí, milord. Siempre lo llevaba.

—Puedo preguntar, Charles, ¿por qué harías algo así para una de las hijas de nuestro inquilino? —dijo lord Bassington en voz baja.

Los ojos de Charles se abrieron de par en par.

—¡Señor! No puede pensar que yo... ¡por el amor de Dios, apenas era más que una niña!

—No deseo hablar cuando no me lo ha pedido, milord —dijo Sam—, pero yo puedo decirle por qué lo hizo.

Lord Bassington asintió.

—Continúa.

—Charles había pasado por la granja para ver a mamá, con la esperanza de que hubiera estado horneando, supongo. Siempre fue como uno más de la familia, y Ellie corrió a través del patio para saludarlo, tropezó y se rompió el diente delantero. Estaba muy mortificada. Tenía quince años y empezaba a pensar en su aspecto más de lo que solía hacerlo. Charles volvió al día siguiente con el collar para levantarle el ánimo. No lo hizo con otra intención. Fue sólo amabilidad por su parte.

—Espero que Ellie fuera plenamente consciente de ello —dijo lord Bassington con delicadeza—, no sería la primera chica a la que un amor no correspondido sume en la más absoluta desesperación.

—¿Está sugiriendo, señor, que Ellie se arrojó al lago porque estaba enamorada de mí? ¡Es imposible! Nunca flirteé con ella —exclamó Charles.

—No estoy sugiriendo que lo hicieras, Charles. Pero quizá no siempre seas consciente de los sentimientos que inspiras en los demás.

Charles abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar al recordar lo que Jane le había dicho antes. Un descuido cumplido suyo había influido en ella mucho más de lo que él hubiera imaginado.

—No era eso, milord. Por aquel entonces él sólo venía a casa una o dos veces al año, y Ellie era muy feliz para cuando él regresó a luchar contra los franceses. Fue al año siguiente, cuando acababa de cumplir dieciséis años, cuando empezaron sus cambios de humor y desapareció antes de que el capitán Bassington volviera a casa. Yo trabajaba en la residencia para entonces, así que aunque no sé qué causó el cambio en ella, ya que mamá nunca nos lo dijo ni a mí ni a mis hermanos, pero sé que no fue él.

—Te estoy muy agradecido, Sam —dijo Charles, mirando a su padre con resentimiento.

—Parece que mi teoría era errónea —dijo lord Bassington—. Me alegro de ello.

—Todavía no podemos estar seguros de que los restos que encontramos fueran de Ellie —dijo lord Carteret.

Lord Sheringham juntó las yemas de los dedos.

—No, no sin alguna prueba más. Pero el lago es muy profundo, y me temo que sería una tarea inútil intentar encontrar más restos. ¿Y qué podríamos averiguar viendo un montón de huesos?

—Sam deseaba ver el cráneo —dijo Charles—, para ver si el diente frontal está partido de la misma forma que lo estaba el de Ellie.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no se me ha ocurrido? —dijo lord Sheringham mientras abría un amplio cajón de su escritorio. Cogió el cráneo y lo examinó por un momento, antes de girarlo para que todos pudieran ver por sí mismos el diente partido.

—¿Y bien, Sam?

El lacayo se sujetó del respaldo de una silla y respiró hondo.

—Es ella —dijo rotundamente, cerrando los ojos.

Lord Sheringham volvió a guardar el cráneo en el cajón.

—Siéntate en esa silla, Sam —dijo con delicadeza—. Sirvele un vaso de vino, Gregory.

—Yo lo haré —dijo Charles mientras se dirigía a un aparador y se servía uno para él también.

—Parece que tengo algo que investigar, después de todo —dijo lord Sheringham.

—¿Investigar? —dijo Sam con la mirada perdida.

—¿No quieres saber qué ha pasado? —dijo suavemente—. Como la han encontrado en mis tierras, ciertamente quiero saberlo.

—Sí, por supuesto. ¿Pero cómo lo averiguaría después de tanto tiempo? Desapareció hace cinco años dejando tan solo una breve carta.

—¿Tu madre todavía la tiene? —preguntó lord Sheringham.

—Sí, milord. La guarda en una caja de madera que papá hizo para ella.

—Entonces tengo por dónde empezar. No obstante, creo que deberíamos mantener esto tan en secreto como sea posible hasta que haya completado mis investigaciones. Si esto sale a la luz, habrá mucha especulación, y queremos causar el menor disgusto posible al señor y la señora Crake —su mirada fruncida se posó en Gregory—. Ni una palabra a nadie, especialmente a tus hermanas. No quiero que se alteren. Dejaremos que prevalezca la suposición de que es un cráneo antiguo.

Lord Bassington se puso de pie.

—Puedes tomarte unos días libres, Sam.

Al lacayo pareció no agradarle la idea.

—Oh no, señor. Debo ir a decírselo a mamá, pero tenga por seguro que no querrá que esté todo el día con ella. Mi familia lloró la pérdida de Ellie hace años. Fue el shock de haberla descubierto lo que me dejó conmocionado. Sin duda mamá también lo estará cuando se lo diga, pero al menos la noticia hará que deje de preguntarse si volverá a entrar por la puerta algún día —negó con la cabeza—. Dejaré que ella se lo cuente a papá. Él fue quien peor lo pasó. Ellie era la hija perfecta ante sus ojos.

—Iré contigo —dijo lord Bassington—, para ofrecer mis condolencias. Tus padres son mis arrendatarios, después de todo. Debo avisarles que recibirán una visita de lord Sheringham.

## CAPÍTULO 9



Selena se había alegrado cuando Gregory había invitado a lord Carteret a acompañarlos a tomar un refrigerio en la casa. Ya se había recuperado del shock inicial que le había producido ver el cráneo. El collar había sido un recordatorio conmovedor de que una vez le había pertenecido a un ser humano vivo, que respiraba, y era esa reflexión la que la había perturbado y entristecido. Sin embargo, ahora era consciente de que la chuchería era bastante primitiva tanto en diseño como en ejecución, y le resultaba fácil imaginar que tanto ella como el cráneo llevaban cientos, si no miles de años bajo el agua. Así, los restos pasaron de ser un descubrimiento bastante horripilante a ser un objeto de interés, y habría disfrutado escuchando las teorías que lord Carteret pudiera haber tenido sobre su origen.

Pero habían encontrado a su madrastra, a su padre y a lord Bassington en el salón principal, y en cuanto Gregory les explicó lo que llevaba en la bolsa, los caballeros se adentraron en el estudio de su padre. Selena se sintió un poco resentida. Si estaban hablando de su posible origen arqueológico, no veía por qué necesitaban estar en privado. Sus pensamientos tomaron otro rumbo cuando Trinklow entró portando la tarjeta de lord Ormsley.

—Hazlo pasar —dijo lady Sheringham, comprobando que su capota estuviera bien acomodada.

Unos instantes después, un hombre alto, apuesto y de hombros anchos, entró en la habitación. Las finas líneas dibujadas alrededor de sus ojos color castaño claro, su actitud segura y su porte serio sugerían que tenía alrededor de cuarenta años. Llevaba la vestimenta tradicional del campo: pantalones de piel de ante, botas altas y un abrigo de montar color oliva, pero la calidad de cada prenda era indiscutible, y su atuendo informal no lo hizo descuidar sus muy correctos modales. Cuando las damas se pusieron de pie, les ofreció una elegante reverencia y le dedicó a lady Sheringham una cortés sonrisa.

—Espero no abusar demasiado de su buen talante al hacerle una visita, lady Sheringham. Soy plenamente consciente de que nos conocemos poco, si acaso.

—No diga tonterías —dijo lady Sheringham, devolviéndole la sonrisa—, después de todo, nos conocimos antes de la asamblea. Pero quizás no recuerde habernos conocido en la ciudad.

—Le aseguro que el recuerdo de haberla conocido a usted y a lady Selena es bastante claro en mi mente, señora.

—No creo, sin embargo, que tuviera la oportunidad de conocer a mi hija, la señorita Albina Tate, en la asamblea. Ella no estaba en la ciudad, ya que recién ha comenzado a integrarse un poco en la sociedad.

Cuando su fría mirada se posó en Albina, ella hizo una cortés reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Tate.

—El placer es mío —murmuró.

—Por favor, ¿quiere sentarse? —dijo lady Sheringham—. Trinklow, trae una copa de vino para nuestro invitado, si eres tan amable.

—Gracias, pero no —dijo lord Ormsley—. Soy consciente de que se está haciendo tarde, y debo regresar al castillo en breve —suavizó sus palabras con una sonrisa—. El horario del campo, ya sabe. Me temo que soy un invitado patético y me he ausentado en lugar de participar en el concurso de arquería que los invitados más jóvenes parecen disfrutar tanto. Hace muchos años que dejé de disfrutar de ese deporte.

—Vaya que es un anciano —dijo Selena, sin haber meditado sus palabras antes de hablar.

Se sintió aliviada al ver un brillo de diversión en sus ojos.

—Precisamente. Me ha alegrado mucho volver a verla, lady Selena, y me preguntaba si tal vez podría convencerla para que cabalgara conmigo mañana.

—¿Qué es lo que desea evitar mañana? —dijo ella, sonriendo.

—Charadas. No sé cómo esperan que participe en un juego tan infantil.

Selena se rio y le dirigió a lady Sheringham una mirada inquisitiva.

—No tengo ninguna objeción, siempre y cuando lleve a su mozo de cuadra.

Había algo en lord Ormsley que le recordaba a lord Carteret. El hombre era mayor, por supuesto, pero tenía el mismo porte digno, los mismos modales intachables y, quizás lo más importante de todo, una caballerosidad que sugería que nunca traspasaría los límites del decoro.

—Por supuesto, lord Ormsley. ¿Tiene en mente algún lugar en particular?

Su habitual seriedad fue reemplazada por una sonrisa apenada.

—Me temo que la elección debe ser suya. Es su tierra, después de todo.

—Entonces cabalgaremos hacia Eglingham. La campiña es muy bonita en esa dirección y quizá se interese por la iglesia. Es de origen antiguo, aunque ha sido modificada un poco en los últimos años.

Él se levantó e hizo una reverencia, mostrando los fuertes músculos de su pierna.

—Será un placer. Ahora, debo despedirme. Lady Sheringham, señorita Tate, lady Selena.

Las damas se levantaron, lady Sheringham asintió y las chicas hicieron una reverencia.

Lady Sheringham se reclinó en su silla y miró a Selena, con una ligera inquietud visible en sus ojos.

—Selena, tu importancia no hará más que aumentar por el hecho de que lord Ormsley, quien ha sido uno de los hombres más deseados en el mercado matrimonial durante los últimos años, por lo que escuché cuando estuvimos en la ciudad, haya buscado tu compañía. Debemos mostrarle todo nuestro respeto. No sólo es un conde, sino también un hombre con buenos principios y gran integridad.

Lady Sheringham frunció el ceño mientras buscaba sus próximas palabras. Selena la observó con cierto interés. En lugar de la mirada calculadora que lady Sheringham solía mostrar siempre que un posible pretendiente se le había acercado a su hija en Londres, sus ojos se mostraron pensativos, incluso inseguros.

—El caso es, Selena, que aunque está claro que lord Ormsley aún está en su plena juventud, a menos que me equivoque, es algunos años mayor que tú.

—Pero, mamá —dijo Albina—, si a Selena le gusta, ¿a qué viene eso? ¿No era papá algunos años mayor que tú?

Las mejillas de lady Sheringham palidecieron.

—Eso no viene al caso, Albina —dijo bruscamente—, no estoy sugiriendo que Selena lo descarte por completo, sino simplemente que lo piense detenidamente antes de considerarlo un...

un posible candidato.

Selena comprendió por estas palabras y por el aspecto ceniciento que las acompañaba, que su madrastra no sólo se había casado con un hombre algunos años mayor que ella, sino que el matrimonio no había prosperado. Fue consciente del arrebató de simpatía que tuvo hacia ella y se sintió conmovida por el hecho de que el deseo de lady Sheringham de complacer a su segundo marido asegurándole a Selena un buen matrimonio, parecía haber sido suplantado por un deseo más fuerte de no verla en una situación tan infeliz como la suya.

Selena sonrió cálidamente.

—Gracias por tu consejo. Sin embargo, estoy más interesada en ampliar mi experiencia con el sexo opuesto que en ver a cada nuevo caballero que se cruza en mi camino como un posible marido.

—Me complace que tu confianza vaya en aumento, Selena —dijo lady Sheringham, con un tono de voz inusualmente gentil—, pero como lord Ormsley le propuso matrimonio a la señorita Edgcott, quien ahora es lady Allerdale, cuando estuvimos en la ciudad, todo indica que está en busca de una esposa.

—¿Lo hizo? —dijo Selena, sorprendida—. No sabía. Eleanor no me dijo nada acerca de eso.

—Ella lo quiso mantener oculto. Sin embargo, la noticia se difundió de algún modo, y poco tiempo después él se marchó de la ciudad. Por supuesto, eso llevó a especular que tenía el corazón roto, pero no me parece que sea así. Creo que es mucho más probable que se retirara discretamente para evitar más situaciones embarazosas, tanto para él como para la señorita Edgcott.

—Estoy segura de que tiene razón, señora. No puede haber sido agradable para él. No le haré pensar que su cortejo prosperará si se muestra muy atento. Sería horrible para él ser rechazado dos veces seguidas.

—Pero podrías descubrir que te agrada —señaló Albina.

—En ese caso, quizá no lo rechace —dijo jovialmente—, pero por ahora, me limitaré a disfrutar de poder estar en compañía de alguien a quien no conozco de nada, sin convertirme en una muchachita insípida.

Selena sabía que eso debió de haberle parecido cuando se conocieron en la ciudad, o incluso en la asamblea.

Al día siguiente por la tarde, se puso un llamativo traje de montar color jade que resaltaba los tintes verdes de sus ojos. Su madre la había convencido de que le sentaría de maravilla pocos meses antes de morir, pero cuando se lo entregaron, Selena pensó que se ajustaba demasiado a su figura y decidió que no lo usaría. Sin embargo, cuando examinó de manera objetiva sus otros dos trajes de montar, se dio cuenta de que estaban bastante desgastados. Ser visto cabalgando por la campiña con una andrajosa no le aportaría nada bueno a la reputación de lord Ormsley. Cogió el retrato en miniatura que tenía en el tocador y sonrió al ver el amado rostro de su madre.

—Tenías razón —murmuro—, siempre me ha gustado, pero me parecía demasiado elegante. Tengo otros vestidos que me encargó mi madrastra cuando estuvimos en la ciudad y que todavía no me he puesto por la misma razón. Creo que empezaré a ponérmelos también. Estoy pasando página, mamá. Sólo lamento que no estés aquí para verlo —tragó saliva y parpadeó para ahuyentar las repentinas lágrimas que brotaron de sus ojos.

Dejó el retrato sobre el tocador con cuidado y cogió el sombrero que hacía juego con su traje. Estaba decorado con una única pluma dorada que se enroscaba sobre el ala. Se miró rápidamente en el espejo, asintió satisfecha y se dirigió a los establos. Estaba segura de que lord Ormsley sería puntual y decidió que saldría a su encuentro.

Lady Sheringham estaba supervisando a Albina mientras arreglaba unas flores en el recibidor, y cuando Selena bajó corriendo las escaleras, su hermanastra levantó la vista.

—¡Selena! Luces magnífica.

—Oh, esta cosa vieja —dijo despreocupadamente—, lleva mucho tiempo colgado en mi armario y pensé que ya era hora de darle un uso.

Lady Sheringham levantó una ceja, pero se pudo escuchar cierta aprobación en su voz cuando dijo:

—Te ha dado un toque bastante nuevo, querida.

Selena lo dudó por un momento.

—¿No le parece que es demasiado?

—En absoluto —dijo lady Sheringham—. Sin duda igualarás la elegancia de lord Ormsley.

—Eso es lo que pensé.

Se encontró con él a mitad de camino y pudo notar enseguida que cabalgaba muy bien.

Él se quitó el sombrero ante ella.

—Espero no llegar tarde, lady Selena. Pensé que había salido a tiempo.

—Soy yo quien llega temprano.

—Si fuera un tío engreído, me lo tomaría como un cumplido.

Selena reprimió la leve sensación de incomodidad que le produjeron estas palabras pronunciadas a la ligera, y dijo con cierto ánimo:

—Entonces espero que no sea usted engreído, porque fue el hermoso día lo que me hizo salir temprano de casa al igual que el deseo de estar antes en su compañía, señor.

Él se rio y examinó con la mirada a su juguetona yegua.

—Es un hermoso caballo, lady Selena. Parece que está deseosa por correr.

—Sí, al igual que yo.

Con estas palabras, hizo girar a la yegua hacia el parque haciendo que tomara la delantera y dejando que lord Ormsley y su mozo de cuadra la siguieran. No pasó mucho tiempo antes de que él llegara junto a ella.

—¿Tan pronto está intentando huir de mí? —dijo, divertido.

Ella levantó la barbilla.

—En absoluto. Sólo estoy tomando la delantera.

—¿Y poniendo a prueba mi habilidad como jinete?

—Difícilmente. Cabalga muy bien.

—Al igual que usted, señorita.

Se acercaban a un seto.

—Le preguntaría si desea que abra la puerta, pero creo que ya sé la respuesta.

Mientras hablaba, Selena aminoró la marcha antes de saltar el seto con elegancia. Se detuvo al otro lado para darle a su mozo de cuadra la oportunidad de alcanzarla. Éste, muy acostumbrado a su estilo de cabalgar, no iba tan rezagado.

Una vez que su caballo se hubo calmado, Selena los condujo a un paso más tranquilo hacia un grupo de casas que se veían desde una pendiente del valle. La iglesia se encontraba a las afueras de este pueblo. Desmontaron y dejaron a los caballos pastando en un prado cercano, supervisados por su mozo.

—Puede que no sea muy grande —dijo Selena mientras caminaban hacia la modesta iglesia—, pero la torre y el presbiterio son del siglo XIII. La torre tiene una habitación en la parte superior donde la gente podía refugiarse cuando el pueblo sufría incursiones fronterizas.

—Veo que es usted es una especie de historiadora, lady Selena.

—En absoluto —admitió con total franqueza—. Mis hermanos y sus amigos promulgaban tales incursiones cuando eran chavales.

Su acompañante levantó una ceja a modo de interrogación.

—No me diga que usted también participaba en esos juegos.

—Lo habría hecho, pues siempre los seguía a todas partes. Pero como el único papel que me daban era el de la doncella en apuros, lo rechacé.

Él se rio.

—Cada vez me resulta más difícil comparar a la tímida joven que conocí en la ciudad con la joven que está a mi lado ahora.

—Me siento mucho más cómoda cuando estoy en mi propia tierra.

—Me alegro entonces de que la casualidad me haya llevado a su tierra, señorita.

Selena no supo qué responder, así que caminó rápidamente hacia la iglesia. Se dio cuenta de que sería muy fácil caer en el hábito de flirtear despreocupadamente con lord Ormsley, y no había duda de que le vendría bien practicar un poco, pero no debía alentarle, al menos no hasta que estuviera segura de sus sentimientos.

Se detuvieron un momento en el porche, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la tenue luz. Cuando empezaron a caminar por el pasillo, Selena se refugió en lo que creía que debía ser un tema de conversación seguro.

—Hay una espléndida pila octogonal que data de 1663...

—Así es, así es —dijo una voz profunda y estruendosa desde el umbrío presbiterio—, aunque me admira y me impresiona que conozca la fecha exacta, lady Selena.

—Oh, señor Harbottle, no lo había visto allí. Espero no interrumpirlo. Pensé en mostrarle a lord Ormsley su hermosa iglesia.

El vicario de aspecto amable salió de la penumbra, y sus cabellos blancos brillaron mientras un rayo de sol entraba por una ventana arqueada.

—No me habéis interrumpido. He terminado mis asuntos aquí y estoy libre para mostrarle a lord Ormsley la iglesia y discutir con él algunos de los detalles más asombrosos de su arquitectura—se inclinó—. Encantado de conocerlo, señor.

Lord Ormsley le devolvió la reverencia.

—Es muy amable de su parte, señor Harbottle, pero estoy seguro de que lady Selena...

—Permita que el señor Harbottle sea su guía. Hablaba en serio cuando dije que no era historiadora.

El vicario comenzó a guiar a su visitante hacia una pequeña puerta.

—Quizás le gustaría ver la torre, lord Ormsley.

Él miró a Selena por encima de su hombro.

—¿No viene, lady Selena?

Ella sonrió.

—No, ya la he visto en varias ocasiones. Os esperaré aquí.

Cuando desaparecieron por la puerta, una leve tos la alertó de que no estaba sola.

—¿Quién está ahí?

Otra figura salió de la penumbra. Los mechones de pelo que ahora brillaban por el rayo de sol que entraba por la ventana eran de esa extraña mezcla de rubio, pelirrojo y dorado que sólo pertenecía a una familia de por aquí. Selena sintió cómo su rebelde corazón se aceleraba.

—¡Charles! ¿Por qué no has salido?

Mientras él se acercaba, pudo notar que su mirada lucía inusualmente sombría.

—Había estado desnudando mi alma ennegrecida ante el vicario y no me apetecía hacer tener

una conversación cordial con un extraño.

—Estoy segura de que tu alma no es negra, Charles —pensó de pronto en todos los hombres que él debía de haber matado en la batalla y añadió con delicadeza—. ¿Quizá sólo un poco grisácea?

Él sonrió de manera irónica.

—Así es. ¿Gregory está esperando por ti afuera?

—No, sólo Dixon, mi mozo de cuadra.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué tan bien conoces a este tal lord Ormsley?

Selena parecía estar un poco sorprendida por el tono interrogativo en su voz.

—No muy bien. Lo vi en la ciudad un par de veces, y en la asamblea de Alnwick.

—Y sin embargo aquí estás, dando un paseo por el campo con él.

—¡Charles! Es una persona muy respetable, y no hay nada malo en que una joven acompañada de su mozo de cuadra salga a pasear con un caballero.

—Sin embargo, no ibas acompañada cuando entraste en la iglesia, ¿cierto?

Selena nunca había visto este lado de Charles. Se había burlado de ella a menudo, pero nunca le había hablado con tanta severidad. Sintió cierto fastidio ante su actitud pretenciosa. Sin importar qué papel creyera que jugaba en su vida, no era su hermano, y el hecho de que la regañara cuando se estaba esforzando por hacer nuevas amistades le parecía muy injusto.

—Deja de ser tan absurdamente mojigato, Charles. No es asunto tuyo lo que yo decida hacer. No soy una niña, y te ruego que lo recuerdes.

Los ojos de Charles recorrieron de pronto su vestimenta.

—Difícilmente podría olvidarlo cuando llevas ese traje que parece como una segunda piel.

Selena jadeó y lo miró, enfurecida.

—No sólo eres mojigato, sino extremadamente gótico y, para colmo, sumamente grosero.

Charles la miró fijamente durante un largo instante, y su mirada retadore se convirtió en una de desconcierto.

—Tienes razón. Te pido disculpas. Perdóname, Selena. No sé bien qué me ha pasado. Luces muy atractiva con tu traje, te lo aseguro.

Ella se relajó un poco.

—Muy bien, acepto tus disculpas. Las personas a menudo hacen berrinches inexplicables cuando han estado muy enfermas

Él soltó una suave carcajada.

—Selena, creo que acabamos de tener nuestra primera discusión.

—Deberías alegrarte —dijo sarcásticamente, su enfado y dolor aún no desaparecían—, no deseo tener otro hermano, con dos me basta, pero si insistes en asumir el papel, ahora puedes tener la seguridad de que discutiré contigo con la misma facilidad que con Gregory y Eddie.

La voz del señor Harbottle se escuchó a través la puerta que conducía hacia la torre. Selena no sabía si lo lamentaba o estaba agradecida.

Charles se inclinó ante ella.

—Te dejo sola con tu respetable caballero, Selena.

## CAPÍTULO 10



Charles saludó rápidamente al mozo de Slena y se encaminó hacia la taberna del pueblo. Siempre rezaba por todos los caídos en la batalla y pedía perdón por su participación en ella después de un combate, y solía buscar un rincón tranquilo en una iglesia o capilla poco después. Le gustaba estar solo durante esos momentos privados de dolorosa reflexión y había sentido cierto fastidio cuando el señor Harbottle lo había descubierto hoy. Sin embargo, sus palabras tranquilizadoras y sus oraciones lo habían reconfortado mucho. Pero la inesperada perspicacia que había mostrado lo había incomodado.

—Sí, sí, sé que no desea mi presencia aquí, capitán. Dios no permita que nadie sepa que detrás de su actitud desenfadada se esconde un cúmulo de remordimientos, penas o arrepentimientos, ¿cierto?

—No es tan grave, señor Harbottle —había dicho en voz baja—, suelo hacer las paces antes de volver a casa y me gusta dejar atrás esa parte de mi vida.

—Tengo la sensación de que eso no es tan fácil como usted sugiere. Cada uno de nosotros es la suma de todas nuestras experiencias, capitán Bassington. Si sólo permite que las personas vean una parte de usted, entonces no permite que nadie lo conozca de verdad.

Había hecho una mueca.

—No quisiera que mi familia y mis amigos se vieran afectados por horrores de los que no pueden ni deben saber nada.

—Por supuesto que no —había dicho con delicadeza—, pero tampoco debe subestimar a aquellos que lo aman. No pensarán menos de usted por vislumbrar de vez en cuando la sombra que existe bajo su luz. Si intenta separar los distintos aspectos de la vida en compartimentos estancos, su verdadero yo se fracturará irremediabilmente. Si ya está sintiendo dicho distanciamiento, tal vez haya llegado el momento de que deje atrás para siempre la faceta de soldado de su vida. Parece que nuestra lucha contra Napoleón ha terminado, después de todo.

—Realmente lo espero, pero ser soldado es una gran parte de mi vida.

—Desde luego que lo es. No estoy sugiriendo que niegue de ese aspecto de sí mismo, sino que aprenda a utilizarlo de un modo más pacífico. Debe de haber aprendido muchas habilidades y desarrollado varios aspectos de su carácter que podrían ser de utilidad. Le sugiero que haga una lista de sus fortalezas y considere cómo podrían beneficiarlo.

Primero Adolphus y ahora el señor Harbottle le habían sugerido que se renunciara. ¿Estaba listo para hacerlo?

—Aquí tiene, señor.

Charles sonrió al mozo de cuadra de dientes separados que claramente lo había visto llegar y había caminado junto a su caballo por la senda para encontrarse con él.

—Muy eficiente —dijo, entregándole unas monedas.

—Gracias, señor. Habría cuidado de una bestia tan fina sin esperar nada a cambio.

Charles levantó una ceja.

—¿No te causó problemas?

El mozo de cuadra sonrió.

—Le dio una patada al viejo Filey, pero es tan amargado que no lo puedo culpar por ello. No tardé en calmarlo después de eso.

—Ya veo. Tienes habilidad con los caballos. ¿Cómo te llamas?

—Ned Wilkins, señor, y si alguna vez necesita otra mano, cuente conmigo.

—Gracias, Ned, lo tendré en cuenta.

Montó en su caballo y se alejó trotando del pueblo antes de desviarse por un camino escabroso que lo llevaría a un sendero a través de los bosques que bordeaban las tierras de su padre. Fue de gran ayuda que Spirit conociera el camino, porque Charles volvió a sumirse en sus ensoñaciones.

No era raro que uno de los reclutas más jóvenes reconsiderara su carrera tras una batalla especialmente brutal. A menos que claramente no fueran aptos para la carrera militar, Charles siempre les aconsejaba que no tomaran una decisión precipitada, sino que esperaran a que pasara el tiempo suficiente para estar seguros de que era lo que realmente querían. Él no era un recluta novato, por supuesto, sino un veterano curtido en mil batallas, y no era miedo ni siquiera horror lo que sentía después de una batalla (uno acaba por insensibilizarse ante eso), sino cansancio. Una sonrisa de pesar se dibujó en sus labios. El señor Harbottle tenía razón; sentía remordimientos, pesar y tristeza en toda su extensión. Cada vez peor que la anterior. Se había sentido agotado cuando habían terminado de rezar y se había quejado suavemente al escuchar el ruido de la puerta de la iglesia al abrirse.

El vicario había dicho amablemente:

—Dudo que desee socializar justo en este momento, así que distraeré a nuestros visitantes mientras escapa.

Había intentado hacerlo por una puerta lateral, pero entonces escuchó la voz de Selena. Protegido por la oscuridad y una columna, la había visto sonreír y presentarle al vicario al hombre alto y elegante que tenía a su lado. Su nombre le había resultado familiar, pero no pudo recordar dónde lo había escuchado. Selena se había mostrado tan serena y elegante como su acompañante, quien había parecido decepcionado por el hecho de que el vicario le negara a ella el papel de guía. Y con mucha razón; Charles no sabía que Selena pudiera lucir tan seductora.

Cuando la había visto en la ciudad, sus vestidos habían sido de indudable calidad, pero bastante conservadores. Su traje de montar distaba mucho de serlo y revelaba una figura femenina que él no sabía que poseía. ¿Qué la había hecho cambiar su aspecto? Podría haber pensado que era para atraer a Carteret si ella no hubiera aparecido con ese tal Ormsley.

Estos pensamientos le habían rondado por la cabeza y, aún no dispuesto a adoptar su habitual actitud alegre, estaba indeciso sobre si acercarse a ella o no, cuando su tos lo delató. Había habido un ligero temblor en la voz de Selena cuando había preguntado quién estaba allí, lo que había sugerido que no se sentía tan segura como parecía, y antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, estaba de pie y se dirigiéndose hacia ella, deseando instintivamente calmar sus temores.

No se había sorprendido en absoluto cuando ella había refutado la idea de que su alma estuviera ennegrecida; nunca había soportado escuchar una palabra en su contra. Pero no había esperado que ella añadiera que tal vez podía estar un poco grisácea. Las palabras y la simpatía

que había visto en sus ojos sugerían que ella intuía la razón que lo había llevado a la iglesia, que comprendía que cuando no estaba en casa divirtiéndose con sus amigos, estaba haciendo algo mucho, mucho menos agradable. También le sugirieron cierta madurez que no él le había atribuido.

Por primera vez, en el lago Kimmer, había deducido que tal vez no lo idolatraba tanto como alguna vez lo había hecho, cuando se había puesto del lado de Jane y lo había reprochado suavemente por ser demasiado descuidado al hacer cumplidos, y luego lo había ignorado y le había concedido sus confidencias a Carteret. Esto le había parecido un poco extraño después de la evidente amabilidad que había mostrado en su carta y del escándalo y revuelo que había montado para que alguien fuera a buscarlo, pero se le había ocurrido que podría sentirse un poco avergonzada por su reacción desmesurada.

Frunció el ceño. ¿Y qué hay de su propia reacción desmesurada? Le parecía algo natural protegerla si su hermano o su padre no estaban allí. Pero ella tenía razón; sus palabras habían sido imprudentes y groseras. Si hubieran sido Carteret o Ralf Mawsley los que hubieran estado con ella, él no habría montado un escándalo. Debería estar feliz de que ella empezara a abrir sus alas. Y en realidad lo estaba. Era tal y como Selena había dicho, se trataba de sus berrinches por haber estado tanto tiempo enfermo y, además, lo había pillado en un momento difícil.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro al recordar esa mirada fulminante cuando le había dicho el traje le sentaba como una segunda piel. Había visto esa mirada en ella muchas veces cuando era niña, pero normalmente iba dirigida a Gregory o a Eddie cuando se la molestaban demasiado. Nunca la había dirigido hacia él.

¿Qué era lo que había dicho? *No deseo tener otro hermano, con dos me basta, pero si insistes en asumir el papel, ahora puedes tener la seguridad de que discutiré contigo con la misma facilidad que con Gregory y Eddie.*

Soltó una risita. Le gustaba que se pusiera furiosa, y si ya no lo consideraba perfecto, mucho mejor, porque no lo era y no estaba ni cerca de serlo. Al acercarse al camino que lo llevaría a través del bosque, se encontró con su padre, quien venía en dirección opuesta a él.

—Hola, Charles —le dijo mientras se acercaba su lado—. Me alegro de verte montando a Spirit. Ahora sé que te sientes mucho mejor, pero espero que no te apresures a volver a tu regimiento demasiado pronto. Cuando Adolphus se vaya a Horton, te agradecería que te hicieras cargo de algunas de sus tareas. Ya no tengo la misma condición física de antes.

—Eres fuerte como un buey —dijo, sonriendo—, además, sé tanto de administración de fincas como tú sabes acechar a un enemigo sin ser visto.

Lord Bassington soltó una sonora carcajada.

—¿Qué sabes tú de eso? En mis tiempos practiqué el arte de ser sigiloso, aunque no para cosas tan serias. En cuanto a no saber nada de administración de fincas, ya es momento de que aprendas. Si algo le sucediera a Adolphus, tú serías el heredero, y me gustaría pensar que serías capaz de llenar sus zapatos.

—Sus zapatos siempre me han quedado demasiado grandes —bromeó.

Su padre sonrió, pero dijo:

—En efecto, serían difíciles de llenar, porque él ama y comprende nuestra tierra casi tanto como yo.

—Lo sé, y sería inaceptable que él no se pusiera en sus zapatos, señor. Nunca le he envidiado su herencia.

—No tienes necesidad de decirme eso, Charles. Pero tú más que nadie debes saber que el destino elige a sus víctimas sin tener en cuenta su mérito o la propia justicia.

—En efecto, lo sé —dijo, y su expresión se tornó seria—, pero esperemos que Adolphus engendre muchos hijos sanos y viva una larga vida.

—Es mi mayor deseo, pero incluso si eso llegara a ocurrir y luego sufriera algún desafortunado accidente antes de que sus hijos alcancen la mayoría de edad, necesitarían a alguien que se asegurara de que la hacienda siguiera siendo rentable para cuando ellos estuvieran listos para tomar las riendas. Como su tío, tú serías la elección obvia.

—Muy bien. Nunca pude ganar una discusión contra usted. Acepto el papel de tío de los hijos no nacidos de Adolphus y me esforzaré por aprender todo lo que desee.

Lord Bassington puso la mano en el hombro de su hijo menor.

—Siempre has sido algo así como un espíritu libre, Charles, y la mayoría de las veces te he dejado hacer lo que desees. Pero te he visto muy pocas veces en los últimos años, y me gustaría llevarte de paseo y enseñarte un par de cosas.

—A mí también me gustaría, señor —sus labios se curvaron—. Conozco a todos nuestros inquilinos, por supuesto. La señora Blacky hornea galletas frescas los jueves, la señora Stranmore suele hacer un bizcocho de ciruelas los viernes, la señora Crake hornea una tarta de manzana los sábados...

Lord Bassington sonrió pero dijo con severidad:

—Es hora de que aprendas lo que puedes hacer por ellos en lugar de lo que ellos pueden hacer por ti, muchacho.

—Estaría encantado de hacer cualquier cosa por ellos, especialmente por la señora Crake. ¿Cómo se tomó la noticia? No quise preguntarle a Sam.

—Derramó algunas lágrimas, pero pronto se tranquilizó.

—Tal vez si haya algo pueda hacer algo por ella —dijo lentamente—. Si lord Sheringham desea mantener la discreción en su investigación, no puede ir por ahí interrogando a todos sobre Ellie. Pero a nadie le parecería extraño que yo los visitara, aunque no fuera para hablar de negocios. Si pudiéramos descubrir de quién era amiga Ellie, estoy seguro de que podría mencionarla en una conversación con toda naturalidad.

Lord Bassington consideró esto por unos momentos y luego asintió.

—Creo que deberíamos plantearle tu plan a Sheringham. No hay tiempo que perder, a menos que te sientas cansado.

—Muy poco, señor. Caminar cualquier distancia me fatiga, pero cabalgar me resulta tan natural como respirar.

Hizo girar a su caballo y retomó su camino, agitando su sombrero en el aire mientras gritaba:

—¡En avant!

Cuando entraron en el estudio de lord Sheringham, éste se hallaba sentado en su silla, un tanto pensativo. Pero les sonrió cálidamente a sus visitantes y se acercó para estrecharles la mano.

—Acabo de volver de visitar a los Crake. La señora Crake me ha confirmado que el collar era el que siempre llevaba Ellie. Al parecer, la chica lo consideraba un amuleto de buena suerte.

Los labios de Charles se curvaron.

—No le trajo mucha suerte, ¿cierto?

—Parece que no —dijo, indicándoles que se sentaran—. La señora Crake insiste en que su hija nunca se habría quitado la vida.

—Ella me dijo lo mismo —dijo lord Bassington.

—Estoy de acuerdo con ella —dijo Charles—. Su personalidad era alegre y su carácter firme. Cuando le entregué el collar ya se estaba riendo de su accidente.

—Pero Sam mencionó que había cambiado, Charles. Que no había sido feliz. ¿Es posible que no estuviera en sus cabales? ¿Que sufriera de melancolía?

Lord Sheringham suspiró.

—Yo diría que es totalmente posible. Cuando le pregunté a la señora Crake por el origen de la infelicidad de Ellie, me dijo que había comenzado a sentirse atraída hacia uno de los trabajadores temporales que había contratado el señor Crake, un tal James Rowe. Ellie siempre trabajaba en el campo cuando la necesitaban, pero a regañadientes. Cuando el señor Rowe llegó, ella lo hacía muy gustosa y lo seguía de un lado a otro.

—¿Y él correspondió a sus sentimientos? —preguntó lord Bassington.

—El señor Crake dice que no. Su opinión, tanto entonces como ahora, es que el señor Rowe era un hombre honesto y un gran trabajador que sabía lo que hacía. Ellie era la hija de su empleador y apenas más que una niña, por lo que era amable con ella. El señor Crake afirma que al señor Rowe, quien tenía casi treinta años, nunca se le ocurrió que su amabilidad hacia él tuviera un fin romántico. Y cuando lo sospechó, discutió el asunto con el señor Crake, lo que parece corroborar la idea de que era un hombre honesto. Para entonces sólo quedaban unas cuantas semanas de trabajo, y le ordenaron a Ellie que se quedara en la casa y ayudara a su madre. Creían que, mientras se mantuvieran separados, Ellie pronto lo olvidaría.

—¿Y lo hizo? —preguntó Charles.

—Parece que no. El señor Rowe se marchó una semana antes, diciendo que su madre estaba enferma, pero Ellie continuó mostrándose distante durante un mes más—levantó una hoja de papel—. Y luego se marchó, dejando esto.

Charles se levantó y la cogió.

*Queridos mamá y papá,*

*Me he ido muy lejos. No me busquéis y no os preocupéis. Me he ido a un lugar mejor donde espero no volver a sentirme tan miserable.*

*Ellie*

Charles le pasó la nota a su padre.

—Esto no nos dice nada. *Podría* interpretarse como una carta de suicidio, supongo.

—Pero ni el señor ni la señora Crake la consideraron como tal en su momento —dijo lord Sheringham—. Estaban seguros de que ella había encontrado un puesto en alguna parte. Ellie había empezado a decir que deseaba vivir cerca de una ciudad más grande, que su vida le parecía aburrida.

Lord Bassington frunció el ceño.

—Puedo entender por qué no querrían pensar que Ellie se había quitado la vida; son buenos cristianos, después de todo. Pero eso sólo nos deja la posibilidad de un asesinato, lo cual parece aún más improbable.

—O podría haber sido un accidente —señaló Charles. Frunció el ceño—. Excepto que a ella no le gustaba lago Kimmer. Decía que siempre le daba escalofríos.

—Si estuviera contemplando algo tan serio como ponerle fin a su vida, tal vez eso no fuera un problema para ella —dijo lord Sheringham—. Pero todo son conjeturas. Estaba considerando la mejor manera de proceder cuando llegasteis.

—Charles tiene una idea al respecto —dijo lord Bassington.

—Adelante.

Después de que Charles se la explicara, lord Sheringham dijo:

—Me parece un buen plan. Me había estado preguntando cómo realizar mis investigaciones sin levantar sospechas.

Cogió un cuaderno y arrancó una hoja.

—Le pedí a la señora Crake una lista de los amigos más cercanos de Ellie. Sólo tiene unos pocos nombres, así que su tarea no debería ser demasiado ardua. Creo que yo debería ver qué puedo descubrir acerca de este señor Rowe. Parece poco probable que haya tenido algo que ver, ya que se había ido del lugar unas cinco semanas antes de la desaparición de Ellie, pero es un cabo suelto que me gustaría atar. Desafortunadamente, la única información que el señor Crake tenía, es que su familia vive en algún lugar en las cercanías de Newcastle.

—No es exactamente la única información —dijo Charles—. Sabemos que sabía lo que hacía, lo que sugiere una formación agrícola. Yo preguntaría por el señor Rowe en el mercado de granjeros y también en las tabernas que los granjeros frecuentan en esos días.

—Una excelente idea —dijo lord Sheringham.

Llamaron a la puerta y entró el mayordomo.

—Siento interrumpirlo, señor, pero lady Sheringham solicita su presencia en el salón principal. Tiene de invitados a lord Ormsley, lady Bassington y lord Carteret.

—Iremos enseguida, Trinklow —dijo, mirando a sus invitados—. Espero que nos acompañéis.

—Por supuesto —dijo lord Bassington—. Conocí a su padre. Era un hombre muy exigente y tenía un gran concepto de sí mismo. Me interesará ver qué clase de tío es su hijo.

—Al igual que a mí —dijo lord Sheringham—. Parece que se ha encariñado con Selena.

A Charles le habría gustado tener la oportunidad de hablar con Ormsley personalmente, pero una vez hechas las reverencias, los caballeros de mayor edad lo monopolizaron, apartándolo un poco del grupo principal.

—Me alegra verlo tan bien, capitán Bassington —dijo lady Sheringham—. Debe ser un gran alivio para su familia y amigos.

Su mirada se dirigió rápidamente hacia Selena mientras hablaba, pero ella estaba absorta en algo que lord Carteret estaba diciendo. Lady Sheringham sonrió y señaló una silla cerca de Albina.

—Por favor, ¿no quiere sentarse? Por muy tentador que sea, no debe esforzarse demasiado.

Charles se sintió un tanto molesto al escuchar este comentario sobre su débil estado.

—Es poco probable que me haya esforzado de más en un corto paseo, señora.

Sin embargo, tomó asiento en la silla indicada.

—Espero que se encuentre bien, señorita Tate.

Albina le sonrió.

—En efecto, lo estoy. Estoy deseando que llegue la cena que se celebrará aquí en su honor.

—No es sólo en mi honor...

—Debería sentirse honrado.

Charles miró a lord Ormsley, quien había pronunciado las palabras.

—Por lo que he escuchado, todos los regimientos de caballería actuaron con gran gallardía en nuestro más reciente, y espero que último, enfrentamiento con Napoleón. Quizá le interese saber que se ha entregado a los ingleses. Las noticias llegaron anoche al castillo. Ha sido llevado a bordo del Belerofonte. Se dice que espera buscar asilo en las costas inglesas.

Charles se mostró serio.

—Entonces espero que no se lo concedan. Es indignante que haga semejante petición.

—Oh, de eso no hay duda —convino lord Ormsley.

—¿Pero por qué pensaría que tal cosa es posible? —preguntó Selena.

—Porque tratamos muy bien a su hermano menor Lucien —dijo lord Carteret—. A él

también lo llevaron a las costas inglesas como prisionero de guerra, y luego le permitieron vivir entre ciertos lujos con su familia en una bonita finca cerca de Worcester. Fue tratado con gran cortesía y se convirtió en una especie de celebridad.

—Oh, estoy seguro de que la alta burguesía local acudió en tropel —dijo lord Ormsley—. El hecho de que estuviera enemistado con su hermano más peligroso y se hubiera negado a aceptar el título principesco que se le ofreció, les dio una excusa para brindarle su hospitalidad —soltó una carcajada—, olvidando convenientemente que el joven Lucien Bonaparte era un firme partidario de Robespierre y que, en primer lugar, ayudó a su hermano Napoleón a llegar al poder, por mucho que se peleara con él después.

Con cierta renuencia, Charles empezó a simpatizar con lord Ormsley. El hombre parecía estar muy bien informado y hablaba con mucho sentido común.

—¿Cuál cree que será su destino?

—Supongo que habrá muchas discusiones al respecto —dijo lord Ormsley—. Lo más probable es que sea exiliado de nuevo, pero esperemos que esta vez el lugar elegido sea tan remoto que sea imposible escapar.

—Sí, bueno, todo esto es muy interesante, pero tal vez no sea un tema adecuado para discutir en el salón —dijo lady Sheringham con frialdad.

—Venid a nuestra cena el próximo jueves —dijo lady Bassington—, entonces podréis disfrutar discutiendo el destino de Napoleón a vuestro antojo mientras bebéis oporto.

Lord Ormsley se inclinó.

—Será un honor, señora. El baile local concluirá el miércoles, pero estoy seguro de que puedo encontrar una posada adecuada en Alnwick para alojarme.

—Oh, no hay necesidad de eso —dijo lord Bassington con su habitual buen humor—. Puede quedarse con nosotros.

La grave carcajada de lady Bassington resonó en el salón, aunque nadie sabía con exactitud cuál había sido la causa.

—Bassington —dijo—, es usted un encanto.

## CAPÍTULO 11



Selena suspiró lentamente, sintiendo cómo se relajaban sus hombros. Estaba casi segura de que su padre invitaría a lord Ormsley a quedarse en su casa y se alegró de que lord Bassington se lo hubiera propuesto primero, pues aunque había disfrutado de la compañía del conde, no deseaba verse obligada a estar con él. Una cosa era estar en compañía de un hombre con el que no compartía el trato y la confianza de un viejo conocido durante una o dos horas, y otra muy distinta tenerlo como su invitado durante tal vez varios días.

—Gracias, señor —dijo, mirando de lord Bassington a su esposa con una expresión ligeramente desconcertada—, estaré encantado de aceptar su invitación.

—¡Excelente! —dijo lady Bassington, riendo de nuevo—. Creo que Caroline y yo deberíamos modificar un poco nuestros planes. ¿Le gusta bailar, lord Ormsley?

Él levantó las cejas.

—Sí, por supuesto. Pero no me gustaría que hiciera ningún cambio en su velada por mí.

—Tonterías —dijo ella, agitando una lánguida mano—, debería haberlo pensado antes.

—En ese caso, espero con ansias, señora. Ahora, debo despedirme, o caeré en desgracia con mis anfitriones. Gracias, lady Sheringham por su amable hospitalidad, y lady Selena, por una tarde tan agradable.

Todas las miradas se volvieron hacia Selena, quien respondió como lo había hecho su madrastra, asintiendo amablemente y sonriendo.

Cuando hubo salido de la habitación, lady Bassington dijo:

—Selena, me has estado descuidando terriblemente.

Selena levantó las cejas, sorprendida.

—Eso no me parece justo, señora, cuando usted me ha pedido que no la visitara en unos cuantos días.

—Sí, pero ahora que la salud de Charles ha mejorado, puedes reanudar tus visitas. No has terminado de leer Emily y el malvado marqués.

—¿Una novela? —dijo lady Sheringham con cierta disconformidad.

—Sí, son mi debilidad. Selena interpreta todos los papeles tan bien. ¿Por qué no venís Albina y usted a escuchar? Estoy segura de que lo disfrutaréis.

Lady Sheringham parecía incómoda.

—Le agradezco su amable invitación, lady Bassington, pero no estoy segura de que Albina se beneficie escuchando sucesos altamente improbables que muy posiblemente lleven a una conclusión igual de fantasiosa, por no decir, inadecuada.

—¿Has leído alguna vez una novela, mamá? —preguntó Albina.

—No.

—Oh, ahora sí insisto en que vengáis —dijo lady Bassington. Un brillo iluminó sus ojos grises—, no sabe lo que se está perdiendo. No me decepcione, se lo ruego. Podemos disfrutar de una estimulante discusión acerca de la lectura que puede resultar muy instructiva.

Lady Sheringham parecía escéptica.

—¿No podría disfrutar de una estimulante discusión sobre la lectura con su nuera?

—Por desgracia, no. Estará demasiado ocupada planeando y haciendo todos los preparativos necesarios para nuestra cena y los varios invitados que esperamos.

—Es usted muy afortunada, lady Bassington, por tener una nuera dispuesta a asumir semejante responsabilidad, pero seguramente querrá supervisarla. Después de todo, el éxito o el fracaso de su fiesta recaerá en usted.

Lady Bassington rio suavemente.

—Caroline lo hará mucho mejor sin mi interferencia. Confío plenamente en ella. Presta atención a todos esos pequeños detalles que yo ni siquiera consideraría, y parece disfrutarlo. Por favor, decíme que vendréis. ¿Digamos mañana, a las dos en punto?

La mirada de lady Sheringham se volvió hacia su marido para buscar apoyo.

—Adelante —dijo él, sonriendo—. No deberías denigrar toda una obra literaria sin tener conocimiento de ella, y Albina ha sido educada con tan buenos principios que no temo que se corrompa.

Habiéndose quedado sin excusas, lady Sheringham le ofreció una sonrisa algo tensa.

—Si no ve ninguna objeción, entonces ciertamente iré.

—¿Y se les permite a los caballeros asistir a la lectura de la novela por parte de lady Selena? —dijo lord Carteret.

Lady Sheringham, lady Bassington y Selena hablaron al unísono.

—¡No!

—¿Realmente es tan escandalosa? —preguntó él, divertido.

—¡No es para nada escandalosa, muchacho odioso! —dijo lady Bassington—. Pero podremos disfrutar de una discusión más franca sin vuestra presencia.

Los ojos de Selena se dirigieron hacia los de lord Carteret al escuchar la manera tan irrespetuosa en la que lady Bassington se había dirigido a él. Vio una sonrisa acechando en ellos y se rio.

—Ha sido demasiado para su dignidad, señor.

—Mi orgullo ha recibido un duro golpe, se lo aseguro, lady Selena.

—Entonces tal vez podrías dignarte a acompañarme a visitar a algunos de nuestros inquilinos —dijo Charles.

Las palabras fueron bastante amables, pero a Selena le parecieron un poco atrevidas. Miró a Charles, pero no pudo leer nada en su expresión. En la de lord Carteret, por el contrario, podía verse una sardónica diversión. No entendía a qué podía deberse.

—Parece que estoy a tu disposición, Charles.

—Muy bien —aprobó lord Bassington—, me interesará escuchar tus opiniones sobre nuestras granjas, Carteret.

—Las tendrá, señor, por lo que valen. Me temo que mi administrador siempre se queja de que no me intereso lo suficiente. Debo admitir que ahora que mis hermanas se han casado y mi madre ya no está con nosotros, la perspectiva de pasar mucho tiempo solo en Westerby me parece desalentadora.

—Entonces deberías considerar la idea de casarte —dijo lady Sheringham, mientras sus ojos iban de él a Selena y viceversa.

Selena se sonrojó de vergüenza al escuchar su estratagema tan obvia. Los labios de lord Carteret se curvaron en una discreta sonrisa.

—Tal vez

—Confía en la serendipia —dijo lady Bassington—. Cuando llegue el momento, la dama indicada aparecerá.

—¿Pero cómo sabré que es el momento adecuado, o a qué dama elegir? —dijo lord Carteret con ligereza.

Selena se sintió agradecida de que no hubiera mordido el anzuelo que su madrastra le había ofrecido.

—¡Cuando ya no necesites hacer esas preguntas, muchacho arrogante! Ahora, llévame a casa. Debemos volver pronto si quiero tener tiempo para mi acostumbrada siesta antes de la cena.

Mientras los Bassington se despedían, Charles se acercó a Selena. Le cogió la mano y le dio un suave beso. Su cabello era aún más largo que el de lord Carteret y, al hacerlo, este cayó hacia delante y le produjo cosquillas en el brazo. Ella se estremeció y miró esos rizos naturales que muchas mujeres envidiarían, y sintió el deseo de estirar la mano y enrollar uno alrededor de su dedo. Afortunadamente, él se enderezó antes de que ella pudiera ceder ante el impulso.

—¿Me perdonas por haber sido tan pesado antes?

Selena intentó retirar su mano, pero aunque su agarre seguía siendo ligero, Charles no la soltó y, como no quería jugar al tira y afloja delante de todos, se limitó a levantar las cejas y decir con fingida cortesía:

—Por supuesto. Acepté tus disculpas en su momento, ¿no?

—Sí, pero admítelo, Selena, seguías igual de enfadada —dijo, sonriendo.

Ella no pudo evitar que sus labios se curvaran.

—Tal vez.

Ambos se quedaron un momento sonriéndose y Selena sintió como si un rayo de sol hubiera atravesado una nube.

—Vamos, Charles —dijo lady Bassington—, tú también deberías descansar antes de cenar.

Mientras Charles ponía los ojos en blanco y se alejaba, Selena descubrió dos cosas: que podía respirar de nuevo y que su papá la observaba atentamente, un tanto sorprendido.

—¿Papá? ¿Ocurre algo?

—No —dijo él en voz baja—, nada de eso. Me acabo de dar cuenta de lo hermosa que luces hoy. Tan madura, tan parecida a tu mamá.

Selena miró rápidamente a su madrastra, consternada por la inusual falta de tacto de su padre.

—No pongas esa cara de preocupación, Selena. Tu padre sólo ha dicho la verdad —dijo tranquilamente—. Te pareces mucho a ella. Siempre lo he pensado. Debe ser un gran consuelo para tu padre.

Lady Bassington seguía parada junto a la puerta. Le sonrió cálidamente a lady Sheringham.

—La veré mañana. Es tiempo de que nos conozcamos mejor.

Cuando subieron a la calesa la tarde siguiente, lady Sheringham parecía tensa. Selena sintió su incomodidad y le sonrió para alentarla.

—Cualquiera pensaría que irá con el dentista a sacarse una muela, por favor, no ponga esa cara. Voy a hacer todo lo posible por entretenerla.

Albina le siguió el juego y cogió la mano de su madre.

—Estoy segura de que no será tan malo como supones, mamá. Puede que incluso descubras que disfrutas de la interpretación de Selena.

—No es la actuación de Selena lo que cuestiono —dijo—, sino el material que va a leer.

—Son puras tonterías —dijo Selena—, pero tonterías muy divertidas. La trama es tan improbable como usted suponía, pero eso es parte de la diversión. A lady Bassington y a mí nos gusta predecir qué sucesos inesperados ocurrirán antes de empezar a leer. No nos lo tomamos en serio, ¿sabe?

Lady Sheringham parecía confundida.

—¿Entonces por qué leéis semejantes cosas?

—Porque nos divierte y nos da algo nuevo de lo que hablar.

—Será como llegar a la obra a mitad del primer acto. No entenderemos nada de lo que está pasando.

Selena se rio.

—Entonces resumiré os resumiré la trama.

Lady Sheringham frunció el ceño y Albina escuchó atentamente.

—Déjame ver si te entiendo —dijo lady Sheringham—. Emily fue cambiada al nacer por el hijo de su niñera y acabó en el asilo para pobres. En su lecho de muerte, la niñera le confesó el engaño y Emily fue devuelta a su familia legítima a la edad de doce años. La pobre niña que había sido criada como propia fue relegada al puesto de criada, y Emily ahora vivía en una posición más privilegiada de lo que jamás hubiera imaginado. Sin embargo, cuando cinco años más tarde se concertó un matrimonio para ella, nada menos que con un marqués, huyó de esta vida llena de lujos, oponiéndose a sus padres de una forma bastante reprochable, a pesar de que el marqués había sido extremadamente educado y no le había mostrado ninguna señal de que fuera a ser un mal marido.

—Pero no olvide —dijo Selena—, que Emily había percibido una oscuridad dentro de él desde el momento en que se conocieron.

Lady Sheringham soltó una carcajada.

—Eso me parece tan improbable como todo lo demás. No discuto la posibilidad de que el marqués pudiera no ser tan encantador como pareció a primera vista, pero me parece muy improbable que Emily hubiera sido capaz de descubrir que ocultaba algo debajo de sus refinados modales a la corta edad de diecisiete años.

Un recuerdo desagradable hizo que Selena frunciera el ceño.

—Admitiré que hay cierta verdad en lo que dice.

—Pero no lo creo imposible —intervino Albina—, recuerda que había soportado muchos años de privaciones y había estado expuesta a mucha infelicidad. Había vivido desprotegida de todo lo desagradable del mundo.

—Puede que tengas razón, Albina, pero creo que su vida de privaciones hace aún más improbable que eligiera un futuro incierto antes que un matrimonio extremadamente provechoso.

—Pero, mamá, si ella tiene razón, y él no es un buen hombre, aunque se casara con él, su futuro seguiría siendo incierto, o al menos lo sería su futura felicidad.

Lady Sheringham apretó los labios y no respondió.

—Esto es precisamente lo que lady Bassington quería decir con que la lectura genera un debate estimulante —dijo Selena—, es una forma de considerar conceptos que, por exagerados que sean, pueden tener alguna aplicación en la vida real. Los héroes de tales historias son quizás demasiado heroicos, y los villanos quizás sean descritos de maneras demasiado oscuras, pero ella dice que la verdad generalmente se encuentra en algún punto intermedio.

—Concuerdo con todo eso —dijo lady Sheringham—, pero a menos que el lector tenga la astucia necesaria para comprenderlo, tales historias podrían sentar un peligroso precedente.

—Tal vez —admitió Selena—, pero no si la lectura se comparte y los acontecimientos se discuten abiertamente.

—¿Quién es el héroe de este cuento? —preguntó Albina.

—Aún no hemos llegado a esa parte. Emily se encuentra en estos momentos de camino a Bath para ocupar el puesto de acompañante de lady Parsonby.

—¿Pero quién escribió su referencia? —dijo lady Sheringham.

—Veo que no pasa por alto ningún detalle —dijo Selena—. Debo decir que creo que su disfrute de la historia podría verse seriamente obstaculizado si no se esfuerza en hacer precisamente eso.

Cuando lady Sheringham se limitó a levantar una ceja, dijo:

—Su institutriz. Emily no sólo es hermosa, sino también extremadamente dotada.

Lady Sheringham levantó la mirada al cielo.

—Por supuesto que lo es.

—Ser demasiado hermosa debe ser una carga —dijo Albina, pensativa.

Lady Sheringham la miró con asombro.

—¿Por qué?

—Porque nunca sabrías si realmente le gustas a alguien o sólo la imagen que presentas. Y aunque todos envejecemos, debe de ser especialmente difícil para quienes han estado acostumbradas a llamar mucho la atención. Piensa en lady Callow.

—¿Quién era lady Callow? —preguntó Selena, intrigada.

—Era una conocida de mamá en Harrogate —explicó Albina—. Estaba claro que había sido una belleza en su época, pero tristemente había perdido esa cualidad. Intentaba hacerse la interesante contrayendo enfermedades que la obligaban a visitar varias ciudades balneario. Decía que ni Bath ni Cheltenham le habían sentado bien, pero tenía grandes esperanzas de que las aguas de Harrogate la ayudarían —una sonrisa tanto sabia como traviesa curvó sus labios—. Pero debo admitir que se me pasó por la cabeza la idea de que tenía más esperanzas de encontrar allí a un soltero susceptible que en cualquiera de los otros balnearios.

—¡Albina! —exclamó lady Sheringham—. Sólo te llevé a las fuentes en unas cuantas ocasiones, cuando te estabas recuperando del sarampión. ¿Cómo puedes haber descrito con tanta exactitud su carácter?

Albina se encogió de hombros.

—Muy pocas veces conozco gente que realmente me interesa.

—Pero pudiste leerla con tanta facilidad.

—Tal vez porque ella no me notaba en lo más mínimo, y por lo tanto me tomé la libertad de observarla.

Lady Sheringham parecía afligida.

—Debería haberte alentado a hacer más amigos de tu edad.

Albina cogió la mano de su madre por segunda vez y la apretó suavemente.

—Habrías tenido que enviarme al seminario de la señora Laycott, mamá, y me alegro de que no lo hicieras. Cuando me inscribiste en sus clases de baile durante nuestro último año en Harrogate, me sentí muy incómoda. O era demasiado sencilla o demasiado inteligente para ser popular entre las chicas de allí.

Un intenso resentimiento se reflejó brevemente en los ojos de lady Sheringham.

—Empiezo a pensar que esta visita no ha sido tan mala idea, después de todo. He descubierto más sobre ti en los últimos cinco minutos que en los últimos cinco años, Albina. ¿Por qué no me dijiste que no habían sido amables contigo?

—No quería preocuparte y, al fin y al cabo, tenía que aprender a bailar —dijo con tono serio.

—¿Por qué no querías preocuparme? —preguntó lady Sheringham—. Es mi prerrogativa preocuparme por ti y protegerte.

—Como es la mía hacer lo mismo por ti —dijo Albina con dulzura.

Selena vio que el dolor y la culpa distorsionaban los rasgos de su madrastra y apartó la mirada, sintiéndose tan incómoda como si la hubiera visto desnuda.

Encontraron a lady Bassington recostada en su lugar habitual frente a la ventana. Sonrió al ver a sus visitantes, pero no se levantó.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —dijo, señalando con la mano otro diván que había hecho traer a la habitación—. Dejémonos de formalidades. Por favor, póngase cómoda, lady Sheringham. Verá que si se recuesta y cierra los ojos, podrá imaginarse mucho mejor a todos los personajes.

Lady Sheringham se sentó en el borde del diván, con la espalda erguida, mientras Selena ocupaba su silla habitual junto a lady Bassington y cogía el libro. Albina eligió un asiento en medio de ambas.

Selena abrió la novela encuadernada en cuero y pasó al capítulo correspondiente.

—Ya les he explicado lo que hemos leído del libro hasta ahora.

—Excelente —dijo lady Bassington—, entonces todas podemos predecir lo que ocurrirá a continuación. Creo que debemos permitir que lady Sheringham comience.

Dicha dama se mostró apenada, pero dijo:

—Si lady Parsonby demuestra ser una mujer de firme fibra moral, entonces espero de verdad que les escriba una carta a los padres de Emily y les haga saber dónde está.

Selena la miró, compungida.

—Oh, olvidé mencionar que no utilizó su verdadero apellido ni su dirección.

Lady Sheringham bufó en señal de desaprobación.

—Así que esta joven no sólo es desagradecida y desobediente, sino que además es deshonesta. Qué encantadora.

—Es usted severa —dijo lady Bassington, soltando una risita—. Debe tener en cuenta su exquisita sensibilidad y el grave peligro en el que cree estar.

—¿Debo hacerlo? —dijo con frialdad.

—Sí, insisto en ello —dijo lady Bassington, sonriéndole amablemente a su invitada—. Le ruego que sea partícipe de nuestro pequeño juego.

Lady Sheringham se relajó un poco.

—Muy bien. Creo que una simple mirada a su juventud, su extrema belleza y la calidad de sus ropas bastará para alertar a lady Parsonby tanto de su inadecuación para el papel de dama de compañía como de la posibilidad de que esté llevando a cabo algún subterfugio. Si es una persona de buen corazón puede que la acoja mientras intenta descubrir sus verdaderas intenciones, si no lo es, sospecho que la echará.

—Creo que lady Parsonby la acogerá —dijo Albina—, pero ella tendrá un hijo y se encariñarán el uno con el otro.

—Muy bien —dijo lady Bassington con aprobación—, veo que aprendes rápido. Estoy de acuerdo. Y aunque lady Parsonby es comprensiva, no que su hijo se enamore de una dama de compañía sin dinero y por eso la enviará lejos.

—Yo creo que se meterá en un lío de camino a Bath —dijo Selena.

Lady Bassington gruñó.

—¡Eres demasiado lista para tu propio bien, Selena! Debería haber pensado en eso.

Todas las predicciones, excepto la de lady Sheringham, resultaron ser correctas. Tras varios contratiempos menores, como que su carruaje se volcara y el hecho de que tuviera que rechazar las insinuaciones de un obstinado caballero, finalmente llegó a Bath, sólo para que la echaran después de que lord Parsonby se enamorara de ella.

—No puedo evitar pensar —dijo Albina—, que si lord Parsonby les hubiera revelado sus sentimientos tanto a Emily como a su madre, ella podría haber revelado entonces su verdadera identidad y lady Parsonby se hubiera dado cuenta de que la relación no era tan desigual después de todo.

—Reconozco su mérito al no mostrar ninguna cordialidad indebida hacia una mujer residente en su casa —dijo lady Sheringham—, y que consultara a su progenitora antes de revelarle sus sentimientos.

—Podría ser apropiado —dijo lady Bassington—, pero cuando regrese a casa y descubra que ella se ha ido, sólo podrá culparse a sí mismo. Y si está dispuesto a considerar los sentimientos de su madre por encima de los que su propio corazón le dicta, pensaré que Emily está mejor sin él. Algunos pensaron que, siendo hija de un marqués, me había casado con alguien inferior a mí, pero yo no lo consideré así ni por un instante.

—¿Y se casó en contra de los deseos de sus padres? —lady Sheringham se sonrojó al darse cuenta de la naturaleza intrusiva de su pregunta—. Lo siento, no debería haber...

Lady Bassington soltó una carcajada.

—No se avergüence. Estoy decidida a que seamos amigas. Nuestras familias siempre han estado tan unidas que no podría ser de otra manera. Siendo así, estamos destinadas a descubrir mucho de la otra.

El rubor de lady Sheringham desapareció y su rostro palideció.

—La respuesta a su pregunta es no —dijo lady Bassington—. Las cosas no se dieron así ya que ellos antepusieron mi felicidad a sus ambiciones, y el nacimiento de mi marido fue honorable después de todo.

—Tuvo usted suerte —murmuró lady Sheringham.

—Sí, soy plenamente consciente de ello. Hemos seguido el mismo principio con nuestros propios hijos, aunque puede que le hayamos dado un ligero empujoncito a Adolphus. Conocerá a mis hijas en nuestra cena. Son unos años mayores que Adolphus y conocieron a sus maridos en la asamblea de Alnwick sin que yo me entrometiera de ninguna manera. Me alegro de ello, porque ambas viven a un día de distancia, así que las veo a ellas y a mis nietos a menudo. Sus maridos son grandes amigos que viven a unas quince millas al otro lado de la ciudad. Decidieron venir juntos a la asamblea una tarde y las chicas los conquistaron —sonrió con dulzura—. Tuvieron una boda conjunta. Supongo que era de esperarse, ya que una de ellas es mayor que la otra por solo un año y siempre lo han hecho todo juntas.

—Suenan muy romántico. ¿Se casaron por amor? —preguntó Selenia.

Lady Bassington suspiró.

—No es tan romántico como suena. Yo diría más bien que son matrimonios basados en la amistad y el respeto mutuo. Mis hijas parecían tener ideas firmes de lo que deseaban en un marido.

—Parecen jóvenes sensatas —dijo lady Sheringham con aprobación.

Selenia se rio.

—Lo dice usted como si los hombres que eligieron no tuvieran ni voz ni voto en el asunto, lady Bassington.

—No estoy segura de eso. Una vez que las chicas tomaron la decisión, los convencieron en

muy poco tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Selena.

Lady Bassington se encogió de hombros.

—No estoy del todo segura. Desde luego, no fue utilizando ninguna de las artimañas femeninas habituales. No se pavoneaban ni hacían pucheros ni fingían estar indefensas. Siempre fueron ellas mismas, lo que probablemente significa que fueron muy directas.

—No querrá decir que fueron ellas quienes se declararon, ¿verdad? —preguntó Selena.

—No lo sé con certeza —dijo con pesar—. Se limitaron a reírse cuando les pregunté por los detalles y dijeron que era mejor que no lo supiera, así que sospecho que o bien tomaron cartas en el asunto o forzaron a sus parejas a hacerlo.

—¿Y qué rango tienen sus maridos? —preguntó lady Sheringham.

—Uno es baronet y el otro un simple terrateniente, aunque sin duda es un caballero.

—¿Crees que el rango es de suma importancia en un marido, mamá? —preguntó Albina—. ¿Lo antepondrías a la felicidad?

Lady Sheringham abrió la boca y la volvió a cerrar, frunciendo el ceño mientras pensaba en su respuesta.

—Ciertamente no incitaría a nadie a casarse con alguien que, indudablemente, la haría infeliz —dijo—, pero no veo por qué tiene que ser una elección. Después de todo, es posible ser feliz con alguien que posea un alto rango —le sonrió a su hija—. Un matrimonio es una alianza entre dos familias, diseñada para beneficiar a ambas, de modo que la riqueza y las tierras puedan ser aseguradas y el linaje preservado.

Lady Bassington resopló.

—En mi opinión, más que preservar el linaje, el beneficio sería crear uno nuevo ¡a juzgar por algunos de los idiotas que tales matrimonios producen!

Albina ahogó una risita cuando su madre le dirigió una mirada severa.

—Cuando asistas a tu primera temporada, conocerás a muchos caballeros de alto rango. Estoy segura de que te encontrarás con unos cuantos que tendrán cualidades que admirarás.

—Pero para Selena no ha sido así de sencillo.

—No, pero su extrema timidez le dificultó relacionarse apropiadamente con alguno de ellos. Le iría mucho mejor ahora si volviera a participar en otra temporada.

—Pero usted dijo que no participaría en otra temporada —dijo Selena sin rencor.

Un leve rubor cubrió los altos pómulos de lady Sheringham.

—Estaba enfadada cuando lo dije —admitió—. Si no recibes una propuesta que consideres que puedes aceptar antes de que sea el momento de que Albina sea presentada ante la sociedad, puedes, por supuesto, venir a la ciudad con nosotros.

—Gracias —dijo Selena en voz baja—. No tengo intención de ir, pero me alegra que esté dispuesta a llevarme con usted.

Lady Bassington había estado escuchando esta conversación atentamente, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Esta tarde me ha parecido muy entretenida —dijo—, pero ahora es momento de que tome mi siesta. Espero de verdad que volváis todas.

## CAPÍTULO 12



Los dos primeros nombres de la lista de Charles no dieron fruto. El tercero era Rachel Blacky. Mientras cabalgaban hacia el corral, la señora Blacky salió de la casa y se detuvo en su pórtico recién fregado, con un impoluto delantal atado alrededor de su regordeta cintura y un rodillo de amasar ligeramente espolvoreado de harina en la mano. Las finas arrugas de su rostro se acentuaron mientras sonreía.

—¡Capitán Bassington! Escuchamos que estaba gravemente enfermo.

—Como cualquier otro rumor, fue un tanto exagerado, como podrá notar.

—Es posible, pero está mucho más delgado que la última vez que lo vi —examinó a lord Carteret con la mirada—. El señor Blacky vendrá en un momento para su descanso, por si queréis entrar y esperarlo. Estoy a punto de meter unas galletas en el horno y estarán listas enseguida. Si a su amigo no le molesta una comida sencilla, sois bienvenidos.

—Gracias, señora Blacky —dijo lord Carteret mientras bajaba de su caballo—. El capitán habla muy bien de sus galletas.

—¡Capitán Bassington!

Ambos se giraron y vieron a un caballero de rostro rubicundo cruzando apresuradamente el patio.

—Me alegro de ver que está mejor. Supongo que ha venido a devorar toda mi comida.

Charles sonrió.

—Admitiré que esperaba que su bondadosa esposa estuviera horneando, pero también deseaba mostrarle a lord Carteret algunas de las granjas y preguntar si hay algo que necesitéis de mi padre.

Las gruesas cejas del señor Blacky se alzaron.

—¿Te está haciendo trabajar? Pensaba que necesitarías estar descansando.

—Ya he descansado bastante.

—Sí, nunca pudiste permanecer quieto. Tú y lord Carteret sois bienvenidos a echar un vistazo. Llevad a vuestros caballos al establo mientras la señora Blacky prepara las galletas. Vuestra visita es muy oportuna, porque ahora que Rachel ha tenido su primer hijo, ella y Jonas se han mudado a la casa de campo junto al río, pero necesita algunas reparaciones.

—¿Entonces, finalmente aceptó casarse con Jonas Fielding?

—Sí, lo sacó de su miseria hace poco más de un año. Me quita un peso de encima, ya que el buen Dios no ha tenido a bien darme un hijo propio y mi familia ha dirigido esta granja durante tres generaciones. Creo que ella siempre quiso estar junto a él, pero era bien sabido que él había estado enamorado de Ellie Crake, pero ella no quiso saber nada de él. Poco después de que ella se marchara, él empezó a fijarse en Rachel, pero ella estaba tan disgustada porque Ellie había

desaparecido sin decirle nada que simplemente lo ignoró, además, a ninguna chica le gusta ser considerada la segunda opción. Sin embargo, ha demostrado su constancia. Nunca miró a otra chica en los cuatro años que tardó en convencerla.

Charles se sintió decepcionado. Parecía poco probable que Rachel fuera a ser de ayuda para su investigación.

—¿Encontraremos a Rachel en la casa de campo?

—No, debe estar en la lechería de la parte trasera de la casa, pero últimamente todos descansamos a esta hora del día, así que pronto la verá —negó con el dedo de manera burlona—. Estará encantada de verlo, señor, pero no haga que Jonas se ponga celoso.

Charles soltó una carcajada.

—¿Podría hacerlo?

Jonas era uno de los hijos del herrero, pero lo único que Charles sabía acerca de él era que tenía un carácter taciturno que ni siquiera la actitud despreocupada de Charles había conseguido alivianar.

El señor Blacky se rio.

—Sí, podría hacerlo. No es que lo pretendiera, por supuesto, pero una sonrisa y unas palabras amables de su parte siempre han logrado ponerla nerviosa.

Charles miró a lord Carteret a los ojos y vio cierta ironía en ellos.

Se encontraron con un hombre de pelo oscuro y enjuto, quien estaba atando a las vacas a unas argollas de latón colocadas a lo largo de la pared del establo para poder ordeñarlas.

—Buenos días, Jonas —dijo Charles.

El hombre asintió pero no sonrió.

—Buenos días, señor. Me alegra ver que su suerte no se ha acabado después de todo.

—Gracias. Desgraciadamente, no ha sido así para todo mi regimiento.

—Debe abandonar esa vida mientras pueda —dijo el señor Blacky—. Siga el ejemplo de Jonas. Siente cabeza y forme una familia.

Charles sonrió con pesar.

—Difícilmente podría mantener a una esposa.

—Confío en que su señoría pueda encontrar algún trabajo para usted. De no ser así, ¿por qué lo estaría instruyendo?

—Por la diminuta probabilidad que hay de que algún día sea yo quien herede o tenga la necesidad de guiar a mis futuros sobrinos.

El señor Blacky se rio.

—Hay muy poca probabilidad de que así sea. Pero es una buena idea, piénselo. Hay muchos caballeros que son demasiado ociosos como para ocuparse de sus propios asuntos.

Charles le devolvió la mirada irónica a Carteret.

—Sí que los hay.

Spirit se mostró reacio a compartir el establo con las vacas. Resopló e intentó escabullirse.

—Entre en la casa, capitán —dijo Jonas—, yo los llevaré al prado.

—Gracias, Jonas.

La señora Blacky estaba sacando las galletas del horno cuando entraron en la cocina.

—Rachel está envolviendo un queso que le prometí a su señoría —dijo—, no tardará más de un minuto.

Charles aprovechó la oportunidad.

—¿Le importa si le echo un vistazo a la lechería? Estoy intentando ampliar mis conocimientos sobre cómo funcionan las cosas en una granja.

—No tengo ningún inconveniente —dijo, poniendo las galletas en una rejilla para que se enfriaran—, pero no tarde; Jonas llegará en un minuto —le sonrió amablemente—. Le ha costado tanto conseguirla que no quiere darle a nadie la oportunidad de arrebatársela. Es una tontería, claro, pero al fin y al cabo le pasó a su propia madre. Ella huyó con otro hombre, dejando solo al pobre señor Fielding para criar a tres niños y llevar la herrería.

Charles volvió al patio y se dirigió a la pequeña lechería que había en un cobertizo adosado al final de la casa. Se le ocurrió que si Jonas era un hombre celoso y se había obsesionado con Ellie, no le habría gustado que ella anduviera detrás del señor Rowe. Cuando dicho caballero abandonó la granja Crake, ¿Jonas volvió a buscarla? ¿Podría haberla matado en un ataque de celos cuando ella volvió a rechazar sus insinuaciones?

Encontró a Rachel asegurando el papel que había envuelto alrededor del queso con un cordel. Lucía más regordeta y hermosa de lo que él recordaba. Terminó de atar el cordel antes de levantar la vista. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras hacía una reverencia.

—Luces muy bien, Rachel —dijo, devolviéndole la sonrisa—. La maternidad te sienta bien.

Su sonrisa se amplió y un leve rubor apareció en sus mejillas.

—Es muy amable al decirlo, señor.

Estaba a punto de rebatirle que no era la amabilidad lo que lo hacía decirlo cuando recordó las palabras de su padre.

—¿Puedes decirme algo acerca de cómo llevas la lechería? —dijo en su lugar.

—¿Por qué querría saberlo? —dijo, riendo—. No me diga que, después de todo, se ha enamorado de la hija de un granjero

—¿Después de todo?

Ella se sonrojó.

—Algunas de nosotras solíamos reunirnos después de la iglesia los domingos. Todas estábamos locas por usted. Soñábamos despiertas con que algún día elegiría a una de nosotras para casarse —soltó una avergonzada carcajada—. Teníamos serias discusiones sobre a quién elegiría.

Charles parecía un poco sorprendido.

—¿No me digas que os di motivos a alguna de vosotras para pensar así?

—No sea tonto. Era sólo un juego. Siempre tenía una risa, un guiño y una sonrisa para cada una de nosotras, pero sabíamos que no pretendía nada con ello.

—Me alegra escucharlo. Todas erais unas chavalas para mí.

—Las chicas crecen más rápido de lo que cree, señor —dijo con astucia—, y menos mal, porque aunque sabíamos que no teníamos nada que temer de usted, algunos supuestos caballeros nos arruinarían sin pensarlo dos veces.

—Espero que informaraís a mi padre de cualquier caso semejante.

—Lo habríamos hecho si hubiese sido necesario. Sólo cuando el señor Rowland, como era en aquel entonces, recibió a sus amigos como invitados en sus casa, tuvimos que estar alerta, pero afortunadamente no ha habido rastro de ellos desde que recibió su título. Pero basta de tonterías. No es conveniente que Jonas me encuentre hablando de esta manera con usted.

Charles frunció el ceño.

—Eso he escuchado. Espero que él no te trate mal.

—No tiene derecho a decirlo —dijo, un tanto tensa—. Él besa el suelo que piso. Me llevó un tiempo darme cuenta porque creía que estaba enamorado de Ellie Crake —lució afligida—. Pero eso fue hace mucho tiempo —sonrió con pesar—. Usted siempre tuvo una manera de hacernos olvidar que estaba muy por encima de nuestra posición y podíamos hablarle como si fuera un

amigo más.

—Sam todavía echa de menos a Ellie —dijo.

—Yo también —dijo suavemente.

—¿Sabes algo de ella?

Ella negó con la cabeza.

—No, absolutamente nada. Un día estaba aquí y al siguiente había desaparecido y eso es todo lo que sé. Me preguntaba...

Cuando se quedó pensativa, Charles la incitó a hablar.

—¿Qué te preguntaste?

—Bueno, semanas antes de que se marchara no podía sacarse de la cabeza a uno de los granjeros que trabajaban para su padre. Me preguntaba si había ido a buscarlo.

Cogió su queso y se dirigió hacia la puerta.

—Si lo hizo, espero que lo haya encontrado y que sea tan feliz con él como yo lo soy con Jonas. Sally Stranmore era su mejor amiga, ahora es Sally Grant y vive en el bosque detrás de la casa. Si alguien pudiera tener noticias de ella, sería Sally. Me temo que ahora no hay tiempo para explicarle mi trabajo aquí; tengo que darle de comer al pequeño Joe.

Efectivamente, cuando entraron en la cocina, se escucharon lloriqueos agudos procedentes de una caja de madera situada en un rincón de la habitación. Rachel le sonrió a su marido, cogió al bebé en brazos y salió de la habitación.

—¿Ha averiguado todo lo que quería sobre la lechería? —preguntó Jonas, con un tono serio.

Charles le sonrió ampliamente.

—No averigüé nada, Jonás. Rachel estaba demasiado ocupada contándome lo feliz que es contigo. Ahora, espero que queden algunas galletas para mí.

—Eso es exactamente lo que yo solía decir después de sus visita —dijo secamente el señor Blacky. Le pasó un plato bastante pesado—. Parece que hoy las necesita más que yo, así que a comer, capitán.

Después de comer tanto como pudieron, acompañaron al señor Blacky y a Jonas por un camino rural que atravesaba los campos bordeados de hileras de hierba cortada, cultivos o rastrojos. El señor Blacky les explicó su sistema de rotación mientras bajaban hacia el río. Señaló un campo recién arado.

—Pronto sembraremos los nabos. Son muy populares por aquí y también un buen alimento para las vacas.

Lord Carteret parecía no ser tan ignorante como había declarado, pues hizo varias preguntas pertinentes.

—¿Cuáles son esas reparaciones que necesita la casa de campo? —le preguntó Charles a Jonas.

—No necesita gran cosa —dijo—, y soy bastante capaz de hacer el trabajo yo mismo, pero el señor Blacky pensó que primero deberíamos obtener el permiso de su padre.

—Si quieres hacer el trabajo tú mismo, puedes hacerlo, por supuesto. Comprendo que te resulte más cómodo, pero debes darme una lista de los materiales que necesitas. Nosotros te los proporcionaremos, al menos.

Cuando una media hora más tarde cogieron sus caballos y comenzaron a cabalgar de vuelta hacia a la casa, lord Carteret dijo:

—¿Tu encanto aún tuvo el mismo efecto en la señora Fielding?

Charles se encontró con su mirada burlona y sus labios se curvaron en una sonrisa irónica.

—Me contuve. No tenía ningún deseo de ponerla nerviosa. Lo creas o no, nunca lo hice.

Lord Carteret enarcó una ceja escéptico.

—No puedes conocer a una dama sin desear que guste de ti.

—¡Carteret! —protestó, riendo—. ¡Eso es verdad! ¡Me haces parecer un verdadero dandy!

—No pienso eso de ti; no lo haces por vanidad o engreimiento, sino porque eres un verdadero ligón.

—No... bueno sí... pero no porque desee enamorar a todas las chicas que conozco.

La risa de lord Carteret fue tan áspera como el papel de lija, y esta pareció molestar a Charles. Lo miró con ojos fulminantes.

—¡Maldito seas, Carteret! Nunca he intentado enamorar a nadie. ¡No estoy tan desesperado! —su mal genio no duró demasiado, y cuando continuó su voz se escuchó mucho más solemne—. Además, ¿qué sentido habría tenido si yo estaba tan ausente, apenas podía mantener a una esposa y probablemente la hubiera convertido en viuda antes de que acabara el año? —suspiró—. Cuando estoy en casa, me gusta rodearme de diversión y risas. Me gusta hacer sonreír a las personas que me rodean, me gusta hacerlas felices, y no porque desee que me quieran, sino porque me hace sentir más feliz.

—Como un antídoto para tu otra vida —dijo en voz baja, con un tono apacible.

—Sí, supongo que sí. Pero nunca distingo a una dama o muchacha por encima de otra, y nunca le he dado a ninguna dama motivos para suponer que la amo.

—No, no te acuso de eso, y admito que fuiste la elección perfecta para esta misión. Tienes un don para hacer que las personas se sinceren contigo. Les agradas y confían en ti y no muchos pueden resistirse a tu sonrisa. He visto a la matrona más fría sucumbir ante ella y confiar en ti en menos de cinco minutos. A veces envidio eso de ti.

—Parece que Selena confía en ti —dijo, mirándole detenidamente—. La noté hablando contigo muy seriamente cuando estábamos en el lago.

Lord Carteret lo miró con cierta intriga.

—Creo, Charles, que se te han pegado un poco de los celos de Jonas Fielding.

—No seas ridículo.

Incluso mientras pronunciaba las palabras, Charles recordó la sonrisa que le había provocado a Selena cuando le había pedido perdón el día anterior. Había sido cálida e íntima, revelando el vínculo especial que siempre había existido entre ellos. Por un momento sintió una gran satisfacción al notar que la que ella le había ofrecido a Ormsley había sido casi superficial en comparación. No eran celos lo que había provocado esa reacción; esa idea era ridícula. Se trataba simplemente de que se había sentido aliviado porque la armonía entre él y Selena se había restablecido y complacido de que no se hubiera dejado seducir por un hombre que debía de ser al menos dieciséis años mayor que ella. Admitía que le molestaba un poco que ella hubiera considerado oportuno confiar en Carteret en lugar de en él, pero sólo porque eso le impedía ayudarla.

—Es sólo que si algo le preocupa, me gustaría saberlo.

—Entonces te sugiero que se lo preguntes. Un caballero no revela los secretos de una dama.

—¿Entonces ella tiene algunos?

—Todo el mundo tiene secretos, Charles.

—¿Cuáles son tus intenciones hacia ella? —preguntó bruscamente.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de lord Carteret.

—Qué preguntón estás esta tarde.

Charles parecía estar listo para atacar.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

—No, creo que no, Charles. Sólo diré que disfruto mucho de la compañía de lady Selena.

La ira de Charles fue en aumento, en parte porque, aunque parecía una tontería, no podía deshacerse de la idea de que Carteret estaba intentando provocarlo.

—Eso ya lo sé. Si no estás interesado en Selena, te ruego que no crees expectativas en ella, pero si lo estás, yo me enfocaré en no perder contra un rival. ¿Qué sabes de Ormsley?

—Nunca he escuchado nada en su detrimento. Es un buen hombre y muy respetado. Lo he escuchado dar muchos discursos conmovedores en la Cámara de los lores cuando se apasiona por algún proyecto de ley.

Esto reforzó la buena impresión que Charles tenía del hombre, pero seguía sin convertirlo en un candidato adecuado para Selena.

—¿Crees que sus intenciones son serias? Es demasiado mayor para Selena.

—Creo que está despertado, y ciertamente está considerando el matrimonio, ya que le propuso matrimonio a la ahora esposa de Allerdale al inicio de la temporada.

Charles recordó de pronto una conversación a la que realmente no había prestado atención. Había sido antes del baile de su tía. Lady Bringham había estado agobiando a su hijo, Miles, haciendo una lista de todas las damas que podrían interesarle. Había mencionado la riqueza y el buen aspecto de Ormsley, pero había dicho algo más. ¿Qué era? Sus ojos se entrecerraron mientras escuchaba la voz de su tía en su cabeza. *Me sorprendió escuchar que le había propuesto matrimonio a la señorita Edgcott, ya que él es un hombre muy elegante y ella, después de todo, no es más que la hija de un baronet y una chica alegre. Yo nunca habría pensado que ella fuera la indicada para él.*

Si él había descubierto que le gustaban las chicas alegres, pronto descubriría que Selena encajaba en esa descripción, y era hija de un conde y, por lo tanto, de su mismo rango. De pronto, Charles se alegró de que él viniera a alojarse en la casa; sería mucho más fácil vigilarlo. Puede que Selena pareciera haber madurado, pero era tan inocente como un cordero y, desde luego, no estaba preparada para enfrentarse a las artimañas de un hombre con la experiencia de Ormsley.

Lord Carteret cambió de tema.

—¿La señora Fielding te reveló algo?

—Sólo que ella pensaba que Ellie podría haber ido a buscar al señor Rowe. ¿No crees que Jonas podría haber asesinado a Ellie en un ataque de celos porque ella no lo quería?

—No parece algo imposible, pero no lo creo. Después de todo, esperó años hasta que Rachel lo aceptó. Parece que no le falta paciencia.

—Entonces parece que todas nuestras esperanzas están puestas en el último nombre de mi lista, pero lo dejaré para mañana; me resisto a admitirlo, pero tanto caminar me ha cansado.

Confesarlo lo reconfortó de cierta manera. Seguramente era el cansancio lo que lo hacía estar tan irritable.

## CAPÍTULO 13



Cuando lady Sheringham había comentado que lady Bassington era afortunada por tener una nuera que asumiera tantas responsabilidades, Selena había sentido una gran culpabilidad. Su conmoción y resentimiento por el hecho de que el lugar de su madre hubiera sido ocupado tan pronto por otra, le habían impedido ofrecerle mucho apoyo a su madrastra. Sabía que el comentario no había sido dirigido hacia ella, pero aun así pensó que debía esforzarse por ser más servicial. Puede que lady Sheringham no pareciera necesitar ayuda, pero eso no significaba que no se sentiría agradecida por el ofrecimiento. Decidida, reprimió cualquier sentimiento de decepción y le pidió a su criada que sustituyera el traje de montar por su ropa de día.

Gregory levantó la cabeza sorprendido cuando ella entró en la sala de desayunos.

—¿No vas a acompañarnos en nuestro paseo de esta mañana? Albina insiste en que debemos practicar su galope, ya que mañana iremos con los Mawsley y los Rowland a Chillingham, y no desea retrasar al grupo.

—¿Ah sí? ¿Irá Cedric también?

El tono de Selena fue desaprobatorio, y Gregory negó con la cabeza.

—Selena, no puedes echarle en cara eternamente sus locuras juveniles a un hombre. Cedric puede haber actuado de manera desenfrenada durante un tiempo, pero se calmó una vez que asumió su título de baronet.

Lady Sheringham habló bruscamente.

—No estoy segura de desear que Albina vaya en una expedición con alguien cuyo carácter es cuestionable.

—No era tanto el carácter de Cedric lo que era cuestionable, querida —dijo lord Sheringham—, sino sus amigos. Solía sentir mucha lástima por él. Su carácter es sensible, como el de su madre, y su padre lo obligó a convertirse en algo que no era. Sólo Jane Rowland tuvo el valor de enfrentarse a Sir Graham en su defensa. Cuando Cedric asumió su título, la influencia tanto de su madre como de su hermana le permitió ser el hombre que estaba destinado a ser, en lugar de la caricatura que había creado su padre —dirigió su mirada hacia Selena—. Cedric merece compasión por los muchos años infelices que sufrió, en lugar de ser criticado por obedecer los deseos de su padre. Si no tuvieras tantos prejuicios hacia él, te habrías dado cuenta. Después de todo, te quedabas a menudo en casa de Jane cuando eras una niña, y debes haber tenido suficientes oportunidades para darte cuenta de la verdadera naturaleza de Cedric.

Selena jadeó, no estaba acostumbrada a recibir semejante reproche por parte de su padre, pero se dio cuenta de que no podía defenderse. Le sorprendió ver compasión en la severa mirada de su madrastra.

—Me sorprende que permitiera que Selena se quedara en una casa así.

—Puede que sir Graham fuera duro con su hijo, pero como el caballero que era, no le habría faltado el respeto a Selena ni a las demás mujeres de su casa. Y mi única regla era que no la visitaba cuando los amigos de Cedric llegaban a visitarlo.

Percibiendo la incomodidad de Selena, Albina preguntó en voz baja:

—¿Por qué no cabalgarás hoy? Espero que no estés enferma.

Ella se forzó a sonreír.

—Estoy perfectamente, gracias. Pensé en quedarme y ofrecerle mi ayuda a mamá, en caso de que pudiera hacer por ella.

Era la primera vez que se dirigía a su madrastra de esa manera, y lo había dicho sin siquiera pensarlo o proponérselo, pero de algún modo le pareció correcto. No podía lamentarlo, pues la mirada que lady Sheringham dirigió hacia ella contenía sorpresa, pero también algo parecido a la gratitud.

—Me encantaría contar con tu compañía, Selena. Hoy iré a visitar a la señora Grant para llevarle un ungüento a su hijo ya que se ha hecho un rasguño las piernas. Su cuñada es trabaja aquí y ella me lo ha contado.

La sonrisa de Selena se volvió más natural.

—¿Qué ha hecho ahora el pequeño Oliver?

—Creo que intentó saltar detrás de una carreta en marcha, pero en vez de eso fue arrastrado tras ella.

—Eso suena a Oliver. Está lleno de coraje, pero no parece entender que su habilidad no concuerda con su valor.

—Aun así vendrás mañana, ¿verdad? —preguntó Albina.

—Sí —dijo, respirando hondo—, papá tiene razón. Debería darle a Cedric el beneficio de la duda.

Lord Sheringham se levantó para retirarse de la mesa, y puso una mano en el hombro de Selena al pasar junto a ella.

—Eso está mejor, Selena. También me complace que vayas a acompañar a Elizabeth. Conoces bien a nuestra gente y podrás ponerla al corriente de muchos pequeños detalles.

Gregory le guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa y ella vio cierta malicia en su mirada.

—Te diré una cosa, Selena, puedes llevar a nuestra madra... a nuestra madre en mi faetón.

Compartieron una mirada de diversión entre ellos, pero ella le respondió con una gratitud sincera.

—Gracias, Gregory. Me encanta viajar en un asiento tan elevado sobre el suelo, y tus caballos son muy veloces.

—Eso no será necesario —dijo lady Sheringham rápidamente, mientras abría sus ojos, alarmada—. Me conformo con ir en la calesa.

Albina los había estado observando atentamente y ahora fue a ella a quien Gregory le dirigió un guiño. Haciendo caso a su señal, dijo:

—Pero, mamá, piensa en lo elegante que te verías. Siento tanta envidia.

Lady Sheringham enarcó las cejas.

—Albina, si permitirte la libertad de relacionarte un poco con la sociedad te ha llenado la cabeza de tanta frivolidad...

Lord Sheringham rio entre dientes.

—Sería el colmo de la insensatez viajar en el faetón en semejante expedición, como todos saben. Me temo que nuestros crueles hijos te están tomando el pelo, querida.

Lady Sheringham se quedó con la boca abierta, pero al ver que cuatro pares de ojos risueños

la miraban con expectación, se relajó y sonrió.

—Que horribles niños.

Lord Sheringham les sonrió con indulgencia.

—Es bueno escucharos divertirlos a vuestra habitual manera, pero debo ir a Newcastle por negocios y estaré fuera toda la noche. No molestéis demasiado a mi querida señora mientras esté fuera.

La cabaña de los Grant estaba junto a un camino que atravesaba el bosque hacia el norte de la casa. Junto a la casa había un ancho camino que conducía a un patio y a un amplio granero, antes de desaparecer entre los árboles. El señor Grant era el carpintero de la finca y, en cuanto Selena detuvo la calesa, se pudo escuchar el ruido de la sierra, cuyo chirrido se vio contrarrestado por un alegre silbido que se elevaba por encima de ellas. Cuando bajaron, el silbido cesó y un hombre robusto de unos veinticinco años, con una mata de espeso pelo castaño y cubierto de serrín salió del granero. Al ver a sus visitantes, se lo quitó rápidamente con las manos y las partículas de polvo bailaron a través de la luz del sol que se filtraba entre los árboles detrás del granero.

—Lady Sheringham, lady Selena —dijo, haciendo una reverencia.

—Hemos traído algo para la pierna de Oliver —dijo lady Sheringham, un poco tensa—. Su hermana Molly nos informó de su accidente.

—Es muy amable de su parte, milady, pero sólo son unos cuantos rasguños.

—Unos rasguños pueden convertirse en un asunto más serio si no se tratan adecuadamente.

Selena rompió la incómoda formalidad que había entre ellos. Le dedicó una sonrisa amistosa y señaló la carreta que había al otro lado del patio, aún cargada con varios trozos de madera.

—¿Es de ahí de donde cayó?

El señor Grant sonrió.

—Sí. Se empeñó en venir a trabajar conmigo. Sally sólo le dio la espalda un momento y él salió corriendo como un terrier tras un conejo. El muy tonto se sujetó a la parte trasera de la carreta demasiado tiempo. Vosotras entrad y yo me ocuparé de la calesa. El capitán Bassington se ha llevado a Oliver a dar un paseo en su caballo, pero dudo que tarde mucho.

Mientras caminaban hacia la parte trasera de la casa, lady Sheringham dijo:

—¿Qué motivo tiene el capitán Bassington para visitar a nuestros inquilinos?

—Sally es hija de la señora Stranmore, quien es una de las inquilinas de lord Bassington, así que no es tan extraño como parece.

—Oh, ya veo.

Selena la miró. Su tono no fue desaprobatorio, sino cauteloso.

—Charles conoce a todos, y siempre ha tenido la libertad de vagar por las tierras de Sheringham, como nosotros hemos tenido la libertad de vagar por las tierras de Bassington.

Entraron por la puerta trasera que daba directamente a la cocina y descubrieron a la señora Grant secándose los ojos con un pañuelo. Lady Sheringham retrocedió un poco, claramente incómoda por haberse entrometido, pero Selena corrió hacia ella.

—¡Señora Grant! ¿Qué ha ocurrido para angustiarla tanto?

El rostro juvenil de la señora Grant se sonrojó de vergüenza mientras se sonaba la nariz y hacía una reverencia al mismo tiempo.

—Os ruego me disculpéis, lady Sheringham, lady Selena. No es nada. Por favor, ¿no queréis sentaros? Todavía tengo un poco del té de la caja de navidad que muy amablemente me regaló, milady, por si desea un poco.

—Por supuesto que no —dijo lady Sheringham—, es para su uso personal y no tenemos necesidad de un refrigerio. Pero me gustaría que compartiera con nosotras lo que la ha

angustiado. Espero que el capitán Bassington no sea el responsable.

Selena se tensó al escuchar esta sugerencia, pero vio que una expresión de consternación ya había sustituido a la sospecha que su madrastra había mostrado cuando hizo la pregunta.

—En cierto modo lo es, aunque se mortificaría, estoy segura, si lo supiera. Es sólo que nos pusimos a hablar de los viejos tiempos y me preguntó si tenía noticias de Ellie Crake, que solía ser muy amiga mía.

—¿La hermana de Sam? —dijo Selena.

La señora Grant asintió.

—Así es, milady. ¿La conocía?

—No, pero conozco a Sam bastante bien. Solía ser muy unido a Charles cuando yo era niña.

—Sí, siempre fueron uña y carne. No sé si lo recuerda, pero Ellie se marchó hace cinco años, sin decirnos ni una palabra a ninguno de nosotros.

—Ah, ya veo —dijo lady Sheringham—. Bueno, ahora sabemos que la causa de tu angustia no es nada en lo que podamos ayudarte...

Había despertado el interés de Selena y la interrumpió.

—¿Sabe qué fue de ella?

—Eso me preguntó el capitán Bassington —sonrió con nostalgia—. Ella lo apreciaba mucho. Recuerdo que él le hizo un collar de cuentas de cristal y nunca se lo quitó desde el día en que se lo dio —suspiró—. Hasta donde yo sé, nadie ha vuelto a saber nada de ella. Su madre creía que había encontrado trabajo en alguna parte, pero si lo hubiera hecho, estoy segura de que nos habría escrito para contárnoslo, lo que me hizo pensar que podría haberle ocurrido algo —negó con la cabeza—. Fue ese pensamiento el que me perturbó. Pero probablemente estoy siendo una tonta; las personas cambian, después de todo, ¿no es así?

—En efecto, las personas cambian —convino lady Sheringham.

La señora Grant soltó una risita seca.

—Por mucho que haya cambiado, apostarí a que sigue llevando ese collar. No era más que una simple chuchería, con cuentas de cristal verdes, rojas y blancas, pero por la manera en que le gustaba uno supondría que estaba hecho con las joyas más finas.

—Sí, bueno, no debemos robarle mucho tiempo, señora Grant —dijo lady Sheringham—. Le he traído un ungüento para la pierna de Oliver. No sería conveniente dejar que se infectara.

Selena dejó que las palabras fluyeran por su cabeza mientras lady Sheringham empezaba a explicarle sus propiedades y la frecuencia con que debía usarla. Sintió escalofríos que le recorrían los antebrazos. La señora Grant había descrito exactamente el collar que había encontrado en el lago.

Se escuchó un paso firme en el camino de grava del exterior y Charles entró por la puerta abierta, agachándose para que el pequeño que llevaba sobre los hombros no se golpeará la cabeza contra el dintel. Tenía una mata de pelo muy parecida a la de su padre y una sonrisa simpática. Charles sujetaba sus delgadas piernas por encima de sus rodillas, evitando tocar el sarpullido de rozaduras que se extendía por ambas espinillas.

—Aquí tienes, Sally. Lo he traído sano y salvo.

Levantó los brazos y cogió al chico por la cintura antes de dejarlo con cuidado en el suelo mientras este hablaba.

—¡El capitán dice que soy un soldado muy valiente! —gritó el niño, corriendo hacia su madre.

Charles se limpió una mancha de polvo en la bota.

—Sí, pero no olvides lo que te he dicho, joven Oliver. Un buen soldado no se precipita a

tomar acción sin considerar las consecuencias, y desde luego ¡no desobedece órdenes!

Se enderezó mientras hablaba, y por primera vez notó que tenían compañía. Sus ojos se abrieron ligeramente, pero sonrió y dijo alegremente:

—Sígueme la corriente, Oliver.

Selena reprimió una sonrisa cuando él se inclinó y el niño de cuatro años hizo lo mismo.

—Buenos días, lady Sheringham, lady Selena.

Mientras Oliver repetía las palabras lo mejor que podía, la mirada de lady Sheringham se suavizó.

—He traído algo para curar tu pierna, jovencito.

Oliver la miró, inseguro.

—¿Dolerá?

—Puede que arda, sólo un momento, pero tu pierna sanará mucho más rápido.

—Los soldados valientes no temen que les curen las heridas, Oliver —dijo Charles con suavidad.

Oliver se irguió un poco más.

—Gracias, lady Sherry.

—Lady Sheringham —dijo rápidamente la señora Grant.

El muchacho suspiró.

—Pero, mamá, es una palabra muy larga.

Selena observó con cierta sorpresa cómo su madrastra se inclinaba hacia delante y acercaba a él, diciéndole en un fuerte susurro:

—Puedes llamarme lady Sherry, pero debe ser nuestro pequeño secreto. No me gustaría que todos lo hicieran.

—Debo despedirme —dijo Charles, inclinándose de nuevo—, señora Grant, lady Selena —dirigió su sonrisa hacia lady Sheringham antes de añadir—, lady Sherry.

Aunque lady Sheringham levantó una ceja, Selena creyó ver que estaba conteniendo una sonrisa. Se puso de pie.

—Iré a saludar a Spirit, pues estoy segura de que Oliver no desea visitas.

Cerró la puerta tras ellos y caminó junto a Charles por el sendero que atravesaba el pequeño jardín. Cuando llegaron a la reja que daba al patio, Selena se detuvo antes de abrirla y se volvió para mirarlo. Como de costumbre, su sonrisa la hizo sonreír.

—No creo que le agrade a tu madrastra, Selena.

—Entonces has recibido una buena lección, Charles.

Él levantó una ceja.

—¿A qué te refieres?

—Te vendrá muy bien darte cuenta de que no puedes encandilar a todas las mujeres que pisan esta tierra.

Negó con la cabeza y suspiró dramáticamente.

—Es un duro golpe, debo admitirlo, pero no temas, ¡lo superaré! Creo que ahora mismo he hecho una pequeña mella en la gélida armadura de lady Sherry.

—No parece tener esa armadura con Oliver.

—No, no la tenía, ¿cierto? No habría creído que pudiera parecer tan... tan amable.

—El hecho de que no exprese sus sentimientos no quiere decir que no tenga un corazón.

—Tendré que creerte. Me alegro de que parezcas estar mucho más cómoda en su presencia.

—Cuando nos viste en la ciudad, estábamos un tanto peleadas —dijo en voz baja—, pero ahora nos entendemos mucho mejor.

De pronto, él le cogió la mano y la apretó suavemente.

—Me alegro, Selena.

Incluso a través del guante, sintió un hormigueo en el dorso de la mano al sentir su contacto y la retiró con más rapidez de la debida.

—Yo también.

Abrió la reja y se apresuró a atravesarla, pues necesitaba poner un poco de distancia entre ellos. Él la siguió, con el ceño fruncido.

—¿Seguro que no sigues enfadada conmigo?

Ella sintió un repentino e inesperado arrebato de ira. Estaba decidida a aceptar su relación de amistad, incluso a disfrutarla, como siempre había hecho, pero ¿cómo iba a conseguirlo cuando él le sonreía, la tocaba y le hablaba con tanta ternura? Le hacía sentir que era especial para él, pero sabía muy bien que no lo era. Después de todo, había visto cómo les hablaba a las otras damas en el baile de lady Brigham. Lo había visto bailar con numerosas mujeres mucho más hermosas que ella y vio cómo le sonreían coquetamente, cómo les brillaban los ojos, sintiendo también que eran especiales, sin duda. Pero entonces, él le había pedido que le escribiera, una petición que no debería haberse hecho a nadie que no fuera un miembro de la familia, y ella se había dejado llevar por la esperanza.

Estos pensamientos sólo sirvieron para intensificar su ira y se dio la vuelta, a punto de decírselos, sólo para descubrir que él estaba tan solo un paso por detrás de ella. Inevitablemente, chocaron y, cuando ella tropezó, él la rodeó con los brazos para estabilizarla. Un calor la recorrió por los hombros, le subió por el cuello y le llegó a las mejillas al mismo tiempo que se quedaba sin aire. Cuando abrió la boca para poder respirar, él acercó su cabeza a ella y, por un momento, Selena vaciló entre el miedo y la esperanza de que la besara. Pero Charles se detuvo a escasos centímetros de su rostro y sus brillantes ojos se entrecerraron un poco.

—Selena —dijo en voz baja.

—Charles —susurró.

—Creo que de nuevo te han salido pecas.

La absurdidad del comentario calmó tanto su ira como las extrañas sensaciones que la recorrían. Dio un paso atrás y soltó una carcajada.

—Charles, eres un tonto.

Él la soltó y levantó las manos.

—No, no, Selena, siempre me han gustado tus pecas. De hecho, me decepcionó que hubieran desaparecido.

—¡Oh, basta, tú... idiota! —jadeó entre otra carcajada—. Siempre estuvieron ahí, sólo que mi madrastra me dio una loción para disimularlas.

Sintió un gran alivio por no haberle expresado sus sentimientos. Su amistad se habría arruinado y no quería eso. No era culpa de él, sino de sus sentimientos rebeldes. Se tranquilizó y su risa cesó al recordar por qué había querido hablar con él.

—Charles, ¿el collar que encontré pertenecía a Ellie Crake?

Él se puso serio en un instante.

—¿Cómo lo has averiguado?

Selena se llevó una mano a la boca y repentinas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Precisamente por eso no lo mencionamos. No queríamos alarmaros ni a ti ni a Albina.

Negó con la cabeza y suspiró pesadamente.

—No estoy alarmada, sólo triste por Sam y su familia. Esa pobre chica. Me pregunto qué le habrá pasado.

—Eso es lo que tu padre y yo estamos intentando descubrir.

Ella frunció el ceño.

—¿Pero por qué le preguntabas a la señora Grant si tenía noticias de Ellie cuando ya sabías que había muerto? —jadeó y su voz se redujo a un susurro cuando su cerebro asimiló lo que había descubierto—. ¿No querrás decir que fue asesinada?

—No, no quiero decir eso. Ella creía estar enamorada de uno de los trabajadores de la granja, quien no correspondió a sus sentimientos. Desapareció unas semanas después de que él se marchara.

—¿Así que crees que se suicidó?

Selena no estaba segura de qué hipótesis le resultaba más inquietante.

—Estamos considerando todas las posibilidades, incluido un accidente. Tu padre ha ido a buscar al hombre del que Ellie estaba enamorada. Quizá sepamos más cuando vuelva —suspiró—. Ha sido una pena que hayas visitado a Sally hoy y hayas descubierto la verdad. Tu padre no desea que su investigación llegue a oídos de todos, Selena.

—Me alegro mucho de que me informaras de ello —dijo ella, con un tono dulce que discrepaba con la exasperación de sus ojos—, o de lo contrario lo habría mencionado de pasada a todo aquel que se cruzara en mi camino.

Charles sonrió.

—Sería natural que quisieras hablar de ello con tus amigos más cercanos.

—Puedes estar seguro, Charles, de que no lo haré. Soy experta en guardar secretos, te lo aseguro.

Su tono de voz se había tornado indiferente y severo, y de pronto él clavó su mirada en sus ojos como si tratara de llegar a su interior y averiguar hasta el último de ellos. Ella bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Selena —dijo con urgencia, pero el señor Grant acercó su caballo hacia él y el momento pasó.

—Iré a preparar la calesa. Adiós, Charles.

Selena fue consciente de la mirada de su madrastra sobre ella en más de una ocasión mientras conducían de vuelta a la casa. Recordó cómo había parecido consternada después de pedirle a la señora Grant que le explicara el motivo de su angustia, y cómo había intentado desviar el tema de su conversación con Charles.

—Ya sabía lo de Ellie, ¿verdad?

—Sí —admitió—. A tu padre le gusta mantenerme informada de sus asuntos, discutirlos conmigo.

Selena percibió cierto desconcierto en su voz y, a pesar de la seriedad del tema en cuestión, sonrió.

—Me parece que no está acostumbrada a eso.

—No. No estoy acostumbrada a que se solicite mi opinión sobre temas que generalmente se discuten entre hombres.

—¿No le gusta?

—No es que no me guste, es más bien que no estoy acostumbrada a que me traten como a una igual.

Selena recordó las palabras que le había dicho en la ciudad. *No existe la amistad entre hombres y mujeres. ¡Esa idea es absurda! ¿Qué tienen en común?* No pudo resistirse a decir:

—¿O ser tratada como una amiga?

—O como una amiga —reconoció, mientras se ocupaba de volver a anudar las cintas de su

capota—. Parece que no es una idea tan absurda, después de todo —de pronto, extendió una mano y la puso sobre el brazo de Selena—. Gracias. Ha sido la visita más agradable que he hecho hasta ahora.

Selena la miró, sorprendida.

—Pero, seguramente está acostumbrada a hacerlo ¿Su marido no tenía inquilinos a los que visitar?

—Sí, y me educaron para cumplir con mi deber hacia las personas que lo necesitan. Pero me enseñaron a hacerlo con condescendencia y sin ningún sentimiento real. Me resulta difícil cambiar viejos hábitos, pero ha sido más fácil contigo presente hoy. Tienes una actitud muy genuina —sonrió, pero era la sonrisa tensa que mostraba cuando se sentía incómoda—. Creo que también ayudó que los Grant te vieran conmigo. He sentido un poco de resentimiento por parte de algunos de nuestros inquilinos. Parece que tu madre era muy querida.

Selena sintió una profunda vergüenza.

—Lo siento. Debería haberlo pensado y haber venido con usted antes.

Lady Sheringham le soltó el brazo y se ajustó más firmemente el chal alrededor de los hombros.

—Eso es lo que dijo tu padre. Pero no quería que te forzara a ello. Era plenamente consciente de que no era un momento fácil para ti.

—Para ambos —dijo con suavidad, sintiéndose conmovida y arrepentida de que su madrastra hubiese mostrado tanta consideración hacia ella en un momento en el que Selena no le había mostrado la más mínima.

—Es cierto —su sonrisa estaba teñida de tristeza y pesar—. También deseo agradecerte por hacerte amiga de Albina. Nunca la había visto sonreír o reír tanto como ahora. Siempre ha sido una chavala tranquila y seria, aparentemente contenta con su propia compañía, pero está bastante claro que está disfrutando de formar parte de una familia más grande.

—Y yo estoy disfrutando de conocer a mi hermana pequeña —se habían alejado bastante del tema original de su conversación, pero la mención de Albina hizo que Selena regresara a él—. Creo que deberíamos contarle a Albina acerca de la investigación de papá. En cierto modo, es muy madura para su edad, y no creo que se altere por ello, al contrario, creo que se sentiría más molesta por no haber sido informada de algo que todos los demás en la casa conocen.

—Aunque aprecio tu preocupación por los sentimientos de Albina, no estoy convencida de que sea razón suficiente para informarle de tan inquietantes acontecimientos, pero lo consultaré con tu padre cuando regrese mañana.

## CAPÍTULO 14



Charles caminó por un sendero a través del bosque, sintiendo frustración y alivio a partes iguales. Ahora estaba seguro de que Selena le ocultaba algo, y había estado tan cerca de descubrir qué era que casi podía saborearlo. Gimió suavemente. No era lo único que había estado a punto de saborear. Cuando había sentido la cálida piel de Selena bajo sus palmas, su esbelto cuerpo apretado contra el suyo mientras la sujetaba, había sentido una repentina oleada de deseo. Por un momento, los grandes ojos que lo miraban no habían parecido los de ella, sino los de una criatura ardiente y apasionada que suplicaba ser besada. Había estado a punto de acceder a aquella súplica imaginaria, pero al agachar la cabeza, había percibido algo muy parecido al miedo en aquellos grandes ojos color avellana, y había vuelto a ser Selena a quien tenía delante.

Se sintió como un tonto por asustarla, pero al menos había evitado que cometiera un error irrevocable. Suspiró profundamente. Hacía tiempo que no se acostaba con una mujer, y un hombre no podía ignorar sus necesidades básicas por siempre. Y pensar que podía haber arruinado años de amistad por un simple momento de locura. Peor aún, si hubiera besado a Selena, era totalmente posible que no sólo Tom Grant, sino también Sally y lady Sheringham los hubieran visto, y entonces se habrían visto forzados a un matrimonio que ninguno de los dos deseaba y que nadie aprobaría. La disparidad de sus fortunas era tan grande que no podía pensarse en ello. No deseaba contraer un matrimonio tan desigual, estar en deuda con su esposa por cada penique que gastara; el orgullo de ningún hombre podría soportarlo. Después de la cena de su madre, podría hacer un viaje a Newcastle y saciar sus necesidades con una viuda muy amable a la que visitaba ocasionalmente cuando estaba en casa.

La tenue luz que lo rodeaba se fue aclarando a medida que los árboles se hacían más delgados y llegaba al parque de la residencia Sheringham. Se inclinó hacia delante, se preparó y corrió por la hierba hacia las tierras de su padre, apartando de su mente aquel episodio tan desconcertante.

Cuando entro en el salón, descubrió al doctor Shilbury a punto de despedirse de su padre.

—Así que aquí está, capitán. Había perdido la esperanza de examinarlo... ¡otra vez!

Charles le entregó su sombrero al mayordomo, antes de decir en un tono tajante:

—Estoy perfectamente bien. No necesito ni un posset, ni un baño de mostaza, ni nada.

Lord Bassington miró a su hijo con frialdad.

—Dejarás que el doctor juzgue eso. Y parece, Charles, que has olvidado tus modales.

Charles hizo una pequeña reverencia ante doctor, sonrojándose un poco.

—Buenos días, señor. No pretendía faltarle al respeto. Estoy muy agradecido por su diligencia, pero realmente estoy mucho mejor.

El médico le sonrió con complicidad.

—No hay necesidad de disculparse, capitán. Usted nunca ha tenido paciencia con los charlatanes, ¡como me ha dicho a menudo! Puedo ver por mí mismo que, como de costumbre, usted ha desafiado mis expectativas y se ve bastante mejor, pero me sentiría más tranquilo si pudiera escuchar su corazón y sus pulmones y hacerle algunas preguntas.

Lord Bassington le dirigió una mirada severa a su hijo.

—Y asegúrate de responderlas con sinceridad, Charles. Después puedes venir a mi estudio.

Cuando Charles llegó allí obedientemente, unos veinte minutos más tarde, encontró a su padre firmando una serie de cartas sobre su escritorio. Lord Bassington señaló una silla con la mano, garabateó su firma en la última con un ademán ostentoso, agrupó los papeles y los metió en un cajón, antes de mirar detenidamente a su hijo.

—¿Y bien? ¿Tu estado de salud ha mejorado?

Charles esbozó una sonrisa. Notó cierta preocupación escondida detrás de la actitud despreocupada de su padre.

—No del todo, señor. El buen doctor me ha confirmado que estoy muy bien y ahora me ha prescrito que empiece a ejercitar los pulmones un poco más dando paseos más largos.

Lord Bassington soltó una corta carcajada.

—Al menos, esa es una medicina que no debería resultarte desagradable. ¿Y qué hay de tu visita de esta mañana?

—No había nada más que averiguar por parte de Sally, pero me temo que Selena llegó mientras llevaba al joven Oliver a dar un corto paseo y descubrió el propósito de mi visita.

Su padre levantó una ceja.

—Eso fue desafortunado. No estaba muy alarmada, ¿verdad?

—No, señor —dijo, deshaciéndose de la idea de que el único susto que había sufrido había sido gracias a él.

—Me alegra escucharlo. Le tengo mucho cariño. Es un tanto peculiar, pero a pesar de todo es una buena chica.

Charles pensó que su padre lo estaba interrogando con la mirada y se preguntó si la culpa que sentía por haber estado a punto de besar a Selena se habría reflejado en su rostro, pero se relajó cuando lord Bassington cambió de tema.

—Si crees que puedes hacerlo, me gustaría que acompañaras a Adolphus a Horton mañana por la mañana. Las tierras de la finca no están en tan buen estado como las de aquí, y él podrá mostrarte por qué no es así y explicarte las mejoras que hay que hacer.

Charles se inclinó hacia delante, con una mirada entusiasta en los ojos.

—Me encantaría. Siempre le he tenido cariño al lugar.

—Lo sé —sonrió irónicamente—, eras el único de nosotros al que a tu tía abuela Cecilia le gustaba que la visitara.

Charles se rio.

—Era un poco excéntrica, así que difícilmente puedo tomármelo como un cumplido.

—Yo no diría eso. Charles —suspiró—. Ella era una belleza cuando era joven, ¿sabes? Tenía decenas de pretendientes, pero eligió vivir una vida tranquila y erudita con su hermana en lugar de casarse. Pero fue hasta después de la muerte de Margaret que se trasladó a Horton y se convirtió en una completa ermitaña.

Charles sonrió con cariño.

—Me dijo que no soportaba vivir en la casa que habían compartido, que tenía demasiados recuerdos, y sin embargo se rodeaba de fotos de la tía abuela Margaret, y a menudo miraba su retrato colocado sobre la chimenea del salón verde, casi como si la incluyera en la conversación.

—Sí, se sentía mucho más cómoda viviendo en el pasado. Tu madre intentaba de vez en cuando que fuera más extrovertida. Después de la muerte de lady Sheringham, a menudo llevaba a Selena con ella cuando visitaba a Cecelia. Selena se había vuelto tan retraída que pensó que podría hacerle bien.

Charles pareció sorprendido.

—No lo sabía. Espero que no la aterrorizara.

—Al contrario, Cecelia se encariñó con Selena. Dijo que le recordaba a Margaret.

La mirada de Charles se desvió al traer a su mente la imagen del retrato de su tía abuela.

—Hay un parecido —dijo finalmente—, en el color del pelo y de los ojos.

—Y sus pecas, al parecer. Cecelia dijo que casi podía creer que Selena era hija de Margaret.

—¿En serio? —dijo Charles—. Debo admitir que nunca miré tan de cerca el retrato. Le preguntaré a Selena qué pensó de la tía abuela Cecelia la próxima vez que la vea.

Horton Hall estaba a unos kilómetros al este de la pequeña ciudad de Wooler. Era una sólida construcción cuadrada, cuya única característica distintiva era el elegante porche dórico y el delicado tono rosado de sus piedras. La finca abarcaba las dos pequeñas aldeas de Horton Este y Horton Oeste, y sus hectáreas estaban divididas por Horton Burn y delimitadas por el río Till al sur, por lo que no era de extrañar que fueran frondosas y fértiles. Las colinas Cheviot se alzaban al oeste, añadiendo un toque de dramatismo al ondulante paisaje rural.

—No molestaremos al viejo Farnaby —dijo Adolphus, mientras lo conducía a través de los campos hacia el modesto parque que rodeaba la casa—. No deseo avergonzarlo al exponer sus defectos delante de él.

—No —convino Charles—, no es culpa suya que la vejez lo haya alcanzado.

Adolphus lo condujo a un banco inclinado y se detuvo en la cima. Desde allí podían ver muchas hectáreas de tierra extendidas ante ellos y el brillo del río que se curvaba formando un bucle en la lejanía.

—Dime lo que ves —dijo Adolphus.

Charles dejó que sus ojos recorrieran el mosaico de verdes, marrones y dorados que tenía delante.

—Demasiados campos en barbecho —murmuró.

—Muy bien —dijo Adolphus—, y es innecesario. Se pueden cultivar nabos o tréboles para mantener controladas las malas hierbas, reponer el suelo y proporcionarle alimento al ganado. ¿Qué más?

La mirada de Charles se detuvo en un campo de trigo, cuyos tallos dorados ondulaban con la brisa. De repente, se llevó la mano a los ojos para protegerse del resplandor del sol y descubrió que no era trigo, sino hierba que se había dejado crecer, presumiblemente para henificar.

—Esa hierba debería haber sido segada cuando aún estaba verde —dijo—, y puesta a secar.

Adolphus se inclinó y le puso una mano en el hombro.

—Es un buen comienzo. Nosotros mismos cultivamos muchos de estos acres y, además de hablar con el encargado de nuestra granja, tenemos dos arrendatarios a los que tengo intención de visitar hoy. Mantén los ojos y los oídos bien abiertos. Tienen la obligación de mantener nuestras tierras en buen estado y, además, si no son lo bastante productivos, no podrán pagar el alquiler. Los arrendamientos vencen este septiembre y se renovarán para quien esté haciendo un buen trabajo, pero las granjas que visitaremos tienen pagos pendientes. Si tienen una explicación razonable o están dispuestos a escuchar buenos consejos, podremos mantenerlos, pero si no, tendrán que irse.

Cuando llegaron a la casa para disfrutar el almuerzo que les había preparado la señora

Lantern, el ama de llaves de Horton, Charles sentía un respeto y una admiración crecientes por su hermano. Había tratado a los inquilinos con mano suave pero firme. Sus preguntas habían sido incisivas, sus conocimientos mejores que los de ellos, y les había dejado una lista de cosas que debían hacer, dividida en dos columnas, una marcada como urgente y la otra como importante. Les había dejado claro que si las cosas no habían mejorado para septiembre, tendrían que mudarse.

—No sabía que pudieras ser tan despiadado —dijo Charles, mientras dejaban sus caballos con el único mozo que se encargaba de los establos—. ¿Qué hay de la lealtad?

Adolphus sonrió, pero su mirada era seria.

—La lealtad es recíproca. ¿Cómo tratabas a los soldados que no cumplían con su parte?

Charles habló sin vacilar.

—Les daría una reprimenda, les diría en términos nada ambiguos lo que se espera de ellos y les daría la oportunidad cambiar. Si no lo hacían, los denunciaría a una autoridad superior. Éramos un equipo, y si un solo miembro no cumplía con su deber al nivel exigido, se podrían haber puesto vidas en peligro.

Adolphus asintió.

—Me parece entonces que dirigir una finca no es muy diferente. Puede que no se pierdan vidas, por supuesto, pero sí el sustento de ellas. Cada uno de nuestros dependientes tiene su propio papel, su propio rango si quieres verlo así, pero debemos trabajar juntos si queremos que todos prosperemos.

—Tienes razón —dijo Charles lentamente, mientras las palabras del señor Harbottle susurraban en su cabeza. *Debe de haber aprendido muchas habilidades y desarrollado varios aspectos de su carácter que podrían ser de utilidad. Le sugiero que haga una lista de sus fortalezas y considere cómo podrían beneficiarlo.* Estaba acostumbrado a liderar a sus hombres, a actuar por iniciativa propia, a tomar decisiones basadas en la razón e incluso a correr riesgos calculados. Carteret había comentado que les agradaba a las personas, que confiaban en él. Todas estas facetas de su carácter podrían seguramente aprovecharse aquí. Había llevado una vida nómada durante años y estaba cansado de ella. Sería bueno establecerse.

—Me gustaría dirigir un lugar como éste —dijo en voz baja, sin darse cuenta del anhelo que había en su voz o incluso de que había pronunciado las palabras en voz alta hasta que Adolphus le respondió.

—No sé exactamente cuál sea el plan de padre, pero si te muestras lo bastante capaz, quizá lo consigas. Retirá a Farnaby cuando encuentre un sustituto adecuado, estoy seguro.

Charles sintió que algo se encendía en su interior ante esta posibilidad. Estar lo bastante cerca de su familia y amigos como para poder verlos con regularidad, pero lo bastante lejos como para poder hacer su propia vida, era una perspectiva sumamente atractiva. Siempre había vivido una vida de servicio, pero ya había servido a su país lo suficiente. Disfrutaría dedicándose a los intereses de su padre, devolviéndole el favor por haber comprado sus rangos en la armada británica, por haber insistido en proporcionarle una pequeña paga además de su salario.

Amaba el campo y conocía cada acre de las tierras de Sheringham y Bassington, pero aquí podría explorar nuevos paisajes, insuflar vida a la tierra en lugar de empaparla con la sangre de los enemigos de su país. En ese momento, se forjó en su interior una férrea determinación, no sólo de aplicarse diligentemente a sus nuevas obligaciones, sino de sobresalir en ellas. No se acercaría a su padre para pedirle este puesto hasta que supiera que podía cumplir sus requisitos. Deseaba que se le concediera el papel de administrador, no como un favor o porque fuera un hijo menor necesitado de empleo, sino porque lo merecía, en otras palabras, por sus méritos.

Encontraron a la señora Lantern sirviendo el almuerzo en el comedor con la ayuda de una criada. Había sido una mujer muy joven la primera vez que había venido aquí con su tía abuela, pero ahora su pelo estaba salpicado de canas y su rostro tenía arrugas, pero sus ojos se iluminaron cuando entraron en la habitación.

—Todo está listo para vosotros, señor Bassington, capitán Bassington.

Charles miró la enorme mesa repleta y se rio.

—Pero este es un festín digno de un rey, señora Lantern. No debería haberse tomado tantas molestias.

—Oh, no ha sido ninguna molestia, señor. Es muy agradable tener a alguien a quien atender. Estoy deseando que el señor y la señora Bassington vengan de visita —miró la pintura descascarillada sobre una de las ventanas—. Es una casa preciosa, y me ha estrujado el corazón verla arruinarse.

Los hermanos disfrutaron de la comida que les ofrecieron y, después de saciarse, Charles se paseó por la casa mientras Adolphus comunicaba los diversos mensajes que Caroline le había enviado al ama de llaves. Las habitaciones tenían proporciones espaciosas sin ser demasiado grandes como para que un fuego encendido en las rejillas no lograra calentarlas. A juzgar por la humedad que había provocado que la pintura o el papel pintado se descascarillara en varias habitaciones, no muchas de ellas habían sido encendidas con frecuencia. La casa estaba bastante descuidada, pero no había daños estructurales hasta donde él podía ver. Las ventanas necesitaban algo de atención y la mayoría de las habitaciones necesitaban ventilarse y redecorarse, pero más allá de eso sólo se necesitaba la presencia de más invitados para disipar el aire más bien melancólico que se respiraba dentro de ella.

En el cuarto de los niños encontró un caballito balancín, cuyo color no se distinguía bajo la gruesa capa de polvo que lo cubría. Le dio un suave empujón y escuchó el rítmico golpeteo de los balancines de madera. Una familia feliz y llena de vida sería lo mejor para mí, pensó. Una repentina tristeza se apoderó de él al pensar que no sería suya pero se deshizo rápidamente de la sensación. Se estaba dejando llevar y no podía permitírselo. No tendría sentido que viviera en la casa cuando, una vez restaurada, podría obtener ingresos bastantes decentes alquilándola. Sería muy feliz en la cabaña, la residencia tradicional del administrador.

Cuando volvió abajo, se dirigió al salón verde. Fue directamente al lugar donde aún colgaba el retrato de la tía abuela Margaret y lo contempló atentamente durante unos instantes. Había un notable parecido entre ella y la joven mujer en la que Selena se había convertido. El cabello castaño y abundante estaba recogido de manera diferente, por supuesto, pero enmarcaba el mismo rostro ovalado, y si bien los ojos que lo miraban eran un tanto más penetrantes que los de Selena, sin duda eran del mismo tono. Sintióse un poco idiota, pero incapaz de resistir el impulso, acercó una silla y se paró sobre ella para observar mejor sus pecas. Se le escapó una pequeña carcajada. Estaban ligeramente esparcidas por su nariz y mejillas siguiendo exactamente el mismo patrón que las de Selena. Bajó de un salto en cuanto escuchó las pisadas firmes de su hermano.

—¿Estás listo para irte, Charles? ¿Has visto todo lo que querías?

—Sí —dijo alegremente—. Sigamos nuestro camino.

Acababan de llegar a una colina que conducía a la aldea de Old Bewick cuando vieron un grupo de jinetes un poco más adelante. Charles reconoció inmediatamente el traje de montar color verde jade.



La excursión al castillo de Chillingham fue todo un éxito. El ama de llaves les enseñó los alrededores, ya que los Tankerville preferían su residencia londinense y rara vez estaban en casa. Había muchas habitaciones preciosas que ver y una interesante historia ligada a muchas de ellas. El rey Henry III se había alojado en esta habitación, James I en aquella, pero muchos de los rincones de la fortaleza medieval eran demasiado sombríos como para estimular a la más perezosa de las imaginaciones.

Aunque ninguna de las damas presentes era excesivamente sensible, la mazmorra y la cámara de tortura, repletas de aplastapulgares, jaulas y hierros de marcar, le provocaban escalofríos a cualquiera. Y cuando el ama de llaves les contó historias acerca de fantasmas que se paseaban por el patio cuando había luna llena, o de extrañas luces que muchos huéspedes habían presenciado en uno de los salones, normalmente acompañadas de espantosos quejidos, en el tono más casual posible, se encontraron divididos entre la diversión y un temor un tanto excitante y tentador de que las historias pudieran ser ciertas.

Gregory no había podido resistirse a gastarles una broma y, de pie junto a una ventana, había reflejado los rayos del sol en la esfera de cristal de su reloj de bolsillo, de modo que una luz circular resplandeciente había bailado sobre uno de los tapices oscuros que revestían las paredes de una alcoba. Pero aunque las chicas habían jadeado y se habían cogido de las manos, fue Cedric Rowland quien había gritado y había salido corriendo de la habitación.

Gregory se había reído y lo había llamado.

—¡Sólo fui yo, torpe!

Cedric era sumamente delgado y pelirrojo como su hermana, Jane, y cuando volvió tímidamente a la habitación, su rostro sonrojado combinaba a la perfección con este. Su prominente nuez de Adán se movía de arriba abajo en su esbelto cuello mientras tragaba saliva, y Selenia se sintió excesivamente apenada por él. Era el chico tímido y torpe que recordaba, no el idiota fanfarrón en el que después se había convertido. Se acercó a él y le puso una mano en el brazo mientras le ofrecía una sonrisa.

—No te sientas avergonzado, Cedric —dijo con dulzura—, estoy segura de que yo habría hecho lo mismo si no hubiera tenido los pies clavados en el suelo como si estuvieran encadenados por esos grilletes que vimos en el calabozo.

—Y yo que pensaba que el corazón me iba a estallar en el pecho —dijo Sarah Mawsley, mirando a Gregory con resentimiento—. Eres de lo peor.

En los ojos de Cedric se reflejaba su gratitud, pero dijo con pesar:

—Como damas, es bastante comprensible que os hayáis aterrorizado, pero debería haberme quedado para protegeros —hizo una mueca—. Mi padre me habría mandado azotar por semejante cobardía.

—Estoy segura de que habrías vuelto por voluntad propia en cualquier momento —dijo Jane con calma—. No es de extrañar que te sobresaltaras momentáneamente —fulminó al autor de la broma con la mirada—. Es Gregory quien merece ser azotado.

—Lo siento —dijo él, con una sonrisa impenitente—, no pude resistirlo. Debéis entenderlo.

—Estoy con Jane —dijo Ralf Mawsley con severidad—, asustar a la pobre Albina de esa manera fue impropio y francamente cruel.

Albina le sonrió.

—No te preocupes por mí, Ralf. Estaba más emocionada que asustada. Después de todo, ¿qué podría hacerme una pequeña luz?

Selenia vio la calidez en su mirada y escuchó la admiración en la voz de Ralf cuando dijo:

—Eres una joven extraordinaria, Albina.

Se sintió un poco incómoda. Se había encariñado con su hermanastra y no quería que fuera infeliz. No tenía nada que decir en contra de Ralf, siempre le había agradado, pero su madre había encontrado un buen, si no un gran hombre para Albina, estaba segura.

Albina era la hija de un vizconde, y ahora la hijastra de un conde, y aunque Ralf Mawsley podía asegurarle una vida cómoda, su patrimonio era pequeño, y no tenía ningún título. Pero tal vez le estaba dando demasiada importancia. Albina no estaba pendiente de cada uno de sus movimientos ni intentaba atraer su atención a toda costa, sino que repartía su atención equitativamente entre sus amigos, como era debido. Incluso ahora había cogido el brazo de Sarah y estaban estudiando el oscuro retrato de una mujer de aspecto más bien taciturno, mientras inventaban una historia que pudiera explicar su hosquedad.

Mientras se dirigían a casa, Cedric acercó su caballo al de Selena. La miró de reojo con cierto nerviosismo.

—¿Sabes, Selena? Hoy es la primera vez en años que intercambiamos algo más que un saludo.

Sintió un ligero remordimiento, pero se recordó a sí misma que había habido una razón para ello. Sin querer estropear el disfrute del día, dijo con ligereza:

—Pero hubo una época en la que casi nunca estabas en casa y en ese entonces yo estaba de luto, así que quizá no sea tan sorprendente.

Se concentró en su barbilla, procurando no mirarlo a los ojos por si los suyos revelaban más de lo que deseaba que él viera. Se tensó al ver que su nuez de Adán se movía mientras tragaba saliva, como si se dispusiera a decirle algo que no le gustaría escuchar.

—Sé que mi comportamiento no fue tan bueno como debería haberlo sido durante un tiempo, Selena, y ahora lo lamento amargamente —tragó saliva de nuevo—. Fue una desgracia que mis amigos llegaran un día antes la última vez que te quedaste con nosotros. Sólo tenías quince años y eras muy abierta y confiada. Ahora sé que no eran una compañía adecuada para ti ni para mi hermana —respiró hondo—. Supongo que entonces lo sabía, pero mi padre deseaba que vinieran. Dijo que quería conocer a los jóvenes vivarachos que habían conseguido echarme de la escuela —soltó una carcajada—. Uno pensaría que se habría enfadado en lugar de alegrarse, pero dijo que eso demostraba que por fin estaba desarrollando algo de valor. Siempre he sospechado que uno de ellos debió de faltarte al respeto gravemente, porque nunca viniste a quedarte después de aquello y pareces evitarme desde entonces.

Por un momento no pudo respirar, y sintió un gran resentimiento creciendo dentro de ella por el hecho de que él hurgara en una herida que, si no estaba completamente curada, estaba protegida por varias capas de tejido blando.

—Espero que podamos volver a ser amigos, Selena. Que recuerdes al chaval que te llevaba ramilletes de flores del jardín y jugaba a las charadas contigo y con Jane, y no al joven grosero en el que me convertí cuando estaba en la universidad.

Su resentimiento se esfumó al recordar estos momentos y otros en los que le había mostrado su amabilidad. No se había permitido pensar en ellos durante mucho tiempo. Por fin levantó la mirada. Cedric suplicaba su perdón con más elocuencia de lo que hubieran podido hacerlo las palabras, y ella se permitió sentir compasión por él. Cedric siempre había buscado la aprobación de su padre, de su madre, de su hermana y de sus amigos. Hubo un tiempo en que se había esforzado mucho por complacerlos a todos. Qué difícil debía de ser para él intentar conseguirlo cuando cada uno de ellos le exigía algo muy diferente.

—No volvamos a hablar de ello. Estás perdonado, Cedric —sintió que su corazón se deshizo de un gran peso al decir estas palabras.

## CAPÍTULO 15



Selena giró la cabeza cuando escuchó el ruido de los cascos de los caballos retumbando contra la superficie empedrada del camino que había detrás de ellos y vio a Adolphus y Charles bajando a galope por la colina. Si ambos no hubieran sido excelentes jinetes, habría sido una gran tontería descender una pendiente tan inclinada a ese ritmo. Charles iba a la cabeza y, al acortar la distancia que los separaba, agitó su sombrero en el aire y los saludó.

—¡Por Dios! Ojalá yo pudiera montar así —murmuró Cedric.

Charles parecía sacar el mejor partido de la silla de montar, reflexionó Selena. Cuando lord Carteret había montado a Spirit, lo había hecho bien, pero había sido evidente el esfuerzo que le había supuesto, desde su firme sujeción de las riendas hasta la forma en que lo había cogido con las piernas. Charles parecía comunicarle sus deseos al caballo con un ligero roce. Se ruborizó al recordar aquel ligero roce en su propia piel y cómo había malinterpretado sus deseos.

El grupo se detuvo para esperarlos y, tras intercambiar saludos y un breve resumen de sus respectivas actividades, Charles se sentó junto a Selena. Se notaba que estaba reprimiendo su entusiasmo y la sonrisa que le dedicó fue aún más alegre que de costumbre. Era contagiosa así que ella sonrió también.

—Creo que disfrutaste de tu visita a Horton.

Sus ojos brillaron de entusiasmo.

—Así fue. Siempre me ha gustado la casa, pero nunca antes había inspeccionado la finca. Me he dado cuenta de que estos asuntos me interesan más de lo que jamás hubiera creído posible.

—Supongo que no has tenido mucho tiempo libre como para poder prestarle atención a estos asuntos.

—No, ni el deseo de hacerlo. Parecía tener poco sentido cuando... bueno, eso no importa.

—¿Cuando volverías a irte tan pronto? —terminó por él—. ¿Cuando al fin y al cabo la hacienda de tu padre nunca sería tuya?

Él la miró sorprendido y un tanto apenado.

—Le has dado voz a mis pensamientos con una gran exactitud, Selena. ¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

Ella desvió la mirada, plenamente consciente de que no merecía que él la mirara con tal admiración. No había sido sabia en muchas cuestiones de su vida, aunque esperaba serlo cada vez más. Su perspicacia no había sido producto de la sabiduría, ni siquiera de su larga amistad con él, sino que había sido inspirada por sus propios sentimientos. A menudo había pensado en ambas cosas: en la esperanza de que no volviera a marcharse tan pronto y, sin haber deseado nunca ningún mal a Adolphus, lamentando que no fuera el primogénito y que, por lo tanto, se hubiera tenido que marchar en primer lugar. Sin embargo, no podía decírselo así que cambió de

tema.

—A mí también me gusta Horton. Es una casa preciosa. Me alegro de que Caroline vaya a prodigarle algunos cuidados.

—Sí, mi padre me dijo que en algún momento visitaste a mi tía abuela junto con mi madre. ¿Cuál fue tu impresión de ella?

—Me pareció una mujer muy empática —dijo dulcemente—. Entendía lo que era perder a alguien cercano y me trató con mucha amabilidad.

—Me alegro de que hayas encontrado un poco de consuelo en ella —sus palabras fueron amables y sinceras, sin embargo, aligeró el momento levantando una ceja y diciendo con una expresión burlona—. ¿Pero sobre qué habéis hablado? No eres más mucho más letrada que yo, Selena.

Se le escapó una carcajada.

—Tu tía abuela no tardó en descubrirlo. Habló con el retrato de su hermana y le dijo que, aunque yo era extremadamente ignorante, no debía reprochármelo. Se encariñó conmigo. Creo que porque había un ligero parecido entre tu tía abuela Margaret y yo y porque descubrió que nosotros siempre habíamos sido muy buenos amigos. Le gustaba que hablara de ti. Eras su gran favorito.

Charles sonrió.

—No estaba tan loca como pretendía, ¿sabes? Solía obligarme a contarle mis aventuras, y cuanto más reprobables eran, más las disfrutaba. Solía decir que todos los hombres eran tontos, y yo más que la mayoría, pero que no podía negar que éramos divertidos. Luego miraba el retrato con culpabilidad.

Selena consideró esto.

—Debió de ser muy hermosa cuando era joven. ¿Crees que no se casó porque su hermana no quería que lo hiciera?

—No tengo ni idea. No recuerdo a la tía abuela Margaret, pero espero que no fuera así. Cuando murió, Cecelia no tenía hijos que la cuidaran, ni la manutención que habría tenido de haber enviudado, y lo peor de todo es que se sentía terriblemente sola. No es de extrañar que hablara con el retrato de su hermana. Mi padre la invitó a vivir con nosotros, pero ella no quiso aceptar la idea.

—Imagino que después de vivir la vida en sus propios términos durante tantos años, habría sido difícil adaptarse y formar parte del hogar de otra persona.

—Desde luego que sí —dijo, mientras una sonrisa irónica curvaba sus labios.

Selena había estado pensando no sólo en su tía abuela sino también en su madrastra, sin embargo, instintivamente supo que él estaba pensando en sus propias circunstancias. A pesar del cariño que sentía por su familia, ella sabía que él nunca se conformaría con vivir en Bassington Hall. Depender de su familia después de tantos años de hacer su propio camino en el mundo no le sentaría nada bien. Para su sorpresa, se dio cuenta de que se alegraba de ello. Tenerlo siempre tan cerca sería una agonía exquisita que dudaba poder soportar. Pero no podía evitar alegrarse de que él estuviera aquí ahora, de que le hablara no como a una niña a la que hay que mimar o reprender, sino como a una amiga con la que podía hablar. Disfrutaría del tiempo que les quedaba antes de que él regresara a su regimiento, almacenaría los recuerdos de esta visita y luego los envolvería cuidadosamente y los guardaría, tal como su criada guardaba sus vestidos de verano cuando llegaba el invierno.

Habían llegado a un cruce de caminos y los Mawsley y los Rowland se despidieron, yendo en direcciones opuestas. Poco después llegaron a Eglington, y Selena miró con curiosidad a

Charles cuando éste no se desvió por el camino que lo llevaría directamente a Bassington Hall.

—Pensamos que podríamos ver si tu padre está en casa. Nos gustaría saber qué ha descubierto, si es que ha descubierto algo.

Encontraron a lord y lady Bassington con lord Carteret en el salón principal. Selena se adentró rápidamente, con una sonrisa compungida en los labios.

—Espero que no hayáis estado esperando mucho tiempo. Es una lástima que no hubiera nadie en casa para recibirlos. Confío en que Trinklow os haya atendido bien.

Lady Bassington cogió una copa de vino que había sobre la mesa y la levantó.

—Lo ha hecho, como puedes ver —miró a Selena con aprobación mientras daba un pequeño sorbo—. Lo has hecho muy bien, querida. Serás una buena anfitriona cuando te cases.

—Desde luego que lo será —convino lord Carteret.

Selena miró a ambos y se echó a reír.

—Nunca he recibido tantos elogios con tan poco esfuerzo.

Lord Bassington soltó una risita.

—Difícilmente estaríamos aquí sentados bebiendo el excelente clarete de tu padre si no hubiera nadie en casa, Selena. Tu padre ha llegado hace unos minutos y tu madrastra ha querido hablar en privado con él.

—Lo cual ya he hecho —dijo lady Sheringham, entrando en la habitación—. Desea cambiarse antes de saludar a nuestros invitados y sugiero que tú y Albina hagáis lo mismo, pero no os tardéis.

Cuando Selena pasó junto a ella, le puso una mano en el brazo y dijo en voz baja:

—Milord ha aceptado que le informemos a Albina sobre lo sucedido, así que tal vez puedas explicarle de qué va su investigación, pero trata de no alarmarla.

—Dudo que pueda —dijo secamente—. Fue la única de nosotros que no se asustó cuando creímos ver un fantasma en el castillo.

—Sí, bueno, esto se trata de algo que es real y no imaginario.

Como Selena había predicho, Albina no estaba alarmada en absoluto, sino intrigada.

—Admito que me sobresalté un poco cuando vi ese cráneo —dijo en voz baja—, aunque no creo que lo hiciera si viera otra. Pero ahora que sé que perteneció a esa pobre chica, estoy decidida a ayudar a papá en su investigación. Esta, Selena, es mucho más interesante que la novela de lady Bassington porque es una historia real —abrió la puerta de su habitación mientras decía—. Debemos darnos prisa, pues no quiero perderme nada.

Selena la encontró esperando, con un cuaderno en la mano, cuando llegó por el descansillo unos quince minutos más tarde.

—¿Para qué es eso?

—Pensé que podría anotar mis pensamientos en caso de que pueda ser de ayuda.

El murmullo de voces que llenaba el salón principal se detuvo cuando entraron en él. Lord Sheringham ya estaba allí, y se acercó a ellas, con una expresión seria.

—Lo que estoy a punto de relatar podría disgustarles. Pero como estas cosas siempre salen a la luz, pensé que sería mejor que lo escucharan de mis propios labios, y en presencia de familiares y amigos.

—Gracias por tu consideración —dijo Albina—, pero estaremos bien, te lo aseguro.

Lady Sheringham se sentó en un largo sofá de caoba, tapizado en brocado de seda verde. Palmeó el lugar a cada lado y las chicas tomaron asiento obedientemente. Lord Sheringham estaba de pie frente a la chimenea alrededor de la cual todos se habían reunido. Se llevó las manos a la espalda y se balanceó sobre sus pies, con los labios fruncidos, como si estuviera

pensando por dónde empezar.

—Comenzaré resumiendo las pruebas. Tengo en mi poder un cráneo y un collar que fueron encontrados muy cerca el uno del otro. No parece haber duda de que el collar pertenecía a Ellie Crake. El cráneo tenía un diente frontal partido, al igual que Ellie, por lo que debemos suponer que efectivamente era ella. También tengo una carta que dice poco más que ella iba a un lugar donde esperaba ser menos miserable. Sabemos entonces que era infeliz. La causa aparente de su infelicidad eran sus sentimientos hacia el señor James Rowe, un trabajador temporal, quien abandonó la granja unas cinco semanas antes de la desaparición de Ellie. Fui a Newcastle con la esperanza de descubrir su paradero —hizo una pausa y señaló a Charles con la cabeza—. Tu sugerencia de que preguntara por él en el mercado de agricultores resultó ser un buen consejo. Me dirigieron hacia la granja de sus padres, a unos ocho kilómetros de la ciudad. Allí lo encontré.

—¿Por qué elegiría trabajar para el señor Crake en un momento en el que debió ser muy solicitado en su propia granja? —preguntó Charles.

—Una buena pregunta, y una que es fácil de responder. Se había peleado con su padre porque no estaba dispuesto a escuchar sus consejos. El señor Rowe es muy estricto cuando se trata de hacer las cosas a su manera, y las cosas llegaron a un punto crítico cuando le dijo a su hijo que haría lo que él dijera o se iría de su casa. James optó por esta última opción. Afirma que deseaba ver cómo otras personas dirigían sus granjas, con la esperanza de tener pruebas más tangibles de que sus ideas funcionaban la próxima vez que viera a su padre.

—Algo muy sensato por su parte —interpoló lord Bassington.

—Resulta que lo fue —continuó lord Sheringham—. Cuando regresó a casa su padre se había dado cuenta de lo mucho que dependía de su hijo y estaba dispuesto a escuchar sus ideas. La señora Rowe corroboró casi todo lo que él dijo, y sólo descubrí una discrepancia en su historia.

Albina se inclinó hacia delante, con la mirada fija en su padre.

—Él le informó al señor Crake que había recibido noticias de que su madre estaba enferma, razón por la cual se marchó una semana antes de lo previsto. Su madre es una mujer honesta y admitió que no podían haberle hecho llegar tales noticias porque no sólo no estaba enferma, sino que ninguno de ellos conocía el paradero de James —dirigió una mirada casi apenada al sofá donde estaban sentadas su mujer y sus hijas—. James afirma que inventó la historia para proteger el pudor de Ellie Crake. Al parecer, ella fue al pajar donde él dormía, se acostó a su lado y le declaró su amor. En otras palabras, intentó seducirlo. Él la rechazó de la manera más sutil que pudo, y a la mañana siguiente abandonó la granja.

—Es posible, supongo —dijo Charles, dubitativo—, pero es igualmente posible que cogiese la oportunidad que tuvo delante y se marchara antes de que el señor Crake o uno de sus hermanos pudieran llevarlo a la horca —entrecerró sus ojos—. Ellie desapareció cinco semanas después, eso sería tiempo suficiente para que descubriera que estaba embarazada, o al menos sospechara que lo estaba. La vergüenza de tal descubrimiento, junto con el rechazo de Rowe, pudo haber sido suficiente para llevarla al límite, para que se arrojara al lago.

Lord Sheringham parecía grave.

—A pesar de la mentira que dijo, me inclino a aceptar la afirmación del señor Crake de que James Rowe era un hombre honrado. Creo que soy un buen juez de carácter, Charles, y creo su historia. Creo que tú también lo harás cuando haya terminado de relatar de mis averiguaciones.

Se distrajo al escuchar el crujir de los papeles cuando Albina pasó una página de su cuaderno. Asintió hacia él para alentarla, mientras sujetaba su lápiz, lista para escribir.

—Continúa, papá.

Él enarcó una ceja, pero continuó.

—Ellie lo localizó. Charlaban a menudo y él le había mencionado que su familia tenía una granja cerca de Newcastle.

Gregory silbó suavemente.

—Era una chiquilla decidida.

—Eso parece —convino lord Sheringham—. Creo que ya hemos establecido la honestidad de la señora Rowe. Me informó de que había recibido a Ellie con los brazos abiertos, que sentía lástima por ella. Ellie estaba segura de que su padre había recriminado a James y lo había despedido, y se había convencido de que no lo habría hecho si James no le hubiera correspondido —esbozó una sonrisa irónica—. Al parecer la rechazó con demasiada sutileza.

—¿Pero cómo terminó en el lago? —preguntó Selenia.

Lord Sheringham suspiró.

—Lo único que sé con certeza es que, después de que James la convenciera de que había confundido sus sentimientos, el señor y la señora Rowe la condujeron a Newcastle y la subieron al carruaje que la llevaría a Alnwick. Ella estaba profundamente mortificada y extremadamente disgustada. El propietario de la posada de la cual partió el carruaje lo confirmó. Dice recordar que el señor y la señora Rowe llevaron a una joven. Dijo que ella sollozaba como si le hubieran roto el corazón, pero que sin duda subió al carruaje. Cuando se dirigía a casa, habría pasado cerca del lago Kimmer si hubiera atravesado los campos, y me temo que cada vez es más probable que haya puesto fin a su miseria allí —miró a Charles—. A menos que hayas descubierto algo que sugiera lo contrario.

—No —dijo con pesar—, Sally Grant pensó que podría haber ido en busca de James Rowe, pero fueron suposiciones y no hechos lo que la llevaron a esa conclusión. Nunca supo nada de ella.

Selenia se sintió triste y conmovida. Nadie conocía mejor que ella el dolor del amor no correspondido, pero nunca la habían llevado a tal estado de infelicidad como el de Ellie. Era inimaginable. Ellie había formado parte de una familia unida, como Selenia. Por muy humillada que se sintiera después de haber sido rechazada por el señor Rowe, seguramente no habría sido suficiente para quitarse la vida en lugar de buscar consuelo en aquellos que la querían. *Pero tú no buscaste consuelo después de tu humillación.* Apretó los dientes. *Los casos eran muy diferentes, y las consecuencias habrían sido insostenibles.* Era una vieja discusión que hacía tiempo que no tenía consigo misma.

—¿Selenia?

La mirada cálida y preocupada de Charles actuó como un calmante y ella logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Es una historia muy triste —dijo en voz baja.

—Ciertamente lo es —dijo lord Sheringham—, y una que, por desgracia, debo comunicar a sus padres —negó con la cabeza—. Será un duro golpe para ellos; estaban convencidos de que ella nunca habría hecho algo tan terrible.

Albina volvió a la primera página de su cuaderno y recorrió las líneas con un dedo.

—No creo que debas hacerlo, al menos no todavía.

Lady Sheringham la miró, reflejando su sorpresa y desaprobación en sus ojos color carbón.

—¡Albina! Puede que se te haya permitido asistir a esta reunión, pero no tienes derecho...

—No te preocupes, Elizabeth —dijo lord Sheringham con suavidad—. Siempre he fomentado que en esta casa se compartan pensamientos y opiniones. Adelante, Albina. Me

interesa escuchar lo que tienes que decir.

Albina miró a su madre como si dudara en hablar sin su aprobación. Lady Sheringham se la dio al asentir levemente.

—Bueno, admitiré que has presentado un buen caso para apoyar tu conclusión, papá, pero tus pruebas siguen siendo en gran parte circunstanciales.

—Continúa —dijo él, con una mirada risueña.

—Aunque parece probable que el cráneo fuera de Ellie, no podemos estar seguros de ello. Estoy seguro de que hay muchas personas a las que se les ha roto un diente, después de todo. Y luego hay que tener en cuenta su carácter. Newcastle debe haber parecido una gran distancia para una chica que dudo haya estado más allá de Alnwick antes. Me parece que debió de ser fuerte, ingeniosa y valiente no sólo para viajar tan lejos, sino para descubrir después la ubicación exacta de James Rowe —tachó algunos puntos en su cuaderno—. Estoy segura de que debe de haber sido educada de manera digna, ya que es hija de los inquilinos de lord Bassington, pero su viaje al granero demuestra la audacia de su carácter. Estaba decidida a conseguir lo que quería, en pocas palabras, al señor James Rowe. Aunque imagino que debió sentir mucha vergüenza, humillación y probablemente remordimiento cuando se dio cuenta de lo equivocada que había estado, no me imagino que una chica así se haya quitado la vida —trazó un círculo alrededor del último punto de la lista—. Sabemos que se subió al carruaje de Newcastle a Alnwick, pero no podemos saber dónde se bajó. Incluso, si sucedió como tú dices, y ella caminó cerca del lago en su camino a casa, todavía no podemos estar seguros de que ella se arrojó. Es muy duro decirle a alguien que su hija se ha suicidado, y no creo que sea correcto hacerlo si todavía hay tantas sospechas.

Mientras lady Sheringham miraba a su hija con respeto y desconcierto, lord Sheringham dijo en voz baja:

—Has planteado más preguntas de las que has respondido, Albina, pero no puedo encontrar ningún fallo en lo que has dicho.

—Estoy de acuerdo con la señorita Tate —dijo lord Carteret en voz baja.

—Yo también —coincidió Charles—. Como he dicho antes, Ellie era una chica de gran carácter.

—Entonces —dijo lord Bassington, frunciendo el ceño—, debemos considerar la posibilidad de un asesinato. Después de todo, hay muchos forasteros en la zona en la época del año en que desapareció. La mayoría de las granjas contratan ayuda extra en época de cosecha.

—Aunque considerara tal posibilidad —dijo lord Sheringham—, me temo que después de tanto tiempo transcurrido, no tengo esperanzas de probarlo. Parece que el destino de Ellie seguirá siendo un misterio para siempre. Una cosa, sin embargo, está clara. Hay que hacer algo con sus restos, porque no creo que haya duda de que es el cráneo de Ellie el que está ahora mismo en el cajón de mi escritorio. Creo que hablaré con el señor Harbottle antes de hacer algo más. Ha ido a visitar a su hermana y no volverá hasta la siguiente semana, pero no creo que unos días más supongan ninguna diferencia para la pobre chica.

## CAPÍTULO 16



Por una vez, Charles siguió el consejo del médico. Caminaba todos los días, cada vez un poco más, y estaba feliz de sentir que recuperaba las fuerzas. No descuidaba sus otras obligaciones, sino que acompañaba a su padre o a Adolphus por la finca haciendo numerosas preguntas. Cuando no estaba haciendo eso, se encerraba a leer los libros de contabilidad, aprendiendo lo que más beneficiaba a la hacienda, y luego le hacía más preguntas al administrador. A todos los trataba con el respeto que mostraría ante un oficial superior con más experiencia que él.

Cuanto más aprendía, más se daba cuenta de lo mucho que le quedaba por aprender, pero eso no mermaba su ambición, sino que lo hacía estar aún más decidido a redoblar sus esfuerzos. Su hogar había dejado de ser un simple patio de juegos en el que podía perderse y dedicarse a sus propios placeres para convertirse en un medio que le garantizaría un futuro que nunca se había atrevido a imaginar, y se aplicó con toda la diligencia y determinación que lo habían caracterizado en el ejército. La pequeña llama que se había encendido dentro de él en Horton llegó a tal punto que su padre, temeroso de que pronto se consumiera, lo llamó a su estudio un día antes de la cena que se ofrecería en su honor.

—Cuando te sugerí que te interesaras por los asuntos de la hacienda, hijo mío, no pretendía que dejaras que te consumieran tanto. Un hombre debe tener equilibrio en su vida. Quédate hoy en casa. Entretén a nuestros visitantes cuando lleguen, pasa algún tiempo con tus hermanas, diviértete —soltó una carcajada—. Nunca pensé que llegaría el día en que tuviera que darte ese consejo a ti.

Charles se dio cuenta de lo descarado que siempre debió parecerle a su padre, y de pronto fue de suma importancia para él hacerle ver que era algo más.

—Quería demostrar que soy digno de todo el apoyo que siempre me ha dado. Devolverle algo.

Lord Bassington le cogió firmemente por el hombro.

—No seas tonto. Ya lo has hecho. No podría estar más orgulloso de ti. Al igual que Sheringham, prefiero ser un buen terrateniente que un político, servir a nuestro pueblo con mis acciones más que con mis palabras, pero gracias a Brigham, tengo contactos que siempre se han asegurado de que supiera de tus progresos, del coraje que demuestras en el campo —sonrió irónicamente—. Y menos mal, porque si no, no sabría ni la mitad de lo que has hecho. Nunca has sido de los que presumen y sólo has dado vagos detalles de tu participación en las batallas en las que has luchado.

Del mismo modo que de niño Charles había hecho amistad con todos, independientemente de su estatus, así había valorado a muchos de los soldados que conocía. Su única vía de ascenso era su capacidad y su valor, y para él había sido un privilegio servir a su lado.

—Hacer lo contrario habría sido despreciable. El papel que yo pudiera haber desempeñado siempre fue un reflejo de las acciones de otros incontables hombres que actuaron igual de bien, muchos de los cuales murieron antes de tiempo, sin ser reconocidos porque no eran nadie ante los ojos del mundo. No puedo empezar a contar todos los amigos que he visto caer.

Apretó los puños mientras hablaba, y sus ojos brillaron con la pasión de sus sentimientos y, para su mala suerte, con lágrimas. Apretó los dientes y las ahuyentó como había hecho muchas veces antes. Sin embargo, su padre hizo algo que Charles no había experimentado desde que tenía diez años y su poni había tenido que ser sacrificado. De pronto, lo abrazó contra su pecho y le dijo bruscamente:

—Vamos. Déjalo salir, Charles. Déjalo salir. No serás menos hombre por llorar a tus camaradas.

Cuando, un poco después, salieron del estudio, pudieron escuchar los inconfundibles ruidos de la llegada de alguien. Se encontraron con que el recibidor era un completo caos. Sus hermanas habían llegado juntas, con los seis hijos que tenían entre las dos y sus maridos a cuestas. Eran muy parecidas. Ambas tenían el exuberante pelo rojizo de su padre y los ojos grises de su madre, y también compartían su altura y su voluptuosa figura.

Siempre unidas, no sólo habían compartido una ceremonia matrimonial, sino que también habían dado a luz a cada uno de sus hijos con tan solo semanas de diferencia. Sin embargo, mientras que Judith, lady Forth, sólo había tenido hijos varones, la señora Victoria Hardy sólo había tenido hijas. Sin embargo, esto no generó la decepción que a menudo se produce en las familias aristocráticas, pues aunque el señor Hardy había sido educado como un caballero, su padre había hecho su dinero dedicándose al comercio antes de comprar una pequeña y elegante finca en el campo, y podía dejar sus propiedades y su dinero donde quisiera.

—¡Charles! —dijeron las hermanas a la vez, acercándose a él con las manos extendidas.

Como ninguna de las dos damas se corría jamás, sus retoños, quienes no parecían haber heredado la languidez de sus madres, llegaron antes que ellas. Charles era el tío apuesto y galante que rara vez los visitaba, pero al que, no obstante, adoraban. El menor de los niños tenía seis años y el mayor tan sólo diez, y todos habían sido educados de una manera muy poco estricta, por lo que tal vez era de esperar que se lanzaran sobre su tío sin pensar en la dignidad o el decoro.

Charles se rio cuando arremetieron y se hincó sobre una rodilla, con los brazos extendidos para recibirlos. Si llegaban a derribarlo, al menos no sería una caída demasiado dura. Cuando hubo abrazado a todas las niñas, estrechado la mano de los niños y el lugar dejó de resonar con gritos de ¡Tío Charlie! se puso en pie y besó a sus hermanas. Lord Bassington ya lo había hecho antes de saludar a sus yernos y ahora llevaba a sus nietos al salón de lady Bassington.

Sir John Forth no era mucho más alto que Judith, pero era un hombre corpulento. Cogió la mano de Charles con fuerza.

—Me alegro de verte en una sola pieza, Charles.

Antes de que pudiera responder, Arthur Hardy, un hombre alto, delgado y con gafas, se acercó y le dio una palmada en la espalda.

—Todos lo estamos. He escuchado que ha sido un combate muy reñido. Espero que recibas una cantidad de dinero decente, porque estoy seguro de que te lo has ganado.

—Debo admitir que no lo había pensado —dijo Charles.

Siempre le había entregado sus premios en efectivo a Arthur para que él lo invirtiera. Arthur lo había convencido de hacerlo al principio de su carrera, diciéndole que si moría, ese dinero no se perdería, pero que si sobrevivía a su carrera militar, le proporcionaría un dinero extra muy

necesario. Arthur podía ser un terrateniente, pero había heredado el astuto cerebro de su padre y le gustaba utilizarlo.

—No empieces ya a hablar de negocios, querido —dijo Victoria mientras soltaba un suspiro.

—No, por supuesto que no —dijo, con un brillo en los ojos—, sé lo fatigoso que te resulta —le guiñó un ojo a Charles—. Ya habrá tiempo de ponerte al día con tus inversiones antes de que nos vayamos.

Sir John le sonrió cariñosamente a su esposa.

—Será mejor que rescatemos a tu madre de los niños.

Judith le dirigió una mirada risueña.

—Cuánta razón tienes —cogió el brazo de Charles mientras caminaban hacia el salón—. Ella los adora, por supuesto, pero tal vez no a todos a la vez. Ahora, dime, hermano, con toda honestidad, ¿cómo has estado?

Lady Bassington podría haberse sentido abrumada por el ruido de seis niños que intentaban hablar con ella al mismo tiempo si no les hubiera dicho rápidamente que debían de necesitar un poco de aire fresco después de haber estado tanto tiempo encerrados en un carruaje y hubiera abierto las puertas del jardín. Los niños encontraron a sus padres en el césped, observando divertidos cómo sus retoños corrían de un lado a otro sin ningún propósito en particular.

Judith y Victoria se acercaron a su madre y se colocaron a ambos lados de ella. Lady Bassington les sonrió cálidamente, antes de mirar por encima del hombro a los caballeros que conversaban un poco detrás de ellas.

—Traed unas sillas, ¿queréis?

Cuando desaparecieron en el salón, Judith se inclinó un poco más hacia ella.

—Charles le ha restado importancia a su enfermedad, mamá, pero ya me lo esperaba. ¿Está realmente mejor? Ha perdido mucho peso.

—No está tan delgado como cuando llegó —dijo lady Bassington en voz baja—. El pobre muchacho había perdido bastante el apetito.

Victoria intercambió una mirada con su hermana.

—Entonces debe haber estado muy enfermo.

—Me parece que sí. Pero ha mejorado mucho y ahora come tan bien como siempre. El doctor Shilbury le ha recomendado que camine para ejercitar los pulmones y aumentar su resistencia. Pooley me informa de que sale casi en cuanto sale el sol.

—Realmente creo que deberías incitarlo a renunciar —dijo Judith.

Victoria asintió.

—Tiene razón, mamá. La guerra con Napoleón parece haber terminado, pero eso ya lo habíamos pensado antes, ¿no?

Cuando los caballeros empezaron a salir de la casa, lady Bassington murmuró:

—La semilla ya ha sido plantada y regada, pero Charles debe hacerlo porque lo desea, no porque nosotros lo deseemos.

Lord Bassington llegó detrás de Sir John y Arthur cargando no una silla, sino el diván favorito de su esposa, repleto de cojines.

—Es un encanto —dijo Judith.

Una vez que Sir John y Arthur hubieron llevado a sus damas a sus respectivas sillas, desaparecieron de nuevo en el interior, solo para reaparecer instantes después cargando escabeles.

—Los habéis entrenado bien —dijo lady Bassington en voz baja.

Victoria soltó una silenciosa carcajada.

—Tuvimos una maestra muy buena, mamá.

Charles fue el siguiente en entrar por la puerta, con un bate de madera de punta redondeada en una mano y una pelota en la otra.

—Esos niños necesitan un poco de disciplina —dijo, mirando a los caballeros—. Vamos a jugar un partido de rounders.

Mientras cruzaban el césped, Charles silbó y los niños corrieron inmediatamente hacia él.

Judith suspiró.

—Ojalá obedecieran a su tutor con la misma facilidad. Charles sería un buen padre.

Cuando los labios de lady Bassington se curvaron en una sonrisa un tanto disimulada, sus hijas soltaron un grito ahogado y luego hablaron al unísono.

—¿Quién es ella?

Lady Bassington negó con la cabeza.

—Puede que me equivoque. Lo discutiremos después de la cena.

—¡Oh, mamá! —protestaron, pero se vieron obligadas a contenerse cuando Sam salió del salón cargando una mesa, luego Jonathan con una bandeja muy cargada, y finalmente el mayordomo.

—He pensado que una copa del vino de saúco de la señora Chivers y algunas de las tartas de fresa recién hechas por la cocinera serían bien recibidas después de su viaje, lady Forth, señora Hardy.

Judith suspiró.

—Eres un encanto, Pooley.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Victoria.

El mayordomo les hizo una pequeña reverencia y se retiró, dando un pequeño saltito mientras caminaba que denotaba su satisfacción por los cumplidos.

Judith bebió un sorbo del vino.

—¿Dónde están Adolphus y Caroline? Debo decir que la decoración de tu salón ha quedado muy bonita, mamá.

Lady Bassington atrapó con la punta del dedo una gota de zumo de fresa que le había caído en la barbilla.

—Adolphus ha ido con lord Carteret a Alnwick. Hoy hay allí un mercado de ganado que estaban interesados en visitar —chupó el jugo de la yema de su dedo antes de continuar—. Caroline se retiró temprano anoche por un dolor de cabeza, y esta mañana todavía no se siente del todo bien, así que insistí en que se quedara en la cama. Ha estado muy ocupada organizando la cena y sería una pena que se la perdiera. Le dije que no era necesario que se tomara tantas molestias, que ninguno de nuestros amigos exigía nada fuera de lo normal, pero a ella le gusta que todo sea perfecto.

—Pobre Caroline —dijo Victoria—. Subiré a verla más tarde. Espero que esté deseando ir a Horton.

—No podría estar más contenta —confirmó Lady Bassington.

Judith soltó una carcajada.

—Y estoy segura de que tú tampoco.

Los ojos de lady Bassington reflejaron la misma diversión que los de su hija.

—Me he encariñado mucho con Caroline, pero siempre tiene que estar haciendo alguna cosa. Me parece agotador.

—Oh, bien hecho, Mary —dijo Victoria, mientras su hija mayor balanceaba el bate y la pelota pasaba entre las piernas extendidas de su abuelo.

Lord Bassington corrió tras ella. La cogió, pero no se volvió para lanzarla.

—No debería hacer tan evidente que le está dando tiempo extra —dijo Victoria—, ella es muy competitiva y se disgustará si piensa que la ha ayudado.

Cuando él siguió sin volverse pero se llevó una mano a los ojos para cubrirse de sol, con la mirada fija en algún punto en la distancia, fue evidente que algo había captado su interés. Las damas se pararon para ver mejor de qué se trataba.

Parte del largo y sinuoso camino de entrada que conducía a la casa era visible desde el jardín y se veían dos carruajes avanzando por él, uno al lado del otro. Tres jinetes les seguían el paso, galopando por la hierba a un lado de la calzada. No se trataba de un acontecimiento inusual en sí pero, sin duda, la velocidad a la que se acercaban sí lo era.

El partido de rounders había sido abandonado y las damas cruzaron la hierba y se unieron al pequeño grupo que se había acercado al camino de entrada. Judith entrecerró los ojos para ver con más claridad.

—Espero que no haya alguna clase de emergencia.

La excelente visión de Charles lo había hecho ser merecedor del apodo de Ojo de Halcón en su regimiento, y le sonrió a Judith mientras los carruajes que se acercaban quedaban ocultos por una arboleda donde la calzada se curvaba ligeramente hacia la casa.

—Ese es el carruaje de Gregory y si no me equivoco mucho, el otro pertenece a nuestro primo, Allerdale. Reconozco los caballos. Me parece que sólo están disfrutando de una carrera —levantó una ceja y miró hacia su madre—. No me dijiste que los esperabas.

La sonrisa de lady Bassington era bastante petulante.

—Pensé que disfrutarías de la sorpresa.

—Es muy propio de Miles llegar de esa manera —dijo Judith secamente.

Victoria puso los ojos en blanco.

—Es una lástima. Espero que no aterrorice a su nueva esposa.

Lady Bassington soltó una risita.

—No creo que lo haga. Eleanor es una joven extraordinaria.

La veracidad de esta afirmación se hizo evidente a medida que los vehículos se acercaban. Charles se echó a reír.

—¡Creo, Victoria, que es la esposa de Miles quien lo está aterrorizando! ¡Es ella quien conduce!

—¡Así es! ¿Y es lady Selena quien conduce el otro?

Los ojos de Charles volvieron a los coches que se acercaban. El de Gregory estaba dos metros por detrás del de su primo, pero ahora se acercaba de nuevo y allí estaba Selena, lanzando una rápida y risueña mirada a sus oponentes, antes de hacer sonar su látigo con un limpio movimiento de muñeca y ganar una ligera ventaja.

Una sonrisa de admiración curvó los labios de Charles.

—Desde luego que sí. No sabía que se había convertido en una jinete tan buena.

Algo en su tono hizo que las hermanas intercambiaran una mirada.

—Supongo que es lord Carteret quien cabalga junto a Adolphus —dijo Judith casualmente—. Es muy apuesto.

—Realmente lo es —convino Victoria—. Pero creo que el otro caballero es aún más digno del epíteto. ¿Quién es?

—Lord Ormsley —dijo Charles, con voz un tanto seria—, quien, según me ha informado Selena, es un caballero muy respetable.

Los ojos de lady Bassington pasaron de una de sus hijas a la otra.

—También es un caballero muy codiciado, y parece que se ha fijado en Selena.

—Es casi lo bastante mayor como para ser su padre —espetó Charles.

Ignorando esto, ella continuó:

—Lord Carteret también parece estar interesado en ella.

—Él es una opción mucho mejor —dijo Charles—, pero probablemente sea demasiado sensato para ella. No me lo imagino permitiendo que su esposa participe en carreras de carruajes.

Cuando se acercaron a la casa, Pooley, Sam y Jonathan salieron a recibir a los invitados. Jonathan se quedó con la boca abierta al verlos pasar, Sam intentó reprimir una sonrisa, pero no lo consiguió, y Pooley tan solo se limitó a levantar una ceja y les indicó que lo siguieran de vuelta a la casa, sin duda con la intención de tomar el camino más corto hacia los establos.

Selena se mantuvo ligeramente por delante y los espectadores contuvieron la respiración cuando se acercaron a la última curva del camino. Era muy pronunciada al girar hacia los establos, y ninguna de las dos damas parecía estar dispuesta a frenar su ritmo. Selena estaba ahora en desventaja, ya que se encontraba en la parte más amplia de la curva, y conducía tan cerca del otro carruaje que parecía que sus ruedas iban a chocarse. Lady Allerdale, sin embargo, estaba en desventaja por la dificultad de intentar mantener a sus caballos lo más juntos posible en el interior de la curva y sin duda debía reducir su ritmo o arriesgarse a un desastre. Cuando el hombre de pelo oscuro que estaba sentado a su lado levantó la mano como si quisiera quitarle las riendas, ella finalmente controló su paso y Selena obtuvo la ventaja.

Mientras el público daba un suspiro colectivo de alivio, Lord Allerdale se levantó el sombrero y sonrió. Los niños, quienes naturalmente no habían sido conscientes del peligro, perseguían ahora al carruaje de caballos mientras gritaban ¡Primo Miles!

Los jinetes se habían mostrado más circunspectos y ahora los seguían a un ritmo de trote tranquilo.

—Será mejor que vaya a saludarlos —dijo Charles, dando zancadas hacia los establos.

Judith y Victoria enlazaron cada una un brazo con el de su madre y comenzaron a caminar lentamente hacia sus sillas.

—Creo que nunca he visto a Selena comportarse de una manera tan atrevida —dijo Victoria contemplativa.

—No, desde luego —respondió su hermana—. Y nunca la había visto tan animada. ¿Te has fijado en el delicado rubor rosado de sus mejillas y el brillo exaltado de sus ojos? La hacía lucir muy hermosa.

Judith miró de reojo a su progenitora.

—No veo por qué era necesario que Charles fuera a recibirlos cuando tenemos dos lacayos y un mayordomo que pueden acompañarlos a sus habitaciones o traerlos aquí.

—Es cierto, querida, pero no olvides que Charles está ansioso por ver a su primo. Siempre han sido muy unidos.

Se detuvieron junto a un rosal y Victoria se inclinó para aspirar su dulce aroma.

—Y por todo lo que nos has contado, mamá, él y Selena siempre también son muy unidos. Creo que dijiste que le tenía un gran afecto *fraternal*.

Lady Bassington pasó el dedo por el delicado pétalo de una rosa roja.

—Sí, siempre lo he pensado.

—Interesante —murmuró Judith.

—Muy interesante —convino Victoria.



Charles habría ido más lejos que cualquiera de sus hermanas; Selena le había parecido magnífica y le habría gustado tener el privilegio de ayudarla a bajar del carruaje y decírselo. Sin embargo, aunque marcó un paso rápido que le dejó sin aliento, llegó demasiado tarde para hacerlo. Los caballeros estaban reunidos en el centro del patio, riendo y felicitando a Selena, mientras los niños se aglomeraban alrededor de su tío y su nueva tía.

Miles Gilham, conde de Allerdale, era un hombre pelinegro y apuesto, cuyo rostro estaba esculpido con pómulos altos, mandíbula marcada y mentón pronunciado. Sus ojos eran de un intenso color marrón chocolate, pero tenían una intensidad que les restaba toda delicadeza. Tan sólo un año antes su mirada se había mostrado sombría y amargada, pero cuando levantó la vista hacia el rostro risueño de su menuda esposa, brillaron con una calidez que no desapareció cuando su mirada se posó en su primo. Les dijo algo a los niños, y éstos pasaron corriendo junto a Charles, gritando:

—El primo Miles ha prometido jugar al rounders. No tardes, tío Charlie.

Miles cruzó la corta distancia que los separaba con largas y poderosas zancadas.

Charles le estrechó la mano y sonrió.

—Veo que el estar casado te sienta bien, Miles, pero está claro que estás siendo manipulado; ¡nunca pensé que vería el día en que permitieras que una mujer corriera con tus caballos grises!

—Yo tampoco —dijo su primo, sonriendo con pesar—, pero desde la última vez que nos vimos, he descubierto que la vida está llena de sorpresas. Una de ellas ocurrió hoy, cuando nos encontramos con lady Selena conduciendo el carruaje de su hermano de manera tan competente. Eleanor no pudo resistirse a retarla a una carrera —negó con la cabeza—. Todo es culpa de mi madre, por supuesto. Prácticamente lo primero que hizo tras llegar a Brigham fue exigir la carrera que habían acordado antes de irnos del pueblo.

—¿Y quién fue la vencedora?

—Eleanor, pero estuvo muy reñida, tal y como la de hoy.

Miraron a su esposa, quien ahora estaba de pie a poca distancia de ellos, con la mano en el brazo de lord Ormsley. Él le sonreía y ahora cubría su mano con la suya.

—Parece que no le basta con cortejar a Selena, ahora tiene que flirtear con tu mujer —dijo Charles, un tanto irritado.

Miles levantó una ceja.

—Las tres palabras que me vienen a la mente son “mira quién habla”, Charles. Debes de seguir delirando un poco.

—Tal vez, pero ¿no te importa? No pensé que fueras el tipo de hombre que permitiera que otro flirteara con su mujer. De hecho, habría pensado que si algo podría provocarte, sería eso.

Miles se rio.

—Confío plenamente en Eleanor. Además, ¿has olvidado que Ormsley le pidió que fuera su esposa antes de que yo la conociera? Me pregunto si mi tía lo habrá olvidado, o si esperaba que su presencia pudiera causarle cierta gracia. Si es esto último, creo que se sentirá decepcionada. Su presencia no me inquieta en absoluto. Imagino que este primer encuentro habrá sido un poco incómodo para ellos y me alegro de que estén aclarando las cosas.

Charles parecía asombrado.

—Has cambiado, Miles.

Su primo le ofreció una enigmática sonrisa.

—Creo que tú también, Charles.

Antes de que pudiera considerar lo que quería decir con esto, Gregory se acercó a ellos, con una sonrisa en el rostro.

—¡Qué carrera tan increíble! ¿Acaso no le he enseñado bien a Selena, Charlie?

—Muy bien —convino—. Pero debo admitir que me alegro de que fuera tu carruaje y no tu faetón lo que conducía.

—Oh, yo no habría dejado que corriera con eso —dijo jovialmente—, seguro que lo habría volcado.

El grupo había empezado a avanzar hacia la casa cuando un carruaje cargado de equipaje entró en el patio.

—Santo cielo —dijo Charles, riendo—. ¿Habéis venido para quedaros un mes, Miles?

—No, hemos enviado nuestro carruaje a Murton. Sólo nos quedaremos dos noches. Ese debe ser el carruaje de Ormsley —sus labios se curvaron—. Tal vez él se quede un mes.

Sabiendo que su primo intentaba provocarlo, Charles se rio.

—Lleva quince días en el castillo, así que eso lo explicaría.

Pooley condujo a los invitados a través de la casa hasta el salón de lady Bassington, el cual ya no tenía ni una silla.

—Si queréis salir, os esperan unos refrigerios allá afuera.

Una vez hechas las presentaciones e intercambiado saludos, los niños corrieron insistiendo en que se reanudara el juego de rounders. Charles sonrió y levantó una ceja cuando Carteret se dejó convencer por Julian, el hijo mayor de Judith.

—Tengo sobrinos, Charles —dijo, intentando justificar su fallo de dignidad.

Sabía que Selena no necesitaría persuasión, y ella cogió gustosamente la mano de Mary, de diez años, mientras Eleanor era reclamada por Susan, la hija de en medio de Victoria.

Como esperaba, lord Ormsley no siguió a los demás caballeros, sino que aceptó una copa de vino de Pooley. Se alegró por ello. Seguramente Selena tendría una mala opinión de él por comportarse de un modo tan estirado. Sin embargo, no había contado con que Sarah, la hija menor de Victoria, una niña de pelo largo y castaño y enormes ojos verdes, se acercaría a él corriendo. Cogió la mano de lord Ormsley y le dijo:

—Venga a jugar, señor. No quisiera que se sintiera excluido.

Por un momento, el hombre pareció desconcertado, pero luego se inclinó y dijo:

—Por supuesto, jovencita, adelante.

Selena lo miró por encima del hombro, un tanto divertida

—Ha logrado evadir las competiciones de tiro con arco, de las charadas y quién sabe qué más para que al final lo obliguen a jugar al rounders.

—Ah, pero ninguna de esas actividades fue honrada con su presencia, milady —dijo con suavidad.

Charles apretó los dientes.

## CAPÍTULO 17



Aunque sólo había tres kilómetros entre la residencia Bassington y la residencia Sheringham en línea recta, eran seis por carretera. Selena declinó la generosa oferta de Gregory de permitirle conducir hasta casa, y se contentó con sentarse y dejar que la brisa de la tarde la refrescara. Había disfrutado de una tarde maravillosamente tranquila, rodeada de viejos y nuevos amigos.

Sonrió suavemente mientras una serie de recuerdos agradables llenaban su mente. Mary, con la cabeza mientras golpeaba la pelota, sus gritos de alegría mientras corría alrededor de los abrigos perfectamente doblados que habían usado para marcar el recorrido. Lord Carteret apartando a un abatido Julian durante un descanso después de que Mary se burlara de él por haber golpeado la pelota más lejos que él. Como era un excelente boxeador, le había enseñado al muchacho a lanzar unos cuantos puñetazos y le había devuelto su orgullo al permitir que uno de ellos conectara con su barbilla, tambaleándose hacia atrás como si hubiera recibido un golpe formidable. Lord Ormsley acercándose a una desconsolada Sarah después de que ella no pudiera golpear la pelota ni una sola vez, agachándose y colocando sus manos sobre las de ella para que pudiera golpear la siguiente. Ella lo había seguido durante el resto de la tarde y a él no había parecido importarle en absoluto. Eso podía deberse a sus excelentes modales, por supuesto, pero Selena no lo creía así.

Charles con las mangas remangadas y la camisa abierta por el cuello, dejando al descubierto la fuerte longitud su garganta y una tentadora visión de los rizos rojizos y dorados que cubrían su pecho. Se le cortó un poco la respiración al recordarlo. Charles cargando en sus hombros a Simon, de seis años, mientras Miles hacía lo mismo con su hermano Philip, y luego corriendo la corta distancia hasta la casa mientras los niños reían encantados. Adolphus bajando suavemente a Simon de sus hombros mientras se tambaleaba al dar los últimos pasos, claramente agotado.

Eleanor caminando del brazo con ella, diciéndole lo afortunada y maravillosamente feliz que era, y confiándole que esperaba no tardar mucho en tener un hijo. Selena se había regocijado en la felicidad de su amiga, pero había sentido una ligera sensación de envidia. Se había dado cuenta de que ella también quería tener hijos. Muchos de ellos.

Sus ojos se habían desviado naturalmente hacia Charles y lo había mirado con pesar durante un momento antes de fijarse en los otros caballeros. Puede que no sintiera el mismo afecto por lord Ormsley o lord Carteret, pero ambos le agradaban. Sobre todo lord Carteret, ya que lo conocía mejor y se había dado cuenta de que no era tan frío y distante como había aparentado al principio. El amor podía surgir de la simpatía y el respeto, ¿cierto?

Así parecía haber ocurrido con las hijas de lady Bassington. Había sido testigo de muchas miradas risueñas y sonrisas afectuosas entre sir John y lady Forth y el señor y la señora Hardy

que dejaban ver que había un fuerte vínculo entre ellos. La siguiente semana cumpliría veinte años y debía mirar hacia su futuro. Nunca había sido una chica calculadora, pero tal vez su madrastra había tenido razón cuando había dicho que la razón siempre debía triunfar por encima del impulso, y tal vez lady Forth y la señora Hardy habían hecho lo correcto al hacerse responsables de su destino en lugar de esperar a que sus caballeros les propusieran matrimonio.

Gregory dejó a Selena junto a la escalera. Ella subió corriendo y le sonrió a Trinklow cuando éste le abrió la puerta.

—Gracias. ¿Ha vuelto Albina de su visita a los Mawsley?

—No, milady. Parece que todos están un poco atrasados hoy, así que le he pedido a la cocinera que retrase la cena una hora. Incluso lady Sheringham aún no ha subido a cambiarse.

No era propio de su madrastra retrasarse tanto.

—Oh, ¿dónde puedo encontrarla?

—En el pequeño salón, lady Selena.

Esta habitación había sido una de las favoritas de su madre. Estaba situada en el ala oeste, frente al estudio de su padre, y el sol de la tarde lo iluminaba. Aunque era pequeño, su padre había colocado dos puertas de cristal para facilitar el acceso al jardín cercado que la primera lady Sheringham había creado con tanto cariño. En esta época del año, estaba lleno de color, con las últimas rosas de color crema, rosa y carmesí floreciendo, entremezcladas con hortensias, caléndulas, espuelas de caballero, guisantes de olor y acianos. Su madrastra no había hecho cambios en esa habitación, tal vez porque la había considerado demasiado insignificante, pero recientemente la había adoptado como propia.

Encontró a lady Sheringham sentada y mirando hacia el jardín, pero sus ojos tenían una mirada más bien perdida. Una carta yacía abandonada en su regazo, y sus puños descansaban sobre ella. Las puertas del jardín estaban abiertas y se balanceaban ligeramente con la brisa. Selena cruzó la habitación y las cerró, y el ruido hizo que lady Sheringham se sobresaltara.

—Oh, Selena, has vuelto. ¿Has pasado una tarde agradable? —sus ojos encontraron el reloj de la chimenea mientras hablaba, y dejó escapar un suave jadeo—. Dios mío, no me había dado cuenta de que era tan tarde.

—No te preocupes, querida —dijo lord Sheringham, apareciendo en la puerta con Gregory a sus espaldas—, la cena se ha aplazado. Albina aún no ha llegado.

—Oh, ya veo —dijo ella distraídamente.

Lord Sheringham se adentró un poco más en la habitación.

—Querida, ¿ocurre algo?

—He recibido una carta de mis padres —dijo, con la voz entrecortada—. Vendrán a visitarnos y traerán al vizconde Rensley con ellos.

—¿Rensley? —arrugó el ceño—. Me temo que no lo conozco.

—Es un amigo de mi padre. Un viejo solterón que hace años que no sale de su finca. No puedo imaginar por qué ha decidido hacerlo ahora.

—Bueno, lo descubriremos muy pronto. Lord y lady Camberley siempre serán bienvenidos en mi casa. ¿Mencionan el propósito de su visita o por cuánto tiempo tendremos el placer de su compañía?

Esto lo dijo con sequedad, como si no esperase que fuera un placer en absoluto.

—Me acusan de alejar a Albina de ellos; se quejan de que sólo la han visto un par de veces en los últimos años —su voz era amarga, y su mirada era un tanto salvaje. Parecía haber olvidado la presencia de sus hijastros, su mirada se aferraba al rostro de su esposo como si allí fuera a encontrar la respuesta a sus plegarias—. No los quiero aquí, pero ya estarán en camino y

no puedo detenerlos. Llegarán mañana —se levantó, y la mano que aún sujetaba la carta estaba temblando—. Nunca me han querido, pero siempre han deseado quitarme a Albina. Decían que yo no era capaz de criarla.

Selena y Gregory, ambos sorprendidos, intercambiaron una mirada. Lord Sheringham le quitó la carta y la dejó caer en la parrilla vacía, antes de coger sus manos.

—Cálmate, querida. No pueden quitarte a Albina y tampoco abusarán de ti bajo mi techo —sonrió con dulzura—. Ahora no estás sola. Si resultan ser insoportables, puedes pedirle a la cocinera que queme la cena, y yo le pediré a Trinklow que diluya el vino. Eso debería bastar para deshacernos de ellos.

Se le escapó una risita que sonó más bien como un sollozo.

—Admito que podría resultar divertido si eso les quita la oportunidad de criticarme más.

—No te criticarán en mi presencia —dijo Gregory, dando un paso hacia adelante para situarse junto a su padre.

—Ni en la mía —dijo Selena, acercándose a su madrastra—. Ni en la de Albina, creo. Ya nos ha dicho lo enfadada que está con ellos por hacerlo.

Un rubor de vergüenza tiñó las mejillas de lady Sheringham.

—¿Lo ha hecho? No lo sabía. Gracias a los dos. No debería haber dicho tanto...

—Tonterías —dijo lord Sheringham—, siempre hemos compartido nuestros problemas en esta casa. Bueno, casi siempre.

Miró a Selena mientras decía esto. Ella exhaló el aliento que no sabía que había estado conteniendo cuando una discreta tos procedente de la puerta anunció la presencia de Trinklow.

—Lamento interrumpir, pero ha llegado un lacayo de Mawsley Grange y está esperando una respuesta.

Le entregó una carta a lady Sheringham.

—Creo que es de la señorita Tate.

Lady Sheringham la leyó en voz alta para ahorrarse el tiempo de parafrasearla después.

*Querida mamá,*

*He tenido un día espléndido. Los primos de Sarah y Ralf, el señor y la señorita Asquith, están de visita, aunque es una lástima que sólo puedan quedarse una noche, porque ambos son extremadamente amables y corteses. Esta tarde hemos jugado bádminton en el césped, y he descubierto que tengo una inesperada aptitud para este juego. Luego dimos un paseo y vimos nutrias en el río. Me parecieron encantadoras.*

*Aunque Ralf y yo estamos de acuerdo en casi todo, no puedo compartir su opinión de que son una plaga que merma las poblaciones de peces. Los necesitan tanto como nosotros, de hecho más, ya que parecen ser el principal alimento de su dieta, por lo que, como le dije, las plagas son las personas.*

Lord Sheringham soltó una risita.

—Albina es una chica de opiniones muy firmes respaldadas por una lógica incuestionable, y por ello me agrada tanto.

*Me temo que perdimos la noción del tiempo y volvimos tarde. La señora Mawsley me ha invitado amablemente a quedarme a cenar y, si tú me lo permites, a pasar la noche. Cuando Sarah le dijo a la señorita Asquith que habría baile en la cena de lady Bassington, me preguntaron si me gustaba bailar el vals, y cuando admití que no me sé los pasos, sugirió que todos me enseñaran después de la cena.*

*No me gustaría hacer nada que pudiera disgustarte, mamá, pero se me ocurrió que realmente debería aprender el baile como preparación para mi temporada. Sé que no estaría*

*bien que lo bailara en público antes de eso, pero la señora Mawsley dijo que si las muchachas no practicaban primero en las fiestas privadas, difícilmente se podía esperar que dieran una buena impresión las públicas.*

—Muy cierto —dijo Gregory, exaltado—. Si supieras cuántas chicas mal instruidas me han pisado al intentarlo, entenderías por qué no me gusta asistir a las asambleas.

*No sé si habrá un vals mañana por la tarde, pero me gustaría estar preparada por si acaso. Si no lo apruebas, lo entenderé, y la señora Mawsley me enviará de vuelta en su carruaje después de la cena. Si estás de acuerdo, ¿podría enviarme mi camisón y una muda de ropa?*

*Tu querida hija,*

*Albina*

Lady Sheringham miró al mayordomo.

—Por favor, dile al mensajero que estoy perfectamente de acuerdo en que Albina se quede esta noche y pídele que espere mientras su criada le prepara una maleta.

—No estaba seguro de que fueras a estar de acuerdo, especialmente con lo del vals —dijo lord Sheringham con aprobación, cogiéndole la mano y plantando un delicado beso sobre ella.

Para sorpresa de Selenia, su madrastra no se mostró avergonzada como de costumbre ante una muestra de afecto tan abierta, sino que entrelazó los dedos alrededor de su mano durante un momento.

—Como tú dices, su lógica es incuestionable, y me alegro de que esté haciendo amigos. Además, me dará tiempo para calmarme.

Selenia sonrió. Parecía que su madrastra estaba siendo atraída inexorablemente hacia la red que siempre había mantenido unida a su familia, tejida a base de buenas intenciones, con sus delicados hilos unidos por el afecto y el amor.



La familia aún estaba desayunando cuando Trinklow les informó que un carruaje se acercaba a la casa, y como no reconoció el equipaje, sospechó que se trataba de lord y lady Camberley.

Lady Sheringham se estaba llevando la taza de café a los labios, pero se levantó bruscamente al escuchar la noticia, derramando una buena cantidad del líquido de color lodoso sobre su vestido. Mientras ella lanzaba un quejido de consternación, lord Sheringham le entregó tranquilamente una servilleta y le dijo que se sentara.

—Terminarás tu comida, querida —miró a Trinklow—. Encárgate de llevar a nuestros invitados a sus habitaciones y tráelos al salón principal dentro de media hora.

—Desde luego, señor.

El mayordomo les indicó a los lacayos que lo siguieran, asintiendo levemente.

—Pero, milord —protestó lady Sheringham—, lo tomarán como una falta de respeto si no los saludamos.

—Pueden tomarlo como lo que quieran —dijo él con suavidad, sirviéndole otra taza de café—. Como no tuvieron a bien avisarnos de la hora a la que debíamos esperarlos, no pueden quejarse de que no estemos preparados para recibirlos. Además, querida, no te gustaría recibirlos con una mancha de café en el vestido.

—No, claro que no. Debo ir a cambiarme de inmediato si quiero estar lista a tiempo, así como enviar una nota a la granja de los Mawsley solicitando que Albina regrese de inmediato.

Lord Sheringham miró la tostada a medio comer que había en su plato.

—Desayunarás, beberás tu café y sólo entonces te cambiarás. Los niños y yo entretendremos

a lord y lady Camberley hasta que estés lista. Y no se enviará ninguna nota a la granja. Supongo que ellos también estarán desayunando.

—¿Debería quitarme el traje de montar, papá? —preguntó Selena.

—No hay necesidad de que lo hagas —le aseguró—. Gregory y tú podéis ir a cabalgar en cuanto Elizabeth se una a nosotros —su mirada recorrió a todos los presentes—. No espero que el ambiente de mi casa o la actitud de sus residentes se alteren para adaptarse a nuestros invitados. Tendrán que aceptarnos tal y como somos, y si no les gusta, que se vayan. Yo soy la autoridad aquí.

Gregory sonrió.

—¿Enalteciendo tu importancia, padre?

Los labios de lord Sheringham se crisparon.

—En absoluto, sólo dejo claras mis expectativas.

Encontraron a dos personas de cabellera blanco y de unos sesenta años, sentadas rígidamente en el sofá de seda verde, con una bandeja de té intacta sobre la mesa a su lado. Selena notó enseguida que su madrastra había heredado la nariz de su padre y los ojos oscuros de su madre. Ambos tenían expresiones idénticas de desaprobación, fruncían los labios y sus miradas eran frías.

—Por favor, no os levantéis —dijo alegremente lord Sheringham, pasando por alto el hecho de que ninguna de los dos había intentado hacerlo—. os presento a mi hijo mayor, Gregory, vizconde Perdew, y a mi hija, lady Selena.

Gregory hizo una elegante reverencia, y Selena hizo una reverencia superficial.

—No era costumbre en mis tiempos —dijo lady Camberley, inclinando ligeramente la cabeza—, recibir a las visitas en traje de montar, ni llevar uno tan ceñido. Me sorprende que pueda respirar, lady Selena. Es bastante extraordinario.

—Me alegra que piense así —dijo, sonriendo alegremente—. Es mi favorito.

Selena no lo habría creído posible, pero lady Camberley frunció los labios aún más, como un monedero cuyos hilos se hubieran tensado demasiado.

—Por favor, perdonadnos —dijo Gregory en un tono conciliador—, pero estábamos a punto de dar nuestro paseo matutino cuando vosotros llegasteis.

—No habéis podido salir de la cama para hacerlo antes del desayuno, supongo —dijo lord Camberley, frunciendo el ceño—. ¿Dónde está mi hija, Sheringham? Cuando me pidió permiso para casarse con ella, pensé que era un hombre que sabría mantener el orden en su casa. Espero no haberme equivocado y que convertirse en condesa no haya llenado la cabeza de Elizabeth con ideas sobre su propia importancia.

Lord Sheringham se sentó y cruzó una pierna sobre la otra.

—No le he pedido permiso para hacer nada, lord Camberley —dijo tranquilamente—, simplemente tuve la cortesía de informarle de mis intenciones. Elizabeth sufrió un leve accidente durante el desayuno y bajara cuando se haya cambiado. Y aunque me temo que tristemente carecía de toda idea sobre su propia importancia cuando la conocí, me complace informarle que, gradualmente, se está dando cuenta de lo importante que es para todos nosotros.

—¡Ella sigue llena de vida! —exclamó Gregory.

—Y me ha demostrado más paciencia de la que merezco —dijo Selena.

Lady Camberley levantó sus finas cejas.

—Eso, bien puedo creerlo.

Por alguna extraña razón, en lugar de enfadarla, este comentario sarcástico hizo que Selena quisiera reír. Captó la mirada de Gregory y su determinación de no hacerlo fue puesta a prueba.

—¿Cuándo podemos esperar al vizconde Rensley? —preguntó lord Sheringham.

—Mañana —dijo fríamente lord Camberley—. Sufrió una indisposición en el camino; solía vivir en la India, y ocasionalmente padece una afección hepática.

Lady Sheringham entró en la habitación, un poco jadeante.

—Lamento haber tardado...

—¡Elizabeth! —espetó lady Camberley—. ¿Por qué no llevas puesta una capota?

Mientras ella se sonrojaba, lord Sheringham se levantó y se acercó a ella, cogiéndola de la mano y conduciéndola a una silla junto a la suya.

—Elizabeth no lleva capota porque es una esposa muy obediente. Le he pedido que no lo haga cuando estamos en casa —dijo lord Sheringham con frialdad—. Tiene un pelo tan bonito que me parece una pena que lo cubra.

—No es decoroso —dijo lady Camberley con amargura.

—Debo ser yo quien juzgue lo que es decoroso en mi propia casa —dijo lord Sheringham, utilizando un tono severo por primera vez.

Lord Camberley se enfureció al escuchar su tono.

—No crea que su título le da derecho a pisotearnos, señor. Todos somos iguales ante los ojos de Dios.

—Estoy de acuerdo —dijo con más delicadeza—. Y Él nos proveerá a cada uno según nuestras obras.

Lord Camberley le sostuvo la mirada un momento más y luego miró hacia abajo.

—¿Dónde está Albina? —dijo lady Camberley en un tono quejumbroso—. Anhele ver a mi única nieta.

Su deseo fue concedido, pues ella entró en la habitación del brazo de Ralf Mawsley, exclamando:

—No, no lo permitiré, Ralf, fuiste tú quien me pisó los pies.

Su mirada risueña desapareció cuando vio a sus abuelos. Hizo una reverencia y dijo con calma:

—Abuelo, abuela, no esperaba que llegarais tan pronto. Permitidme que os presente al señor Mawsley.

Ralf hizo una reverencia y sonrió a su manera relajada:

—Encantado de conoceros, señor, señora.

Cuando se encontró en el medio de dos miradas hostiles, su sonrisa no vaciló, pero dijo:

—Veo que os interrumpo así que me despido —se inclinó ante Albina y le guiñó un ojo de manera amistosa—. Te veré esta tarde, y entonces veremos quién le pisa los pies al otro.

—Iré contigo —dijo Gregory.

Le dirigió una mirada inquisitiva a Selena, pero ella negó con la cabeza.

Cuando salieron de la habitación, lord Camberley dijo bruscamente:

—¿Quién era ese joven?

—Ya te he dicho quién era, abuelo —dijo Albina, ocupando el asiento que Gregory había dejado libre—. Los Mawsley son nuestros vecinos.

—No seas obtusa, muchacha —espetó—. Me refería a qué familia pertenece.

—Oh, ya veo —dijo, completamente impasible ante su enfado—. Es el sobrino del vizconde Grooby.

—En otras palabras, ¡no es nadie!

—No olvide —dijo lord Sheringham suavemente—, que todos somos iguales ante los ojos de Dios.

Selena se mordió el labio.

—Elizabeth —dijo lady Camberley—, ¿por qué has permitido que Albina estuviera a solas con un *hombre*?

—Oh, no estuve a solas con él —dijo Albina—. Su hermana es amiga mía y anoche me quedé en la granja Mawsley. El señor Mawsley me trajo a casa en su carruaje, pero su mozo de cuadra iba detrás de él.

Lady Camberley entrecerró los ojos.

—¿Y qué es eso de verlo esta noche y pisarle los pies?

—Hemos estado practicando el vals por si hay que bailarlo en la fiesta de Lady Bassington esta noche.

—Es una pena que nos hayan avisado de su visita con tan poca antelación —dijo rápidamente lady Sheringham—. Ya habíamos aceptado la invitación.

Lord Camberley recuperó el habla.

—Debes cancelarlo, Elizabeth. El baile es obra del diablo.

—Eso no será posible —dijo lord Sheringham—. Tampoco sería apropiado preguntar si se puede ampliar la invitación, ya que es sólo para amigos íntimos y familiares, para celebrar el regreso del capitán Charles Bassington de Waterloo. Sin embargo, me aseguraré de que se os ofrezca una buena cena.

Lord Camberley hinchó el pecho con indignación.

—Me parece que me han engañado burdamente en cuanto a su carácter, señor. Parece llevar una vida de disipación, y lo que es peor, está exponiendo a nuestra nieta a ella.

Albina se rio.

—No, abuelo, no puedes hablar en serio. Llevamos una vida muy respetable.

—Albina, tú no sabes nada de eso —dijo lady Camberley—. Cuando llevabas una vida tranquila y dedicada al estudio, estábamos dispuestos a dejarte en paz. Pero ahora es el momento de que te cases con un hombre serio que tenga un gran respeto por el Señor. Por eso viene el vizconde Rensley. Estamos dispuestos a darte una dote muy importante si te casas con él.

Lady Sheringham había palidecido, pero su voz al hablar fue firme.

—No elegiréis un marido para Albina, y menos uno que ya tiene un pie en la tumba.

—Nuestro buen amigo el vizconde Rensley murió el año pasado, Elizabeth —dijo lord Camberley con severidad—. Algo que sabrías si nos hubieras visitado con más frecuencia. El nuevo vizconde es un joven pariente. Admito que se desvió del camino durante un tiempo, pero ha visto la luz y se ha arrepentido.

—Y si te casas con él, Albina —dijo lady Camberley en un tono persuasivo—, estarías cerca de nosotros y podríamos guiarte, igual que lo hemos guiado a él.

—¡No! —lady Sheringham se puso en pie—. ¡Vuestro Dios no es el mío! ¡Él permite la tiranía y la crueldad! ¡No permitiré que Albina sea sometida a sus enseñanzas!

—No culpes al Todopoderoso por tus defectos, Elizabeth. Siempre fuiste malvada, y no tuvimos más remedio que castigarte y Tate tampoco —dijo lord Camberley—. Fue por tu propio bien. Proverbios 11:21: *el malvado no quedará sin castigo*.

Selena y Albina se pusieron de pie, colocándose a cada lado de su madre. Lord Sheringham se paró detrás de su esposa y apoyó ligeramente una mano en su cintura.

—Mamá no es malvada —dijo Albina con una voz de tranquila furia—. Sois vosotros los malvados. He estudiado la Biblia detenidamente y sé que escogéis las partes que parecen justificar vuestras acciones. Sería mejor que prestarais atención a Juan 3:18: *Hijos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad*.

Lord y lady Camberley se quedaron boquiabiertos. Miraron a su nieta como si le hubieran crecido dos cabezas.

—Veo que ya es tarde para rezar —dijo finalmente lord Camberley—. Llegamos demasiado tarde.

Su esposa asintió sombríamente.

—Abandonaremos esta casa de pecado inmediatamente.

—Sí, creo que sería lo mejor —dijo lord Sheringham, dirigiéndose a la puerta y manteniéndola abierta.

Trinklow entró por ella, cargando una bandeja con una botella de vino y varias copas.

—Pensé que a nuestros invitados les gustaría algo más fuerte que el té.

Lord y lady Camberley pasaron junto a él, mirando la botella como si fuera una serpiente a punto de atacar.

—Gracias, Trinklow, pero lord y lady Camberley han decidido no quedarse. Ordena que traigan su carruaje, ¿quieres?

Selena creyó haber visto cierto alivio en los ojos del mayordomo, pero su voz fue impasible cuando dijo:

—De inmediato, señor.

Lord Sheringham cerró la puerta tras ellos y dijo con una suave sonrisa:

—Sospecho que no recibiremos una segunda visita por parte de ellos.

Lady Sheringham se llevó una mano a los ojos y él se acercó rápidamente a ella.

—Siento que te angustie la idea de estar permanentemente alejada de tus padres, querida, pero...

Lady Sheringham levantó la cabeza.

—No, no es eso. Me alegro de que así sea. Estoy conmovida —dijo—, por la buena voluntad y el apoyo que he recibido este día.

—Espero que no esperaras menos, mi amor —dijo lord Sheringham—. No hablé más en tu favor, porque para librarme de ellos para siempre, sabía que tenían que escuchar de la propia Albina lo que pensaba de ellos —le sonrió con cariño a su hijastra—. Estaba seguro de que no tendrías pelos en la lengua.

Selena soltó una risita y rodeó con un brazo la cintura de su Albina.

—Estoy admirada de ti, hermana. Si alguna vez necesito a alguien que luche mis batallas, acudiré a ti.

Albina sonrió.

—Creo que eres muy capaz de librar tus propias batallas, Selena.

Lady Sheringham abrazó a su hija por un momento y rio suavemente.

—Estoy muy orgullosa de ti. Te has enfrentado a ellos mucho más eficazmente de lo que yo jamás podría.

—Tal vez, mamá —dijo, en un tono serio—. Una vez me dijiste que no permitirías que me sometieran a la educación que tú habías sufrido, y te lo agradezco —sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas—. No me había percatado del significado de esas palabras, pero creo que ahora sí.

—Sí, bueno, ya todo está en el pasado, no le demos más vueltas —una expresión de consternación apareció en su rostro—. ¡Edward! ¿Qué vamos a hacer con el vizconde Rensley?

—Nosotros no haremos nada —dijo lord Sheringham con firmeza—. Puedes dejármelo a mí. Le daré un refrigerio en mi estudio, le explicaré que su viaje ha sido en vano y lo enviaré de vuelta.

## CAPÍTULO 18



El porche de entrada de la residencia Bassington daba directamente al gran salón, aunque la familia solía referirse a él simplemente como el recibidor. Tal vez porque carecía de las elaboradas yeserías, tallas o suelos de mármol que solían lucir algunas de las casas más grandiosas de una época similar. La sala, amplia y rectangular, estaba dominada por enormes ventanales a lo largo de una pared. La opuesta estaba decorada con tapices que, si bien en algún momento fueron coloridos, ahora estaban descoloridos por los años de exposición al sol. Una enorme chimenea dominaba el extremo sur del vestíbulo, pero rara vez estaba encendida, ya que, en general, la sala sólo se utilizaba como pasillo para llegar a las demás habitaciones de esta planta o acceder a la escalera que conducía a la larga galería y a las alcobas.

Sin embargo, hoy era una excepción. El comedor podía albergar hasta veinte comensales, pero de ninguna manera conseguiría albergar a treinta, que era el número de invitados esta noche. Habían desenterrado dos mesas largas de uno de los graneros, donde habían estado empolvándose desde el desayuno de boda de Judith y Victoria, y las habían limpiado y cubierto con mantelería blanca. Los candelabros estaban colocados a intervalos a lo largo de ellos, y la luz de sus velas parpadeaba sobre los platos y cubiertos de borde dorado que Sam y Jonathan habían pulido hasta dejarlos relucientes. Y por primera vez en muchos años, ardía un fuego en la chimenea, principalmente para proporcionar un ambiente alegre en la estancia y no para calentarla en exceso.

Nadie se sorprendió cuando lady Bassington, famosa por su informalidad, les dijo a los invitados reunidos en la galería al anunciarse la cena que, como la mayoría de ellos eran viejos amigos, podían sentarse donde quisieran. Caroline, quien había pasado mucho tiempo pensando en la disposición de los asientos, palideció un poco al escuchar aquello, pero pronto volvió a recuperar el color en sus mejillas cuando Adolphus le dio una palmadita discretamente en el trasero y sonrió.

Carlos se alegró de que los invitados empezaran a bajar al salón; estaba cansado de las continuas menciones a su salud y de las interminables preguntas sobre la batalla, Wellington o Napoleón.

Sólo había podido divisar a Selenia a lo lejos, ya que Ormsley y Carteret se habían atravesado en su visión y zumbaban alrededor de ella como abejas revoloteando alrededor de una rosa. Pero ahora se habían apartado un poco para intercambiar unas palabras en privado, y ella se volvió hacia él y le sonrió. Su corazón se aceleró y luego pareció detenerse.

Su vestido de suave satén blanco, aunque perfectamente apropiado, era más bajo por delante y por detrás que cualquier otro que él recordara ella hubiera llevado antes, dejando al descubierto una tentadora extensión de piel cremosa, que se abultaba un poco al encontrarse con el escote en

forma de V, dejar dejando entrever el voluminoso busto que había debajo. Su espesa melena castaña estaba sujeta a la altura de su nuca, en un peinado que parecía desafiar a la gravedad; la pesada mata sólo parecía estar sujeta por una cinta blanca enhebrada en ella. Dos largos mechones rizados se habían escapado, no estaba seguro de si había sido por accidente o era parte del peinado, pero le provocaron el deseo de tirar de la cinta y liberar el resto de sus frondosos mechones, para verlos caer sobre sus hombros suavemente redondeados. Frunció el ceño. No le parecía correcto pensar en Selena de esa manera.

—Ella es una autentica belleza, ¿verdad?

Parpadeó y descubrió que la voz cálida y ligeramente divertida pertenecía a su prima Eleanor. Lo cogió del brazo, y un brillo travieso apareció en sus ojos.

—Aunque admito que es perfectamente comprensible que te quedes mirando a Selena con admiración, no puedo evitar pensar que eso demuestra una sorprendente falta de estrategia por tu parte. Lord Ormsley ha ganado la ventaja y la está conduciendo al comedor.

Levantó la vista y vio la mano de Selena apoyada ligeramente en el brazo de lord Ormsley, mientras lo miraba con una expresión risueña como si acabara de decir algo muy divertido. Al fin reconoció el arrebato de ira que lo invadió al verla por lo que era: celos. Se deshizo el desagradable pensamiento y dijo con ligereza:

—Es lógico que alguien de su rango la invite a cenar.

—Tal vez en el curso normal de los acontecimientos —concedió Eleanor—, pero, como de costumbre, no hay nada normal en los preparativos de tu querida madre. Como él no dijo nada, añadió suavemente—. Conocí muy bien a Selena antes de irnos de la ciudad, Charles, y sé que a ella no le importan los rangos, aunque a ti sí. Espero que no permitas que esa consideración la haga infeliz. Ella te adora.

—Tal vez cuando era niña...

—Puede que no lo hayas notado —murmuró ella secamente—, pero ya no es una niña desde hace algunos años.

Su irritación se concentró ahora en la dama diminuta y de rostro élfico que tenía a su lado. Le había gustado su franqueza cuando se habían encontrado brevemente en la ciudad, incluso le había dicho que lamentaba no tener tiempo para conocerla mejor, pero ahora sus palabras lo enfurecían, sobre todo porque guardaban cierta verdad. De hecho, no había notado que Selena había pasado de niña a mujer hasta hacía muy poco.

—No me parece que su adoración sea exclusivamente mía —espetó.

No entendía qué había dicho para justificar la amplia sonrisa que se dibujó el rostro de Eleanor.

—Una chica sólo puede esperar hasta cierto punto, ¿sabes? Selena es plenamente consciente de que pronto será considerada una solterona, y desea tener una familia propia.

—Entonces será mejor que elija a uno de sus pretendientes —gruñó él—, cualquiera de ellos puede darle una mejor vida que yo.

—Bueno, sabes, si te vas a rendir tan fácilmente, creo que es muy probable que ella lo haga. Pero claro, si supiera que tus sentimientos hacia ella han cambiado, ellos entenderían que no tendrían oportunidad.

Se alejó sin decir nada más y se dirigió hacia su marido, quien la había estado esperando al pie de la escalera. Charles notó que Miles levantaba una ceja a modo de pregunta y que Eleanor se encogía de hombros, y comprendió lo que ella había intentado hacer.

Mientras fruncía el ceño, el consejo que le había dado a su primo cuando había estado a punto de desfilar ante las aspirantes de la temporada en el baile de su madre volvieron a

atormentarlo... *Por el amor de Dios, borra ese ceño fruncido de tu rostro... Después de todo, no tienes que tomar una decisión esta noche, y espero que no lo hagas; no es bueno precipitarse en estas cosas. Flirtea con todas las chicas lindas de la sala y diviértete; es lo que yo pretendo hacer.*

Sus situaciones eran muy diferentes, por supuesto; él no era heredero de un marqués, y conocía a Selena desde siempre, aunque los sentimientos que ahora despertaba en él eran nuevos, y entonces no tenía que tomar ninguna decisión, ¿o sí? No, no tenía que hacerlo. No era una decisión que él tuviera que tomar; incluso si Selena seguía adorándolo, lo cual no era en absoluto evidente, necesitaría el permiso de lord Sheringham. ¿Y por qué iba a acceder a algo así cuando había semejante discrepancia en sus fortunas y dos prospectos mejores que estaban claramente interesados en ella? Por encima de todo esto, su orgullo aún se resistía a la idea de saber que su dinero provendría de ella, y ¿cómo podía esperar que ella viviera en la cabaña de Horton, casada con un simple administrador?

La comida era abundante y el vino de primera clase, pero por una vez todo aquello resultó inútil para Charles. Los años de práctica le permitieron mantener una sonrisa en el rostro y que de su boca brotara todo tipo de tonterías joviales, y se rio en los momentos oportunos cuando su padre pronunció un discurso a la vez conmovedor y cómico, al hablar del orgullo que sentía por sus dos hijos. Pero por dentro se sentía confundido, y su entusiasmo ante la perspectiva de poder dirigir Horton algún día había disminuido un poco.

Después de la cena, las damas volvieron a subir a la larga galería y los caballeros comenzaron a beber oporto. Charles había bebido muy poco desde su enfermedad, pero bebió rápidamente dos copas sin respetar la calidad del vino fortificado, lo cual no alivio sus sentimientos, sino que solo sirvió para confundir aún más sus pensamientos. Tal vez haya sido un acierto que se hubiera acordado de que los caballeros no se quedarían en el salón, ya que los músicos solo tocarían hasta las nueve, lo que les dejaría tiempo suficiente para regresar a Alnwick antes del anochecer. Mientras empezaban a dirigirse a las escaleras, Lord Allerdale le puso una mano en el hombro.

—Quédate un momento, Charles.

—¿Por qué? —murmuró mientras se daba la vuelta—. ¿Acaso tu esposa no se ha burlado de mí lo suficiente con sugerencias que nunca podrán ser?

Intentó apartarse, pero la fuerte mano de Allerdale cogió su hombro con más fuerza. Las palabras de Charles no habían sido elogiosas ni en su contenido ni en su inflexión, así que no le sorprendió ver la ira en los ojos oscuros que lo miraban.

—Por esta vez lo dejaré pasar —dijo su primo en voz baja—, pero sólo porque no estás en condiciones de iniciar una pelea y es evidente que tienes problemas.

Charles apretó de pronto la mano que aún tenía sobre el hombro.

—Perdóname. No me siento yo —soltó una risa temblorosa—. Demasiado vino con la cena, y oporto después.

—No pongas excusas, Charles —dijo, con una leve sonrisa en los labios—. Creo que, por una vez, estás siendo completamente tú mismo, y nadie conoce mejor que yo la tortura que puede sentir un hombre cuando por fin se da cuenta de que la única mujer a la que desea hacer suya puede estar fuera de su alcance.

Cualquier reserva que Charles sintiera, desapareció ante esta admisión.

—Pero es eso; ella está fuera de mi alcance.

Las razones que tenía para hacer esa afirmación se le escaparon de repente como el vapor escapa de una tetera hirviendo. Una repentina sensación de vergüenza lo invadió cuando se

detuvo.

—Ahora que me he explicado, te ruego que dejes las cosas como están. Será mejor que nos reunamos con los demás. Puedo escuchar que los músicos están afinando, y el primer baile comenzará en breve.

—No tan rápido —dijo, sirviéndoles a ambos otra copa y sentándose de nuevo a la mesa—. Nadie se extrañará si no bailas esta noche, Charles. Lo atribuirán a tu reciente enfermedad, y quizá sea mejor que no lo hagas, o al menos que sólo bailes una vez; media hora de constante ejercicio mientras mantienes una conversación, no es tarea fácil para alguien que aún se está recuperando de una inflamación pulmonar.

—Ahora, espera un minuto...

Miles levantó la mano.

—No malgastes tu aliento, mi primo favorito; noté cuánto jadeabas después de que corriéramos la corta distancia de regreso a la casa tras el partido de rounders.

Charles esbozó una sonrisa de pesar.

—Sí, maldita sea, pero no hace falta que me lo recuerdes, ni que me vigiles como Carteret se ha empeñado en hacer —de pronto frunció el ceño—. Hubiera pensado que estarías más interesado en conseguir que él se gane el corazón de Selenia. Después de todo, es tu mejor amigo.

Miles cruzó las piernas y sus dedos golpearon distraídamente la copa que sostenía.

—Precisamente por eso no me siento tentado a hacerlo. Es un hombre de dos personalidades, Charles. Una parte es sensible a sus obligaciones y eso podría tentarlo a proponerle matrimonio a Selenia.

—¿Y la otra parte? —preguntó Charles.

—La otra parte la reprime firmemente, pero está ahí, no obstante. Es el hombre más honorable que conozco, un excelente deportista y posee un intelecto formidable, pero también es amable, considerado y... creativo. Si hubiera nacido sin un centavo, podría haberse abierto camino en el mundo como artista. Sus esculturas son impresionantes, sus pinturas, sublimes, pero sólo su madre y sus hermanas las han visto alguna vez. Su padre no era un hombre cálido y pensaba que esa faceta suya era despreciable. Educó a Carteret para que fuera tan reservado como él. Sería una mujer extraordinaria la que sería capaz de comprometerse con él en todos los sentidos. Tendría que ser capaz de hablar de política, poesía, arte y, sobre todo, de amarlo en su totalidad. Me agrada Selenia, y me complace ver lo mucho que ha salido de su zona de confort, pero no me parece que sea la mujer ideal para él.

A pesar de sus turbulentos que eran sus sentimientos en ese momento, Charles soltó una risita.

—¡No, por Dios! Su pintura es atroz y su interés por la política, inexistente —suspiró—. Siempre se interesó más por las personas que por las cosas y también por la naturaleza. Le encanta el campo, los caballos, visitar a sus inquilinos. Siempre tuvo un espíritu libre que se resistía a ser domado, y muy poca tolerancia por la fastuosidad o la ceremonia o las restricciones que tan a menudo se imponen a las chicas.

—Parece ser la mujer ideal para ti, Charles —dijo con suavidad—, y antes de que me recuerdes todas las razones por las que no lo es, permíteme sugerirte que los obstáculos que con tanta razón has considerado, pueden no ser insuperables.

—Continúa —dijo con cautela, no queriendo permitir que sus esperanzas aumentaran.

—Es hija de un conde, pero él no es un hombre prepotente. Su primera esposa fue la hija de un baronet, la segunda la hija de un barón y la viuda de un vizconde. Podría haber buscado a alguien de un rango más alto si el estatus hubiera sido importante para él.

—Pero yo no tengo ningún título —le recordó Charles.

—No es cierto, tienes el título de capitán. Uno que te has ganado a base de jugarte la vida en numerosas ocasiones por tu país y no por una feliz circunstancia del destino —dejó su copa en la mesa y se inclinó hacia delante. El aura de poder que siempre lo había rodeado era casi palpable—. Tú no tienes una fortuna, pero ella sí. Ayer mismo me dijiste que querías dirigir Horton, devolverle algo a la tierra que amas, y no dudo de que lo conseguirás. Considera esto; si tu padre te permite administrar la propiedad y te casas con Selena, no necesitarás vivir en la cabaña, podrías mudarte a la casa principal.

—No desearía vivir de la caridad de mi padre o de mi esposa —dijo con terquedad.

Miles se incorporó y adoptó una actitud altiva, luciendo de repente el auténtico hijo de un marqués.

—No pensaba que fueras tan cortoplacista, Charles. Aunque no me sorprendería que tu padre te permitiera vivir en la casa, gratis, podrías permitirte alquilarla y arrendar las tierras.

—No, mi mujer podría permitirse alquilarlos.

Miles levantó un dedo rígido y casi golpeó a Charles en el pecho.

—Una vez más, te digo que eres corto de miras. Aunque al principio tuvieras que depender del dinero de tu mujer, si hicieras la finca lo bastante rentable, podrías pagarte tú mismo los gastos, y cuando lo hubieras hecho, si te sigue pareciendo desagradable hacer uso de su fortuna, podrías insistir en que sólo la utilizara ella, o invertirla en tus hijos.

A Charles se le cortó la respiración. Recordó el caballo balancín de la habitación del bebé en Horton, y cómo había pensado que la casa cobraría vida con la presencia de los niños. Se sintió fascinado por un fuerte deseo de que esos niños fueran suyos y de Selena.

—Pero, ¿qué hay de Ormsley? —murmuró.

Miles se echó hacia atrás.

—No creo que debas preocuparte por él. He descubierto gracias a mi padre que es un hombre admirable, y que está incluso más interesado en la política que Carteret. Se sintió cautivado por mi esposa, lo cual es totalmente comprensible; es tan atractiva como inteligente...

Los labios de Charles se crisparon ante la tierna admiración que desprendían las palabras de su primo.

—Pero está a punto de cumplir treinta y siete años, y aunque parece que ha encontrado con qué entretenerse y no está en absoluto tan almidonado como insinuó mi madre, te darás cuenta de que solo está pasando el tiempo mientras se prorroga el parlamento.

—Pero incluso si lo que dices es cierto, tendría que persuadir a lord Sheringham de mi idoneidad.

—Eso es cierto, pero no puedes saber lo que está en su mente. Te sugiero que hables con tu padre, mañana. Cuéntale el deseo de tu corazón y pregúntale si estaría dispuesto a acceder al plan que he propuesto —sonrió irónicamente—. Si se parece en algo a mi padre, estará un paso por delante de ti. Si está de acuerdo, ve con Sheringham y preséntale tu caso. Sólo entonces sabrás a qué atenerte.

Charles estaba tan acostumbrado a poder controlar firmemente sus emociones, que apenas podía soportar las extrañas fluctuaciones entre la esperanza y la desesperación que experimentaba ahora.

—Pero aún queda Selena —murmuró—. Desde que llegué a casa parece bastante contenta de compartir sus atenciones. Ya no sé a qué atenerme con ella.

Miles se inclinó hacia delante y clavó sus ojos en los de Charles con una intensidad que no podía ser ignorada.

—Entonces enfréntate a la competencia, idiota. Sube a la galería y exige a la orquesta que toque un vals. Si no sabes cómo se siente después de eso, eres un caso perdido.

Ambos levantaron la vista cuando una tos, rápidamente reprimida, sonó en algún lugar por encima de ellos. Los ojos de Charles se posaron en una pequeña rejilla colocada en lo alto de la pared. Gruñó mientras Miles se reía.

—Tu madre, supongo.

—En el agujero de los curas —dijo en voz baja. Negó con la cabeza con pesar—. Será mejor que no la decepcione.



Selena había llegado tarde a la fiesta de Sheringham. Aunque su criada le había asegurado que su vestido era elegante y apropiado, no estaba segura de poder presentarse sintiéndose tan expuesta. Pero cuando había sugerido a la criada le trajera un chal o un pañuelo, ella se había negado rotundamente, diciendo que su señora podía echarla si lo así deseaba, pero que no lo haría; podía ser una prenda apropiada para llevarla durante el día, pero sería un crimen arruinar la elegancia y sencillez de su añadiéndole algo tan innecesario.

Lady Sheringham no la reprendió por no atender una orden como había hecho en la ciudad, sino que, al ver la incertidumbre en los ojos de Selena, sonrió y dijo con cierta satisfacción:

—Luces maravillosa con ese vestido, tal como y como lo esperaba.

—Como una diosa griega —dijo Albina.

Gregory se atragantó.

—Eso es un poco exagerado, pero diré esto en tu favor, Selena, nunca te he visto lucir tan... tan bien.

Cuando se volvió hacia su padre, sus ojos brillaban de emoción y en sus labios se dibujaba una sonrisa que dejaba ver su confusión y admiración.

—Luces muy hermosa —dijo con dulzura, antes de mirar a su mujer y a su hijastra—, al igual que vosotras.

Albina y su madre intercambiaron una mirada. Ambas tenían un aspecto llamativo, su pelo y sus ojos oscuros resaltaban su piel alabastrina, sin embargo, sus narices eran demasiado grandes y sus barbillas demasiado pronunciadas para ganarse el título de bellezas.

—Papá tiene unos modales encantadores —dijo Albina, con una mirada un tanto divertida.

Lady Sheringham rio suavemente.

—Salvó la situación de manera admirable.

—Tonterías, hablé con total sinceridad —se apresuró a decir, pero luego se hecho a reír—. ¡Me estás tomando el pelo! Tú también lo has hecho muy bien.

Cuando llegaron al recibidor, las conversaciones y risas, propias de una reunión entre amigos y familiares, podían escucharse provenir desde la galería. Los ojos de Selena recorrieron automáticamente la multitud e inevitablemente se posaron en Charles, quien estaba rodeado de una multitud de personas que parecían estar atentas a cada una de sus palabras.

Se alegró al descubrir que era capaz de resistir la tentación de unirse a ellos, y en parte fue por las atenciones de los lores Ormsley y Carteret. Ambos se mostraron inusualmente relajados y la hicieron reír con sus cumplidos, los cuales se volvieron cada vez más extravagantes a medida que cada uno trataba de superar al otro como si se tratara de un juego. Cuando lady Bassington anuncio que podían sentarse donde quisieran durante la cena, ambos le ofrecieron el brazo y, cuando ella los miró, divertida y consternada, le pidieron que esperara mientras ellos se

apartaban un poco para arreglar el asunto como caballeros.

Giró la cabeza y vio a Charles de pie en el otro extremo de la habitación, momentáneamente solo. Y todo su esfuerzo se vino abajo. No podría haber evitado sonreír al igual que no podría haber evitado que la luna creciera y menguara. Sus labios se entreabrieron ligeramente mientras respiraba profundamente en un esfuerzo por ralentizar el acelerado latido de su corazón, y sus ojos anhelantes absorbieron cada detalle de su rostro como si lo estuviera viendo por última vez.

Se puso tensa al darse cuenta de que su mirada se había desviado hacia el escote de su vestido y fruncía el ceño como si no compartiera la admiración que había provocado en tantos otros. El hechizo se rompió y ella se volvió hacia lord Ormsley, quien ahora estaba a su lado, y rio mientras él hacía alguna referencia a que se había evitado un duelo, con la esperanza de no haberse delatado.

Apenas probó bocado de los diversos platos que él le sirvió, y su conversación fue superficial. Afortunadamente, la informalidad de la disposición de los asientos animaba a muchos de los comensales a ignorar la etiqueta y hablar con quien quisieran y no sólo con las personas sentadas a cada lado, por lo que esperaba que su falta de atención hubiera pasado desapercibida. Rechazó con decisión el persistente deseo de sus ojos de desviarse en dirección a Charles y se sorprendió cuando se le pasó por la cabeza la idea de que deseaba que se marchara.

Sus visitas a casa siempre habían sido un placer agri dulce para ella; la alegría de su compañía unida a la certeza de que sería efímera, pero sabía que siempre vendría otra y tenía la poca esperanza, de que algún día él sentiría lo mismo por ella. Pero ahora, su presencia era una tortura agri dulce. Ya no tenía esa esperanza y sabía que, sin importar lo que le deparara el futuro, no lo incluiría a él.

Su aprecio tanto por lord Carteret como por lord Ormsley había aumentado en los últimos días. Su comportamiento, tanto en el partido de rounders como esta noche, había sido amable, encantador y divertido, todas ellas excelentes cualidades en un marido. Puede que pasara mucho tiempo antes de que tuviera la oportunidad de volver a conocer a un caballero de su indudable calidad. Sería una tonta si dejara escapar semejante oportunidad.

Lady Bassington se puso en pie, indicando a las damas que debían retirarse. Lord Ormsley también se levantó. La cogió de la mano, tirando delicadamente de ella, y le dio un suave beso.

—Espero que me reserve un baile, lady Selena.

Ella le sonrió cálidamente.

—Puede estar seguro de ello, señor.

Jane Rowland la cogió del brazo mientras subían por las escaleras que conducían a la galería y, evitando los grupos de sillas colocados a intervalos a lo largo de una de las paredes, la condujo a un asiento de la ventana.

—Quería un momento en privado contigo, Selena, para darte las gracias por hacer que Cedric se sintiera cómodo en Chillingham.

—No fue nada —murmuró Selena.

La sonrisa de Jane reflejaba un atisbo de tristeza.

—No sé qué te llevó a distanciarte de él y, en menor medida, de mí también.

Selena no quería tener esta conversación; ya tenía bastante con lo que lidiar esta noche, pero no podía ignorar la mirada dolida de su amiga.

—Jane, siempre te he considerado una gran amiga.

—Entonces, ¿por qué te has alejado de nosotros? Ya nunca me visitas en Rowland House; siempre soy yo la que debe acudir a ti. ¿Alguno de los estúpidos amigos de Cedric te ofendió como él sospecha?

Ya le había hecho esta pregunta antes y Selenia siempre la había evitado diciendo que no, pero sus emociones estaban muy a flor de piel esta noche.

—Sí —murmuró—, pero fue hace mucho tiempo y no quiero sacar a relucir viejos resentimientos. Ya no estoy estancada en el pasado, sino que miro hacia el futuro.

Jane le cogió la mano.

—De acuerdo. No te presionaré más.

—Gracias.

Su amiga levantó una de sus finas cejas y dijo con una sonrisa:

—¿Y ese futuro incluye a lord Carteret o a lord Ormsley?

Selenia se sonrojó y soltó una risita.

—No estoy segura, tal vez.

—Me alegro de ello. Hablé con lord Ormsley antes de que usted llegara y me pareció un hombre inteligente y divertido —se inclinó un poco más—, pero creo que su encanto ha sido perfeccionado hasta convertirse en un arte. Hay algo muy falso en él.

Selenia repasó en su cabeza sus diversos encuentros y se dio cuenta de que su amiga tenía razón.

—Lord Carteret, sin embargo —continuó Jane—, es más cercano a ti en edad, y aunque es un poco reservado, hay algo en él que me hace pensar que es un hombre muy perseverante y que tiene algunos secretos ocultos.

Selenia se percató de repente de que no era la única jovencita que tal vez no volviera a tener la oportunidad de conocer a caballeros tan distinguidos, y aunque iba en contra de sus propios intereses, dijo en voz baja:

—Tal vez, Jane, deberías hacer un esfuerzo por captar su interés.

Su amiga sonrió con pesar.

—Podría hacerlo, si pensara que tengo alguna posibilidad.

Sus confidencias llegaron a su fin cuando Judith, Victoria y Eleanor se acercaron a ellas.

—Selenia —dijo Judith—, camina conmigo y con mi hermana. Apenas tuvimos oportunidad de hablar la última vez que estuviste aquí.

—Yo le haré compañía a la señorita Rowland —dijo Eleanor, ocupando su lugar en el asiento de la ventana.

Las hermanas se colocaron a ambos lados de ella y comenzaron a pasear lentamente por la galería.

—Debemos agradecerte que hayas sido tan paciente con nuestros traviesos hijos —dijo Judith, entrelazando su brazo con el de Selenia.

Victoria le cogió el otro.

—Siempre lo eres, cada vez que te visitamos. Mary me recuerda mucho a ti a esa edad —suspiró—. Me es difícil creer que ya seas mayor.

—Sí —coincidió su hermana—, nos envejece terriblemente.

Selenia se rio.

—Vosotras apenas habéis cambiado, y en cuanto a los niños, me encanta jugar con ellos.

—Eres la favorita de mis hijas —dijo Victoria—. Te consideran casi de la familia e incluso han empezado a llamarte tía Selenia.

—Me alegra ser tía honorífica.

Judith le dio una palmadita en el brazo.

—Sí, querida, pero no estabas destinada a ser sólo tía como algunas desafortunadas damas. Querrás tener tus propios hijos.

—Sí —dijo en voz baja—, y querré que disfruten de la libertad que yo disfruté de niña.

—Tienes mucha razón —dijo Victoria—, pero debes elegir cuidadosamente a tu marido; tu felicidad y la de tus hijos dependerán de ello. Supe casi de inmediato que mi querido Arthur y yo éramos el uno para el otro, que él me permitiría ser yo misma y sería considerado con mis deseos, lo cual era mucho más importante para mí que un título.

—Al igual yo sabía que Sir John respetaría los míos —dijo Judith—, pero no todos los hombres son tan complacientes, sobre todo los que tienen más poder en la sociedad.

—Papá siempre fue muy considerado con mamá —dijo Selenia en voz baja.

Victoria le apretó el brazo.

—Es un hombre extraordinario, como mi querido papá, y siempre antepondría tu felicidad, estoy segura. Pero hay otros que son un verdadero encanto hasta que llevan a sus esposas a casa, y entonces esperan que sean sumisas y cumplan todos sus deseos.

—Sí —coincidió Judith—, sobre todo si se casan cuando son mayores.

Victoria pareció estar muy impresionada.

—Cuánta razón tienes, hermana. Esos caballeros se han salido con la suya durante tanto tiempo que difícilmente podría ser de otro modo. He notado que a menudo eligen novias jóvenes con muy poca experiencia en el mundo quienes probablemente no los desafiarán.

A Selenia empezaba a dolerle el cuello de tanto girar la cabeza de un lado a otro mientras intentaba seguir el ritmo de las palabras que iban y venían cada vez con más rapidez. Puede que su intelecto no fuera superior al de nadie, pero sabía que le estaban advirtiéndole sobre lord Ormsley, tal y como Jane había intentado hacerlo.

—También deseábamos estar cerca de nuestro antiguo hogar —dijo Judith—. Es tan agradable poder intercambiar visitas familiares y que los niños conozcan bien a sus abuelos.

Selenia no pudo registrar estas últimas palabras pues estaba contemplando el hecho de que ahora sólo tenía un posible pretendiente y se estaba planteando la mejor manera de proceder.

—Agradezco vuestro consejo —dijo mientras daban media vuelta y comenzaban a recorrer de nuevo el largo salón—. ¿Os importaría si os pidiera alguno más?

—Por supuesto que no —dijo Victoria.

Judith sonrió.

—Pregúntanos lo que quieras.

—Lady Bassington insinuó que vosotras podríais haber...eh...incitado a vuestros pretendientes a proponeros matrimonio. ¿Cómo lo habéis hecho?

Las hermanas intercambiaron una mirada triunfal que pasó desapercibida para Selenia, cuyas mejillas estaban sonrojadas por la vergüenza y sus ojos fijos en el suelo.

—Mamá tenía mucha razón —empezó Judith—, algunos caballeros necesitan un empujoncito, ¿sabes?

Victoria se inclinó un poco más.

—Así es. Sobre todo si el caballero es de menor rango que la dama. ¿No es así, hermana?

—Como siempre, estoy totalmente de acuerdo contigo, Victoria. A esos caballeros no hay que dejarles ninguna duda del cariño que la dama les tiene.

—¿Pero qué pasa si ella no está completamente segura del cariño que él le tiene?

—Oh, eso se hará evidente cuando aclare sus propios sentimientos, estoy segura.

—Y —interpoló Victoria—, él necesita entender que la dama en cuestión está muy decidida a tenerlo, que nadie más lo hará.

Selenia se estremeció un poco al escuchar esto.

—¿Y si él sigue sin declararse?

Judith suspiró.

—Si se sigue resistiendo, me temo que habrá que tomar medidas más drásticas.

Selena tragó saliva.

—¿Qué tipo de medidas drásticas?

Victoria agitó una mano delante de ella.

—Oh, nada demasiado alarmante. Un beso en privado debería hacerlo entrar en razón.

—Y si eso no tiene éxito, uno en público sin duda lo hará —murmuró Judith.

Selena jadeó.

—Pero eso sería obligarlo.

Victoria rio suavemente.

—Querida, todo esto es para obligarlo, pero al fin y al cabo es sólo por su propio bien.

Los caballeros habían empezado a subir y Selena no sabía si se alegraba por ello o lo lamentaba. Los métodos que las hermanas habían propugnado podrían haberles funcionado, pero Selena no era lo bastante atrevida como para ponerlos en práctica, de eso estaba segura. Como aún no se sentía preparada para reanudar las alegres bromas que habían caracterizado la velada anterior a la cena, fue a sentarse cerca de su madrastra, quien conversaba con la señora Mawsley.

Dicha mujer levantó la vista y sonrió cálidamente a Selena.

—No he tenido oportunidad de decirle lo espléndida que luce usted esta noche, lady Selena. Supongo que le gustaría pasar un momento tranquilo con su madrastra antes de que empiece el alboroto, y ya me he extendido bastante.

Mientras se levantaba, Selena dijo:

—Por favor, no se vaya a causa de mi imprudencia. No quería interrumpir.

—Bendita seas, niña, habrá muchas más oportunidades para que lady Sheringham y yo disfrutemos de una acogedora charla, estoy segura. Además, quisiera conversar con Sarah. Estas fiestas privadas en las que todos conocen a todos pueden convertirse a veces en una triste farsa si el entusiasmo de los jóvenes no es controlado.

Lady Sheringham levantó la vista y sonrió, su mirada se desvió por encima del hombro de Selena. Ella giró en su silla y vio que su padre se acercaba, pero fue detenido por lord Bassington.

—Mamá —dijo rápidamente—, ¿crees que lord Carteret muestra una particular preferencia por mí?

Buscaba consuelo y sentía que, si alguien podía dárselo, sería su madrastra; después de todo, ella le había sugerido en Londres que intentara darle una oportunidad al hombre, además de decirle que, al ir a buscar a Charles, había demostrado que la tenía en gran estima.

—Eso pensaba cuando estábamos en la ciudad, pero ahora es difícil saberlo. Sus modales son tan buenos que no parece favorecer a ninguna chica por encima de otra. Antes daba la impresión de que disfrutaba de tu compañía, pero ahora está hablando con Jane Rowland y parece igual de contento. Sin embargo, las atenciones de lord Ormsley son demasiado particulares para mi gusto. Empiezo a pensar que es un ligón empedernido.

—Sí, creo que tienes razón, mamá. No me parece que tenga intención de proponerme matrimonio, sino que sólo se está divirtiendo.

No hubo tiempo para decir más, pues lord Sheringham llegó a reclamar a su esposa para el primer baile campestre.

—Hubiera pedido un vals —dijo, sonriendo—, pero no me sé los pasos.

La sonrisa que lady Sheringham le devolvió fue un tanto infantil.

—Yo tampoco, aunque he visto su ejecución, por supuesto. Le agradezco su oferta, pero ya

soy demasiado vieja para bailar, señor.

—Tonterías —dijo, extendiendo la mano y diciendo con fingida severidad—. Soy tu marido y debes obedecerme.

Lady Sheringham cogió su mano y permitió que la ayudara a levantarse.

—Muy bien, pero hace muchos años que no bailo ni siquiera una danza campestre y le vendrá bien que haga el ridículo.

Selena apenas tuvo tiempo de recuperarse de su sorpresa antes de que lord Ormsley la reclamara para el baile que le había prometido.

—Debo partir mañana, pero deseo decirle lo mucho que he disfrutado de su compañía, lady Selena.

—Y yo de la suya —dijo con sinceridad.

—Acepté la invitación de los Bassington para poder volver a verla, por supuesto —en sus ojos se dibujó una sonrisa de pesar—. Me preguntaba si podríamos ser compatibles, pero creo que debo darle lugar a alguien que no sólo conoce desde hace más tiempo, sino que es más merecedor de su afecto y más cercano a usted en edad.

Selena agradeció de que el siguiente movimiento del baile la alejara de él en ese momento, pues no sabía que decir ante esto. Se preguntó por qué consideraba a lord Carteret más merecedor de su afecto. ¿Estaba insinuando que sus sentimientos eran más profundos que los suyos?

Cuando Lord Carteret la condujo al siguiente baile, decidió que intentaría descubrir si esto era cierto.

—No sé si he dejado claro, señor, lo mucho que valoro su amistad.

—Ha sido un honor servirla, milady.

Su expresión no delató nada, y ella pensó que podría haberle dicho esas palabras a cualquiera. Aunque se sintió sumamente incómoda, se obligó a decir con ligereza:

—Es usted todo un caballero y estoy segura de que consideraría un honor servir a cualquier dama que conozca.

Le pareció ver un brillo de diversión en sus ojos, que no era exactamente la respuesta que ella esperaba.

—Ciertamente espero tener la fortaleza para hacerlo.

¿Fortaleza? ¿Tan difícil había sido ser su amigo? Respiró hondo.

—Una vez me dijo que había sido decepcionado en el amor, lord Carteret. Espero que esta circunstancia no le impida buscar la felicidad con otra persona. Tal vez alguien que también haya sufrido de esa manera y que, por lo tanto, estaría dispuesta a conformarse con el agrado y el respeto.

No podía haber sido más clara y no había intentado engañarlo. Él se inclinó ante ella cuando el baile llegó a su fin y le cogió la mano, sosteniéndola un momento, con una mirada enigmática.

—Empiezo a pensar que podría ser feliz con un acuerdo así —dijo, mientras sonreía suavemente—, pero no creo que deba 'conformarse' como usted dice, al menos, no todavía.

Puso la mano de Selena en su brazo y la acompañó hasta donde estaba su madrastra. *Dile que estás decidida a seguir este camino, que es el único que se te presenta. Que estás segura de que serás feliz.* No podía. Había hecho todo lo posible por alentarla, aparte de rogarle, y no quería avergonzar a ninguno de los dos al hacerlo.

Permaneció unos instantes con la mirada perdida. Se le escapó una pequeña risita amarga. Si había necesitado una lección de humildad, sin duda la había recibido esta noche. Ninguno de los dos caballeros que creía interesados en casarse con ella lo estaban realmente, y Charles ni

siquiera le había dirigido la palabra esta noche, ni siquiera se había dignado a bailar en su propia fiesta. Enderezó su postura y se dio una severa reprimenda. Debería sentirse afortunada en lugar de perder el tiempo autocompadeciéndose. Tenía una familia cariñosa, un hogar y amigos. Tal vez lord Carteret tenía razón y era demasiado pronto para que sentara cabeza. Si el próximo año seguía pensando lo mismo, iría a la ciudad con Albina y esta vez se esforzaría por mostrarse dispuesta.

—¿No es una fiesta espléndida, Selena?

No había escuchado a Albina sentarse a su lado, pero ahora levantó la vista y una sonrisa genuina curvó sus labios al ver el delicado rubor en las mejillas de su hermana y el brillo de placer en sus ojos.

—Por supuesto que sí. Me alegro de que te diviertas.

—Oh, sí, prefiero las fiestas privadas a las reuniones pública.

—Yo también, pero estoy decidida a que disfrutemos de tu temporada el próximo año.

Albina hizo un gesto de disgusto.

—No me emociona la idea de vivir una temporada londinense más que a ti. Nunca he sido más feliz que ahora, y no deseo dejar a todos mis amigos.

Sus ojos se volvieron en dirección a Ralf Mawsley, y Selena sintió cierta inquietud. Su madrastra había cambiado considerablemente; ahora era más apacible e incluso había adquirido un sentido del humor, pero dudaba mucho que hubiera cambiado tanto como para consentir que su única hija se casara con un don nadie. Eligió sus palabras con cuidado.

—Es comprensible, Albina. Vivías una vida muy tranquila antes de venir a vivir con nosotros y todo y todos son nuevos para ti. Pero para el próximo año puede que desees vivir nuevas aventuras.

Albina la miró atentamente.

—Tal vez así sea, pero pretendo asegurarme de que esas aventuras ocurran más cerca de casa. Tengo una gran determinación. Hasta ahora la he utilizado para sobresalir en mis lecciones, para aprender a montar, para superar mi incomodidad cuanto estoy en compañía, pero ahora creo que podría utilizarla en la búsqueda de mi propia felicidad.

La idea de que Judith y Victoria habrían encontrado una alumna mucho más apta en Albina cruzó la mente de Selena.

—No digo que vaya a hacerme feliz a costa de mamá, eso no estaría bien, pero creo que, con el tiempo, ella llegará a ver las cosas a mi manera. Estoy dispuesta a esperar.

—Albina —dijo, cogiéndole las manos—, creo que eres una joven extraordinaria y espero que tengas razón —se rio—, Y también eres muy astuta. Aprendiste a bailar el vals para poder bailar con Ralf, no para prepararte para una temporada que no piensas tener.

En el momento justo, sonaron los acordes iniciales de ese baile y Ralf Mawsley se acercó. Sin embargo, no se fue hacia Albina, sino que se dirigió a su madre y le pidió permiso para conducir a Albina a la pista.

Lady Sheringham inclinó la cabeza cortésmente.

—Muy bien, señor Mawsley. Como es usted con quien mi hija ha practicado, quizás sea mejor que usted ejecute el baile con ella.

Selena se dio cuenta de que Cedric Rowland estaba junto a ella y levantó la vista.

Él sonrió y arrastró los pies torpemente.

—Le he traído un vaso de limonada, lady Selena. No la invitaré a bailar, porque mi hermana me ha dicho que usted nunca baila el vals.

—Sin embargo, esta noche lo hará.

Los ojos de Selena se abrieron de par en par al ver a Charles de pie ante ella, y la mano que había extendido para recibir la limonada tembló cuando él la cogió con firmeza y la puso en pie con tanta fuerza que la hizo tropezar contra él. Una mezcla de rabia y anhelo la recorrió.

—Suéltame, Charles —dijo, con una mirada severa—, no soy una de tus subordinadas que debe obedecer tus órdenes. No bailaré contigo.

Pero su brazo ya estaba alrededor de su cintura y la arrastró hasta la pista de baile. Sus pies parecían tener mente propia y siguieron sus pasos de manera automática.

—De cualquier manera, estoy decidido a bailar contigo —dijo, sonriendo—, aunque tenga que cargarte alrededor de la pista.

La imagen que esto evocó la hizo reír a carcajadas.

—¡Eres un hombre arrogante... molesto... y ridículo!

—Niego rotundamente la primera acusación, aunque admito que la segunda es una posibilidad.

Se le cortó la respiración cuando él se acercó un poco más de lo que era decente y notó que el brillo de sus ojos ya no era causado por la risa sino por algo más dulce, más íntimo.

—La tercera, Selena, es indudablemente cierta. Soy completamente ridículo.

—¿Por qué eres ridículo? —preguntó, con la voz un poco temblorosa.

—Porque, mi dulce niña...

Sus labios se separaron mientras suspiraba al escuchar esta forma de dirigirse a ella. Los de él se curvaron en una sonrisa irónica.

—Porque me parece que no tengo fuerzas para hablar y bailar al mismo tiempo. ¿Podemos posponer esta conversación hasta mañana?

De alguna manera, ella sabía que no era eso lo que él pretendía decir, pero su decepción se vio mitigada por la maravillosa realización de que la estaba mirando de una manera en la que nunca lo había hecho, sus ojos ardían con un calor que no era en absoluto fraternal. De pronto se sintió ingrátida, como si flotara. Una tierna sonrisa curvó sus labios y asintió, entregándose al placer de estar entre sus brazos.

## CAPÍTULO 19



Cuando Selenia lo miró, con los ojos llenos de esperanza, anhelo y amor, Charles necesitó de toda su fuerza de voluntad para no declararse allí mismo. Había querido asegurarle que la amaba, decirle que sentía haber tardado tanto en darse cuenta de ello y disculparse por el dolor que involuntariamente le había causado. Pero no podía hacerlo antes de hablar con lord Sheringham, con su padre y con de ella.

Era plenamente consciente, aunque quizá Selenia no, de que en el momento en que la había llevado a la pista, sus sentimientos mutuos debían de haber quedado claros para cualquiera que los hubiera observado. La fiesta había terminado poco después, y él había estado a punto de rogarle a su padre que le concediera unos minutos para charlar antes de retirarse, pero se había dado cuenta de que presentar su caso con una embriagadora mezcla de vino y amor corriendo por sus venas sería una tontería.

Se levantó como de costumbre con el amanecer y salió a dar su paseo matutino. Sus pasos lo condujeron a las tierras Sheringham, y cuando llegó al viejo roble en medio del parque, se sentó en la hierba, aún húmeda por el rocío, y apoyó la espalda en su ancho tronco. Cerró los ojos, el sol brillaba tras sus párpados, y escuchó el canto de los pájaros. Se sentía más en paz, más contento, de lo que había estado en años. Se le escapó un largo suspiro y se quedó dormido.

Un leve chillido lo despertó no muchos minutos después, y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro al ver que una ardilla lo miraba con gran interés.

—Buenos días, ardillita —le dijo en voz baja, extendiendo su mano.

La pequeña criatura se acercó un poco más, pero luego subió disparada por el tronco y desapareció entre las ramas, como había hecho una niña casi diez años antes. Aquel día le había confiado su corazón de niña y él esperaba que hoy le confiara su corazón de mujer. Miró hacia las ventanas superiores de la casa, se llevó dos dedos a los labios y lanzó un beso al aire fresco de la mañana.

Se levantó y se dirigió con pasos largos y decididos hacia su casa, deseoso de enfrentarse a su destino. Su padre lo esperaba en el estudio y un pequeño montón de papeles estaban colocados ordenadamente ante él.

—Supongo que mamá le habrá informado de mi conversación con Miles, señor —dijo en voz baja, llevándose la mano a la corbata, la cual sintió demasiado apretada repentinamente.

—Así es, Charles. Siéntate, por favor —dijo mientras señalaba una silla.

Charles se sentó, cruzando las piernas de un lado y luego del otro al ver la mirada severa de su padre. Su corazón se hundió al darse cuenta de que tal vez ni siquiera superaría su primer obstáculo.

—Sé que aún me queda mucho por aprender, pero le aseguro...

Lord Bassington levantó la mano y Charles soltó un lento suspiro al ver que una leve sonrisa se dibujaba en los labios de su padre.

—¿Estás completamente seguro de que deseas renunciar, Charles?

—Perfectamente seguro, señor.

—¿Y has tomado esa decisión por tu propia voluntad, y no porque creas que tu madre o yo lo deseamos?

—Sí, señor. Admitiré que Adolphus y el señor Harbottle pueden haberme hecho considerar la posibilidad más detenidamente de lo que lo había hecho antes. Pero no fue hasta que usted me envió con mi hermano a Horton que me di cuenta de que podría ser posible para mí vivir una vida diferente sin ser una carga para usted y que deseaba mucho esa vida.

—Necesitaba estar seguro, ya que tu madre... —sonrió amablemente—, puede haber alentado tanto al vicario como a Adolphus a que te insinuaran que tal vez fuera hora de que reconsideraras tu futuro.

Charles frunció el ceño.

Lord Bassington soltó una risita.

—No te gusta pensar que has estado bailando a su son, ¿eh? Pues no lo has hecho. Puede que se haya asegurado de que reflexionaras sobre el asunto, pero eso es todo.

—¿Y fue por orden de mamá que me alentaste a aprender a administrar la tierra?

—En absoluto. Las razones que te di fueron suficientemente válidas, aunque admitiré que tenía otra.

Una esperanza despertó dentro de él.

—¿Quiere decir que deseaba que yo administrara Horton?

—Ciertamente te estaba preparando para el día en que pudieras tomar posesión de la finca.

Charles sintió que se le subía la sangre a la cabeza.

—¿Tomar posesión? ¿A qué se refiere?

—Mi padre compró Horton para Cecelia. La casa y las rentas del terreno iban a ser suyas durante el resto de su vida, para que pudiera costear el mantenimiento de la casa y el parque, y cumplir sus obligaciones con los arrendatarios —sonrió irónicamente—. Farnaby lo gestionaba todo por ella, aunque mi padre y después yo lo vigilábamos, y como sabes, nadie podía persuadirla para que permitiera la entrada de obreros en la casa.

—¿Y después de su muerte?

—Entonces la finca pasó a mis manos hasta que se cumplieran ciertas condiciones.

Charles sintió un arrebato de impaciencia cuando Pooley entró en el estudio con una cafetera. Sin embargo, aceptó la taza que le ofreció con una sonrisa.

—Los Bassington siempre han amado la tierra y se han enorgullecido de su gestión. Nos atormentaba la perspectiva de que la estirpe se extinguiera cuando las sucesivas generaciones sólo daban a luz un hijo. Sin embargo, somos una raza resistente y sobrevivimos. Mi abuelo fue el primer Bassington que tuvo dos hijos, y creo que el acontecimiento fue muy celebrado. Le compró a su hijo menor, mi tío Peter, una pequeña finca en Leicestershire cuando cumplió veintiún años, para que pudiera casarse y vivir una vida independiente, y por supuesto, con suerte, producir más hijos Bassington.

—Nunca conocí a mi tío abuelo. Sólo he sabido que era la oveja negra de la que nunca se habla.

Lord Bassington se mostró serio.

—Mi abuelo y mi padre se avergonzaban mucho de él. No sólo no se casó, sino que no cuidaba de la tierra. Además, vivía por encima de sus posibilidades y se emborrachó hasta morir

prematuramente. Había hipotecado la finca hasta las cejas y hubo que venderla.

—Realmente era un tío fracasado —murmuró.

—Sí. Eso influyó en la opinión de mi padre sobre cómo se debía tratar a los hijos menores. Él no culpaba del todo a Peter. Creía que su padre lo había mimado y consentido, arruinando así su carácter. Estaba convencido de que si lo hubieran educado con la expectativa de que tendría que abrirse camino en el mundo por sí solo y lo hubieran obligado a ejercer una profesión hasta que fuera mayor, le habría ido mucho mejor.

—Estoy de acuerdo.

—Sí, bueno, por desgracia, mi padre no pudo poner a prueba su teoría, ya que yo era su único hijo. Eso me lleva de nuevo a ti. Mi padre estipuló en su testamento que si yo tenía un segundo hijo, y éste no sólo trabajaba durante diez años en una profesión sino que se honraba a sí mismo y a la familia por su conducta, entonces debería heredar Horton siempre que se cumplieran dos condiciones más.

Charles se inclinó hacia delante, apoyando los codos en los muslos y con una mirada ansiosa.

—Continúe.

—Que no se le informara de sus posibilidades hasta que cumpliera al menos diez años de servicio en la profesión que ejerciera, e incluso entonces, sólo si yo lo consideraba capaz y dispuesto a dirigir la finca adecuadamente; la otra era que se casara —rodeó el escritorio y estrechó la mano de Charles—. El aniversario de tus diez años de servicio fue ayer, muchacho. El tiempo y el azar se han encargado de la primera condición, depende de ti ocuparte de la segunda.

Charles estrechó vigorosamente la mano de su padre:

—¡Gracias, y gracias al abuelo!

—Ahora ve a fastidiar a lord Sheringham —dijo, volviéndose hacia el escritorio y pasándole una gavilla de papeles—. No eres rico, Charles, pero estos papeles demostrarán que la finca te proporcionará a ti y a tu esposa los ingresos necesarios.

Decidió no presentarse con su traje de montar oliendo a los establos y cogió el carruaje. Acababa de doblar por una estrecha callejuela cuando vio una figura que avanzaba fatigosamente por el medio del camino. Llevaba en una mano un maltrecho portamaletas y un fardo a la espalda. Al acercarse, vio asomar una cabecita cubierta por una diminuta cofia y se dio cuenta de que la mujer llevaba un bebé. Se apartó a un lado del camino y giró la cabeza cuando él pasó. Charles parpadeó y volvió a mirar, y la mujer se apartó un mechón de pelo castaño de la cara y sonrió, revelando un diente delantero roto. Charles se detuvo, bajó del carruaje y se dirigió hacia ella con una sonrisa de incredulidad en los labios.

—Ellie Crake, ¡madre mía!

Ella intentó hacer una reverencia, pero Charles le cogió ambas manos.

—No puedo creerlo. Ellie, te creíamos muerta.

—¿Por qué ibais a hacerlo? Dejé una nota diciéndoles a mamá y papá que no se preocuparan. Él levantó una ceja, escéptico.

—¿De verdad creías que no lo harían?

Ellie negó con la cabeza y suspiró.

—No pensaba con claridad, ni entonces ni después. Fue hasta que tuve a mi hijo que me di cuenta de los problemas que les había causado.

Charles cogió su bolso y la condujo al carruaje.

—¿Estarás bien cargando con el bebé en la espalda?

—Solo si me siento un poco inclinada. No quiero despertarlo; acaba de quedarse dormido —

cogió la mano que él le ofreció y subió—. Gracias. Parece que está más lejos de lo que recordaba.

Él puso el caballo al trote antes de decir:

—Ellie, ¿por qué no volviste a casa después de que los Rows te subieran al carruaje?

La joven lo miró rápidamente.

—Así que ellos sí me buscaron.

—Más tarde te explicaré cómo es que lo sé, dime qué fue de ti.

—No podía volver a casa. Me sentía tan tonta, tan estúpida, tan humillada. Me bajé del carruaje antes de que saliera de Newcastle y encontré trabajo en una posada —suspiró—. No sabía lo afortunada que había sido viviendo en la granja. Nunca había trabajado tanto por tan poco. Pasé de un trabajo ingrato a otro hasta que encontré uno que en el que me trataban decentemente, en un pueblo a pocos kilómetros de la ciudad. Allí conocí a Ben Granger. Trabajaba como jardinero en una finca cercana y solía venir los viernes por la noche. Empezó a cortejarme y nos casamos hace dos años.

—Felicidades, señora Granger —dijo con dulzura—. Pero, ¿por qué no escribiste e informaste de ello a tus padres?

—Al principio, estaba demasiado ocupada sobreviviendo, y luego, cuanto más tiempo lo dejaba, más difícil me resultaba escribir. Los echaba tanto de menos que los bloqueé de mi cabeza. Luego tuve al pequeño Ben y pensé que sería más fácil explicárselos en persona. Nunca se me ha dado bien escribir.

—Lo noté —dijo secamente, recordando su carta.

—¿Por qué pensó que estaba muerta, señor?

—Encontramos un cráneo con un diente roto y el collar que te di en el lago.



Ya casi era el amanecer cuando Selena se quedó dormida; su corazón estaba demasiado lleno de felicidad y se resistía a desprenderse de ese sentimiento. Estaba acostada con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios, reviviendo una y otra vez su vals. Aunque Charles no había pronunciado ninguna palabra de amor, ella lo había visto en sus ojos, lo había sentido en la manera tierna y casi posesiva en que la había abrazado. No había hablado de ello con nadie, temerosa de romper el hechizo mágico que la cubría.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, no se sentía tan confiada. ¿Se lo había imaginado todo? Pero a medida que las últimas briznas de sueño la abandonaban, supo que no era así. Había esperado tanto tiempo alguna señal de que sus sentimientos habían cambiado, que sería una idiota si se hubiera perdido el momento en que finalmente habían ocurrido. Cuando su criada entró en la habitación y llenó el lavamanos con agua, se estiró y bostezó.

—¿Qué hora es?

—Las once, milady.

Selena se incorporó de golpe.

—¿Tan tarde? ¿Por qué no me has despertado?

—Lady Sheringham me dijo que no lo hiciera, milady. Dijo que creía que estaría cansada esta mañana.

Selena apartó las sábanas y salió de la cama. Charles había dicho que terminarían su conversación hoy. Podía llegar en cualquier momento, y ella deseaba hablar primero con su padre. Volvieron a su mente las palabras que había dicho Victoria acerca de su padre. *Es un*

*hombre extraordinario, al igual que mi querido padre, y estoy segura de que siempre antepondrá tu felicidad a todo lo demás.* Selena sabía en el fondo de su corazón que tenía razón, pero estaba decidida a que su padre no tuviera ninguna duda sobre sus sentimientos al respecto antes de que Charles hablara con él.

Su criada sonrió con indulgencia mientras se reía a carcajadas. De pronto comprendió que no era a Lord Carteret a quien las hermanas habían sugerido que alentase, sino a su hermano. Era a Charles a quien habría que convencer de que ella no era superior a él. ¡Qué tontería! Era ella quien no lo merecía.

Mientras esperaba impaciente a que su criada le hiciera el sencillo peinado que le había pedido, decidió que la felicidad de ambos no sería sacrificada por su orgullo. Las tácticas que tanto la habían consternado cuando pensó que debía usarlas con lord Carteret, ahora le parecían perfectamente razonables. Si cuando lo viera hoy seguía convencida del aprecio que él le tenía, lo convencería por las buenas o por las malas.

Por fin estaba lista. Bajó corriendo las escaleras de la manera menos propia de una dama y se apresuró a llegar al estudio de su padre. Abrió la puerta de golpe y las palabras se le escaparon de los labios.

—Papá, tengo que hablar...

Se interrumpió al darse cuenta de que no estaba solo. Pudo ver la parte superior de una cabellera rubia que asomaba por encima de uno de los sillones situados frente al fuego. Contuvo su decepción.

—Perdóname, papá. Volveré más tarde.

Lord Bassington la miró, divertido.

—Ah, pensé que querías hablar conmigo esta mañana, querida. Quizá deberías volver dentro de media hora. Pero antes de irte, déjame presentarte al vizconde Rensley.

Albina y Selena estaban ansiosas por ver al hombre que los Camberley esperaban endilgar a su nieta y habían aceptado sentarse en el salón delantero para poder verlo cuando llegara. Selena adoptó una expresión de interés cuando él se volvió e hizo una reverencia.

—Lord Rensley, mi hija, lady Selena.

Selena se quedó helada y su rostro palideció, quedando como único rastro de color sus ojos, muy abiertos, mientras miraba con miedo y horror la cicatriz que le atravesaba la mejilla y la piel fruncida a ambos lados. Dio un paso atrás.

—Perdone a mi hija —dijo lord Sheringham, frunciendo ligeramente el ceño—, hace tiempo que tiene miedo a los extraños.

Los finos labios del vizconde se curvaron y se llevó los dedos de una mano a la mejilla en un gesto que a Selena le resultó vagamente familiar.

—No pasa nada, señor. Es una vieja herida de esgrima que me hice en la universidad cuando el botón se desprendió de la espada de mi oponente. Estoy bastante acostumbrado a que perturbe la delicada sensibilidad de las jóvenes.

Selena sintió que una carcajada histérica brotaba en su interior ante este último comentario, pero apretó los labios con fuerza para que no se le escapara. Su instinto la impulsó a huir, pero hacerlo sería admitir que él aún tenía cierto poder para influir en sus actos. No era como ella lo recordaba. Estaba terriblemente delgado, su piel tenía una malsana palidez amarillenta y la mano que aún descansaba sobre su mejilla temblaba ligeramente. Debía de tener la edad de Gregory, pero parecía mucho mayor.

Sintió una mezcla de rabia y alivio al darse cuenta de que no había ninguna señal de reconocimiento en sus mirada. Alguna perversidad de su carácter la impulsó a jugar con su

memoria.

Forzó una sonrisa en sus labios.

—No fue su cicatriz, señor, lo que me hizo perder momentáneamente la compostura, después de todo ya la había visto antes, sino la sorpresa de que usted y el vizconde Rensley fueran la misma persona.

Una mirada de asombrada confusión cruzó su rostro.

—Sé que no es caballeroso por mi parte admitirlo, pero me parece que no puedo recordar...

—Fue hace unos cinco años. Nos conocimos en casa de los Rowland. Yo estaba visitando a Jane, la hermana de Cedric, cuando usted llegó con un grupo de amigos.

El vizconde esbozó una sonrisa incómoda.

—Si fue hace tanto tiempo, tal vez mi falta de memoria pueda ser perdonada. Al fin y al cabo, usted sólo era una niña.

—Algunos podrían pensar eso. Tenía quince años.

Lord Sheringham miró atentamente a su hija.

—Ya que sois viejos conocidos, ven y únete a nosotros, Selena.

Mientras se sentaban, Trinklow llamó a la puerta.

—No estuvo en el desayuno, Lady Selena, ¿le traigo aquí su café?

—Sí, gracias —había descubierto que estaba disfrutando con la incomodidad del vizconde.

—Trae una segunda copa —dijo lord Sheringham, enarcando una ceja mientras miraba a su visitante—. No ha tocado su vino, señor.

—No —dijo, con una expresión de auténtica vergüenza en el rostro—, he aprendido el error de mis acciones. *El vino es escarnecedor, la bebida fuerte, alborotadora; y cualquiera que por su causa yerre no es sabio.*

—Ah, veo la influencia de los Camberley en acción —murmuró lord Sheringham.

—Tengo mucho que agradecerles —dijo, mirando introspectivamente—. Nunca prosperé en la India; todo lo que tocaba parecía convertirse en polvo. Bebía en exceso, lo hacía todo en exceso, a decir verdad. Y entonces un pariente lejano al que nunca había visto me escribió para decirme que estaba enfermo y que yo heredaría. Lo irónico era que yo estaba tan enfermo como él. Cuando llegué a Rensley Manor, él ya estaba muerto, y yo no estaba lejos de ello. Los Camberley rezaron por mí y conmigo. Me dijeron que mi herencia era una señal de Dios de que podría concedérseme una segunda oportunidad en la vida, que si me arrepentía de todos mis pecados y suplicaba su perdón, la recibiría.

Selena pensó en lo muy conveniente que era eso.

—¿Y qué hay de los pecados que no podía recordar?

Lord Sheringham le dirigió una mirada severa que el vizconde interpretó como de reprobatoria. Levantó una mano.

—Déjela hablar, señor. Confesaré que esto me ha causado mucha angustia. Más de una vez en mi vida me he despertado después de una noche de borrachera y no he sido capaz de recordar lo que había hecho. Es una de las razones por las que estoy decidido a no volver a probar la bebida; creo que nos hace vulnerables ante el diablo. Pero Dios lo sabe y lo ve todo, y no trato de ocultarle nada.

—Es usted muy franco, señor —dijo lord Sheringham.

—Tenía la intención de exponer mi pasado ante usted, señor. No habría intentado engañarlo a usted ni a su hijastra.

Trinklow entró con el café, pero el vizconde se puso de pie.

—Creo que lady Selena tenía algo importante que comunicarle cuando entró en la habitación.

Me retiraré.

Lord Sheringham lo siguió hasta la puerta.

—Acompañaré al vizconde a la salida, Selena. No tardaré mucho.

Selena se sirvió café y se sentó en la silla. Envolvió la taza caliente con las manos, cerró los ojos y entró en el lugar más profundo de su mente donde había enterrado los recuerdos de aquella noche de hacía cinco años atrás, sacándolos a la luz y examinándolos de nuevo.

Había sido a principios de abril, un viento frío del este había estado soplando, y nubes negras de lluvia habían amenazado durante todo el día. Cuando Cedric y sus amigos aparecieron, lady Rowland había sugerido que las chicas cenaran con ella en su salón privado, pero Sir Graham no había accedido.

—Tenemos que entretener a nuestros invitados —había dicho—, y las chicas tienen casi dieciséis años, después de todo.

Selena había accedido, encantada. Conocía bien a Cedric y había tratado a sus amigos de la misma manera con que siempre había tratado a los de Gregory. El vizconde Rensley era entonces el señor Tilton. Su cicatriz era muy reciente, todavía en carne viva y roja, y a menudo se la cubría con una mano como si se sintiera acomplejado. Ella había sentido un poco de lástima por él y se había esforzado por consolarlo, diciéndole que debía decirle a todo el mundo que se la había hecho en un duelo.

Cuando los jóvenes se reunieron con las damas en el salón principal después de la cena, habían sido un grupo alegre que había rechazado la oferta de música y convocado una partida de pudín de balas. Afortunadamente, había sido Cedric quien había hecho que la bala se deslizara de encima del montón de harina al cortar su rebanada y había tenido que enterrar la cara en ella hasta encontrar la bala con los dientes. Todos se habían reído a carcajadas cuando había levantado su cara blanquecina del plato.

Lady Rowland había insistido entonces en que las chicas se retiraran.

Selena dio un sorbo a su café, sorprendida al descubrir que se sentía ajena a las escenas que giraban en su cabeza. Pero respiró lenta y profundamente cuando empezó a proyectarse la siguiente.

Mientras se preparaba para acostarse, el viento empezó a aullar y estalló la tormenta. Las ventanas traquetearon en sus marcos y el aire frío comenzó a entrar en la habitación. No había fuego en la chimenea y las criadas estaban demasiado ocupadas preparando las camas para las visitas como para haber calentado las sábanas. Se acostó temblando, estremeciéndose un poco cuando retumbaban los fuertes truenos en lo alto. Se giró de un lado a otro, pero no conseguía acomodarse. Decidió escabullirse hasta la habitación de Jane. Habían compartido a menudo la cama cuando eran más jóvenes, y a ella no le importaría.

Apenas había dado unos cuantos pasos por el oscuro pasillo cuando vio a un hombre caminando inestablemente por él. Entró en su habitación, sonrojada de vergüenza ante la perspectiva de ser vista en camisón y descalza. Pero él la siguió y se quedó de pie en el umbral de la puerta mientras un relámpago iluminaba brevemente sus rasgos.

Era el señor Tilton, pero a la vez, no era el señor Tilton. La herida roja que cruzaba su mejilla tenía un aspecto siniestro y contrastaba con la palidez de su piel, la cual brillaba por el sudor. Tenía los ojos inyectados en sangre y una sonrisa fría. Un helado y profundo miedo le recorrió la espina dorsal, inmovilizándola.

—Vete —le dijo, con la voz entrecortada por la sequedad de su garganta.

—No lo dices en serio —dijo él, adentrándose un poco más en la habitación—. Llevas toda la noche lanzándome señuelos.

Ella empezó a dar pequeños pasos hacia atrás.

—¡No lo he hecho!

Cuando otro relámpago iluminó el cielo, la ira se reflejó en los ojos de Cedric. Ella sintió la presión de su espalda contra la cama y la rodeó, pero él volvió a seguirla hasta que se encontró atrapada entre la mesilla de noche y la esquina de la pared.

—Sois todas unos provocadoras —dijo él, con voz grave y amarga—. Prometéis una cosa con vuestros ojos y decís otra con vuestras palabras.

—Señor Tilton —dijo desesperadamente cuando él se detuvo frente a ella—, se está imaginando cosas...

Cogió la espesa trenza de pelo que le caía sobre un hombro y tiró de ella hacia delante, cubriéndole la boca con la suya. Ella se sentía enferma y aterrorizada, pero la ira empezaba a filtrarse a través de su miedo. Apoyó las manos en su pecho y empujó con todas sus fuerzas, girando la cabeza para apartarse de él.

—¡Basta! —gritó—. ¡Es repugnante y no es un caballero!

Ella había conseguido crear un espacio de medio metro entre ellos y abrió la boca para gritar, pero él la tapó con una mano y empezó a subirle el camisón con la otra.

—Es culpa tuya. Te enseñaré lo que les pasa a las niñas que juegan con fuego —gruñó.

Con una mano frenética buscó algo, cualquier cosa que pudiera utilizar como arma contra él. Su mano se posó en la Biblia encuadernada en cuero que descansaba sobre la mesa y, simultáneamente, le mordió la mano y blandió el pesado libro con toda la fuerza que pudo emplear. Él se apartó de ella a trompicones, pero no había espacio para correr más allá de él.

—Creo, señor —dijo, con el tono más severo que pudo—, que ha olvidado que soy hija de un conde y que no carezco de amigos.

Frunció el ceño, confundida, mientras él se sujetaba la cabeza y emitía un quejido grave, girando en círculos. Empezó a pensar que no sólo estaba borracho, sino también loco.

Después de un momento se detuvo.

—Lo siento. No soy yo mismo.

—Salga de mi habitación antes de que grite tan fuerte como para hacer que todos vengan corriendo.

Él se rio salvajemente.

—Grita si tienes tanta prisa por casarte. Todos vieron lo amable que fuiste conmigo allá abajo; diré que tú me invitaste a entrar. Que esto te sirva de lección. Nunca confíes en personas que no conoces.

Y así, salió tambaleándose de la habitación.

Se hundió contra la pared y se sentó con la frente apoyada en las rodillas hasta que la oscuridad afuera de sus ventanas se aclaró hasta volverse gris.

Selena dejó la taza sobre la mesa y soltó un largo suspiro. No había pasado nada, aparte de un beso profundamente desagradable. Era la amenaza de lo que podría haber ocurrido lo que la había perseguido todos estos años, y la persistente duda de que, de algún modo, hubiera sido culpa suya, de que tal vez, sin darse cuenta, hubiera incitado sus atenciones. Se había sentido demasiado avergonzada para confiárselo a alguien, y para cuando esa vergüenza se había disipado, la salud de su madre había empezado a empeorar, y ella no había querido añadir más problemas a su vida.

Había seguido el consejo del señor Tilton sobre no confiar en extraños y se había asegurado de no volver a ponerse en una situación tan vulnerable. Se alegró de que hubiera acudido hoy a su casa. Había pagado un alto precio por su libertinaje y, si no estaba equivocada, nunca

recuperaría la salud por completo. El monstruo que había creado en su mente se había transformado en una criatura digna de compasión, que probablemente sería torturada por los recuerdos que había perdido hasta que finalmente se había encontrado con su creador. Ahora podía mirar al futuro sin remordimientos por el pasado. Dios había perdonado al vizconde Rensley, y ella también lo haría.

Lord Sheringham volvió a entrar en la habitación y se detuvo frente a ella, mirándola severamente.

—Ahora, Selena, ¿hay algo que te gustaría contarme sobre el vizconde? ¿Quizá algo que él no pueda recordar?

Ella se inclinó hacia delante y le cogió la mano, llevándosela a la mejilla por un momento.

—No, papá, creo que estoy de acuerdo con Gregory en que no puedes inculpar eternamente a un hombre por sus locuras juveniles.

Él acarició su mejilla y le inclinó suavemente la cabeza para que lo mirara. Lo que vio en sus ojos pareció convencerlo.

—No te presionaré, aunque parecía que hubieras visto un fantasma cuando te lo presenté.

—Bueno, si así lo hice, ese fantasma ya ha descansado.

Él le sonrió con dulzura.

—Me alegra escucharlo.

Una discreta tos les alertó de la presencia del mayordomo.

—Llamé a la puerta, señor. No lo habría molestado, pero el capitán Bassington desea verlo y parece un poco impaciente.

—Entonces será mejor que lo hagas pasar, Trinklow.

Selena se levantó rápidamente, mientras un enjambre de mariposas revoloteaba en su estómago. Se sujetó al brazo de su padre.

—Esa es la razón por la que he venido a verte, pero no he tenido oportunidad...

Charles debió de haber estado rondando cerca de la puerta, porque en ese momento lo hicieron pasar.

## CAPÍTULO 20



Charles entró rápidamente en la habitación, pero se detuvo bruscamente al ver a Selena cogiendo el brazo de su padre como si se tratara de una súplica. De pronto se sintió tan nervioso como en los momentos previos a una batalla. ¿Bastaría Horton para poder darle una vida digna? Apartó sus dudas cuando lord Sheringham se adelantó para estrecharle la mano.

—Buenos días, Charles. Parece que hoy no voy a disfrutar de un momento de paz.

Su voz fue bastante amistosa, pero su expresión no reveló nada.

—Espero no haber llegado en un momento inoportuno, señor.

Lord Sheringham enarcó una ceja.

—¿Te irías si te dijera que sí?

Charles sonrió.

—No, señor.

Algo parecido a una sonrisa apareció los labios del conde.

—Justo como lo pensaba.

—Os dejo —dijo Selena, mirando inquisitivamente a Charles.

Él le cogió la mano y se la apretó suavemente, con una cálida sonrisa en el rostro que respondió todas sus preguntas.

—Quédate un momento. Tengo noticias que querrás escuchar.

—Entonces será mejor que nos sentemos. ¿Vino, Charles? —dijo lord Sheringham.

—Gracias, no. Vengo de la granja de los Crake y no necesito un refrigerio.

Lord Sheringham frunció el ceño.

—Eso me recuerda que debo ir a ver al vicario. Ya debería haber vuelto de casa de su hermana. Espero que acepte enterrar los restos de Ellie en el cementerio.

Charles sonrió.

—Me alegra poder decir sin ninguna duda que esos no son los restos de Ellie.

Selena jadeó.

—¿Pero cómo puedes estar tan seguro?

—Porque acabo de dejarla felizmente instalada en la cocina de su antiguo hogar.

—Pero el collar —dijo Selena.

—Ellie salió de casa una hora antes del amanecer. Se fue campo a través, con la intención de llegar al sendero al otro lado de Alnwick. A menos que quisiera desviarse kilómetros de su camino, tenía que pasar por el lago. El sol estaba saliendo cuando llegó a él y se sentó a descansar. Empezó a jugar distraídamente con el collar y decidió que sería de mala suerte ir a ver a James Rowe llevando puesto el regalo de otro hombre.

—Así que lo tiró al lago —dijo lord Sheringham—. Y nosotros hemos entendido todo mal—

sonrió amablemente—. Es un error que me alegra haber cometido. Como no se ha denunciado la desaparición de nadie más, debemos suponer que el cráneo lleva allí mucho más de cinco años. Después de todo, hay muchos entierros antiguos dispersos por estas tierras.

Selena se puso de pie.

—Iré a buscar a Albina. Querrá saberlo.

Lord Sheringham soltó una risita.

—Puedes decirle que todas sus sospechas han resultado ser ciertas.

Charles fue a abrirle la puerta. Cuando pasó a su lado, él murmuró:

—Nos vemos en el viejo roble dentro de media hora.

Ella asintió con una sonrisa, la mirada en sus hermosos ojos fue casi tímida. Él respiró hondo mientras cerraba la puerta tras ella.

Entró unos pasos en la habitación y se llevó las manos a la espalda.

—¿Nervioso, Charles? —preguntó lord Sheringham.

—Un poco...

—Bien —dijo con severidad—. Después de bailar con mi hija de una manera tan escandalosa como lo hiciste anoche, mereces sentirte un poco aprensivo.

Este comentario lo desconcertó por completo. Decidió no intentar responder a una acusación que sabía cierta, sino atenerse al guion que había memorizado durante el viaje.

—Señor, he venido a exponerle ciertas circunstancias que espero hagan que mi deseo de casarme con Selena no sea tan despreciable como podría parecer a primera vista.

—Menudo trabalenguas, Charles, suena como si lo hubieras practicado muchas veces.

En ese momento se olvidó del resto de su cuidadosamente ensayado discurso.

La comisura del labio de lord Sheringham se crispó.

—Siéntate, Charles, y hablemos claro.

Charles apenas había accedido a esta petición cuando se encontró en el punto de mira.

—¿Amas a mi hija?

Esquivó fácilmente esa bala.

—Sí, por supuesto.

—¿Desde cuándo la has amado?

Esto fue un poco más difícil de esquivar.

—Es difícil saber el momento preciso...

—Reformularé la pregunta. ¿Cuánto hace que te diste cuenta de que la amabas?

Esa dio en el blanco. Gimió interiormente, sabiendo que su respuesta sonaría poco contundente.

—Anoche.

Lord Sheringham juntó las yemas de sus dedos y frunció los labios.

—¿Qué te hizo darte cuenta de que la amabas?

—Estaba celoso —admitió—. Lo he estado desde que llegué a casa y vi a Carteret y luego a Ormsley flirteando con ella. Me encontré buscando razones de por qué ninguno de los dos era apto para ella.

Lord Sheringham levantó una ceja.

—Sin embargo, ambos son caballeros con título, ricos y respetables. Sin embargo, lo dejaré pasar. Me interesa más saber por qué tú te consideras apto.

Aquí tenía una oportunidad que podría llevarlo a un terreno más seguro.

—Comencé mencionando mis circunstancias...

—No me refiero a eso, Charles. Aparte de todo eso, ¿por qué eres apto?

Parecía que Horton no iba a ser la moneda de cambio, después de todo. ¿Cómo podía venderse sin sonar como un vanidoso? Pensó en lo enfadada que había estado Selenia con él en la iglesia, en cómo había logrado sacarle una dulce sonrisa después, en todas las cosas que tenían en común, y en cómo no se había dado cuenta de lo importante que había sido siempre para él su presencia, aunque fuera a distancia, y cómo la repentina perspectiva de perderla lo había hecho sentirse vacío. Las palabras empezaron a brotar de su corazón más que de su mente.

—Puedo hacerla sonreír incluso cuando está triste o enfadada; puedo protegerla sin frenar su espíritu libre; no desearía cambiar nada de ella, y no tendría expectativas que ella no pudiera o no quisiera cumplir. Me importan las mismas cosas que a ella: nuestras familias, nuestros amigos, nuestra gente, nuestra tierra. No deseo una esposa sólo para que me dé hijos o para que caliente mi cama, sino también una compañera, una amiga, alguien con quien compartir mi vida. Haría todo lo que estuviera en mis manos para hacerla feliz.

Una lenta y amplia sonrisa se dibujó en el rostro de lord Sheringham.

—Y por eso, Charles, te concederé mi permiso para acercarte a mi hija.

—Gracias, señor —dijo, poniéndose de pie—. Iré a verla de inmediato.

Cruzó rápidamente la habitación para después darse media vuelta y regresar mientras metía la mano en el bolsillo interior de su abrigo. Sacó el fajo de papeles que le había dado su padre y prácticamente se los arrojó al hombre que tanto esperaba que fuera su futuro suegro.

—Horton será mío cuando me case. Esa es la prueba de que puedo darle a Selenia una vida con cierta comodidad sin hacer uso de su fortuna.

No esperó respuesta y salió precipitadamente de la habitación. Trinklow rondaba cerca y él le sonrió, murmurando: “Deséame suerte” al pasar.

Se sentía optimista, daba pequeños saltitos mientras caminaba, y la expectativa que recorría cada músculo y tendón de su cuerpo lo hizo sentirse mareado. Lady Sheringham estaba en el recibidor, cogió su mano e hizo una ostentosa reverencia ante ella para después alejarse a toda velocidad. Casi chocó con Gregory al salir corriendo por la puerta principal en el mismo momento en que el hermano de Selenia intentaba entrar.

—A ver, Charlie, ¿cuál es la prisa?

Bajó corriendo los escalones mientras gritaba por encima del hombro:

—Ahora no, Gregory. Ahora no.

Consiguió correr la mitad del camino hacia el roble antes de tener que aminorar la marcha. Y entonces la vio, apoyada contra el árbol, observándolo mientras se acercaba. Ella no se movió para acortar la distancia que los separaba, sino que lo esperó, al igual que lo había esperado durante años. Él se sintió inmensamente agradecido por ello.

El éxito de la charla que había tenido con su padre debió de haberse reflejado claramente en su rostro, pues vio cómo los hombros de Selenia se relajaban a medida que él se acercaba; su mirada se suavizó y sus ojos brillaron con ternura, y sus labios se curvaron en una sonrisa que, de algún modo, era tan tentadora como inocente. Sus pasos se ralentizaron y se volvieron lánguidos a medida que la urgencia por alcanzarla desaparecía. No quería precipitarse; ella se merecía más.

Se detuvo a un brazo de distancia de ella y sus ojos absorbieron todos los detalles de su rostro, recorriendo la tersa suavidad de sus mejillas, deteniéndose un momento en las pecas esparcidas por el puente de su nariz y descendiendo hasta el dulce arco de sus labios, antes de levantar la mirada para encontrarse con sus hermosos ojos, cuyos centros marrones estaban bordeados por una franja verde. Todo era tan familiar y, sin embargo, nuevo de alguna manera, los rasgos de la niña que había trepado por el árbol aún estaban ahí, pero habían sido superpuestos por la delicada figura de la mujer en la que se había convertido. La combinación lo

dejó estupefacto.

Dio el último paso y apoyó las palmas de las manos en la áspera corteza del tronco, apoyando suavemente su frente en la de ella. Cerró los ojos y respiró hondo, inhalando el delicado y dulce aroma que la caracterizaba.

—Selena —murmuró, preguntándose cómo decirle todo lo que estaba en su corazón. Abrió los labios esperando poder pronunciar suaves palabras de amor, pero su garganta se cerró al sentir el leve roce de sus labios.

—Charles —dijo con un suspiro, balanceándose contra él.

Él gimió suavemente y acercó sus labios a los de ella, apretando las palmas de las manos contra el árbol para contener su creciente pasión. Pero cuando Selena abrió la boca, invitándolo a entrar, él le cogió la cabeza con las manos, manteniéndola quieta mientras profundizaba poco a poco el beso. Ella se acercó aún más a él, rodeándole la cintura con los brazos. Él la cogió suavemente por los hombros y se separó de ella mientras respiraba aceleradamente.

Una sonrisa ladeada se dibujó en su rostro cuando ella emitió un quejido de decepción mientras sus ojos brillaban con anhelo. Charles deslizó sus manos lentamente por los delgados brazos de ella, y sintió un cosquilleo en las palmas cuando sus finos vellos se erizaban. Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Selena, te amo. Te adoro. No quiero estar nunca sin ti. ¿Quieres vivir conmigo en Horton y criar una prole de niños traviesos conmigo, en resumen, quieres hacerme el hombre más feliz del mundo y casarte conmigo?

—¿Estás seguro, Charlie? —dijo en voz baja.

—Nunca he estado más seguro de nada.

La incertidumbre que reflejaba su mirada se convirtió en un brillo de picardía

—Pero creía que deseabas que me casara con lord Carteret.

Gruñó y volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Te dije anoche que yo era ridículo. Te prohíbo que vuelvas a pensar en otro hombre.

Ella abrió los ojos se abrieron de par en par.

—Pero, Charlie, ¿qué hay de papá, Gregory...?

La besó hasta que comenzó a temblar de placer.

—Selena.

—¿Mmm?

—¿Vas a darme una respuesta?

—Sí —murmuró.

Él resistió el impulso de sacudirla.

—¿Sí vas a darme una respuesta o sí te casarás conmigo?

Ella abrió los ojos y sonrió felizmente.

—Sí, me casaré contigo y viviré contigo en Horton y ayudaré a criar a tus traviesos hijos.

Le dio un último y profundo beso y le rodeó la cintura con el brazo. Mientras se daban la vuelta para volver a la casa, él soltó una risita.

—Parece que tenemos público.

Una calesa, un carruaje y tres jinetes se habían detenido frente a la casa. Parecía que su familia estaba ansiosa por tener noticias nuevas. Al parecer, la familia de Selena había considerado necesario salir a recibir a sus visitantes. Cuando ambos llegaron a la casa, los visitantes ya estaban dentro. Los encontraron en el salón, con copas de espumoso champán ya en las manos.

Trinklow les ofreció una bandeja con dos copas de esta bebida cuando entraron en la

habitación, mientras murmuraba felicidades.

Lord Sheringham levanto su copa.

—Que la luz de la amistad guíe vuestros caminos juntos y que las risas de los niños adornen los salones de vuestro hogar.

—¡Aquí, aquí! —dijo lord Bassington, rodeando con un brazo a su mujer mientras ella lloriqueaba—. Y a Adolphus y Caroline, que van a presentarme a mi séptimo nieto.

Cuando la atención se desvió de ellos por un momento, lord Sheringham se acercó. Besó a su hija y le cogió la mano.

—Había pensado que sólo sentías un amor infantil por Charles, pero Carteret no lo creía así, y entonces vi la forma en que lo mirabas cuando volviste de Eglington, y supe que no era así —se volvió hacia Charles—. Me alegro de que hayas entrado en razón, muchacho.

—Vaya que es un hombre sensato —dijo secamente lord Carteret, acercándose a él y estrechándole la mano.

Mientras Judith y Victoria le robaban a su prometida, Charles dijo:

—Espero que no haya resentimientos, viejo amigo. Nunca dejaste claros tus sentimientos por Selena.

—Ninguno en absoluto, Charles —dijo—. Esperaba que al ocultar los míos, podría sacar a la luz los tuyos.

Charles sonrió irónicamente.

—Ciertamente lo hiciste, y te lo agradezco.

—Me alegro de que hayas encontrado la felicidad —dijo con dulzura.

—Gracias. Y me alegro de no haberla encontrado a costa de la tuya.

—Ten por seguro que no. Estimo mucho a lady Selena, pero aún no he encontrado a la dama indicada—una sonrisa agri dulce cruzó sus labios—. Ni siquiera estoy seguro de que exista.

## OTRAS OBRAS DE JENNY HAMBLY

¡Gracias por vuestro apoyo! Espero que hayáis disfrutado de la lectura de Bassington. Os agradecería mucho que dejarais una breve reseña en Amazon.

Me encanta recibir mensajes de mis lectores y podéis escribirme a: [jenny@jennyhambly.com](mailto:jenny@jennyhambly.com)

[Marianne - Las damas de la señorita Wolfraston Libro 1](#)

[Señorita Hayes - Las damas de la señorita Wolfraston Libro 2](#)

[Georgianna - Las damas de la señorita Wolfraston Libro 3](#)

[Allerdale - Solteros Libro 1](#)

## ACERCA DEL AUTOR

Me encanta la historia y, en particular, el periodo de la Regencia. Crecí leyendo a Jane Austen, Charlotte y Emily Bronte, y Georgette Heyer.

Me gusta pensar que mis personajes, aunque imperfectos, son agradables, fuertes y fieles a la época.

Vivo junto al mar en Plymouth, Inglaterra, con mi pareja Dave. Me gusta leer, navegar, el vino, madrugar para ver la salida del sol en verano y pasar largas y tranquilas veladas junto a la estufa de leña de nuestra cabaña en los acantilados de Cornualles en invierno.

